

Diego Moreno

SALSIPUEDES



DIEGO MORENO

SALSIPUEDES

Salsipuedes

Derechos reservados.

Copyright © 2004

Diego Moreno

Coordinación Editorial

Raúl Pérez Rojas

Diseño editorial

Betsy P. Martínez

Diseño de portada

D.M.

EDICIONES ILCSA S.A. de C.V.

Calzada Tecnológico 909, Otay Universidad,

Tijuana. B. C., México.

edicionesilcsa@hotmail.com

Tel: (664) 607- 1992

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial

Registro No.3195

ISBN: 970-9724-18-5

EAN: 9 789709 724 189

Tercera impresión: Junio del 2010

Prohibida la reproducción, registro o transmisión, total o parcial, de esta publicación, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

Impreso en México / Printed in Mexico

DIEGO MORENO

SALSIPUEDES

A Pachilú
y a mis amigos que están aquí adentro.



Salió a bandear por aceras como desfiladeros donde se apretaban cuartos pensando que un ocaso tan amarillo anunciaba tolvaneras al amanecer. De las alcantarillas brotaban billares concurridos por duendes. Vio jóvenes alrededor de traficantes y a mujeres como casas solas que les dolían las ventanas buscando la mirada de los hombres. De la calle parecía subir al cielo humo verde. En esa tierra quemada estaba El Dragón Rojo, una barra larga como apeadero frecuentada por gente en ruinas escuchando corridos donde a veces desembarcaban lanchones con soldados gringos pidiendo botellas de cerveza envueltas en papel de estraza, un antifaz inventado durante la Ley Seca que se volvió costumbre para luego subir al mezanine decorado

con los mosaicos de Elcova de los Hornos a ver french movies. Cuando la policía militar venía a cargarlos olían a pelotón que había pasado el día haciendo maniobras en una cueva de murciélagos. El viento lo rodó hasta ese sumidero con aserrín, un prisma que descomponía a la concurrencia en todos los humores del arco iris.

En El Dragón Rojo conoció a Zangalo Lobo un sábado que el lugar parecía playa tomada por marines y revolucionarios mexicanos agolpados en la barra como mineros urgidos por meter sus cestas en un arroyo de oro atendido por mujeres con culo de tres metros. Al verlo beber con desparpajo sintió que había encontrado a un amigo. Años después, cuando lo vio vestido de naturista inglés en camino a la fiesta de la Colorado River Land Company Delio Carrasco pensaría que dar con un amigo era como dar con un filón de tiempo que hay que seguir aunque se acaben las manos sin imaginar que aquella tarde sería la última que vería al anarquista, el broche que cerraría lo que principió en El Dragón Rojo cuando al primer cruce de palabras se hicieron amigos. Como acto inicial lo invitó a conocer La Chinesca. Caminaron rumbo al río hasta una puerta roja que luego de unos toquidos y un intercambio de palabras se abrió. Un chino les dio paso a una escalera por la que descendieron a un cuarterío con patios cruzados por niños. Cuando Zangalo Lobo los miró pensó que nunca había visto tantos niños chinos. Aquí nacen y aquí mueren, le dijo Delio Carrasco; cuando crecen entran a la cocina, pocos salen a la calle, aquí fabrican todo, hasta los ingredientes que producen en estas macetas, añadió apuntando hacia

los viveros. Vagaron entre dulces muros y ventanas picantes, hipnotizados por los distintos tonos del aire, como viajeros sin plan fijo, despreocupados por llegar, observando un pueblo que le bastaba tener sin poseer, influyendo en Salsipuedes sin expectativas, sin intentar controlarla. A la vuelta de unos jugadores de dados tropezaron con la escalera que los sacó de vuelta a la calle y a encontrarse con El Zopilote Chávez Cano, Copa Lussé, Sal Hirsch, Pierre y Darío Shoustari en los baños del casino Agua Caliente, un conjunto vigilado por palmeras y un manantial sulfuroso. De las salas de juego surgían resucitados camino a las termas donde un día Zangalo Lobo sería recibido como sacerdote después de haber resuelto un problema reviviendo sus tiempos de mecánico de barcos. Aquellos baños eran cuatro cúpulas de ladrillo dispuestas como trébol de cuatro hojas en torno a un cuadrado perfecto. La masa parecía volcada sobre sí misma en arcos de herradura sobre fustes de ónix custodiando pasajes multicolores. Figuras sin rostro conducían tambaleantes celebridades a quitarles lo molido haciéndolas pasar por rodillos ensamblados con chicas de cuerpos boludos. Delio Carrasco surtía el lugar con abulón, Darío Shoustari se encargaba del mantenimiento de los rodillos, Elcova de los Hornos había fabricado los azulejos y Copa Lussé los había colocado ayudado por Pierre. Con cara de tensa interrogación, El Zopilote Chávez Cano, quien sólo tomaba baños bajo el chorro para surtir calderas de locomotoras, entró renegando, que esto no termine como collar de tejocotes, no quiero acabar ensartado. El abulonero los guió a través de la cocina y luego de revisar el inventario de lapas en el refrigerador, los

metió a una sala poblada por hombres aletargados. Leyó en voz alta un letrero colgando en el centro de la pieza, todos estamos en las alcantarillas pero algunos miramos las estrellas, y luego de verificar que estuviesen listas las pipas, con la quijada señaló los camastros. Mientras distribuía mangueras y extendiendo la mirada por el recinto que semejava plato con lombrices comentó, de seguro Clarissa está enterada del lugar y de las cosas que pasan aquí, y viendo hacia las tinas de mármol murmuró, quien inventó la regadera ha de haber sido un tipo muy aburrido, alguien que nunca supo chacotear.

Lodos y aguas bíblicas, algas, albahaca, sándalo y eucalipto arrojaban a los bañistas. Cada quien escogió su tipo de baño, menos Pierre, quien murmuraba que era perico, no pato, mientras trepaba a un árbol como oliendo a caca.



En esos baños de salas forradas con baldosas estampadas, entre una sierra de rumores y un mar sospechoso, Delio Carrasco buscaba suturar los tajos que le infligía Samara. Con aceite de eucalipto limpiaba sus pies manchados por seguirle los pasos entre hoteles con olor a ciruela podrida obsesionado por dar con su propio fantasma para disolverlo a manazos pero volvía a emerger por el farallón de sombras orinadas en los bajos del río. Parecía cuervo que no daba con el baúl donde había guardado la calma. El agua fría le trajo la imagen de Samara cuando le entregó un beso diciéndole que era de los que no se daban a quien se rentaba el sexo; al cliente no se le dan de éstos, le dijo, la que lo hace es una loca. El

comentario esfumó la tranquilidad que no recordaba haber perdido ni cuando entró el tifón a Punta Piedra ahuyentando las colonias de abulón, el temporal que lo obligó a hacerse entrenador de box no había sido tan devastador como aquellas palabras. Samara sin origen, sin rumbo, ave malherida entrando y saliendo entre mediodías. Aunque el boxeo era como las aguas natosas que dejan las crecidas del río donde se crían larvas que si no alcanzan a convertirse en langostino sólo sirven para el circo, siempre había la posibilidad de sembrar la semilla del árbol que algún día daría buenos frutos. Bucear en el arrecife es igual que girar y caminar en el ring, aseguraba de viejo; jab, recto, gancho, barbilla pegada al pecho, un pie adelante del otro, girar hacia la derecha y mantener la distancia sin bajar los guantes es igual que lidiar con las corrientes, nunca entrar franco, resbalarte sesgado a desprender lapas del abismo. Decidió no volver al arrecife cuando vio que se le había afilado el esternón. Aunque sus músculos siguieran fibrosos tenía huesos descalcificados. Conservaba manos y pies de salamandra pero tenía canillas de gallo viejo. Se dio cuenta de la desproporción cuando al quitarse el overol frente al espejo vio un saco de huesos con moños. No volvió a bucear ni a dejarse retratar.

Por muchos años entregó abulón al casino Agua Caliente y al restauaran de Livio Santini, quien fue el chef predilecto de algunos señores a quienes apoyaba con ciertos platillos para tomar cualquier plaza por inexpugnable que pareciera. Cuando el caballero llegaba acompañado le preparaba un martini soplado con la palabra vermut seguido de una botella de champaña francesa y canapés de

arenque en pan negro. De entrada, para la dama, salmón acompañado con verduras torneadas en forma de rosa, acompañadas de arroz de grano largo, el salmón bañado en salsa de licor de pernod, vino blanco, ajo, cebolla, platillo cien por ciento cachondo. Para él, una juliana de verdura y abulón con salsa de azafrán que tendría un color más intenso que el de la dama con sabores opuestos y turbadores. El regalo amarraba con cerezas jubileé flameadas en la mesa acompañadas de helado de vainilla, aunque en realidad el postre terminaba siendo pollito con papas: piernita para acá, piernita para allá y ¡papas!

Cambiar frutos de mar que reventaban burbujas en los sentidos por dólares verdes fueron por mucho tiempo buen negocio para Delio Carrasco quien pensaba que para llevar a cabo un ensamble mitad ridículo, mitad cómico y completamente sublime bastaba imaginación, igual encima de un burro de planchar que contra un puente viejo que contra nada, o aplicar sentido común haciendo lo que le gustaría que a uno le hicieran o de plano aprender de los grabados de Elcova de los Hornos, el instructivo mural de los baños que prevenía dar palos de ciego entre cuatro paredes con una mujer receptiva en el centro.



Denle ensalada de Livio Santini, recomendó Darío Shoustari cuando supo que Pierre no quiso bañarse; lo pondrá como gallo de pelea. Estaba enterado de las hazañas que se contaban del bolo que la abuela inventó en un campo de refugiados. La ensalada que había nacido de orejas verdes asomando por la nieve que Livio robaba de niño se había convertido en la

reina del casino. Lo que comenzó como revoltijo para supervivientes se había ganado un lugar en menús de restaurantes caros que el tiempo llamó ensalada César y que se hace con lechuga romana fresca, huevos un minuto y medio, aceite de oliva, salsa inglesa, sal, pimienta y restos de queso y pan viejo; las anchoas las agregaron los ricos, repetía Livio Santini; en un campamento de concentración sólo hay mendrugos. Una ensalada de esas motivó a Johnny Weismüller a brincarle como Tarzán a Rita Cancino y a inaugurarla bajo la ruleta rodeada por una delirante concurrencia de etiqueta; hubo quien consideró que Weismüller lo hubiese hecho más fulminante en la alberca que sobre la alfombra donde se vio un poco como salmón en tierra. Una ensalada César hizo funcionar a Tyrone Power para que le cumpliera como machito a Kim Novak ilusionándola en vano; estuviste maravilloso Tyrone, le dijo la succulenta Kim; ni me lo recuerdes respondió quien ya había salido del closet; fue culpa de la ensalada.

Hicieron comer ese fresco afrodisíaco a Pierre. Cuando terminó partieron como cofradía a un rito de iniciación. Copa Lussé les había informado que su ayudante andaba muy necesitado, que el día anterior había deshecho un plumero y que no dejaba en paz sus zapatos. Urgía dar con una pájara. La encontraron en una jaula del mercado arrojada por aromas que esponjaron al perico quien al divisar aquellos ojos concéntricos, aquella mirada de no llores que esto es tuyo, comenzó a decir parezco pingüino, pájaro parado, parezco pingüino, pájaro parado, letanía que interrumpió para decirle a sus amigos que se borrarán, que no necesitaba de dianas

para las cosas grandiosas que estaban por suceder. Los borrados compraron queso seco y tortillas antes de subir a la cantina con un nicho dedicado a la Santa Niña de Salsipuedes y un apartado para la bandera mexicana, un amarradero para parados desde donde se dominaba la anatomía de Salsipuedes, sus lomos y sus pliegues, un caserío sin uñas precipitándose a un río de piedras. El cantinero, un peludo con giba de jugador de billar, dejaba caer chorros de tequila desde las cornisas del atardecer. Los cerros viraban primero al oro, luego al castaño y por último al púrpura. Se fueron encendiendo una a una las ventanas hasta que todo Salsipuedes se convirtió en una estopa parpadeante. Delio Carrasco rebanaba tecatas de abulón y Sal Hirsch sacaba habanos de una bolsa. Nadie hablaba. La barra parecía un buque carguero empujado por balandros por una bahía espesándose con la caída de la noche mientras en un extremo del andén unos parroquianos ponían veladoras a la santa y en el otro se arriaba la bandera en tanto llegaban más tandas de tequilas sin que nadie se ocupara de Pierre que si era tan espartano saldría a la intemperie, cruzaría el patio, subiría la escalera y treparía al hombro de Copa Lussé para incorporarse al júbilo que da mirar hacia el mar de la esperanza.



En un arrabal prendido de unas laderas vivía Copa Lussé. Había echado raíces en Salsipuedes cuando se arregló con Maroshka Rogoff complacido de haberse librado de andar seduciendo cocineras en mercados de pueblo para subsistir mientras le llegaba la paga. Hubiera preferido ser jefe de cocina y haber

creado obras fascinando comensales con mezclas encontradas y sabores cachondos; le hubiera gustado haberlos llevado hasta el filo de la silla al explicarles las frescuras de animales que habían entrado a la cocina después de haber pastado con la Luna, o de haber retozado en la bajamar de esa mañana, o decirle estas alitas de codorniz revoloteaban en su nido hace rato pero como el hubiera no existe no se hizo cocinero, se hizo maestro yesero, un arte en el que también se amasaba, se cosía y se servía. Aseguraba que el yeso se comportaba como masa que había que poner al punto antes de vaciarlo, siempre atento a la temperatura del fraguado para pasarle la sercha un instante antes de que el tiempo lo volviera piedra; decía que las formas eran como el destino de cada quien, está metido en una horma desde antes de vaciarla, lo único que nos queda es pulir.

Cuando Copa Lussé y Zangalo Lobo se encontraron tenía mucho que el anarquista había dejado de mercar hachís. Su virus primordial hibernaba desde que Clarissa Cardinale entró en su vida y lo puso a criar perros de carrera hasta que despertó y en una noche de Halloween dejó como mariposa al gerente de la Colorado River Land Company.

El yesero y el anarquista se encontraron en la lavandería del chino. Mientras esperaban que les entregaran su ropa solían jugar damas chinas y tomar té que Pin Hao daba a escoger invitándolos a oler tazas humedecidas con infusiones de yerbas cultivadas en el traspatio. Ahí se gestó la protohistoria del tour de la paga del abulón, de esa veta surgió la casta que pondría nombre a calles en Salsipuedes. Entre pastillas de jabón y ropa sucia se encontraron

como perros oliéndose la cola antes de iniciarse con Delio Carrasco en la alucinación; de ahí mismo salió Copa Lussé al mercado de los Rogoff, un patio repleto de animales con caparazón en forma de silla de montar donde aprendió a preparar filete al achiote mientras contaba chistes que mezclados con el tufo de caguama, encendieron a Maroshka Rogoff. El negocio del chino fue también la cueva donde se borraban las cópulas secretas de Darío Shoustari, Delio Carrasco y Copa Lussé. Seguido llegaban sábanas estampadas con ideogramas informando de batallas libradas en camas anchas; sellos de gritos, gemidos y peticiones de seguir, vas bien, dale, sí, sí, por ahí, en una, dos, tres y cuatro patas y hasta aquí llego que ya no puedo, pero yo quiero más, dale otra vez, y el otro haciendo la entrega como decatlonista, como noble bruto parado, caminando, trotando, a galope, de rodillas, rodando, torciéndose, deshaciéndose hasta que una zanja partiendo la cama separaba los cuerpos.

Fue en ese lugar donde recaló el yesero el día en que se le apareció la yaqui y compañía a reclamarle que la había dejado con el caldo de queso servido cuando dijo que iba por pan y no volvió.

Estaba a punto de vaciar el último molde de la jornada cuando Pierre le avisó, te buscan. ¿Quién?, preguntó sin apartar la vista del quehacer; la madre de tus hijos. Cuando miró al trío expectante se le entumieron los dedos. Con una mueca rechazó el yeso recién preparado por Pierre para la moldura que no terminaría nunca. Con ese gesto inauguró la letanía vivimos como el yeso, brinca de ser agua a ser piedra, de lo aguado a lo tieso, brincamos y brincamos, murmuraba como disco rayado hasta que movió las

manos como espantando moscas y dijo aburrido, esto le sucede a uno por hablar bonito. Volviéndose a Pierre le pidió que le pasara la lija. Había que dejar las entrecalles bien pulidas para cuando colocaran la cenefa que enmarcaba a Júpiter disfrazado de cisne hablando al oído a Leda mientras pensaba, aquí está uno que habló bonito y aunque fue un gran dios, no pudo impedir que abrir la boca le trajera problemas. Pero Copa Lussé no estaba para divagaciones. Abajo aguardaba la mujer a quien había dejado con la comida hecha y a quien no sabría cómo decirle que acababa de arreglarse con otra. Se consideraba hábil para fabricar arabescos pero impotente para hacerle frente a la hija del jefe Cajeme; si para el amor usaba los dientes no quería imaginar cómo le iría cuando supiera lo de la rusa. Sudaba y sacaba cuentas. La aparición de Cotoya y aquellos prendedores movedizos le recordó su otra vida, y señalando hacia la bóveda, comentó que había que terminar de lijar. “Octubre”. Le recordó a Pierre la temporada en que Salsipuedes era sitiada por el viento del desierto, y con acento de condenado añadió que las mujeres jamás sabrían lo difícil que era ser hombre, no saben, no tienen idea, luego empezó a bajar del andamio al encuentro que pondría a su estirpe en peligro de extinción pero que gracias al hilo de tripa de gato procrearía con Maroshka Rogoff dos hijas que volverían locos a los hombres.



Maroshka Rogoff amanecía regando macetas. Su pelo rojizo se batía con hortensias en el lado norte y crisantemos en el oriente de una casa con ventanas de guillotina. Conducía la mirada por una

nariz de ecos eslavos nutridos con la energía de aquella tierra emergida del fondo del mar. Despedía a Copa Lussé la mañana del martes, el día en que los yeseros comenzaban la semana, con el encargo de que le trajera chistes, que no olvidara que eso la había hecho fijarse en él. El otro le respondía invariablemente que no recordaba haber comenzado todo con ocurrencias; yo nomás te miré las corvas, los chistes vinieron después.

Los yeseros aparecían en las obras como prima dona viendo al resto de los albañiles como Dios ve a los conejos. Trabajaban tres días presentándose a cobrar los sábados con la dignidad de quien pertenece a una especie separada. Había que tener imaginación y saliva, como las golondrinas; el lodo y la madera era de castores. Pierre le mantenía el yeso a punto para hacer rápido el vaciado fraguándolo con chistes que hacían brotar carcajadas que aleteaban por las bovedas en los tiempos que les sobraba energía, cuando se multiplicaban fabricando molduras para el casino, las termas, y el Mesón La Celestina, el lugar donde Darío Shoustari casó media Corea. El ritmo de trabajo se intensificó con la apertura del balneario mientras se le condensaba la vida. Nadie imaginaba que Copa Lussé traía la cola muy cagada mientras auxiliaba a Darío Shoustari montando rodillos de masaje antes que llegaran los empleados que operarían las termas y que echaría a la calle a sus constructores. La obra había cesado de ser construcción y se había convertido en negocio. Ahora pertenecía a los que pagarían por sumergirse en olores y manejos suministrados por cuerpos duros importados de tierra caliente.

Para Pierre el trabajar en la obra era lo más limpio en que se había involucrado. Cuando se acercó a Copa Lussé venía aquejado de una asfixia parecida a las tardes de domingo. Ya concentraba el rencor que lo empujaría a degollar a Mr. Green y a cortarse el buche en una hora que abriría el cráter que interrumpiría el tour de la paga del abulón por una generación. En los años de la Ley Seca trabajó para el hombre que controlaba el contrabando del licor cruzando de noche barcazas al lado gringo y durante el día sirviendo de bufón en las comidas acompañado de sus lameculos, siempre al borde de la humillación. Su relación con el yesero comenzó en el Salón de Oro. Mientras Mr. Green jugaba, Pierre se apartó para ver a unos obreros trabajando en el plafón. Divisó a quien después fue su maestro pegando hojas de oro a molduras. El perico se prendió. Nunca supo si porque se encontraba particularmente sensible a lo que veía o que le atrajo la mirada de águila de Copa Lussé escudriñándolo desde el andamio, fue lo que lo impulsó hasta donde se encontraba a pedirle trabajo; le dijo que aunque no sabía de obra le podía cargar la cubeta trepando hasta donde fuera necesario igual que sujetar con fuerza los cerrojos de los moldes con su pico. Copa Lussé se le quedó mirando; no parece perico, le dijo, parece pavo real, tal vez funciones, aquí se necesitan poses para dar gusto a tanta gente de película. Pronto los trazos lineales se vieron influidos por el exhibicionismo de Pierre. Su llegada dio el toque de relajo que necesitaban las molduras. Fue la ruptura con lo establecido que define a los comediantes porque tienen más espacio que los galanes además de ser más inteligentes. El

Salon de Oro, el escenario primo del casino donde se desplumaba gente dispuesta a seguir cualquier guion con tal de estar bajo las lámparas se iluminó con formas de chicle para los ojos que Charlie Chaplin y Jean Harlow adoraron.

Cuando el amanecer asomó por la ventana, Mr. Green preguntó por Pierre. El polvo recogido durante la jugada maquillaba su cara de trapo. Extendía la mirada como si la vida lo acosara. Nadie le supo decir dónde estaba el perico, no lo veían desde ayer a mediodía; me dijo que odiaba los pisos con alfombra porque no podía caminar, le informó alguien; que ya lo tenía hasta las pelotas estar haciendo numeritos sobre tapetes persas, le dijo otro alguien, que iba a andar por ahí pero no ha llegado a su cuarto, jefe. Mr. Green sopló las larvas de los habanos abandonadas en la felpa y curvando la jeta pidió al crupier reanudar la jugada.



Llegó a Salsipuedes buscando tesoros. Había heredado de su abuelo un baúl que abrió cuando despertó incrédulo a la edad que cumplía. Estaba a punto de servir para nada. Con la nueva década que empezó a las seis y diez y siete sintió el impulso de asomarse a los papeles del viejo a quien recordaba decirle entre lágrimas, cada vez que veas un hoyo tápalo, hijo, tápalo, tápalo, que entonces no entendió pero que a partir de aquella mañana comenzó a sospechar que no tenía nada que ver con libros de donde sólo había sacado petulancia. Tuvo el presentimiento de que tanta ilustración no le serviría en la vida. Hasta entonces había seguido la tradición familiar, la de enseñar con el método

de sus antepasados pero eso era conocimiento, no vivencia. Ese miércoles principió a separar la vista del ombligo. Atrás quedaron los tiempos de aprender por mero deleite. Había llegado el tiempo de hacer fortuna, de seguir el mapa encontrado en el baúl, de salir a la vida. Marchó a buscar la península de piedra con cuevas pintadas donde había desaparecido su antepasado tripulante de “La Popa de Oro” de Francis Drake, quien a la muerte del pirata en costas americanas, abandonó el barco en el Tapón del Darién donde se integró a una banda de contrabandistas de esmeraldas. Una típica historia inglesa de luces y sombras que por una punta asoma un asesinato y por la otra, un maestro que dio clases a Simón Bolívar cuya vida sexual lo puso a pensar en el consejo del abuelo. Le fascinó que la educación lancasteriana de la familia no inhibiera al caraqueñito de regocijarse con treinta y cinco mujeres descollando la alucinante mulata de La Quinta de Fucha, la que le enseñó las infinitas variantes en el uso de la hamaca; aquellos ojos más negros que la oscuridad que lo volvieran adicto al Pollo al Ajiaco, un platillo muy apreciado en la costa a la hora de la cena y aún más delicioso en la madrugada, cuando la magia se combina con el rocío y despiertan el deseo de tapar cualquier agujero a la vista. Simón salteó las cebollas picadas y el ajo en aceite de oliva en un sartén grande a fuego moderado hasta que las cebollas se sancocharon, luego redujo la temperatura, casi baja, añadió a la mulata de Fucha, estirándola como piel de nutria, temblándole sus manos de General como si fueran de recluta y la arropó hasta que se doró. La revolvió con cebolla, puerros en mantequilla y mientras hacía

puré, mandó traer leche descremada, queso, sal, pimienta blanca y pimienta. Se las mezcló y se la sirvió bañada con crema agria y alcaparras escurridas que al tenderla degustó con unción de gato hasta caerse de la hamaca, hasta rodar al río, hasta amanecer tumbado junto a una barca exclamando que aquellos manjares quitaban las ganas de liberar países.

La fortuna delataba el lado oscuro de los Lancaster. De esa vertiente de ancestros llegó el oro para pasar de ser, a la forma de ser, cuando de ocasionados pasaron a ser de linaje que con el tiempo produjeron algunas putas, un sacerdote, medio historiador, dos homosexuales y un montón de holgazanes que acabaron con lo que los antepasados construyeron, o sea que cuando la familia fue reconocida en sociedad, se empezó a acabar el dinero. Cuando Don Enrique le escuchó decir eso le aseguró que así era todo en la vida, que había una línea muy fina entre una dama y una puta, entre la razón y la excusa, entre un negociante y un ladrón; que todas las familias eran así, lo único que las diferenciaba era el estilo. Muchos años después en una isla del mar Ártico, Lancaster coincidiría con Don Enrique diciendo que el oro puede tener otros colores, como el de la aceituna y el de la uva, y que lo que encuentra uno al principio del camino es un cofre vacío que llenamos con lo que hacemos y que el pergamino en el fondo de toda vida es un mapa que conduce a encontrarnos a nosotros mismos.



El Trece Negro estaba en Algodones, el barrio de meseros y cantineros del Agua Caliente. Hasta ahí llegó

el ferrocarril que como río de temporal se sumía antes de alcanzar el mar. Lo que en un principio fue estación poblada por hombres de mirada buscadora con los años se volvió panteón de vagones descascarados a los que se fue arrimando un caserío remendado con brisa marina y polvo del desierto. Era propiedad de Don Enrique, quien llegó como ingeniero y decidió quedarse poniéndole número cabalístico a una barra sin tregua donde aparecía gente con filipina antes de recalar a sus casas. Era el templo de una secta de sacerdotes en blanco y negro iniciados en el complejo rito de servir milagros, exorcizar comensales, curar noctámbulos y estimular glándulas. Ninguno tenía frente corta por eso los aceptaba. Mucho pelo es de pelados, aseguraba con voz de pito mientras servía tragos, vigilando por la ventana al viento que comenzaba a hacerse espeso y luego rojo, cuando atormentaba los cristales, tiempo que detestaba porque se esfumaban los parroquianos. Se asomaba por la puerta a lanzarle escupitajos renegando que ni el frío ni el calor ahuyentaban gente sino aquel aire mugroso. Llenaba un vaso con ron y en otro con agua disolvía azúcar que mezclaba en un tercer vaso. Lo bebía a sorbos pequeños y comenzaba a fumar a la espera de que el viento viniese a tocarle la puerta para entregarle lo de siempre, que cada día le faltaba menos para convertirse en polvo. Era cuando Don Enrique salía a maldecirle al estilo romano.

Los elementos no asustaban a un viejo que modificó paisajes con conocimientos adquiridos en las obras de Tito Livio más que con el cálculo aprendido en la escuela de ingeniería. Era un convencido que el buen constructor debía tener sentido común y

comprometerse con su gente. La experiencia nunca había servido de nada porque ningún día era igual a otro, así eran las obras, distintas aunque se usaran los mismos planos, aunque se hubiera hecho una igual no había días gemelos; para hacerle frente a la construcción se necesitaba sentido común que no se compraba en tiendas, se traía o no se traía.

Fue en la construcción que perdió una cuerda vocal. Aprendió a hablar combinándola con el paladar salíendole las palabras como silbatazo de cartero. Decía que aquella voz de trompetilla le había dado amigos, mujeres, dinero y enemigos; que ninguna de esas cosas fue por el timbre ni por las palabras sino por lo que le puso al tono. En El Trece Negro no se admitía música de viento, sólo cuerdas porque aquél era un buen lugar no una piquera de mala muerte; lo que fuera más parecido a música de cámara se escuchaba aunque la concurrencia fuese puro aparecido. En El Trece Negro se estaba bien. Era un espacio poderoso frecuentado por gente que hacía cosas, una academia donde se planchaba la parranda con agua de arroz, donde muchos aprendieron el teorema de Don Enrique a quien le daba mala espina Newton; le parecía sospechoso que un hombre se hubiera dado tantas encerronas en cuartos oscuros sin mujer.

“¡Ha de haber sido maricón! Dejó por ahí unas leyes con las que nos persignamos pero no es eso lo que gobierna al mundo: ¡nalgas, dinero y poder!, lo que nunca se cansó de decir Shakespeare.”



Lancaster llegó a buscar tesoros y a hacer estudios de la flora del desierto sin imaginar que lo segundo

sería el verdadero cofre que cambiaría su vida. Cuando los pobladores de Salsipuedes lo vieron bajar con aparatos y libros del tren le ofrecieron poner guías para encontrar lo que quisiera con tal de que enseñara a sus hijos algo de lo que sabía. Habían aprendido con Don Enrique que la educación aguantaba vientos y crecidas y que el tiempo era el ácido más fuerte que sólo se resistía con instrucción. Fue por ese lado que Lancaster se acreditó con el viejo ingeniero al darle el remedio para las hemorroides, cauterícese el fondillo con hielo y un trapito para que no le queme, le recomendó. Aunque no era de bebida, era de mucha información, recurso con el que se acreditó en Salsipuedes, donde de entrada quitó todas las enfermedades que dan entre el ombligo y el fondillo recomendando sentarse lo que duraba un cigarrillo en una tina con agua helada hasta la cintura. Se negó a preparar una poción solicitada por algunas mujeres de los parroquianos de El Trece Negro para aplacar el ánimo garañón de sus maridos diciéndoles que estaba con la naturaleza no en contra de ella porque ustedes aprenden de ustedes mismas, los hombres no aprendemos de los hombres, aprendemos de las mujeres, y no todos, porque los hay quienes nunca agarran la onda.

Terminaría contagiándose del alucinamiento de Salsipuedes. Hasta entonces nadie le había manoseado la calma, ni sabía complacerse a sí mismo. Había despertado muchas noches envuelto en vapores agridulces pero cuando se expusiera a hembras con tobillos así de gruesos y mirada retadora, sucumbiría. Y aprendería. Aquel amanecer

que despertó consciente de que estaba entrando a otra década comprendió en cascada que le hacía falta vivir. Tanta información libresca le habían llenado los calcetines de piedritas. Con el rescate del mapa del antepasado y de las aventuras sexuales de Simón Bolívar decidió meterse a la vida y pagar por ello. Pensando que a cada momento se adentraba más a la nueva década tomó el tren a donde fuera. Después de cruzar un paisaje de nada se detuvo en un llano que con los años se convertiría en el panteón de trenes donde se celebraría el rito de despedida de la cofradía del abulón. Bajó su equipaje de trabalenguas, tres baúles con libros, tres pares de lentes, tres matraces y tres aparatos para hurgar el cielo. Escuchó los estertores del verano que comenzaba a morir. Las viudas del desierto, las ramas secas y redondas le inmovilizaron las piernas poniéndolo a pensar qué diablos hacía rodeado de niños con cachetes de manzana. Dudó como debutante empujado a un escenario sin orillas. Divisó el perfil del casino y el Palacio Jai Alai asediados por un oasis de palmeras umbrosas de donde brotaba música. Esa sensación la reviviría años después desde su granja mirando hacia Salsipuedes y mucho después, cuando hacía experimentos en una isla helada. Mientras giraba la locomotora en dirección sur pensó en devolverse. Ahora entendía que el desierto era hermoso, pero dentro de un cuadro. Hizo por volver a subir el equipaje al carro pero ya lo cercaba la gente y la música de un grupo norteño. Le empezó a llegar el picante aroma de burritos de camarón, tacos de pescado, tortas de calamar, tamales de langosta, aguas frescas de horchata y limón, estampitas y

veladoras de Juan Soldado. Entre el mareo de la quemazón de ruda, orégano y hierbabuena escuchó que los porteros anunciaban la salida y en el preciso momento en que el tren pitó, desistió subirse. Entregó su equipaje a los padres de familia. Acababa de descubrir entre la gente una espiga de tobillos fuertes y ojos francos con un vestido que le caía de tal forma que habría detenido todos los relojes del mundo a las cinco en punto de la tarde. De golpe se convenció que el desierto tenía frutos generosos que al encontrarse con la brisa de mar resultaban espléndidos, frutos que muy pronto recolectaba en la orilla del río con Luna llena a la manera gitana con consecuencias que casi lo dejan minusválido. Jamás se le habría ocurrido que para vivir escenas eróticas como las ilustradas en la literatura hubiese que pagar tan alto precio hasta que se vio a sí mismo inaugurando el vado de arena y cascajo que unía a Salsipuedes con las aguas sulfurosas. Terminaba sus encuentros con lugareñas con las rodillas como de penitente de altar mexicano y con las nalgas como guayaba colombiana. Mientras estaba en el brinco le importaba un carajo, la bronca comenzaba cuando se enfriaba. A pesar de los moscos y las hormigas le encantaban las escapadas vespertinas a aquel gimnasio canicular de limo con cuarzo. Se hizo bueno en la calistenia oblicua, el trapecio sin red, el arbolito chino y el paso de la muerte pagando el precio por ello. El buscador de tesoros encontró el camino, la verdad y la vida en un umbrío pasaje poblado por ranas donde perfeccionó alternativas de posiciones no descritas en ningún tratado de amor y en donde

se le reveló el sentido interno del consejo del abuelo, si encuentras un hoyo, hijo, tápalo, tápalo.

La primera vez que se cayó de una hamaca se acordó de Simón Bolívar. Entendió que lo que llegó del viaje por el río Magdalena eran las sobras que había dejado la mulata de Fucha. Tenía razón Copa Lussé, era muy difícil ser hombre. Como de sus rodillas brotaron golondrinos por causa de las revolcadas que le dieron las crecidas del río en lo más entrado de la faena, decidió construir una ménsula a varios metros del suelo. De ahí colgó un enorme cazo de cobre que le permitió giros inverosímiles guardándolo de tragar lodo cuando al río se le ocurría crecer en el momento que él comenzaba a jadear.

“Una vez una muchacha casi se me ahoga.”

El cazo le había salido bueno para cocinar pechuguita en salsa de pistacho con la que bañaba a la chica a lo largo, añadiéndole papitas de cambray y granos de granada en la melena de donde brotaba una mujer encendida que empezaba a degustar con la mirada. En cuanto se hizo de una parcela, se aplicó a trabajarla siguiendo los escritos de Virgilio. La mezcla de aquella tierra en talúd con caliza y aquella brisa con aquel sol producía la mejor uva de la región. Una mirada a los campos de los molokanes confirmó que andaba bien en sus conclusiones. Sembró pensando que con la uva podría practicar experimentos y con los olivos ponerle un poco de verde a aquel paisaje lunar. Mientras las plantas crecían aceptó dar clases a los hijos de sus amigos en materias técnicas rehusándose a enseñar humanidades argumentando que con los vecinos al norte de nada serviría saber de poesía y filosofía. Si quieren que sus hijos pongan

comida en la mesa y formen una familia más vale que aprendan de números, no de letras, les recomendó.



Delio Carrasco creció en Calafia, una aldea al sur de Salsipuedes construida con restos de naufragios del mar de China que la corriente entregaba en la desmoronada costa. Su barrio parecía un tiradero de colosos amarrados al farallón con los hilos del viento. Transportaban en sus entrañas depósitos de sales endurecidas que despedían fragancias de viejas costumbres de las que el abulonero aprendió mientras jugaba con delfines. Creció viendo ideogramas chinos en las paredes de los cuartos de su casa que Pin Hao le enseñó a interpretar. De esas lecciones le quedaron los rudimentos para teñir las paredes de su buhardilla de juventud; esa sería la educación formal del abulonero complementada con vivencias en los arrecifes y durante sus consultas con la vida en las hirvientes calles de Salsipuedes. Cuando le salieron pelos y ángulos se metió en el juego que la gente juega, en el juego de la apariencia que hace posible permanecer en el mundo. Capturaba abulón que entregaba en comederos para turistas y cuando cobraba lo celebraba con sus amigos arrancando en El Dandy del Sur, felices de haber sido paridos, terminando en la segunda madrugada como toros amorcillados, perfumados con el olor a toneles. En esos recorridos confirmaba lo leído en paredes encalladas en Calafia impregnadas de siglos que los lugareños embonaban armando el espinazo de la aldea vértebra a vértebra haciendo que con cada temporal la aldea se volviera más sabia. De las corrientes rescató ser

receptivo como un valle, a tener la paciencia de esperar a que el lodo se asentara y el agua se aclarara, lecciones tomadas de restos acumulados como libros en una gran alcoba con un balcón rocoso donde volvería de viejo a que Pachilú lo arrojara al mar. El ciclo de capturar, entregar y cobrar consolidaría los rudimentos de sabiduría adquiridos cuando de niño jugaba sin competir que aplicaría como entrenador de box al instruir a sus pupilos a mantenerse atentos hasta que la acción correcta saliera sola.

Empezaban a celebrar en El Dandy del Sur, una rampa poblada de parroquianos acuáticos y terrestres. Después de trabajar a conciencia era recomendable incursionar por la inconciencia porque si Noé lo había hecho ¿por qué no uno? cosa que lograban desde el primer trago al comunicarse con pescadores, cuatrerros, herreros, comerciantes, albañiles, anarquistas, jugadores, contrabandistas, pelotaris, jockeys, talladores, músicos y granjeros en esa barra donde mamíferos de agua se cruzaban con los de tierra resoplando como locomotoras remolcando vagones con vino. El lugar se inundaba con corridos brotados de músicos de manos trabajosas. La música norteña le daba el punto al caldo de texturas humanas sazonado con sirenas muy locas, lobos marinos muy holgazanes y delfines muy simpáticos; un ajiaco de panzas, aletas, tetas, picos, patas y cuernos.

Para que los sentidos ardieran hacían escala en las trastiendas donde se fabricaban espíritus. Delio Carrasco bebía con los ojos las imágenes tan familiares de los pobladores del archipiélago ocupados en atracar y desembarcar. Con el tiempo sus amigos se irían incorporando al mensual extravío

del abulonero comprobando que en la primera travesía eliminaban la piel vieja emergiendo del otro lado con puños de lava. Descender a los infiernos y ascender a los baños, sin riendas, sin freno, sin espuelas, a caballo sobre el vino hasta desayunar en paz lo había aprendido cuando bajaba más allá de la luz, cuando trasponía la capa negra de la profundidad hasta alcanzar los salones iridiscentes donde crece el coral verde que se vuelve negro al contacto del aire y los peces se mueven como ceniza de cañaveral incendiado. Una hilera de espejos que deformaban y hacían recordar las criaturas de los abismos marinos custodiaban las tinajas de duendes donde se echaban clavados y de donde salían con humor vagabundo rumbo al primer amanecer y a la segunda noche después de haber bailado y cantado como dementes todo el día y haber jugado boche con italianos y damas chinas con judíos. Escalaban la segunda noche rapeando entre El Trece Negro y la barra de Punta Piedra hasta alcanzar la cima de donde resbalaban al otro lado para sumergirse en los baños del Agua Caliente diciendo cosas como brotadas de un túnel enlamado. Atrás habían quedado las risas y las ocurrencias, la filosofía y la música, el baile y el canto que algún día resucitaría como tributo al recuerdo; atrás los columpios del Sans Souci balanceando chicas con piernas de gallina y travestis con racimo de zarzamora y cuello de pescador; atrás las maldiciones de los pelotaris del Jai Alai, los alaridos de la arena de box, la música en tugurios repletos de ficheras con cintura de boiler bailando danzones, cumbias y corridos; atrás la simpatía de los delfines bebiendo como

albañiles que al segundo trago subían la cola al estribo poniéndose parlanchines, atrás la vivencia de haber presenciado la función de lucha libre celebrada sobre un cuadrilátero regado por ruinas ante un cotarro que incluía mujeres fanáticas de un luchador brasileño que venía causando sensación por el tamaño de su bulto. Cuando el promotor vio que la tenía como caramelo de peluquería, dando maromas de contento, le había ordenado ponerse calzón de licra muy untado para promover apuestas durante el desfile que anunciaba la pelea de máscara contra calzón que opacaría las french movies, los disparos de pelotitas desde una bulba como de elefanta y el show de la dama y el burro pero que terminó en fiasco: el amazónico perdió contra Kid Snoopy, un lugareño crecido en el archipiélago de la Zona Norte, un joven iniciado en los recursos dejados por el revoltijo de inmigrantes. Contarían a sus hijos cómo una muchedumbre completa, descubriéndose la cabeza en señal de duelo comprobó que los vientos rojos habían transformado el instrumento del amazónico en una serpentina sin resuello, que lo que había prometido hacer bizcos se encontraba desparramado en la lona como papel picado, de tal forma que el evento quedó marcado como la primera quiebra financiera de Salsipuedes.



Aunque pareciera emigración de búfalos tirando cercas para Don Enrique, el tour de la paga del abulón era la semilla que algún día transformaría a los salsipuedenses en una raza nueva. Aseguraba que aquel ható de jóvenes atolondrados sería recordado

como el germen de un pueblo que inventaría un mundo. De sus cuerpos descenderán patricios, les aseguraba, sirviéndoles tragos después de haber verificado altura de frentes y revisado el iris para no servir tequila a brutos ni a quien estuviera en el proceso de serlo. Al contrario del enervante El Dandy del Sur, la cantina de Don Enrique era el espacio donde Delio Carrasco sacaba las lapas de abulón abriéndolas y fileteándolas con navaja y formando un abanico al que añadía cebolla, ajo, chile picado, aceite de oliva, aceituna en trozos, epazote, sal y pimienta sobre una cama de cilantro que a la primera mordida hacía entrar en éxtasis. El Trece Negro era la esclusa para quitar presión al arranque del tour que a esa hora no entendía razones pero que con aquel capricho culinario, la comunicación se retomaba y la camaradería regresaba. Era un lugar donde no se perdía el tiempo, se encontraba. Disfruten su inconciencia, les decía Don Enrique; llegará el día en que no tendrán energía, una mañana que no puedan levantar su cuerpo de la cama.

El primer amanecer recorrían Salsipuedes anunciando la buena nueva, la invasión de chicos buscando hacer trueques aunque fuera en abonos. En el tiempo de las uvas cargaban barriles con caldos seguidos por nubes zumbadoras tarareando cantos con los que alborotaban casas que muchos años después serían relatados en los libros de historia como las incursiones que dieron camadas de críos veteados que originaron una raza y que de haber contado las familias con tapones para las orejas, Salsipuedes hubiera seguido siendo un apeadero sin registro en las cartas geográficas. En

una de las celebraciones se cruzaron con Darío Shoustari. El persa empujaba una carreta con un barril con pencas de maguey fermentado. Iba escoltado por abejas en camino a vender sorbos aromáticos por el archipiélago sin sospechar que aquélla sería la ruta donde unos años después colocaría chicas entre coreanos. Igual que cuando un hombre tropieza con un espejo y tiene que esperar a que la mente le dé alcance, el persa se encontró con el abulonero encabezando aquel grupo desperdigándose en todas direcciones. Le recordó los mercaderes de su tierra después de guardar los camellos, disponiéndose a pasar una buena noche. Encontró familiar la vehemencia con la que engullían el tiempo como su juventud en Abadan, a la orilla del río Tigris cuando él mismo se dispersaba entre cafetines y lupanares celebrando una buena pesca. Vio a Delio Carrasco dirigiendo una caravana de espectros como las que él vio de niño. La intensa camaradería varonil le resonaba el acento parsif, el idioma materno enmohecido desde que llegó a Salsipuedes. La música siguiéndolos y la polvareda mezclada con el tufo de mamíferos, la nerviosidad juvenil, los cuentos verdes y la simpatía de todos lo subyugaron. Se les unió hasta alcanzar el amanecer, hasta que Don Enrique les anunció que el garito cerraba y aunque sabía que todos pagaban su cuenta y hasta dejaban buena propina, ya estaba bien de lidiar tanto necio, no servía ni un trago más.

“Apaguen la luz a la salida. No quiero que aparte del tufo de camarón que durmió la siesta bajo el guano me dejen una cuenta así de larga en el recibo.”



A medianoche Delio Carrasco y Elcova de los Hornos se separaron del resto acordando encontrarse en un cabús del cementerio de vagones para desayunar salmón ahumado y abulón. Abrirían con champaña y cerrarían con coñac sin imaginar que con la muerte de Elcova de los Hornos, aquel almuerzo quedaría como rito de despedida a celebrarse cada vez que alguien del grupo sentía que se le acababa el tiempo, una celebración en el último carro del tren antes de desprenderlo. El abulonero había decidido acompañarlo a la búsqueda de la ruta más corta para transportar correo a Salsipuedes donde sólo llegaban paquetes en barcos de contrabandistas. Sería un reconocimiento de la sierra antes de competir por el premio que lo dejó para los coyotes que sólo perdonaron unos pelos sin canas pegados a un cráneo en una garganta de La Rumorosa que confirmó que Elcova de los Hornos no alcanzó nunca a apestar.

Amanecía. Vieron la ceja de la Luna arquearse y desvanecerse como muesca de hielo sobre un horizonte calcinado. Aquella Luna devaluada los hizo suponer que Zangalo Lobo andaba contrabandeando, Rodolfo Green robando vacas y Copa Lussé bailando danzón. Descendieron a la planicie bajo un amanecer lavanda. Siguieron por el terso litoral del río. Vieron tenderse los primeros rayos del Sol de cresta a cresta por encima de la oscuridad castaña del golfo, justo donde el delta se abre paso entre las dunas rumbo al mar. Elcova de los Hornos mencionó que en aquella tierra había buenos bancos para hacer

mosaico apuntando hacia algunos tonos del páramo que la claridad empezaba a revelar. Se sintieron las primeras bocanadas del furtivo aire del este. La Rumorosa acudía a colocarse en el fondo con su acostumbrado color de ciruela reseca y recocida entre gritos de faisán y aleteos de codornices. La boca del alba soplaba la última estrella, se hacía la luz en el mundo. Entrada la claridad se reunieron con los amigos en el cabús “Hasta Siempre” en el centro del cementerio de trenes. En ese vagón desconchado, entre salmón con alcaparras y vino rojo, el grupo conjeturaba sobre la formación de aquella tierra hecha a cataclismos, con materiales rechazados y arrojados fuera de la creación. Intentaban medir con la mirada el antiguo lecho de océano que los rodeaba hasta que Copa Lussé interrumpió para brindar por haber sido paridos, por lo bien que les corrían los jugos del cuerpo levantando la copa contra la luz en el momento en que llegó Zangalo Lobo con las velas desplegadas. Venía de darle un coscorrón a la vida en una cantina donde había pasado la noche escuchando a un vaquero componer una canción a una cantinera llamada Rosa.

“Recordé mis tiempos de libertador.”

Zangalo Lobo había llegado como fotógrafo del ejército expedicionario que tomó Salsipuedes para fundar una nación socialista pero después de ocupar la plaza, mientras juntaba revolucionarios para tirar la foto constitucional, llegaron los federales con una ametralladora que convirtió el germen de estado sin clases en hormiguero pisado. Se quedó con la frustración de no haber retratado el nacimiento de una nación de libres. Años después, cuando Clarissa

Cardinale lo divisó escurriéndosele la vida en una calle atestada de gente peliculesca reconoció al joven que de niña había visto queriendo tomar una foto a hombres con sombrero de picos. Se lo llevó a su padre para que le remendara el jirón por donde se le escapaba la vida. Desde aquel momento le nació la obsesión que Zangalo Lobo llenara su frasquito de carne con aquellas semillas, el vasito que años después ayudara a hacer funcionar su comadre Maroshka Rogoff pero que nunca logró prender en ella otra cosa que fatalistas argumentos del revolucionario.



El crepitar del sol matutino crecía y el viento comenzaba a soplar. Entre los remolinos que enviaban ráfagas contra las ventanas cada uno veía girar su más caro recuerdo como condenados que se transmiten ese sentimiento de alivio experimentado cuando se encuentra a alguien con quien compartir preocupaciones inconfesadas. Dando un mordisco, Elcova de los Hornos, se adelantó, ¿qué será el amor?, el absurdo, le contestó Zangalo Lobo, algunos se comunican con peleas, otros con egoísmo y los menos con ternura. El festival de sentidos atizados con vino ardía con la risa del grupo alrededor del contrabandista parado en el centro del carro con las piernas en compás como sacerdote de un rito viril quien añadió, no pierdan el tiempo hablando de eso en un cementerio de fierros. Delio Carrasco permanecía en silencio evaluando su vida en los precipicios marinos; me basta el recuerdo, dijo, y recorriéndolos con la mirada les preguntó cuál había sido la frase más cabrona que les había dicho una mujer. La

pregunta quedó pendiente sobre el aire, temblando como una aguja de brújula. Elcova de los Hornos estaba tirado como estrella de mar observando el sol a través de la copa vacía. Su relación con la sirena, lo había hecho fibroso y flexible. Zangalo Lobo miraba hacia la sierra musitando, desierto fuera y desierto dentro, como letanía que interrumpió y volviéndose remató, quiero hacerme vieja contigo, eso es lo más pelotudo que me han dicho: quiero hacerme vieja contigo. Darío Shoustari no los alcanzó. Se había apartado en lo más denso de la oscuridad para recibir una remesa de muchachas que debía acicalar para ofertarlas en el bar Chicago antes de las siete de la mañana, hora que comenzaba el año nuevo coreano. Había publicitado que para la Luna de febrero le llegarían chicas que sabían cocinar. Las colocaré bien, anunció con la certeza de quien conoce el mercado. Antes de empezar con el reconocimiento de la ruta de correos habían despedido a La Diez en el farallón de Punta Piedra en la hora neutra. En el abatimiento de la tarde habían convencido a Darío Shoustari que los acompañara recordándole que la luz parda era para gallinas no para mariposas; a esta hora no tienes nada que hacer, le dijeron, vamos a La Rumorosa, el único lugar del mundo del que se puede observar la Luna negra. Llegaron al espinazo de la noche en el momento que asomaba un boquete sobre el horizonte cruzando el cielo como medalla deslizándose bajo el aceite, y todo, incluso lo negro, parecía claro. El persa murmuró algo ininteligible y luego aclaró que era un buen signo sembrar en Luna nueva, por eso se marchaba a cultivar mariposas; debo apurarme para empezar a colocarlas, dijo, ya

casi es año nuevo en Corea. Al verlo apartarse Delio Carrasco se quedó igual de mudo que Elcova de los Hornos cuando aquella tarde vieron a la sirena sumergirse en el mar. Pensó en el insólito apostolado del persa ayudando a las muchachas que eran la luz al final del túnel para sus familias. Se veía a sí mismo confundido con Samara, la chica que Darío Shoustari le había presentado frente a un espejo, quien había sido violada en su adolescencia por alguien cercano que le había dejado el sexo roto. Samara lo había convencido que nadie estaba libre de cometer una estupidez, nadie, y aunque le había dicho que tuvo una niñez feliz no le permitió que la acompañara donde vivía. Se le entregó con desdén, como saliendo del paso, sin esperanzas, como si las penas la hubieran magullado. Fueron a la cama soltando grititos, como pájaros migratorios ¿Y después qué? Nada, siglos sin verla. Había soltado la pregunta sin imaginar que pudiera existir una respuesta tan absurda como la que dio Zangalo Lobo; a él no se le hubiera ocurrido decir jamás quiero hacerme viejo contigo, una muchacha diciendo quiero hacerme vieja contigo era una estupidez. Vuelto al desayuno se concentró en la conversación de las aventuras de Zangalo Lobo en sus tiempos de contrabandista y agitador. Le fascinaba aquel hombre con una vida llena de vivencias que igual sabía de ballenas que de maquinaria, de contratos colectivos de trabajo, de movimientos de la Luna, de destazar un cuerpo, de entregar ternura, de doctrina social. En ese momento narraba la epidemia de anarquismo que asoló la región y que lo contagió con fervor de iluminado impulsándole a repartir panfl etos incendiarios antes

que Clarissa Cardinale entrara en su vida. Terminar trozado en dos partes fue el colofón de quien había vivido la vida de golpe desde que escapó en su niñez de ser masacrado gracias a que como correctivo por orinarse dormido su madre lo mandó aquella noche con las gallinas. “En los palos del gallinero aprenderás a ser consciente.” Esa última palabra se le quedó en la memoria junto a los cuerpos destrozados de su familia en Armenia. Se vio después de grumete en un barco de contrabandistas de hachís y café entre el Mediterráneo oriental y Marsella. Subió de rango cuando trajinaron por el río Paraná suministrando hierba turca, casimir inglés, perfume y vino francés, algodón del Mississippi y ron cubano a oficiales argentinos y paraguayos. En el barrio Palermo de Buenos Aires se relacionó con la secta del cuchillo, los compadritos de los muelles, quienes lo llevaron a trabajar a una curtiduría de nutrias. De ahí pasó a una empacadora de langosta donde finalmente le engrosó la voz y le salieron los primeros pelos que el tiempo tupiera y él engomara a partir de que Theda Vara, la estrella del cine mudo, quisiera retratarse con aquel hombre de bigotes puntiagudos en el casino Agua Caliente de Salsipuedes. Eso y mucho más sucedería después que Clarissa lo reparara y lo convenciera de ser entrenador de perros.

Para el superviviente de un exterminio que venía de contrabandear en los muelles de Marsella, de hundir barcos en mitad del mar para cobrar el seguro y de capturar nutrias en los esteros del Paraná, la invasión de un territorio donde cupiera una nación le sonaba a encontrar una ruta para la mercancía, fácil, muy fácil. Había vivido momentos picados por

la muerte donde le quedó claro que si algo te gusta, tómalo y paga el precio, igual una arroba de café, que una piel, que un pedazo de tierra, de ahí que cuando vio a aquel mesías de lentes redondos y cabellera de director de sinfónica reclutar aventureros en El Pueblo de Nuestra Señora la Reina de los Angeles de Porciúncola para fundar una nación lo siguió. Aquel iluminado hablaba un español cantado, muy distinto al que había aprendido en el Paraná. Cuando se presentó para darse de alta, Ricardo Flores Magón le preguntó ¿qué sabes hacer?

“Hundir barcos y curtir pieles.”

Mientras limpiaba sus lentes el líder le contestó que no necesitaban marineros; queremos topógrafos para medir predios, le dijo, a lo que Zangalo Lobo reviró que necesitarían contrabandistas, gente que les traiga y les lleve cosas. Flores Magón se quedó pensativo.

“Puede que tengas razón, ahora mismo no hay frontera pero en cuanto clavemos nuestra bandera tendremos que traficar.”

Tomaron Salsipuedes con un ejército de ochenta y siete aventureros que hablaban nueve lenguas distintas y habían sido dados de baja en un montón de religiones. Sumados a los ciento setenta y cinco lugareños, contando mujeres y niños, completaban los doscientos sesenta y dos habitantes con los que se inauguró la prehistoria de una ciudad que tal vez nunca se diera el tiempo de serlo pero que se registraría en los partes aduanales como la capital de una república socialista por treinta días, siete horas y cuarenta y dos minutos, tiempo suficiente para imprimir proclamas y un borrador de constitución

basado en el pensamiento de Mihail Bakunin, prohibiendo para siempre la construcción de cualquier tipo de iglesia, de palacio de gobierno y de bancos, porque el hombre para ser libre debe erradicar autoritarismos. Vacunarían aquel territorio contra la esclavitud. Mientras Flores Magón y sus hombres andaban en busca de cantinas y casas de señoras para estrenar la leyenda de Salsipuedes, Zangalo Lobo esperaba en la única esquina del cuarterío con una cámara tamaño guardarropa. Clarissa Cardinale vio desde la peluquería cómo le daban una patada en el culo para que se fuera a alborotar a otro lado. Muchos años después el anarquista lo recordaría todo. Le diría que había sido precisamente en aquel momento que se enteró era descendiente de Marat, el revolucionario francés. La patada en las nalgas me hizo bien, repetiría durante el reparto de tierra liberada de la Colorado River Land Company, me destapó la mierda acumulada entre Marsella y Los Ángeles, traía tres continentes de caca tapándome el entendimiento.

Con el culo como de mandril marchó a Chicago donde vio niños tiznados trabajando en labores de hombre que le fundió el corazón y lo movió a participar en manifestaciones callejeras y disturbios sindicales convencido que el anarquismo es una fe y las iglesias un poder y que todo lo que se mueve en medio es oro: el anarquismo en las venas y la iglesia en el bolsillo. Organizó zapateros y pescadores hasta que vino lo de la acusación del asesinato del pagador, el largo juicio y las protestas que de nada sirvieron porque terminaron electrocutando a Nicola y Bartolomé. Después de eso, Zangalo Lobo volvió

a Salsipuedes a desparramar aserrín. Cuando los anarquistas italianos eran historia Zangalo Lobo era un estropajo que Clarissa Cardinale reinventó zurciéndole el abdomen y las axilas intrigada por sus extraños monólogos. Auxiliada por su padre, lo fijaron como parturienta en el sillón del barbero a darle las puntadas finales. El peculiar olor a pan con levadura que empezó a despedir su hija alertó a Benito Cardinale y después que dejaron al despatarrado en la cama le recordó el consejo de su madre, no olvides que sólo hay dos clases de hombres, los que sirven y los que no sirven. Ella no necesitaba que le refrescaran la memoria porque la tenía de abonero. Nadie la haría desistir de aquel muñeco que a todas luces servía, por lo menos para untarse lo que regaba. Desde que lo cosieron hasta sus tiempos de entrenador de galgos, Zangalo Lobo vivió los años más apacibles de su vida, el lapso tolerante de una existencia llevada en retazos que ahora Clarissa Cardinale vigilaba que no se le desjarretara, atenta a espantar fantasmas de antiguas luchas. Cuando le daba por arrancarse pedazos de pellejo ahí estaba la hija del peluquero con su aguja de arria recogiendo los sedimentos regados por la sábana, volviéndoselos a meter y a remendar. En el primer año las convulsiones la agarraron desprevenida. Estuvo a punto de perderlo de no haber sido por las agujetas de los zapatos que usó para saturar la hemorragia de aserrín. A poco se dio cuenta que ocurrían en temporada de vientos. Cuando volvieron estaba preparada con aguja y suficiente hilo de tripa de gato y no hubo desgracias que lamentar pero sí un detallito por resolver porque después de coserlo

el anarquista se volvió muy meloso, muy pegajoso, muy encimoso. Ahora el problema era otro. En la madrugada le daba por gatear en la cama, morderle la nuca y caerle con todo. Clarissa Cardinale tuvo que aceptar que los hombres no se componen. “O no la miran a una, o no la dejan en paz”. Se resignó a vivir con los ciclos del lunático esperanzada a que algún día se encontraran con los de ella y la preñara en forma natural pero según le había dicho Lancaster esa conjunción no se daría en los siguientes mil años. No le quedó otra que volver al plan de la cucharada sopera soñando que cuando fueran un par de viejos estuvieran rodeados en las comidas de algo más que frustración al leer periodicos. Mientras tanto, cuidaba que se quedara con la imagen cuando lo vio de niña hecho un puro énfasis pero no se engañaba, intuía que había encadenado los delirios políticos de su hombre en la plenitud de la edad con la frágil aldaba de amores sonámbulos. Cuidado, le advirtió su padre; los hombres le pegamos el brinco a lo que se mueve en la oscuridad, lo traemos desde las cavernas.

“Tienes que hacer algo antes de que te conviertas en un sueño y no te voltees a mirar durante el día.”

En la siguiente temporada de vientos optó por no coserlo. Era mejor lidiar con sus aspiraciones de justicia social que enfrentar la humillación de haberse puesto los cuernos con ella misma. Resultaba intolerable que haciendo el amor por la noche se ofreciera por la mañana a tender la cama y lavar los trastos. Era preferible enfrentar los desvaríos del soñador recrudescidos en las madrugadas cuando los vientos del desierto sitiaban Salsipuedes y Zangalo Lobo empezaba a descoserse confundiendo a Clarissa

Cardinale con un banquero a quien había que colgar del farol de la esquina. Ponte sobre la mesa para verte los pedazos sueltos, le urgía la mujer, ¡pero ya!. Era común que el rescate terminara en encontronazos por un túnel donde no cabían juntos. Cada cargada de egos reventaba en bengalas sobre una cama yerma con sábana rajada por caminos endurecidos, distanciándose y juntándose. Echaban chispas, como herreros soldando dos temblorosas sombras en una madrugada de agónicos. Ella tampoco entendía razones. Con obsesión de mujer del desierto se aplicaba a rescatar lo insalvable. Cada conjunción de viento rojo y amanecer dilatado tiraban a preservar el yo y el tú pero primero el yo mío y luego el tuyo en trances que extraviaban la orientación; un juego sangriento en que se daban con todo. Parece que no hay otra manera de comunicarnos, murmuró Zangalo Lobo al final de una de esas trifulcas; somos como viajeros coincidiendo en un andén con boletos a destinos diferentes; eres pan de viaje, de ese sin levadura, solía repetirle con el maravilloso crujido del idioma armenio al final de la tormenta, envueltos por el silencio, en el filo de la cama, con el tú y el yo abollado, retomaban la tarea de arar por la parcela de entendidos antes de volver al casino. Salían a caminar atravesando el resplandor artificial de la calle Revolución, el amarradero de color y texturas custodiado por voces anunciando cosas en carros tirados por burros con pijama.



Dejaron el cabús al que no llegaron ni Sal Hirsch quien alguien dijo andaba organizando una jugada en

el casino, ni El Zopilote Chávez Cano que empacaba para partir con Lancaster a experimentar en el Ártico. Caía la tarde. Un sol como yema pinchada derramaba su camino de mercurio por las aguas. Unos incesantes pelicanos pasaban rastreando con sonrisa socarrona las sombras que escapaban hacia la costa. Las bodegas fiscales manchadas de desvelo se alineaban como fantásticos bueyes arreados por estibadores oscuros. Casas con techos doblados y vueltos a doblar asediaban el frontón Jai Alai. La calle que arrancaba en el banco izquierdo del río bombeaba hombres contra fachadas como tramoyas de una función que no acababa nunca. En las paredes se anunciaban shows con chicas de verdad y otras no tanto pero que contribuían a satisfacer las urgencias de una clientela que no reparaba en pequeñeces porque ya borrachos qué horas son, al cabo que mañana estarían vomitando en una playa remota los espíritus tragados en una calle donde cabía la mitad de los Ford T de la orilla oeste del mundo.



En un hotel para obreros se crió El Zopilote Chávez Cano quien dos vidas más tarde se quedaría tieso en el Ártico. Poco antes que el frío le retratara la boca murmuraría, esta blancura me recuerda donde crecí y esas barracas los vagones de la Imperial Valley de donde arranqué la ventana que Delio Carrasco puso en su cuarto. El parador era la marca que advertía al viajero que estaba entrando a un paisaje de nada. En esa horizontal se formó El Zopilote Chávez Cano tendiendo vías entre amaneceres cortados y tardes anchas. Se le separaron las pelotas del cuerpo

enjuagando las manos en sus orines para apagar las ampollas de la barra de uña con la que hincaban rieles sin perder de vista la estrella polar. Sobrevivir dependía de mantenerse unidos como expedicionarios en un planeta extraviado. Lo recordaría muchos años después comparando a los pescadores de cangrejo cuidarse de no resbalar, conscientes de que más de tres minutos en el agua significaba que el capitán había decidido donarlo a los tiburones, semejante al obrero perdido en la canícula y que ante la disyuntiva de cargar con un cuerpo cocido, el superintendente optaba por abandonar a los zopilotes.

A ese carro con literas de los Chávez Cano tocó Lupe Müller un mediodía de invierno. Rodando sola en estas soledades, murmuró Eduviges al verle la mirada aterida; entra criatura antes que te dé pulmonía. La acercó a la estufa y al tocarle el pelo sintió que era retoño venido de muy lejos. Le ofreció caldo de queso y una cama de donde al otro día saltó muy temprano a ayudar en la cocina. La llama grande con la que guisaba y la manera que salteaba condimentos encontrados moviendo el sartén como tirando de una cuerda hablaba de ciénegas eternas y campos azucarados, lo que convenció a Eduviges que había llegado la descendiente de un soldado de fortuna europeo como su abuelo irlandés a quien en la guerra de Texas habían herrado en la frente por haberse pasado al bando de los mexicanos. El fogón era la parada de los obreros pero a partir de que empezaron a brotar platillos de sabores antagónicos hermanados con yerbas silvestres, el gerente de la Imperial Valley Railway cayó como gaviota a comprobar el giro de la cocina con el que

se entusiasmó desde la primera sentada. Comida de negros, le informó Lupe Müller con acento afelpado, el caldo es Jambalaya y el chorizo, Tchownesse.

A Eduviges le pareció que tenía demasiada nariz para llamarse Lupe pero sus piernas iban bien con el Müller, las tenía rectas y robustas, nada que ver con las pandeadas y flacas de los alrededores. La aceptó con la astucia guerrera que tiene toda mujer.



Cuando destapó la ollita olió el cambio. Aquel aroma no le traía razones de su madre. Comió aplastando con la lengua el guisado, buscando encontrar la mano de Eduviges que no apareció por ningún lado. Volvió al trabajo con un presentimiento que al acabar la jornada se había convertido en afán. Se apartó a aspirar el cortinaje del atardecer y el seco aroma de las estrellas. Decidido a averiguar el origen del lomo con manzana montó el armón de obra y rodó hacia el lado por donde llega la noche. Cuando entró al hotel se fue directo a la cocina donde vio una figura mirándole como diciéndole vuelva por la mañana, pero El Zopilote Chávez Cano venía de lidiar con tornados y no estaba para argumentos. La ensartó contra la estufa y le exprimió líquidos corales de ofertorium kyrie sanctus benedictus magnificat audi dulces hasta que el alba irrumpió condimentada de azúcar moreno y voces como brotadas de un túnel. La claridad reveló la longitud de la desnudez de la intrusa y las patas rojizas del guardavías.



Un jueves muy jueves Delio Carrasco condujo a Samara al trasero de Salsipuedes. La guió de la mano haciéndola reconocer con las yemas la pupila del adobe, como familiarizando a una ciega con el talante de los callejones. La puso a escuchar con el tacto asegurándole que aquellas paredes eran huecos donde dormía el agua de la que están hechos los sueños. Ella se dejó llevar con el aire cohibido de las mariposas nocturnas, confundida ante la desmaquillada cara de las calles que eran otras bajo el Sol. El abulonero temblaba como un potrillo en su primera carrera. Sentía que sería en vano tratar de impedir que Samara se consumiera como polilla lanzándose a la llama, igual que él en su obsesión por intentar entender las escasas palabras que pendían de una boca larga, una nariz trashumante y dos lamparones de aceite salpicados de pestañas. Su relación con la libanesa apenas pasaba de algunas sílabas y muchas ausencias que lo hacían sentirse como letrero de circo prendiéndose por temporadas. Pero ardía por vivirlas. Vagaron por trastiendas con alambiques creados durante la prohibición de alcohol. Pasaron por la barra donde David Negrete inventó la bebida Margarita mezclando tequila barato con controy, hielo frapé, sal y limón. El lugar ahora era atendido por escombros de mujeres, restos de lo que fueron magnificas estructuras. Recorrieron portales repletos de gente con costumbres agridulces y ocupaciones fugaces. Aquel es Livio Santini, le dijo señalando a un hombre de traje blanco con clavel en el hojal limandose las uñas mientras pasaban al lado de un minero canadiense y un judío sefardita mercando oro en el momento en que una chica de

talones triangulares les proponía ir a la Casa de los Columpios a pasarla que ni te lo imaginas papi, por un granito de esos mientras yo me balanceo tú me recibes aullando como si fuéramos Tarzán y Jane colgados de las lianas y si vienen los dos le hacemos como quieran quiero y como se acomoden puedo.

El restaurán de Santini estaba en la mitad de una cuadra de fachadas plegadas antes del amanecer y vueltas a montar al oscurecer. De día eran oficinas de sindicatos, farmacias y tiendas de ropa y de noche, rincones usados por ninfas tejiendo hombres crudos. Atravesaron un mediodía con acento cobrizo como socios buscando un cementerio de marfil. Rezumaban vida. El abulonero bamboleaba el cuerpo y ella daba gritos de sorpresa ante los escaparates hasta que llegaron al restaurán. El jueves estaba a punto cuando Livio los recibió ceremoniosamente. Los sentó en el centro del salón ofreciéndole a Samara la vista al cuadro “Baco y Ariadna” de Tiziano. Quedó estática mirando el momento en que Ariadna, la hija del Rey Minos de Creta conoce a Baco, el dios del vino y se enamoran a la primera mirada. Baco toma la corona de Ariadna y la arroja al cielo donde se forma la constelación. Afuera la gente pasaba como apresurados fantasmas escapando de la neblina que semejava un monstruo de múltiples jorobas revolviéndose por encima de las cortinillas de las ventanas, manchando el comedor de ocre y rojos secos. Los parroquianos parecían terracotas esbozados en pastel. El piso era de ajedrez y los manteles de papel de china. Un hombre tocaba acordeón de donde brotaban canciones napolitanas. Las mesas estaban montadas con cristal, porcelana

francesa, cubiertos de plata y un girasol al centro. En aquel lugar se ofrecían platillos de otra dimension. Del éxtasis del cuadro pasaron al de la ensalada inventada en un campamento de refugiados. Santini le explicaba a Samara que lo de las anchoas había sido luego que se hizo popular entre los ricos; originalmente era un bolo para hambreados le dijo, y con sonrisa dirigida al abulonero, te cambio la receta por tu bebida para albañiles. Ante la mirada expectante de Livio, Delio Carrasco pidió un vaso muy alto escarchado con sal y chile rojo en polvo, le vertió dos onzas de tequila blanco, agua azucarada, limón exprimido, hojas de hierbabuena, hielo, lo revolvió y se lo ofreció: changuirongo, la bebida de los emperadores aztecas. Brindaron por los hambreados y por los sedientos que de ellos era el cielo y aquel restaurán. Terminada la sobremesa el abulonero se sintió envuelto por el éter que aparecía siempre que recorría con la libanesa las calles. Salieron al crepúsculo. La neblina se había retirado mar adentro a esperar las corrientes que la trajeran de vuelta al amanecer. El rojizo bisel de la Luna irrumpió por el lado de La Rumorosa. Sería la primera imagen que le vendría a Delio Carrasco el treinta y uno de octubre de aquel año cuando vio en el cuello trozado de Mr. Green la viruta encarnada de la muerte.

Sus risas escalaron por las fachadas hasta alcanzar el índigo del cielo por donde vagaron hasta su buhardilla, hasta el camastro donde la empezó a rozar haciéndole saltar lo primitivo, trabajando como abejorro sobre la miel de sus pechos, aspirando con ocho ventosas el polen de su piel, arrancándole llantos callados, recorriéndola con la paciencia que un oso

mastica un panal, bebiendo de su cintura, temblando alrededor del vientre, atento a los balbuceos que brotaban desde sus entrañas, descendiendo y ascendiendo, pendiente a las palabras, suspendido como pelícano hasta que el quejido se convirtió en jadeo y el jadeo en grito y el grito en alarido; entonces se plegó como calamar sumergiéndose con las barbas por delante, como cuando descubría una colonia de lapas en el abismo donde ella recibió el pegamento para soldar su sexo roto. Por un largo rato flotaron a la deriva hasta que Delio Carrasco le volvió a poner rumbo a la cuestión. La retomó con la misma delicadeza que hacía reír a las lapas llevándola con jaloncitos hasta la orilla de la cama desde donde la precipitó a la fosa de los sentidos para que se terminaran de ahogar sus patrones de crianza saqueándola primero en trocitos, luego a puñados y finalmente a paladas recorriéndola como un loco desde la proa hasta la popa. Le hurgó madrigueras y bisagras haciéndole saltar pálidas arañas con la escobilla de su boca. Le sopló la espina dorsal y sus ramales pasando a desenterrar una a una todas sus glándulas exprimiéndoles sus jugos hasta que empezó a despedir olor a resina. Antes de incorporarse la acarició con aleteos, luego ascendió por las colinas del cuerpo hasta el inerte vientre donde lamió el eco de las palabras derramadas como leche hervida.

En diciembre de aquel año, viendo al amanecer hacer sombras, pensaba que un jueves no se apasiona, ni muerde, ni sueña y dura hasta que lo mata el viernes; que sería bueno hubiera jueves cuando no lo era, cuando era lunes o sábado para quitarse la indisoluble cuita que le dejó aquel día,

conmoción que empezaba a joderlo desde el miércoles por la noche hasta que rompía la claridad, la misma que descubrió el cuerpo de Samara atrapado en la hamaca como cisne en una red.



El cuerno norte de la ensenada donde nació, creció y se fue Delio Carrasco, lo formaban prismas de basalto semejando chimeneas de una fundidora desmembrada con restos aquí y allá, lijados por anchas lenguas que depositaban lava molida en un litoral de asfalto. La playa había sido formada con horruras de un infierno apagado. El cuerno sur parecía brocal de una olla que se retorció muchas veces antes de congelarse rematada con pilones de arena que crecían durante el estiaje, cuando los vientos del desierto chocaban con las corrientes árticas. La colisión corría el cierre de una invisible talega en el cielo de donde caía polvo trazando repisas en la pizarra. Una saliente aprisionada entre cactus como raquetas trabajaba como piedra clave de un arco donde Pachilú entró en la vida de Delio Carrasco y en donde muchas vidas después vendría a despedirlo. La niña del desierto no se acostumbraría a los movimientos de la llanura azul que le pareció siempre más alta que la tierra ni se le quitaría la preocupación de ver la enorme masa de agua golpear las rocas. No dejaría de ser una flor de cactus que nunca se adaptó al tufo de los animales marinos. Había aprendido a cocinar lo que el abulonero sacaba del mar por pura prudencia, no porque le gustara. Prefería la carne seca de burro al abulón. Previendo que su cocina se impregnara de arrecife decidió que

lo que Delio Carrasco trajera se limpiara antes de cruzar la puerta. Había sido criada en medio de olor de pan en el horno y tortillas en la plancha, de café sobre brasas y dulce de leche a fuego lento. La cocina era aroma, no tufo. La tortilla de harina arrojada a la plancha desde el sobaco hablaba de olores puros y sabores gratos. De niña asistió con su padre a carreras de caballos que terminaban invariablemente en remolinos de gritos. Era la gran preocupación de Senorina que se la pasaba con el Jesús en la boca cada que Elfego se la llevaba a sus vagancias. Mejor que hubiera sido hombre, no estaría con el alma en un hilo, aunque si a su padre no le importa, a la niña menos, es una chirota, renegaba, ocupada en los otros hijos que apenas le daban tiempo a pensar meneando la cabeza al imaginar a Pachilú en el centro del desorden; ya no me preocupa lo que oiga que a estas alturas lo debe haber oído todo, lo que me cisca es que sea tan metiche y el padre tan alcahuete, donde se mete ahí anda la otra de chinche por más que le digo que no es hombre, esa gente con dos problemas, lo que dicen y lo que hacen. Se la vivía preocupada por la hija que supo de caballos y gallos antes de zurcir un botón. La regañaba al verle la piel apretada de tanta vida al aire libre; la blancura es la mitad de la hermosura, pregonaba; la piel clara es de gente decente pero Elfego le recordaba que todos en aquella tierra descendían de mercenarios de la Guerra Civil americana; blanquitos, correlones y ocasionados, eso fueron nuestros abuelos, si la niña chacotea entre hombres no tendrá problemas, le aseguraba, cuando crezca los va a saber manejar. Este hombre nunca maduró, lo cortaron verde,

repelaba la otra; ellos se pueden oscurecer que al fin se lo ganan trabajando y se pueden poner hasta morados cuando se les pasa el tequila pero no mi niña que nació bien pelona como crío fino. Cuando la tenía a la mano la tupía con sentencias y recetas intentando neutralizar la influencia de tanto relajo. Lo primero que te has de fijar de un hombre es que tenga hermanitos pelones, le decía, peludos es señal de pelados, luego asegúrate que sea trabajador, ¿me entiendes?, no me gusta que tu padre te lleve a donde va puro peladaje con piernas pandeadas, ya me anda porque crezca tu hermano y te deje en la casa. Pero Elfego la siguió llevando a las carreras hasta aquel final que la sacó para llevársela a la cantina donde los alcanzaron unos hombres encorajinados. Las habas tostadas tenían a la niña tan ocupada como parecía estarlo su padre y su compadre jugando dominó sin prestar atención a quienes les gritaban. De pronto escuchó truenos y se sintió volando hacia la salida. Oyó gritar a su padre ¡dale para Altar!, y al otro, ¡para Nogales!, ¡para Altar!, ¡para Nogales!, lo que finalmente hicieron. Si se les acercaban se cruzarían para Arizona a esperar que la cosa se enfriara. Si no saben perder no deberían de apostar escuchó decir a su padre todo el trayecto hasta la frontera, palabras que Pachilú adaptó a las cosas de su vida y que se le imprimieron como tatuaje en la memoria, si no saben perder no deberían apostar solía repetir como regla de crianza que confirmó muchos años después cuando su compadre Sal Hirsch se quedó frío al ver la carta que venía a partirle el alma pero que tuvo los arrestos para sostener sentado y sin parpadear a su cuerpo, un cuerpo que supo perder.

No volvió a otra carrera, la única que sintió haber corrido dos veces por una misma cuestión, la de antes de arrancar y cuando comía habas tostadas y su padre hacía como que daba vuelta a las fichas mientras su compadre sacaba la pistola para acabar con la discusión. Señorina lo sintió al ver ennegrecer su anillo de bodas y revolviendo ¡Jesús la favorezca! con ¡Mi hija!, se quitó el delantal y corrió a recogerse el pelo. Cuando le daba cran al Ford la alcanzaron los comadreos, tu hija anda entre balazos. Su marido y su compadre se podían pudrir por alborotadores, al fin que no era la primera en que se metían, ¡pero la niña! A punto de meter primera se quedó mirando al crepé de la serranía dándose tiempo a reflexionar que si andaban correteando, seguro Pachilú estaría feliz, no era el primer córrelequetealcanzo de la niña con su padre, ya habían andado en esas la vez que Elfego pintó de verde las patas de un gallo corriente y apostó contra él porque el color como los de Alabama lo hacía favorito. Cuando se le empezó a escurrir con la sangre fue que la niña inauguró los apuros de su madre al verse ondeada como pañuelo escapando de un enfurecido palenque.

“Los hombres se la viven inventando a ver a quién fastidian. Cuando te miro tan contenta en esas danzas me da por creer que en otra vida fuiste hombre, has de haber sido vaquero o pescador.”

Pachilú había crecido pasando por entre piernas cascorvas para mirar a la yegua con las patas amarradas al suelo y al garañón dando vueltas a la distancia hasta que arrancaba y le pegaba el brinco, el plop y el desmayo del macho sobre la grupa de la hembra con tamaño instrumento bamboleándole.

Igual vio la determinación de los burros manaderos, el berbiquí de los marranos, los carneros con talegas hasta el suelo que no les impedía para andar entre los riscos porque como le dijera su madre, eran machos, animales muy cuadrados. Conocía al vaquero pero pescador le sonaba a otro mundo. Cuando Senorina le aclaró que los pescadores eran hombres con barba que en vez de reatas tiraban redes para ganarse la vida quiso conocer el mar. Lo más que había visto de agua junta eran las crecidas de los arroyos que pasaban bufando pero enterarse de un tembloroso azul escapando al horizonte la fascinó. La palabra pescador era remota y se podía encontrar al otro lado de la sierra. “Pescador”. Movía la palabra una y otra vez para examinarla. Durante un crepúsculo de cortinas amarillas que anunciaban un amanecer ventoso sintió que había llegado el tiempo de aprovechar la costumbre del desierto de llevarse el verano al oeste. Sin avisarle a Senorina sacó su vestido de anillos y antes que despuntara el alba se lo puso. Se fue a esperar el paso del calor invadida por el tenso tedio que antecede a la carrera. El mismo aburrimiento asustado que sintiera cuando lo de las habas tostadas volvía a acompañarla a punto de arrancar en la carrera más larga de su vida. Cuando el viento se presentó, lo montó y corrió por entre rocas como almohadones. Al trasponer la serranía sintió la brisa del mar alertarle la piel y ponerle los pelos de alambre. Los árboles parecían entreabiertos por rayos. Escuchó las olas haciendo gárgaras con el litoral. Vio a Delio Carrasco arrullando a sus gallinetas mientras a sus espaldas la claridad de un nuevo día comenzaba a adueñarse de todo. Sorteó mástiles y

embarcaciones tumbadas sin apartar la mirada del abulonero que al volverse la embarcó en una travesía donde aplicaría la convicción que le quedara de su madre, la certeza que la hizo invencible ante el asedio de zorras a su nido, la mujer inteligente es la que sabe hacerse tonta, le había insistido Seniorina desde siempre, así los chismes no te van a hacer daño y siempre tendrás a tu hombre contigo.



Desde que Lupe Müller llegó El Zopilote Chávez Cano enfermó de silbatos y chirridos. Empezó a padecer de insomnio. Apenas clareando brincaba de la cama a barrer el piso de la cocina esperando que la intrusa apareciera para acoplarla y ponerla en circulación como hacen las máquinas con los furgones en las estaciones donde duermen los trenes. Alucinaba con volverla a empujar contra la estufa, con encenderla como hermanitos siameses montando un triciclo. En la tercera noche soñó con el indio rarámuri que el año anterior le había pronosticado que un día le estallarían algo en las manos. “Algo como un petardo”. Las palabras revivieron pesadillas de saturnales de guerra abriendo huecos en la oscuridad, instantáneas encendiendo y apagando un escenario poblado por humeantes tanques de guerra, árboles partidos como zanahorias, nieve, lodo y cuerpos aplastados. Desde entonces había estado alejado de los petardos usados para emergencias en la construcción del ferrocarril al conseguir su cambio al departamento de topografía donde se limitaba a marcar puntos y niveles pero al ver a la Lupe levantar la cocina y tirar el agua al corral nevado sintió que

las figuraciones del rarámuri podrían cumplirse. Al notar lo resuelto en su mirada, El Zopilote Chávez Cano tuvo el presagio de que una tormenta de arena estaba por lijarlo. Los pómulos llenos sobre una mandíbula voluntariosa le trajeron el recuerdo de los muertos en la línea Hindenburg viéndose vomitar en la trinchera antes de saltar al campo de púas. Por un instante sintió el silencio de la tierra congelada, la bayoneta cuajada y la voz del sargento empujándolo a la centelleante neblina. Ahí, junto al horno donde creciera entre las rodillas de su madre y la parquedad de su padre le volvía el miedo a salir de la trinchera. Sintiendo la confusión de su hijo, Eduviges empezó con labor de zapa, como colaboracionista de la raza femenina. Una mañana de cuaresma, mirándole de reojo mientras tendía tortillas le murmuró, tiene bonita calavera y las piernas derechas, si te arreglas con ella te saldrán hijos bien hechos. Enseguida se ocupó en limpiar medio kilo de maíz tatemado para quebrarlo y hacer chicos, el cocido con chile colorado y cilantro tradicional de aquella tierra de obtusos. Cuando el cocido sazonó lo sirvió añadiendo jugo de naranja y al llegar a la trinchera de su hijo le sembró un cerco de minas soltándole por lo bajo, este tiempo es bueno para compromisos que se quedan toda la vida. Mientras abría la sopa, el “tiene bonita calavera” le sonaba a El Zopilote Chávez Cano a piedras quemadas sumergiéndose en las cavernas de su imaginación. Regresaron las calaveras muertas de risa por el gas entreverado en la neblina. Las recordaba con casco y con la misma mueca que volvería a ver años después en Pierre arrebuñado en

una escupidera pero ninguna tenía la quijada tan adelantada de Lupe Müller, ninguna.



Volvió al indio rarámuri y al presagio del petardo en la orilla de un arroyo. Estás empezando, todavía no alcanzas el centro de la corriente, le subrayó el brujo apuntando hacia las aguas broncas. O sea que lo que había hecho en la batalla que le valió el Corazón Púrpura con el Batallón Perdido, aislado tras las líneas alemanas que comenzó a definir la guerra no fue tan sobresaliente como lo que le esperaba cuando se encontró con una desconocida en la cocina, una forastera que lo tuvo como bomba de pozo por mucho tiempo al ritmo de ayúdame con la leña, préñame, sácame a pasear, ponte crema en las manos, ya va siendo hora de hacer casa, préñame, en ciclos que le recordaron los entrenamientos antes de ir al frente, arrancones y frenazos entre el miedo y el aburrimiento que para su buena suerte, durante el asalto a la línea de Argonne una granada le puso la espalda como cuero crudo obligándolo a estar tendido para que una enfermera le espulgara las esquiras; no te dejaron para veterano pero sí para inhabilitarte, le diagnosticó la mujer. De aquel catre se levantó con el pandeado de gallo que nunca se le quitó. Se presentaba cada semana a que le retiraran las astillas de hierro que lo hacían parecer puerco espín pelechando hasta que causó baja con honores y se fue a conocer París. Compraba una botella de vino con lo que recorría Montmatre donde legiones de mujeres se aplicaban a recuperar la economía del país. Ahí adquirió recursos nocturnos que a su

regreso aplicó en aventuras diurnas en compañía de su compadre Mikyzeta, cosa que jamás vio con buenos ojos la Müller presintiendo que de aquellas andanzas un día no regresaría pero nunca encontró la fórmula para neutralizar la imaginación y la terquedad cuando se juntan. De las cantinas no se saca nada bueno pero los hombres son muy tercos, nunca aprenden, rumiaba durante las correrías de su hombre con Mikyzeta. El otro le respondía que no todo en las farras era malo; de allá, decía apuntando al llano, es de donde traigo la comida. Siempre que discutían por eso le repetía que si no hubiera sido por una parranda Mikyzeta no habría dado con su fortuna debido a que descargó cerveza digerida en un arroyo de piedras que hizo brotar un ruido de sal de uvas, una bolsa de gas natural. Cuando se lo contó a Lancaster, el buscador de tesoros se quedó pensativo, luego dijo que no era raro, que algunos arroyos habían sido importantes como el Rubicón que cruzó Julio César, o las pepitas de oro que aparecieron en la cara de un minero mientras se afeitaba en un arroyo de California, o la matanza de Custer en otro que sirvió de excusa para exterminar a los Sioux, o la infinidad de vírgenes que dejaron de serlo en las arenas de esos aluviones. Han de haber sido inventados por los dioses para darle giros a la historia, comentó; yo mismo cuando me vi las rodillas peladas inventé la cazuela que cambió la mía, imité al ingeniero Eiffel que levantó una torre para poner una leonera y atraer parisinas a enseñarles el cielo de cerca.

El Zopilote Chávez Cano le había dado hasta llenar a su mujer, quien a cambio le quitó hasta el modo de andar. Lo puso a pedalear como mula de molino desde

que le salió con que estaba preñada y quería que su primer hijo naciera en colchón de pluma de ganso en compensación a tanto bayonetazo que tuvo con francesas durante su tratamiento. Jamás le creyó que la pandeada se debía a la granada sino más bien a que en la convalecencia le había brincado a una peluda con la ventana abierta durante una tormenta de nieve.

“Si fuiste tan acomedido con zorras vamos viendo qué me haces brotar del cuerpo, y no me salgas con que me dejas a medias con el pretexto de que se te encogen las nalgas con el frío.”



Aquella lejana tarde cuando vio a Zangalo Lobo destazar el cuerpo de Mr. Green y entregarlo a las hormigas fue el cambio de vía que hizo a El Zopilote Chávez Cano desentenderse de su familia. Eso parecía haber sido pero el carrusel de la añoranza le trajo que después de los episodios de las hormigas y del resplandor de Pierre, había alcanzado a Tonja en una mercería. Le dio vueltas a la imagen hasta aceptar que acompañar a una mujer a una tienda de esas significaba que le remendaba ropa, lo que confirmaba que antes de lo de Punta Piedra ya había comprometido, de donde dedujo había abandonado antes a Lupe Müller. La voz del hijo más viejo le avivó la memoria que lo puso caminando con Delio Carrasco y los otros por Los Consulados, el barrio de niñas que sus madres escondieron para que no escucharan los bramidos de aquel atado de machos repletos de testosterona urgidos en trasegar demasías en aljibes sonrosados. Se miró en banquetas de tablas frente a casas con ático dando serenatas que fascinaban a las

niñas y perturbaban a sus madres. Intentó mover la cabeza para decirle algo a Tonja pero no pudo. Quiso hacer un mohín pero el frío le había paralizado las mejillas. Se puso a pensar en su madre cortando tela sin hablar, concentrada en el rip rip, haciendo avanzar las tijeras por sacos de trigo con que les hacía camisas almidonadas que el uso y las lavadas suavizaban, luego se vio rondando la casa de las Rogoff cuando lo alcanzó un niño para entregarle un mensaje escrito en cirilo que Zangalo Lobo le tradujo susurrándole, la tienes hecha, le dijo, te está invitando a la vendimia, imagen que lo hizo volverse a Tonja y decirle con la mandíbula paralizada ¿te acuerdas del encuentro en las parras? Ella apenas meneó la cabeza. Quiso apretarle la mano en señal de complicidad pero ya no pudo moverla. Regresó al recuerdo. Para quien había crecido en lo abierto fue una revelación caminar bajo racimos colgando de lenguas violáceas custodiadas por troncos impregnados del aroma de uvas podridas que lo impulsó a pisar con labios y dientes la pulpa de la boca de Tonja Rogoff hasta hacerle brotar el caldo fermentado en las cavas de un cuerpo que nunca se cansaría de catar. Su vida había sido dos espejos enfrentados. Todavía andaba en éstas, en recuerdos repetidos, con la novedad de que ya no diría palabra ni cuando su compadre Delio Carrasco le llenó la panza de tequila intentando resucitarlo.



La casa del cuarzo estaba en el cañón Johnson. Era de color amarillo comido por el sol y conservaba el número de inventario de la base naval. Pierre la

compró en remate y la transportó hasta el pie de la cañada desde donde la subió como hacía con el yeso. Sospechaba que los cuartos estaban habitados por fantasmas turbulentos que confirmó al encontrar en el ático navajas curvas junto a un arco con un tamborcillo. Tal vez desde que las acarició comenzó a incubársele la idea de que trozara dos vidas en Punta Piedra. Aseguraba que eran armas de duelo a muerte que se habían metido a la casa a su paso por una estancia de caucho en el Amazonas donde vio peleas de capoeira. Ya instalado se ataba los espolones y con aire de corsario montaba el barandal del porche para piroppear muchachas.

“Pareces palomita rumbo al cielo ¿te interesaría salvar un alma que va en picada al infierno? Tu color es perfecto para hacer una bandera, tú pones lo blanco y yo me encargo del resto, pero sin ir al altar que a mí el agua bendita no me va, ni me va el vapor ni el agua fría porque soy antillano no pingüino; por mi plumaje podrás ver que soy pájaro fino.”

El rollo seguía hasta que la muchacha reía. Entonces pasaba a la fase en corto, la del golpeteo al cuerpo hasta que la plaza caía y Pierre izaba un trapo envolviendo una pluma suya que quemaba en agradecimiento “a quien estuviera allá arriba.”

Comenzó promoviendo la casa como centro de iluminados haciendo viajes astrales alrededor de un cristal de roca. Después de curtirla con incienso y cantos brahamánicos la habilitó de leonera donde en el nombre del Señor del Cuarzo convencía a chicas a poner los ojitos en blanco. La cuestión principiaba después de la última entrega de licor de la semana. Encendía copal a los lados del candelabro de las siete

velas sobre un pedestal en forma de estela maya mezclando salmos judíos con ritos mayas. Cuando el momento se ponía propicio, incorporaba calistenia hindú siguiendo el manual del Kama Sutra.

“Me viene de mis antepasados. La tradición es sabia, igual para la guerra que para el amor.”



Darío Shoustari empezó mercando pencas de maguey fermentado en la calle Coahuila que pronto sería la ruta de sus complacencias. Planeaba poner una tienda de pan árabe y legumbres para hacer sabsi, los rollos aromáticos como burritos de pastura con queso de cabra tradicionales en su tierra. En eso andaba cuando se encontró una pila de palomas en un callejón que supuraba sombras verdes. Las recogió y las tendió a secar ofreciéndoles de comer arroz integral de chivid pod que preparó con hierba hill, cebolla, ajo, habas tiernas y mantequilla derretida que cambió la mirada de liebre muerta de las muchachas. Se les puso la sonrisa de naranja y las pupilas de palomas mensajeras revelándole al persa la verdadera vocación de su vida, el apostolado que ejercería con pasión helada, entre la ternura y el mercadeo, limpiando entuertos de aves extraviadas. Supo de Pierre por conducto de una de ellas quien le aseguró que el perico tenía a su hermana secuestrada en el cañón Johnson. Partió en bicicleta a recuperarla convencido de que todo aquello eran líneas asignadas en el libreto de su vida, un pasaje que jamás imaginó actuar, sintiéndose humo que el viento empujaba en dirección contraria a lo que alguna vez pensó sería su camino, que la libertad de

decisión era sólo un sentimiento y que todo hecho era destino disfrazado de voluntad. La vida era un teatro donde cada quien hablaba cuando le tocaba. Pedaleaba furiosamente sin sentir lo escarpado, absorbo en un inesperado papel que cobraba firmeza y le ofrecía la certidumbre de que aquellas niñas no habían sido libres para elegir vivir de aquella manera, ¿o lo habían adoptado libremente? Al sentir el forcejeo en su corazón entre el bombeo de sangre y el dolor de la inmensa ternura pensó que finalmente el libre albedrío era destino y que si él hacía aquello era porque iba a querer hacerlo de todas maneras. Uno venía condicionado. Se enfocó en pensar en los gallos que gustaba alborotar en aquel cañón. Seguro dormían sin preocupaciones; no tuvieron problema de escoger, nacieron gallos y con cantar y pisar gallinas estaban hechos, en cambio sus palomas nacieron para que les dijeran eres una puta. Alcanzó la cima y con la mirada encontró la casa al lado de un deshuesadero de carros resguardada por perros azules que lo recibieron de muy mal humor. Son blue heelers australianos, le dijo Pierre escarbándose el pico desde el fondo de un camastro; excelentes para arriar ganado, mordisquean sin lastimar las patas de las vacas, le informó invitándole a que se acercara sin temor mientras los aplacaba con un silbido. Todavía agitado, Darío Shoustari le comunicó el propósito de su visita y sin ningún trámite le hizo una oferta por la muchacha. El perico permaneció tirado, sin responder. Después de doblar la oferta sin obtener respuesta, el persa desenfundó la cimitarra que alcanzó a revelarse en la oscuridad como una chispeante ceja que al instante se convirtió en un

mensaje muy legible para Pierre quien le dijo untuoso, hablando se entiende la gente, en verdad señor, su manera de persuadir es proverbial, no me sorprende, de inmediato se ve en Usted la categoría, ignorarlo sería carecer de sensibilidad. Se deslizó hasta besar la tierra en forma tan tersa que no dejaba dudas de que había sido pulido en el oficio de lidear a un hombre como Mr. Green y a gente sensible al mínimo doblez de las palabras. Bastaron unas cuantas sílabas por cada parte para fijar un número. Se dieron la mano. En señal de satisfacción Pierre le regaló un saco de café y le dijo que por lo que acordaron podía quedarse con todas las palomas. Yo me dedico a otra cosa, le informó, pero el genio del cuarzo tiene mal carácter; viendo muchachas es como se apacigua, y apuntando hacia la casa comentó, me ha costado mucho dinero protegerlas, Usted debe saber Don Darío, el tiempo es el aire que respiramos. Mientras caminaban a la puerta, el persa le dio un billete adicional. Pierre juró no haber conocido nunca persona tan gentil, luego, en tono de entregar un secreto de guerra le dijo que seguido aparecían mujeres atraídas por la energía del genio de ésta su casa donde Usted, Don Darío, será siempre bienvenido añadió, dando fin a la tratada.

Darío Shoustari recuperó pajaritas que resultaron buenas para el quehacer doméstico lo que facilitó colocar a todas menos a Azalea quien reservó para él sin sospechar que aquella línea de su papel en la vida acabaría hasta que tocara un organillo frente a una ola gigantesca. Venía en el musgo de una caja repleta de palomas magulladas que al tenderlas al sol se les borraron las ojeras y se les encendió la piel. Azalea fue el primer bulbo que se incorporó

y luego de ver con detenimiento el barrio volvió la mirada a Darío Shoustari diciendo que no había visto nunca un hombre tan peludo ni que vistiera de tal manera. La oscura voz prendió al persa como a una lámpara y lo mantuvo así todo el tiempo que caminó por calles traseras donde comería y bebería de la mano pegada a aquélla. Llevó a Azalea a la casa de cuatro cuartos que recién había construido con barro cocido que la hacía fresca en verano y tibia en invierno. Comenzó una relación de entendidos con el retoño de un sacerdote de la sierra de Durango quien hiciera vida de familia hasta que lo colgaron en la revolución cristera. La relación se transformó en conflagración todas las madrugadas al regreso de su apostolado. El persa marchaba a casa con el mismo alborozo que debió haber sentido Mahoma rumbo a su tienda sabiendo que lo esperaba su favorita. Llegaba haciendo cuenco con las manos donde Azalea le vertía palabras rellenas de significados. Una tarde, después de las abluciones, mientras se secaba y rezaba en lengua parsif trozos del Libro de Reyes, Azalea le comunicó que había aprendido a hacer Sabsi; me quedaron buenos los burritos de pastura, le susurró aterciopeladamente mientras caminaban al cuarto que aquella tarde sería el comedor, dejándose rozar su codo y escuchando palabras en una lengua que le recordaron las que su padre le susurraba antes de partir en dirección de los tañidos llamando a misa donde decía que lo esperaba el banquete del reino, el poder y la gloria del Señor vestido con estola y con una expresión en la cara muy parecida a la de Darío Shoustari volviendo a casa saturado de algo que nunca

pronunciaba mientras se despojaba del atuendo que tendía afuera para que se le disipara el olor a todo.



Cada año peregrinaba al santuario de Santa Niña de Salsipuedes una imagen que empezó siendo venerada en una cueva y luego de ganar prestigio fue pasada a una iglesia empacada en París con rumbo al Congo Belga que había terminado en la mina “El Boleo” que una compañía francesa explotó hasta que se inundó. Cuando los franceses se marcharon, la iglesia fue desarmada y transportada a Salsipuedes semejando un circo de pterodáctilos capturados en una cicatriz del mundo. Con la peregrinación al santuario culminaban las fiestas que comenzaban con la de la Santa Cruz, seguida con la de San Judas Tadeo y terminada con la de San José, el favorito de Copa Lussé.

“Cada vez que un carpintero hace un molde veo a Jesús acompañando a su padre a cumplir un contrato en los palacios romanos cerca de Nazaret, lo mismo que hacemos en el Agua Caliente que también es de extranjeros. Nos pagan con dólares y nos dejan desvariar. Así debió haber sido con José, le han de haber pagado con denarios por alucinar, seguro eso dejó marcado a su hijo quien terminó haciendo milagros, lo que hacemos todos los que construimos.”

Como niña brincando la rayuela, Copa Lussé entraba en trance el día de la Santa Cruz, la fiesta de los constructores. La noche anterior, a la luz de las velas y hasta la llegada del sol, los compañeros celebraban la romería a Santiago trazando en el piso el tablero de juego de la oca, la rosca de los constructores. Superaban obstáculos en círculos

concéntricos, arrojando dados y sumando puntos. Recorrían el caracol con símbolos de doble y triple sentido que sólo puede revelarse entretejiendo patios y cámaras; de la luz al silencio, del silencio a la luz, desmenuzándola, concentrándola, aprisionándola, festejando la obsesión más antigua del hombre, la de construir la propia morada. Ser albañil es ser mago, aseguraba con la certeza de quien posee conocimientos muy viejos, un oficio que nunca terminas de dominar, una vida arrancando secretos al material que nadie te enseña, uno aprende. ¿Has olido la mezcla? ¿Has tendido un ladrillo y puesto otro encima?

Fue la fiesta más celebrada durante la construcción del Patio Andalúz donde algún día Clarissa Cardinale cobraría dólares tirando fotos a gente peliclesca, un espacio decorado con mosaicos de Elcova de los Hornos donde sería muy popular el abulón de Delio Carrasco. En los muros nos quedamos los albañiles, decía como sonámbulo, igual que en el salmo que reza si el señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen. Don Enrique aseguraba que Copa Lussé traía el sentido de la proporción; se trae o no se trae, es el alma de todo quien eleva una obra a nivel de obra de arte y por lo que te he visto hacer, tienes el toque que los griegos copiaron a los egipcios, ¡proporción!, exclamaba extasiado, ¡los gringos no tienen ni idea de lo que hiciste frente a sus narices con su dinero!, ¡bravo muchacho!, decía levantando un brazo hacia el cielo y apuntando con el otro al suelo, girando sobre su eje como creyente derviche, como compañero iniciado en el rito de construir con números muy antiguos; los maestros son nuestros guardianes, los que estabilizan las formas que no le

está permitido acceder a todos, sólo a los escogidos, por eso no admito gente con frente estrecha en El Trece Negro.

Un día de la Santa Cruz, Copa Lussé se cruzó con Darío Shoustari. El yesero iba al frente de un grupo color cacao por la calle Coahuila, tan experta en diversión y tan vulnerable a la menor cortesía. La determinación del grupo semejante a las caravanas frente a su casa en Persia atrajo la atención de Darío Shoustari. Caminaban como gente acostumbrada a trabajar con sonrisas y palmadas, parecidos a caballeros camino al torneo luego de haber asistido a misa bajo los andamios. Después de que el sacerdote bendijo sus herramientas había llegado la música que envolvió comilonas de donde partieron a rematar en algún salón de baile. Fue en las cercanías del infierno que Darío Shoustari vio a Copa Lussé como abeja reina a la cabeza de una temblorosa colonia mudando de panal, dudando frente a las puertas, hasta que se detuvo donde brotaba más bulla. Al escuchar a Pierre decir “¡aquí le gustaba meterse a Ritchie Valens!”, lo ubicó; era el propietario de la casa del cuarzo.



Copa Lussé recordaba al abuelo como un hombre de nariz de hacha y ojos de ratón que olía a azúcar podrida preparando un refresco en un vaso alto.

Eran dracs, le explicó su madre, una bebida con ron que aprendió a hacer con los ingleses que llegaban a cargar Palo de Campeche; contaba que tomaban dracs y en vez de cucharas usaban las raíces de la planta Cola de Gallo como mezcladores, de ahí nació el cocktail.

“¿De dónde sacó que fue pirata?”

Mientras María de la Paz Guadalupe le pedía que le alcanzara la sal comentó que el mundo es lo que uno quiere que sea; tu abuelo escuchó de niño historias de piratas que se robaban a las muchachas que iban al mercado de donde nació la costumbre campechana que los hombres fueran al mandado, y extendiendo en la plancha el huevo batido con leche formando la tortilla para envolver el nopal picado con perejil, tomate y cebolla siguió, de una de esas idas al mercado de la bisabuela de tu padre viene tu apellido que se quedó en esta tierra porque no tenía ni padre ni hermanos que fueran por las verduras; como su nieto Jacques Lussé era creyente que la familia viaja en la sangre decidió que era pirata francés y aunque su vida la dedicó a la talabartería, llevó otra que dejó hijos regados por los ranchos donde compraba cueros, comportamiento cien por ciento bucanero.

Cuando Copa Lussé trabajó de superintendente entendió el sentido común de sus antepasados. Si la paga tardaba en llegar con sólo darse una vuelta al mercado del pueblo y enamorar alguna dependienta se comía y se tenía casa. Muy pronto el hambre le confirmaría que la familia viajaba en la sangre que en el futuro a él se le manifestaría de diversas maneras, todas ellas proclives al chacoteo que terminarían ofuscándolo.

María de la Paz Guadalupe fue en su juventud una costeña de cabello explotado y voz arenosa que le dio a Jean Paul Lussé hijos que en sus cabezas exhibían el triunfo de las carnes africanas sobre las carnes europeas y en sus espíritus una especial facilidad para aceptar lo que el destino les señalara. Les encantaba

el mundo de sus tíos relajientos pero María de la Paz Guadalupe los mantenía a raya asegurándoles que al paso que iban sus hermanos terminarían convertidos en iguanas. Copa Lussé escapaba a las funciones de box organizadas por el más vago de ellos, un mulato originario de la costa chica de tendones largos y nariz rota. Una tarde le dieron un tubo para que golpeará la campana; estaba tan emocionado siguiendo la pelea que se me olvidó sonarla ¡la campana!, me gritaban, fue un round eterno, contaba; el tío le pidió que para el siguiente no dejara de ver el reloj y que a los tres minutos exactos diera el campanazo. Sin despegar los ojos del reloj, cuando se cumplió el tiempo le dio a la campana con todas sus fuerzas. No lo bajaron de pendejo porque uno de los boxeadores había caído y el reglamento impedía que la campana salvara. Pasaron muchos años para que volviera a una función de box. Lo haría con Delio Carrasco y Elcova de los Hornos en el recorrido de la inauguración de los baños del Agua Caliente.

Cuando su padre lo trepó a un barco para que lijara la niña de mirada triste sintió pena. “Viajas como esclava”. Muchos años después, cuando se le juntaron la rabia de Cotoya Cajeme con las lágrimas de Maroshka Rogoff recordaría aquel momento; tal vez hubiera sido preferible no tener cerebro como aquel mascarón, pensaría; pero no, concluiría, era mejor que le latiese el pecho con fuerza aunque fuera por sustos y penas. El sentido de la forma lo encontró puliendo aquella muchacha de quien le quedó la sobriedad y el manejo de la proporción. Otra alma sutil, la de Don Enrique, percibió en aquel joven el

toque de un viejo maestro metido en un cuerpo nuevo que confirmó al visitar los plafones del Salón de Oro; fue el mascarón lo que me hizo amar la forma, le diría Copa Lussé. Después que su padre se quedó frío por haberse engullido un nido de huevos de tortuga que canceló su aprendizaje en el astillero, se empleó como cadenero de topógrafo en los caminos construidos por la revolución hasta ascender a superintendente. El trabajo de cadenero es lo más parecido a las habilidades de un mono, contaba durante el tour de la paga del abulón; te ordenan ir y tú vas, te dicen pon el estadal allá y no te muevas y tú lo haces, te hacen una seña para un lado y tú te mueves para ese lado, te dicen agarra bien la cinta y dale, tú la agarras bien y le das, al final del día te dicen, recoge todo y súbelo al camión, así anduve hasta que aprendí a barrenar, que eso es otra cosa porque te juegas la vida haciendo agujeros, cargándolos de dinamita y tronándolos con apenas segundos para esconderte; vi enterrar compañeros que los agarró cagando en escampado, quedaron como abono; una vez, perforando un túnel, les gritamos a unos ingenieros que estábamos por tronar, se movieron a la entrada, cuando salí corriendo se me quedaron viendo sin entender y cuando el tronido llegó, venía con un viento como de piedra que les voló los cojones; se le puso Túnel de los Descojonados. No todo fueron apuros, añadió, cuando subía a la sierra dábamos aventón a las muchachas que llevaban ropa a lavar al río; me ponían a la bonita en la cabina y para cuando las dejábamos ya nos habíamos arreglado; los martes y jueves vengo a lavar a esta hora para lo que usted guste y ordene, me decía. Lo malo es que terminas

con las rodillas peladas y las nalgas picoteadas por eso me parece muy práctico el invento de Lancaster, un camarote lejos de los hormigueros y con tela mosquitera es muy buena idea.



Cotoya Cajeme anduvo con Copa Lussé todo el camino. Lo acompañó a cortar la sierra y el desierto. Le retribuyó la camioneta dada a su padre como dote con una entrega que abarcó todos los frentes de obra. Estuvo disponible para su hombre con la determinación guerrera de las de su raza, igual en el catre del campamento que en un tractor, que en los cauces de los arroyos secos, que contra un peñasco de la sierra, que colgados de las ramas de un mezquite, con sol, con oscuridad, o nieve, o viento, o luna, era igual, la temperatura siempre se mantuvo alta y los caldos de su cadera iguales de espesos, servidos como ascuas vivas en cuenco de carne. Se sentía a sus anchas vagando y haciéndole casa al superintendente. Su sangre nómada enroscó como tuerca en el tornillo rodante de Copa Lussé. Cuando sus cuerpos se avinieron, la comida en todo el camino fue entrañas salteadas con sudor sobre brasas de mezquite.

Los jugos de Copa Lussé reaccionaron la misma noche que entregó la camioneta, cuando ella salió a tirar el agua de los trastos. El movimiento le hizo ver al caminero que si Cotoya Cajeme pasó penurias de niña, no se le notaba por ningún lado. Por lo terso de las grupas y la solidez de los brazos de seguro la habían amamantado en estación de aguas. La imagen de la yaqui estirándose movió la memoria de

sus células, las que en el pasado saltaran a tierra en Campeche buscando guarapo de mujer. Se le tensó la nuca y se echó en la entrada ahorrando fuerzas para el salto pero su creciente humor de animal de uña alcanzó el cuerpo de ella. La alertó. En lugar de recoger los trastos sacudió su pelo como cola de yegua y lo extendió sobre un arbusto de palo verde a que lo orearán los últimos rayos del atardecer. Tiempo después, cuando las almas se entendían, Cotoya Cajeme le dijo que deshacerse el lazo en presencia de un hombre era parte de la entrega de una doncella yaqui; el viento me trajo tu olor, por eso dejé el balde, me solté el pelo y lo tendí a esperar que te decidieras.

Pero eso fue después, ahora mismo entraba en agonía. Ella no hacía por volver a la tienda. Seguía tiñéndose la cabellera con una luna de latón trepando por una bóveda picada de diamantina. El constructor de caminos que había reventado montañas no encontraba la forma de brincarle a la niña inclinada bajo el fósforo de la noche. Entonces recordó cuando su padre al verlo ensimismado en el mascarón le dijo que todas las mujeres tenían un sentido muy débil, el oído, y uno muy fuerte, el sexto, pero que todos eran topográficos; así como lijas la cara de esa mona hazlo con todo el cuerpo, si se lo dices en el oído te dejará que la pulas con todo, con dedos, nariz, boca, y pasándole el brazo por los hombros camino a casa: no dejes ni virutas ni polvo, sopla todo.

De la misma forma que viera a su padre tomar la resina para calafatear barcos y a él mismo recoger la lija antes de subir a la proa, agarró la lata de manteca y salió. Tomó a Cotoya Cajeme por la cintura y la despojó de su ropa, la acostó en el tablón que

usaba como cargador en el cimbrado de puentes y la comenzó a frotar con cuidado de maestro atento a pulir todos los escondrijos de la yaqui. Tengo el presentimiento que contigo abriré caminos en todas direcciones, le dijo. Al escuchar aquello, Cotoya Cajeme se quedó quieta. Empezó a sentir que un animal con ventosas la recorría en círculos y en eses y en ochos y en úes vagando con dedos como cienpiés por toda su geografía que empezó a ablandarse y a dejarse manejar como barro humedecido con el vaho de un mamífero que husmeando por las laderas descubre la veta que vuelve maleable la carne, extendiéndola por todo lo ancho, tornándola de plata a oro y luego a humo hasta encenderse como burbuja de cobre. El animal de campamento colocó la mixtura en el oído del cañón, encendió la mecha y con un estornudo la lumbre alcanzó el tono de cobre blanco humeante. Lo vertió por el espacio que quedaba entre su piel y la de ella desplazando la capa de manteca que escurría incendiando arbustos, iluminando los trabajos de un obrero con mucho oficio que vaciaba en una sola sesión un bajo relieve con la técnica de la cera perdida. Al cabo de un rato, desprendió cuidadosamente el positivo del negativo para seguir con el detallado, el que su padre le recomendó, no dejar ni aristas ni rebabas y soplar todo.

Al año siguiente, cuando construían el tramo del desierto Vizcaíno, una extraña región ensartada con árboles sin ramas alzándose como mástiles de bergantines encallados en una bahía dura, Copa Lussé tuvo el presagio de que en aquel páramo procrearía descendencia. Se preparó para barrenar el cuerpo de Cotoya Cajeme y a ponerle carga como para

abrir caminos en todas las direcciones anunciadas una noche chihuahuense. La llevó a un promontorio pulido por el viento junto a un árbol de cirio, le colgó un collar de ramitos de lavanda y se enganchó de espaldas, como prendido de una alucinante proa, y la invitó a que lo arrojara y que no dejase de vigilar el crepúsculo mientras él la trataba con el esmero que de adolescente había hecho con una niña de madera. Ahí, sobre una proa de piedra anclada en un mar entintado de ocre contra el fondo de un horizonte en girones zarparon hacia la noche. La cruzaron balanceándose en una poltrona de granito hasta alcanzar la orilla del amanecer en que Copa Lussé arrulló el vientre sembrado con el canto de los indios Pai Pai: la claridad llega y yo me voy, la claridad llega y yo me voy, la claridad llega y yo me voy, me voy cargando la claridad.

Abrieron el camino por misiones olvidadas y restos de asentamientos que soltaban la imaginación: San Fernando de Vellicatá, San Borja, Cataviñá, Casa Verde, Ojos Negros, Cucapá, Jasay, Japá, Tecate. “Paredes en la luna” Miraba los terrones de adobe escurriendo al suelo y las puertas al infinito. ¿Qué buscaba esa gente? Lo sobrecogía pensar que en un páramo ignorado por los mapas pudiera haber habido gente haciendo una vida. ¿Con qué llenaban las horas después de levantar aquello? Tal vez el aburrimiento hacía abandonarlas para adentrarse aún más en la soledad construyendo otra misión. Dudó si el camino que construía recuperaría aquellos mundos o terminaría de matarlos. Luego de cavilarlo concluyó que ya estaban muertos, eran momias como

algún día sería aquel camino, y moviendo la cabeza, ¡tanta joda para que terminara en un borrón!

Alcanzaron la cima en invierno. Una laguna helada apareció trás el blanco de los pinos. El frío le hizo recordar los crudos inviernos en la sierra de Chihuahua y debido a que el cemento no fragua a bajas temperaturas y que aún faltaban de construir algunos puentes decidió esperar la primavera para reanudar los trabajos. Fue ahí, entre pinos y nieve, que nacieron los gemelos hirsutos tenidos con Cotoya Cajeme, muy diferentes de las hijas con piel de foca que tendría con Maroshka Rogoff. Habían dejado atrás el mundo de carencias. El bosque y la laguna ofrecían venado y trucha en abundancia. La presencia del agua reanimó a la gente que dejó de mirar hacia el oeste. Sentían que habían completado el sueño de alcanzarlo aunque el bosque impidiera divisarlo.

Decidió construir una cabaña de troncos donde nacieron Horacio y Aniceto. La edificó con dos cuartos grandes, el de la estufa y el de las camas donde abrió espacio para chacotear. Antes de perder la brújula, la enfermedad de los que llegaban a Salsipuedes, vivió días dichosos con los hijos que aprendieron a andar entre nidos de codornices, liebres de oreja negra, zorrillos, correcaminos, coyotes, mapaches y zorras. Construyó una canoa que calafateó con grasa de oso para llevar a sus hijos a las rocas que semejabán cabezas de una familia tomando un baño. Algo en la mirada de los gemelos le hizo presentir que tendrían las obsesiones de los Lussé. La nariz de aferrado y los ojos estrechos anunciaban que doblarían en muchos pliegues sus vidas, enredándose la existencia como él mismo se la complicaría una tarde que fue por

pan y se siguió a Salsipuedes con el argumento que el sol del desierto le había esfumado el sentido de pertenencia. Del mismo modo su futuro compadre Delio Carrasco le explicaría de la pérdida del sentido de referencia al atravesar la capa negra en las profundidades cuando no sabes si nada hacia abajo o hacia arriba, el momento en que si no controlas el pánico, o te mueres, o te pierdes; esto último les sucedió a Copa Lussé y a muchos que produjeron familias por destajo alegando hasta la muerte que no lo habían hecho adrede sino más bien para no desentonar con los usos y costumbres del medio que les dio tanta vida.



Cuando bajó por pan a Tecate la brisa del mar le trajo los olores de Salsipuedes. Sintió de golpe su presencia, sus fascinantes detalles, su insolencia de colorido, su promiscua miseria. Su belleza.

El campamento nacido alrededor de una cervecería fundada durante la prohibición de alcohol se derramaba hasta Salsipuedes. El largo ayuno en el desierto donde no respirara aire de manglar había agudizado su olfato de animal caminero. Los pelos de la nariz brotados durante la travesía palparon la marejada de olores provenientes de los barrios orilleros y lo prendieron. Desde la panadería vio la ropa tendida, el trajín de gente apeándose del recién inaugurado ferrocarril, las cañadas atragantándose de cuartos, los callejones quebrados, las terrazas retenidas con llantas viejas, el archipiélago de desolados, el limo del río revuelto con la caca de los expulsados de California. Lo fascinaron los lanchones cruzando barricadas para el norte y

maquinaria para el sur, marines desembarcando en la Zona Norte horas antes de hacerlo en Guadalcanal, los ropavejeros vendiendo banderas de Iwo Jima, los pachucos y los pushers de la calle Coahuila, el barniz dorado de la concurrencia del casino Agua Caliente y las maldiciones de los pelotaris, los cuerpos tumbados en los fumaderos de opio, la romería del santuario de la Santa Niña de Salsipuedes y los devotos de la tumba de Juan Soldado, los maestros republicanos enseñando a Unamuno, los apostadores del hipódromo, los boxeadores y las rancheritas mexicanas rentando un pedacito de cuerpo. Vio letreros anunciando shows inverosímiles. Hasta él llegaba la bulla de las partidas de dominó cubano, música de mariachi y bullicio de cantineros inventando bebidas y haciendo suertes; lo encandilaron las luminarias del cine explorando todos los ángulos del amor aprendidos en prostíbulos de Estambul, de hombres en Alejandría y de sadismo en París. Vio braceros fletados en camiones a los campos de California; un bosque de letreros anunciando divorcios con programas para las partes, desde una tarde de ruleta hasta un show crudo; restaurantes que servían alucinaciones y una hilera de bares junto a barberías con pasquines cachondos. Vio albañiles entrando y saliendo por fachadas. Se sofocó. ¡Albañiles celebrando el día de la Santa Cruz! Fue la gota que derramó el vaso que Copa Lussé comenzó a apurar cuando se encaminó a la terminal de carruajes. Montó en uno de ellos, se sumió en el asiento y se dejó llevar como mariposa volando a la llama.



Delio Carrasco capturaba abulón en los arrecifes y vivía en una azotea de La Chinesca. Al mirar los callejones repartiendo gente pensaba que si en los abismos se iniciaba el ciclo de la vida marina, las costumbres de Salsipuedes nacían cerros arriba y escurrían por las cañadas como motores sumergidos en forma de caudales de sombreros que algún día madurarían y transformarían aquel campamento en una ciudad de verdad, con estratos y círculos, magnates y tiranos. Le parecían lapas preñadas con piedras que con el tiempo parirían perlas. Acostumbraba recargarse a observar desde la ventana de nueve cuadros de una buhardilla construída con empaques ultramarinos, amueblada con una cama desdentada sobre un piso de furgón para ganado donde jugaba rayuela en noches de extravío. Percheros de coral para el sombrero y el overol flanqueaban la ventana, el crucigrama donde jugaba al gato inspirado en sus vecinos con letra pe. Si en lugar de ceros y cruces que se unen en una línea usamos la pe podemos alinear en tres casillas a policías, putas y polleros, igual en horizontal que en vertical que en diagonal, así empezaba el abulonero la obligada lección a quien lo visitaba por primera vez “Con el cambio de turno los policías y los polleros se pasan a la banqueta de enfrente y me dejan a las putas en un cuadro, es cuando hay espacio para pushers y padrotes, que se unen en horizontal.”

Un húmedo aroma de cuerpos usados y vueltos a usar subía desde el callejón. El abulonero veía crecer y temblar un mar atestado de remeros locos entrando y saliendo por fachadas. Sus vecinos de El Club de los Patudos no se daban abasto. En fines

de semana el propietario colocaba en la acera una hilera de muchachas de cabello humeante y nalgas brincadoras armadas con garrochas de bambú, como pescando atún. Enganchaban a los hombres y los descargaban en cuartos blandos. El antro era mitad cabaret y mitad hotel. Los atunes empacados en el hotel no imaginaban que tras los espejos entretenían a la delirante clientela del cabaret con los eficientes manejos de las pescadoras quienes conscientes de ser observadas se aplicaban a ahumarlos con fervor de novata y recursos de mujer paseada con la esperanza de encontrar marido o ser lanzada como estrella porno.

Antes de partir a ofertar chicas Darío Shoustari caía donde Delio Carrasco para mirar hacia la garita buscando orientales bien vestidos a quien colocar alguna de las más cotizadas, de las que sabían planchar y cocinar. Pagan buenos dólares por las que saben hacer casa, les gusta que brinquen de la cama a la estufa y de vuelta a la cama, imagina a esos alfeñiques trepando sobre mis morenas con culo de piñata y tetas de salvavidas, murmuraba picándose la dentadura, enloquecen, de esas no hay en su tierra.

Cuatro faunos con pezuñas doradas y cuernos de latón jalaban una plataforma con ruedas de artillería portando vitrinas iluminadas donde las exhibía. Cuando el verano se desvanecía, Darío Shoustari salía por lo que otros tiraban, como ropavejero recogiendo hojas mojadas por el llanto en los cuartos heridos del archipiélago. Luego de secarlas, de maquillarlas y vestir las, las comenzaba a mover para que salieran cuanto antes. De su cajón de abejas brotaban

canciones buscando estimular la oferta del futuro consorte para convencerlo de que era una virgen como la miel de estas abejas, le afirmaba señalando al trompo zumbador, con un contrato en una mano y una pluma en la otra. Contaba que cuando ellas miraban el papel firmado junto a la pila de billetes, se les borraban las magulladuras. Como ustedes no han sido putas, repetía con mirada de sonámbulo, no saben lo que es morir todos los días; estas niñas se someten a degradaciones incomprensibles para los hombres contra los que se defienden con una ética muy de ellas; rentan el sexo sin besar al cliente ni entregarle amor, la bofetada más fuerte a los machos la dan reservándolo para otras mujeres, decía con un tono empapado con el esplendor de la angustia. Parecía un espíritu escapado del pasado que perteneció a una hermandad aniquilada violentamente por un puñado de mediocres.

“Ustedes no han probado la palabra aciago, ni han caminado ateridos, desnudos y degollados por la calle y nunca han estado marchitos ni han gemido. Una cosa es saber y otra muy distinta, vivir. Una chica me enseñó que la vida es breve pero los instantes son eternos; decía que cuando era sensata su madre la llamaba egoísta y cuando era original, loca, gracias a eso ahora le da menos vergüenza desnudarse que confesarle a alguien que lo ama.”



Delio Carrasco salió a jugar damas chinas en La Flor de Loto mientras la pesadumbre de la madrugada se desplomaba sobre la cruel labor de los traficantes de indocumentados. Los carruajes de

fritangas cambiaban de turno haciendo equilibrio en banquetas afiladas. Una lluvia fina arrastraba por la calle sus leyendas de orígenes oscuros. Llegó al lugar. Un chino preparaba pipas mientras Elcova de los Hornos le explicaba a Copa Lussé sobre la invisible diagonal que parte el tablero de damas en toda partida. “Quien la controla gana”. Pierre estaba concentrado en succionar su pipa. Aparentemente seguían con la discusión iniciada el día anterior. También estaba Darío Shoustari porque aquella noche había terminado temprano. Parecía haber sido el primero que se conectó a la chicha, el humo pasado por agua, desde donde musitaba en tono de letanía, una chica española llamada Clara dijo en su primera incursión, mi nombre repetido por tu boca es azul y se infiltra en mis oídos, mi cuerpo doblegado se tensa en un arco, a lo que Fernando El Moro, el fauno que la encontró en un basurero con quien terminó juntándose le cantó, si me quito el amor desnuda quedas, no me pidas que rompa tus vestidos; ahora que llega el frío búscame en los armarios de tus calles, en el cuarterío sin ley de mis tres manos, la derecha, la izquierda y la que te ama. Para cuando Darío Shoustari añadió que para enamorarse de una puta se requería de enjundia todos flotaban por encima de Salsipuedes.

Era de madrugada cuando apareció Dante Alighieri para guiarlos por los nueve círculos de los condenados. Al cabo de tres chichas la cofradía del abulón era un claustro de lelos. Después de encontrarse con Virgilio en el purgatorio decidieron cambiar de infierno y se fueron a La Cueva del Peludo donde Delio Carrasco y Copa Lussé eran asiduos.

El lugar estaba ocupado por un ejército de cuerpos impulsados por un conjunto musical arrojando bolas de fuego. La pista era una olla repleta de mazorcas de maíz brincando como epilépticos. Darío Shoustari decidió abrirse. “Voy a cuidar mi almacén de corazones”. Marchó a entregar pedidos a parroquianos que habían apartado hembra con tobillos como estribo para poderlas trepar y tirarse a tomar el sol después de haber hecho maniobras no registradas en los manuales del amor. Sin maltratarlas, les advertía antes de entregarlas haciéndolas girar desnudas frente al parroquiano para que verificara que iba entera, sin abolladuras, bañadita y con todos los accesorios originales en su lugar; igual la quiero de regreso, gruñía en tono amenazante. Decía que se la pasaba empatando corazones; que más allá de la estupidez de los hombres, más allá del llanto de sus niñas, veía familias que comían. Las cortinas de seda de los escaparates donde las mercadeaba habían sido donadas por las ahora muy respetables señoras salidas de ahí. En Corea tengo más de cincuenta nietos y muchos se llaman Darío Kim o Darío Doo, aseguraba jugueteando con el palillo entre los dientes, haciendo compás virilmente con sus babuchas de seda. Al centro de los aparadores había instalado un humidificador de puros y una barra donde ofrecía café y habanos con briznas de opio; pizcas de embriaguez para condimentar el placer, decía, el olor a tabaco sazona la piel de las muchachas y prende al parroquiano invitándolo a pagar más; los halagos nunca desarman a las mujeres pero aniquilan a los hombres, ésa es la diferencia de los sexos, y añadiendo como comerciante que

bien conoce su mercado, ningún hombre regatea el precio, ninguno, y luego, con una mezcla de pena y amargura, comentó, ¿cuándo entenderán que estas chicas vienen a cauterizar lo que otros trozaron?, llegan degolladas por su padre o un hermano que las violó y encima son humilladas por chimpancés; mis niñas prefieren ser ofertadas a extranjeros con dólares con quienes además existe la posibilidad de que las saquen de trabajar, son flores nocturnas que con el sol se marchitan, de ahí mi prisa por colocarlas antes que el rocío de sus pieles se evapore; cada vez que realizo una antes de que se deshidrate me siento el Zoroastro del Archipiélago, un profeta cumplidor. Años después, cuando Cotoya Cajeme arrastró media casa de Darío Shoustari y expuso a la luz del sol su dilema con Azalea, Delio Carrasco se quedaría pensativo sin encontrarle la orilla al asunto y sin querer comentarlo con nadie, pero Don Enrique quien disfrutaba con la presencia del persa en su cantina estaba bien enterado de los hechos. Al servirle un trago le preguntó por el ausente. Como el abulonero no supo qué contestar le preguntó si sabía quiénes habían sido Aquiles y Patroclo. Ante la ignorancia del otro, el viejo cambió de enfoque; tú que trabajas en el mar has de saber que no todos los caguamos se mueren sobre las caguamas, le soltó mirándole a los ojos, a veces se consumen solos, y alzando los hombros, igual pasa con algunos guerreros que tienen preferencias estéticas diferentes y que terminan consumiéndose así, pero no hay que confundir lo uno con lo otro, Darío Shoustari es tan chingón que se quita los calzones a patadas, y sin dejar de mirarle a las pupilas, date una vuelta con

Emma Maldonado para que te enseñe quién fue Aquiles, luego vienes conmigo para explicarte quién fue Patroclo.



Tonja y Maroshka Rogoff tenían las manos largas como lirios y de niñas les gustaba bailar con la escoba. Su pelo de trigo maduro despedía rumores. Crecieron en la calle Los Consulados donde se acostumbraron a ver niños de otro color y otras creencias. Chinos, italianos, franceses, ingleses, judíos, españoles, árabes, americanos, armenios, además de indios guaycura y pai pai fueron compañeros de juegos en la calle terrosa que comenzaba atrás del Jockey Club y terminaba en el mar. Eran hijas de Mihail Rogoff, ruso de religión molokan, naturalizado mexicano, casado con Virginia de la Bufadora de Todos los Santos, horticultor, cónsul honorario de Rusia, pacifista y abstemio quien nunca operó máquinas del diablo; era de los pocos pobladores que había llegado a Salsipuedes por mar, situación que le daba estatus de padre fundador de un linaje separado.

El barrio Los Consulados se encontraba al otro extremo del barrio de Algodones. Ambas zonas eran canteras de sangre de mundos contrapuestos viviendo una simbiosis en un paraje a merced de los temporales. Fue en esa calle donde las Rogoff crecieron asistiendo a verbenas. Los domingos su madre las arreglaba para encontrarse en la calle con razas de todas latitudes y separarse antes del Jockey Club donde cada familia se encaminaba a sus creencias. Los Rogoff, Samarín, Chapluk, Bibayoff iban a la zobroña; los Baloyán, Avakián, Hodoyán, a

la ortodoxa; los Alessio, Santini, Cardinale, Biterlin, Leeré y Sánchez, a la católica; los Nelson, Burton y Nathanson, a la anglicana. Los judíos no iban porque ya habían celebrado su shabat pero se persignaban igual con su primera venta dominical. De los Hao, Chen y Ming nunca se supo nada hasta que La Chinesca se incendió haciendo brotar de la tierra ancianos con trenza y barbas de chivo confirmando rumores de que enterraban a sus antepasados allá abajo y utilizaban su identidad aquí arriba. Heredar el pasaporte era un bien muy apreciado. Lo primero que aprendía el delegado federal en turno era que había un número indeterminado de chinos con visas expedidas en los tiempos de la construcción del ferrocarril y que quienes Charlie Cuevas importaba de la Gran China eran destinados a sustituir muertos. Para confirmarle al señor delegado que llegaba a una tierra de jauja se le presentaba el largo padrón de chinos que pagaban en dólares por tener una cuota de nombres como patente aduanal que cobijaba la entrada de contingentes completos, incluso la misma China enterita con el mismo nombre, sin olvidar nunca, señor delegado, hacer montoncitos mensuales y enviarlos a los jefes para tener la fiesta en paz. Los chulos pagan cuota al gobierno revolucionario por traer bordada la palabra padrote en la camisa que les permite circular por todos lados a toda hora, le informaban en la oficina, de la misma manera que los abogados especialistas en divorcios al vapor y los médicos espantacigüeñas. Ni con el casino ni con el hipódromo había que meterse, eran negocio del gran jefe con Al Capone.

Lo que nunca supo Mihail Rogoff fue que Virginia de la Bufadora de Todos los Santos inculcó a sus hijas principios de su sangre inglesa. Esta tierra es muy diferente a las que mis antepasados colonizaron en otras partes del mundo, les decía intentando neutralizar las enseñanzas del molokan; aquí lo que hace falta son hombres, no como en otras partes donde Albión usó fulanas para crear naciones; aquí niñas, es al revés, hay escasez de hombres, les machacaba mientras les apretaba las agujetas de los zapatos, si aparece alguien que sirva no se anden con titubeos, primero está el ser y después la forma de ser; primero consíganse al hombre y después organicen las tertulias que quieran. Si sabe bailar, mejor; el hombre que baila es señal que sabe amar y ni se fijen si no va a misa; Enrique Octavo se las arregló con mujeres sin el Papa; si preguntan a los Biterlin sobre Napoleón les dirán que hizo algo parecido; lo importante es que un hombre sirva, insistía sobándose el vientre y recorriéndoselo de arriba hasta abajo, que llene esto y esto, dar comida a todo esto es paz para la familia, las aleccionaba mientras las peinaba.

Desde que Tonja pudo ensartar un hilo tuvo el presentimiento de que esa manualidad la haría viajar a las patrias que tenía bien ubicadas en la enciclopedia inglesa. Volviendo de clases se ponía a bordar países con sus mitos y monumentos en cuanto retazo encontraba, así fue que labró las cortinas de la casa con el rapto de las Sabinas y el baile de Bagoas, el favorito de Darío el Grande que heredó Alejandro Magno. En la sábana de su cama zurció el Taj Mahal narrando la historia de la mujer que le dio catorce hijos al sultán y en su toalla favorita, a Barba Azul y Sherezada.

La niña va mal, refunfuñaba Mihail Rogoff; las cosas que le están enseñando están contaminadas, a lo que su mujer, sirviéndole té mezclado con pasiflora para mantenerlo embrutecido le aclaraba que eran tareas escolares, ejercicios que la niña tenía que hacer en sus clases de costura. El patriarca aguantó un tiempo pero cuando descubrió secando al sol la sábana de su hija con la cúpula del Taj Mahal coloreada con sangrantes arabescos se convenció que ya se había vuelto mujer. Se puso a pensar. Entre los hermanos molokanes no había todavía vástagos en edad matrimonial para arreglar aquello. Sus mujeres habían dado solamente niñas en la primera camada. A los veintiocho días un sello rojo en un fondo prendido del tendedero le confirmó que Tonja había entrado a la edad de los problemas. Se inquietó. Así anduvo trabajando el campo donde empezó a llevarse a Maroshka a enseñarle los ciclos de las estaciones; la Luna es la que fertiliza y el Sol es el que hace crecer, le decía señalándola, hay que atenderla antes de sembrar; todas las semillas tienen su momento. La niña empezó a estar pendiente de los modos de la Luna y a apresurarse a levantar de madrugada para acompañar a su padre a cubrir la semilla de calabaza o la varita de parra y volver corriendo a lavarse cara y manos para partir a la escuela. La materia que más le interesó fue la botánica y sus secretos revelados con gotas de agua en un algodón dentro de un frasco. Cuando vio que la semilla de frijol reventaba raíz y tallo se lo llevó a casa y le estuvo hablando toda la noche. Al día siguiente Tonja la acusó con su madre; Maroshka está loca, no me dejó dormir, se pasó toda la noche hablándole al frasco. Virginia de

la Bufadora de Todos los Santos se volvió a su hija menor diciendole, si eso es a un frijol, no sé que será de ti cuando estés preñada.

“¿Preñada?”

Cuando prende una semilla en un pomito que las mujeres tenemos por aquí, le dijo tocándose el vientre. Las niñas enmudecieron concentradas en lo que seguía pero al mirar a su madre doblar parsimoniosamente la sobrecama sin explicar más del frasquito y la semilla voltearon a verse sin decir palabra, entonces Maroshka soltó, como buscapiés, ¿será que también se hace con la Luna? Mirándolas de reojo, Virginia de la Bufadora de Todos los Santos les dijo que se hacía con el Sol y sobre la tierra y en la cama y en la hamaca y contra la pared y acostadas o paradas; el frijolito trepaba desde la tapadera hasta caer en el frasquito. Tonja, que había visto estampas de Pompeya y de la India le preguntó sezagadamente ¿quién se hace cargo de abrir la tapa del frasco?, tu hombre, de lo demás se encarga una, le contestó suavemente su madre, la tapaderita está aquí, abundó haciéndoles timbrar el botoncito que las hizo brincar como palomitas de maíz; ¿lo ven?, cuando un hombre se los acaricie, la tapadera se abrirá y ustedes buscarán que las rellene como lechero reponiendo frascos dejados por la noche pero no olviden nunca que a eso hay que ponerle precio, solamente uno, les dijo mirándolas con fijeza, que el hombre que lo haga trabaje únicamente para ustedes y para lo que salga del frasquito.



Cuando El Zopilote Chávez Cano apareció presentándose como experto en máquinas de vapor queriéndola hacer con Tonja, Mihail Rogoff no se encontraba en casa. Virginia de la Bufadora de Todos los Santos lo recibió en el porche y después de revisarlo de arriba abajo le preguntó, ¿no es usted el que se le apareció en el patio a Tonja? No necesitaba la respuesta. Solamente un hombre como aquel podía haber confundido a su hija experta en bordados orientales. “Parece árabe, de los que montan camello”, pensó; vuelva mañana, le dijo, tengo que consultarlo con el padre de la niña. Cuando Virginia de la Bufadora de Todos los Santos le mencionó a su marido que Tonja tenía un pretendiente que solicitaba muy atentamente visitarla por las mañanas, Mihail Rogoff desconfió.

“¿No trabaja?”

“En el turno de la tarde en la casa redonda de la Pullman; que sólo puede verla por la mañana.”

El cónsul ruso se le quedó mirando sin decir palabra pero la solicitud le dio qué pensar. Sintiendo algo en el ambiente empezó a observar con atención a Tonja. Cayó en cuenta que traía la piel encendida desde la vendimia. Una corazonada le advirtió que algo sucedía. No la había visto bailar con la escoba últimamente. Al otro día, antes de partir al campo se deslizó al cuarto de las niñas. Al no encontrar a la hija mayor se alarmó. Volvió a avisarle a su mujer quien le habló entre sueños, ha de estar en las parras, no la interrumpas que en estas soledades con tanto campo ocioso y tû haciéndote viejo no tarda en hacernos falta alguien que sepa de labores y aunque no te guste pronto ocuparás quien sepa de

máquinas, le soltó como diciéndole ponte las pilas que tus tiempos ya pasaron. Al cónsul se le heló la sangre. La desconocía. Años de convivir con Virginia de la Bufadora de Todos los Santos inculcándole la forma de trabajar de los molokanes, las costumbres y las enseñanzas del patriarca Basilio Pivavoroff para que ahora le saliera con eso. Seguro traía en las venas sangre inglesa de algún antepasado de los que vinieron a hacer los diques en San Quintín que preñaron a cuanta lugareña se les atravesó “¡Raza de mercachifles!” De nada había valido contarle a su mujer las penurias que pasaron sus abuelos al negarse a participar en la guerra contra los japoneses que el zar castigó con la expulsión de su tierra. La epopeya de vagar de Canadá a San Francisco y finalmente hasta ahí dejaban impávida a la mujer. Mihail Rogoff se dio cuenta cuán poco sabía de ella. Se reprochó que lo hubiese deslumbrado con esos ojos azules y esa cabellera plateada. Ahora entendía porqué renegaba de una cocina de ese tamaño y que suspirara por una sala de muebles imperio para recibir a sus amigas y estrenar modelos llegados de San Francisco. Se devanaba los sesos pensando dónde había sido que su Tonja había conocido a aquel hombre si sólo salía a misa y a la escuela. Entonces recordó la madrugada que llegó a casa después de haberse ausentado unos días ayudando en las viñas de sus paisanos, la vez que encontró a su mujer con los sobacos y las piernas mojadas, el colchón empapado y una hilera de gotas en el piso. Extrañado que sudara en un amanecer frío le había preguntado si se sentía enferma; me siento estupendamente bien, tenía rato que no jugueteaba con mi cuerpo de esta manera, le

había contestado estirándose como una gata. En ese momento identificó el olor que invadía la pieza, era el de una pescadería. Al ver la expresión satisfecha de su mujer sin hacer nada por cambiar de sábanas para recibirlo decidió dormir en la alacena. Al otro día, cuando llevaba uva al lagar un alma caritativa lo puso al tanto de que durante su ausencia un grupo de jóvenes había llevado serenata a todas las casas de Los Consulados. La última noche se la pasaron frente a tu casa cantando canciones claridosas, le informó el alma caritativa.

“¿Claridosas?”

Al verlo tan compungido su informante hizo mutis y desapareció. Sus cuitas por las mujeres de su casa apenas comenzaban. El silencio opaco en el que entró se convirtió en cólico cuando conoció a Copa Lussé en el mercado de su compadre Petrosian Samarín. El hombre llegó preguntando por aceite de caguama para quitarse la bronquitis en el preciso momento en que Maroshka apareció buscando concha de carey para labrarse una peineta. Venía con la cabellera revoloteándole como en trigal con viento. La claridad del tragaluz se multiplicaba en el estanque de las caguamas mientras el joven que le acababa de presentar su compadre se recargó en el quicio de la puerta a verle las corvas a su hija. No me la mire mucho que me la ensucia estuvo a punto de decirle pero se contuvo. Se dio cuenta de que el tufillo de aquel hombre, como de lata hirviendo con ropa interior, había ofuscado a Maroshka haciéndole pensar a Mihail Rogoff que si aquel joven hubiera apostado en el Agua Caliente habría botado la banca. ¡Nunca iba Maroshka al negocio de su tío porque

le daban lástima las caguamas y presentarse en el momento que se asomaba aquel tipo! Olió el sexo cuando miró a su hija hurgar los cajones dizque escogiendo conchas consciente de que el caminero la observaba directo a las canillas. Mihail Rogoff recordó que de niño había visto en los bosques de Rusia que los venados se apareaban alcanzando a la hembra en plena carrera y que ésta, en cuanto sentía la presencia del macho, se detenía. Medio atarantado por el retortijón imaginó a Maroshka como venada que estaban por darle alcance en sus propias narices. Salió botando, llevándosela, renegando de su “madre inglesa”. Cuando llegaron a casa se la entregó a Virginia de la Bufadora de Todos los Santos y se retiró a la alacena a hacerse rosca en la tarja de los pescados para que cuando lo encontraran no quedara duda de que estaba amargado. “Mejor oler a arenque que a buey.”

Volvieron las serenatas y con ellas la impotencia de Mihail Rogoff. Pasó noches enfrentando a su mujer urgida de vivir, a sus hijas impacientes por vivir y a los aullidos de los amigos de Delio Carrasco, encantados de vivir. Sus pastosos cantos penetraban por los resquicios de la casa hasta ponerlo a cagar bolitas como cabra que lo orillaron a tomar la decisión de irse a vivir entre atún ahumado, bacalao, arenque y conservas de membrillo. Cambió su residencia a la alacena que mandó agrandar con un cuarto para el hielo y una cocina con estufa de leña para mantener caliente los cuartos y el samovar del té. Lo hizo con muros de barro mezclados con paja, amasados con los pies y secados al sol. Techo alto con domo de madera en forma de cebolla forrada con lámina

repujada en rombos y listones rematándola con la cruz de San Basilio. En la pared oriente, en medio de íconos de madera estofada puso un portón de madera de mezquite con tachones y goznes de hierro forjado de dos hojas abriendo hacia las parras para que cuando muriese, después que lo velaran como lo manda la santa iglesia molokan, en medio de cuatro cirios, coros en ruso, cantado por hombres con música de balalaika, pudiera dar cabida a la carreta tirada por caballos blancos y lo sacaran con la cara al sol envuelto en lino blanco y paño negro y lo enterraran sin ataúd con un puño de tierra en la boca, en lo profundo del huerto, bien lejos de las cosas de su mujer y sus hijas.

No volvería a conocer mujer en los años que le quedaban ni aceptaría escuchar leer los textos sagrados por otros que no fuesen varones molokanes. Obligaba bajarse los pantalones a los recién llegados antes de recibirlos para asegurarse de que no le llegara una liebre vestida de gato.



Cuando el guardavía y el caminero se presentaron en la vida de las Rogoff, Virginia de la Bufadora de Todos los Santos ni siquiera reparó en que eran bastante oscuros para las pretensiones raciales con las que había sido criada. Hay que preservar la raza, le había insistido su madre toda su niñez, cosa que ella tenía descartado desde que constató el pobre desempeño de un marido blanco hasta la aburrición; antes al contrario, pensaba al verificar el tono pardo de sus potenciales yernos, si ninguna de mis hijas se acomodiera a atenderlos me arreglaría primero

con el del ferrocarril, le pediría que me enseñara a cambiar de vía sin descarrilar para poder atender al del camino hasta que se me acaben estos pendientes acumulados por tantos años de tedio con un buen hombre, tantos años, un buen hombre, tantos años, repetía somnolienta, arrullándose con sus propios dedos haciéndole brotar quejidos de venus putrefacta invadida por viscosos gusanos horadando los húmedos escondrijos de su cuerpo.



Para Sal Hirsch el lema de una vida feliz era todo es posible y todos tienen la razón que lo hizo vender muchos habanos en el Agua Caliente donde además era muy querido para jalar la buena suerte. La tarde en que fue invitado a su último recorrido de la paga de Delio Carrasco había pasado el día en el Salón de Oro habilitado como ghetto sefardita. La paisanada encabezada por Jacobo Lanzky agasajaba a William Randolph Hearst quien por esos días recababa fondos para la campaña de Franklin D. Roosevelt apostando con monedas de oro en el bacará. Carne Kasher, pan ácimo, salmón, pescado en salsa agria, nueces, higos y queso de cabra entraban a la selva de la conversación por una puerta estilo Tom Mix para ser devorados sin misericordia. Sal Hirsch pidió a un mesero llevara un mensaje a Plácido y Botella.

“Han de andar en la barra. Entrega este papel al primero que veas; si están acompañados diles que se las traigan, necesitamos cambiar las vibraciones de la mesa, si hacemos que vuelva la suerte tendremos propina en oro.”

El mesero regresó con una nota de Delio Carrasco anunciándole que los delfines se habían marchado con sus gringas pero que lo invitaba a que lo alcanzara a festejar la llegada de la primavera.

“Viene un tipo que quiere conocerte. Traigo abulón para la ocasión. ¿Qué dices?”

Cuando Darío Shoustari fue presentado a Sal Hirch, apuntándole a la cara le dijo que ni falta hacía que le dijera soy comerciante, por tu ojo derecho me doy cuenta que haces buenas ventas. ¿Y la nariz? ¿No te dice nada?, contestó Sal Hirch tocándose el tubérculo. Ésa sirve para apuntar pero se dispara con ese ojo y se firma con los zapatos, repuso el otro quien revisándoselos añadió, se ve que tienes buena puntería, los comerciantes nos damos cuenta del nivel del cliente por su calzado.

El casino Agua Caliente semejaba una parvada de gigantescas mariposas sorprendidas por un cataclismo cuando polinizaban un jardín haciendo esquina con un océano de altos muros. Parecía haber sido sustraído de algún planeta y contrabandeado a aquel costado del mundo antes que Hollywood fuese inventado. La tarde se hundía en Salsipuedes, tan experta en divertirse, tan hábil en explotar calles con nombres vulgares pero de una belleza estremecedora. Los últimos dardos del crepúsculo se clavaban en los corredores donde se levantaban ecos alrededor de ellos caminando hacia los magníficos salones rumbo al comedor por los invernaderos y las terrazas, mirando extenderse el verde seco de los jardines hasta el manantial, una extensión de agua azul umbrío. Entraron al Salón Royale, el comedor con el menú amazónico ofertando desde hongos salteados a la francesa hasta crepas

con coñac intercalados con mujeres de labios llenos y nalgas pompeyanas ansiosas por engusanarse y ser preparadas como faisán con finas hierbas a la provenzal. Como especialidad aparecían las habitués de boca con aliento de manzanas envinadas. Entre el caviar y el champaña pululaban damas dispuestas a ser fileteadas a cambio de un buen detalle. Se sentaron en un rincón de la larga terraza viendo un par de pavos reales caminar por las sombras con sus brillantes colas. El blando cielo empezaba a empolvase de estrellas. Llegó el mesero y luego de hurgar en hermosas cartas rojas encuadradas en marroquí, ordenaron con rapidez, les sirvieron igual, comieron a gemidos y entrando en la sobremesa, se quitaron los zapatos, encendieron habanos y pidieron tequila.

Las mujeres, ¡ah, las mujeres! ¡Un producto tan peligroso como la nitroglicerina y tan caras, carajo, tan caras!, exclamaba Sal Hirch rascándose la nariz con el enorme rubí que le daba el poder de la venta. Zangalo Lobo comentó que el baile era infalible; nada como el tango para atraer una mujer, aseguraba, basta una señal para sacarla a bailar y si las devuelves a tiempo, no pasa nada. El Zopilote Chávez Cano mordía la escena con los ojos, uno inventa a la mujer aquí, subrayó apuntándose a la frente, aunque no sea cierto. Si sabes bailar llevas un cincuenta por ciento de ventaja, siguió Copa Lussé, ahí en corto le dices cosas bonitas, y volviéndose a Delio Carrasco, ¿cuál es la mejor mujer?: la que está debajo de uno, se contestó, está ahí porque hablaste bonito sin querer darte cuenta que hacerlo trae consecuencias. Perico mata carita, insistía Pierre dando un trago al coñac y una viscosa bocanada al

puro. Eso vale cuando eres joven objetó Sal Hirsch, pero cuando empiezas a apestar y ninguna lavanda te sienta, la billetera te empieza a sustituir lo que no está tan mal ya que libra del ridículo o de entablar una relación, quien lo hace está perdido, añadió viendo a Elcova de los Hornos, en busca de su aprobación. De pronto Copa Lussé saltó al centro y comenzó a bailar con su sombra jactándose que el tango le llegaba de la sangre injertada en Campeche que trajo la contradanza francesa y que cruzada con la sangre de mulatos de Acapulco, le hizo dar un pasito retenido a la izquierda, tres al frente en diagonal, girar con dos a la izquierda y cerrar para dejar a la compañera en medio ocho y el culo apretado, así, con pasitos arrastrados, adelantando la gamba en busca de la almeja, decía poniendo énfasis en la mano derecha, mandando señales a su invisible pareja, así, susurraba, así mismo, con una sensual elegancia que nadie le conocía, llevando al filo de la silla a los cofrades, a asomarse a otro lado de aquel hombre que aseguraba haber sido calafatero, constructor de caminos y que hasta hacía un momento era yesero de molduras a secas. Bailó hasta que se desplomó de espaldas riendo como poseso.

“C’est l’amour mon amis, l’amour et le printemps.”



Se retiraron quienes requerían levantarse temprano incluyendo a un Pierre refunfuñante.

“Parezco gallina. Empezar de madrugada es una joda.”

Sal Hirsch invitó al resto a la mesa de bacará comentando, esta mesa es la mayor delicia, se llena de mujeres, de cómplices y de pillos, y dirigiéndose

a Darío Shoustari dijo, tú tratas con el corazón, y luego, dando una palmada a Zangalo Lobo, y tú con la consciencia; yo me arreglo con los sentidos, del mismo modo que existe una ética de comerciante existe una ética de jugador; tengo cita con Lansky que por lo que veo me ha enviado a esta belleza dijo, besando la mano de la crupier y luego, abriendo los brazos como sacerdote que da instrucciones a unos presurosos acólitos a ofrecer silla a sus cofrades tomó asiento como en un juicio, al frente y en el centro. Se abrió la jugada. Delio Carrasco y El Zopilote Chávez Cano cruzaron miradas. Verían perder a Sal Hirsch, volver a perder y doblarse a perder, de terminar poniendo todo su patrimonio y lo que traía pendiente con Lansky a una sola carta que al recibir no quiso mostrar. Se quedó fumando impávido. Horas después, cuando la brasa del habano había arrasado con la lengua, la tráquea, el esófago, el corazón, los pulmones, las vísceras, el fondillo y su vecindario y la sorda lumbre consumía las piernas y un dulzón olor a bonzo inmolándose sustituía al del Cohiba robusto, a Sal Hirsch ya no le importaría que su frac de terciopelo y su corbata de moño negro y su camisa de seda de diez pliegues con cuello de ala y botonadura y mancuernillas de ónix negro y su pantalón listado y sus zapatos de charol quedaran como capullo relleno con cenizas que Baron Long hizo vaciar en el manantial de aguas sulfurosas y luego lo puso como maniquí con el letrero vanitas vanitatis et omnia vanitas a la entrada del Salón de Oro a manera de mensaje dirigido a quien llegara a jugar, advirtiéndole con ese cuajado de elegancias que el saber parar a tiempo evitaba cualquier peligro.

Muchos años después, viendo descargar un bloque de hielo conteniendo a El Zopilote Cano y Tonja Rogoff, Delio Carrasco recordaría la noche que Sal Hirsch les enseñó a morir por algo que no terminaría de comprender. ¿Sería que la adicción al juego también viajaba en la sangre? ¿La palabra se pagaba con la vida? Por el resto de su existencia, cuando le entrara la duda entre la sangre y la palabra, Delio Carrasco haría el ejercicio de buscar entre la gente la cara del yesero o la del rielero en cuerpos jóvenes, probables descendientes de aquellos amigos que se desperdigaron con muchas mujeres antes de arreglarse con las Rogoff. Desde ese enfoque seguramente habría piratas vestidos con alzacuello y guardavías con corbata trabajando igual en una arena de box que en una empacadora de carne.

Al final de su vida, platicando con Pachilú en el borde del acantilado, atento a la llegada de la ola que se lo llevaría, Delio Carrasco se daría una vuelta por el recuerdo y se encontraría con la imagen del “Hasta Siempre” abandonado. Movería la cabeza. Ni El Zopilote Chávez Cano ni Sal Hirsch tuvieron desayuno de despedida. ¿Sería que en alguna forma los unía la jugada? Habría olvidado que el guardavías fue compadre de Mikyzeta y que el azar quiso que la partida en la que se alzó con las minas del gas de Big Al la hubiese organizado Sal Hirsch con la anuencia de Lansky. ¡El rielero y el gasero habían sido comparsas! Haría memoria pero no encontraría por ningún lado la despedida a El Zopilote Chávez Cano ni la de Sal Hirsch. En algún momento del recorrido por la trastienda de sus recuerdos hallaría que no volvería a ver vivo al rielero y que cuando

supo su historia lo entendió todo, pero de Sal Hirsch nunca comprendió que no reclamara su derecho a un desayuno judío en el “Hasta Siempre” rematándolo con coñac de varias equis y habanos de Pinar del Río. De pronto se le iluminaría el semblante y volviéndose a Pachilú le aseguraría que el judío era tan vanidoso que seguro había optado por despedirse vestido de rigurosa etiqueta en el centro de un salón atendido por gente de frac; eso fue, le diría con aire convencido, le encantaba estar bajo las candilejas, ahora entiendo que la carta la jugó como billete sin valor, le ganó el protagonismo, en esto era igual que Elcova de los Hornos, quien en un sepelio se peleaba por ser el muerto.



El Salón de Oro había sido convertido en caja de espejos hondos, un caleidoscopio de la condición humana en el que Sal Hirsch capturaría todos los lados de la jugada entre Big Al y Mikyzeta que había organizado luego de un convenio con la casa. Contractual, mi querido abulonero, estipulado y puesto en un papel, recitaba el judío en tono doctoral, papelito habla, ¿que a cambio de qué?, nada se da por nada, aseguraba encendiendo su habano, toda negociación produce desgaste y requiere de esto, subrayaba tocándose la sien con el dedo del rubí, hice la gestión con los dueños, quienes sólo entienden de dinero, lo que no tiene nada de particular, a los judíos nos queda claro la palabra negocio, decía marcando con fuerza las consonantes, sabemos cobrar pero también sabemos pagar, tenemos palabra porque el honor es fundamental entre nosotros, y girando los brazos a su alrededor; esto que hicieron

Copa Lussé y Elcova de los Hornos, que espero hayan cobrado bien, coopera para transformar en un señor a quien entra aquí, todo el que cruza esa puerta tiene que pagar por ser admitido en la casta dorada, lo bonito cuesta, estos mosaicos, las molduras, la alfombra, los cuadros, las lámparas, los muebles no son gratuitos, es la zanahoria para atraer perdedores, y bajando la voz, porque estos lugares los construyen los perdedores, los ganadores no vienen, tú eres de las rarezas que entran a esta casa a cobrar, y haciendo una pausa se dirigió a Zangalo Lobo; tú no la haces tan mal, con los perros te ha de ir mejor que de fotógrafo de un espejismo, ¿no? El frustrado revolucionario le contestó que estaba en un receso y que no había olvidado su compromiso con los desposeídos, si existía la fe en el hombre cualquier sueño podía realizarse, así como dices que hay un modo de hacer comercio y de vivir en el juego, le dijo, existe uno en el que yo creo, en el que soñaba Marx, la esperanza de que un día no existan diferencia de clases. El mercader lo escuchó respetuosamente y cuando se hizo el silencio le preguntó, ¿por qué estás aquí?

“Una niña me remendó y ahora de mujer me plancha.”

En verdad jalan más dos tetas que cien carretas, cerró Sal Hirsch, dándoles ceremoniosamente la mano y retirándose.



Big Alfonso aceptaba jugarse en el póker el control de las minas de gas, el patrimonio nacido del puente construido después de la desaparición de la república socialista. De ahí salió el recurso para controlar el combustible de Salsipuedes. Fue la única franquicia

vigente de los tiempos de Flores Magón en razón de que mantuvo la disciplina de hacer y repartir tres montoncitos de dinero cada mes. El primero lo enviaba al delegado de aduana, el segundo al general de la guarnición de la plaza y el tercero para él. Pasaron delegados y generales y el montoncito estaba invariablemente esperando al nuevo encargado de la silla. Con las guerras y la Ley seca vinieron años de bonanza que cruzaron al sur igual en uniforme que en traje de casimir atropellándose por vivir sensaciones novedosas. Hubo quienes a medio puente se devolvían tachando a Salsipuedes de infernal pero los anglicanos, los protestantes, los evangelistas y los judíos, sobre todo los sefarditas, se la pasaban viviendo noches bíblicas con chicas de la calle Coahuila. Cuando el gobierno revolucionario le expropió en la época que construía obeliscos en la línea divisoria entre países, Big Alfonso ni se inmutó. Su negocio de gas estaba en jauja y ya se había aburrido de ofrecer zanahorias en el puente. Con el temple forjado en crecidas y vendavales en la garita ni se despeinó cuando recibió la notificación oficial comentando que hasta los santos pasaban de moda, “cuantimás los feligreses.”



En un mundo de adictos al dinero no hubo problema para que la compañía propietaria le despejara el Salón de Oro la tarde del compromiso siempre y cuando, le advirtió Baron Long, señalándole con el dedo y teniendo como testigo a Johnny Alessio, siempre y cuando se respete lo hablado; tu comisión está entre las apuestas de la concurrencia no en lo que

jueguen los señores, eso y las bebidas es de la casa, le marcó con palabras dejadas caer como canicas en un vaso de agua; ¿Is that clear? Como el agua de estos manantiales donde usted domina, Mr. Long, le contestó Sal Hirsch estrechándole la mano y de pasada informándole que no habían sido los fenicios los que inventaron el comercio, fuimos los judíos, Mr. Long, los paisanos sabemos que para sobrevivir en esto hay que ser muy serio, tenemos miles de años usando la palabra como moneda corriente para hacer tratadas.

Salió pensando que aunque cualquier negocio se veía bien en el papel y que de seguro en el camino surgirían sorpresas, el que ahora organizaba era de poco riesgo porque ambos jugadores tenían mucho nombre, lo que ponía al alcance de su mano una buena bolsa a pesar de que no le tocaba la parte del león pero con mendrugos de ese tamaño podría volver a sentarse en la mesa de bacará, al fin que vivir no era lo importante sino lo único.



Había llegado a Salsipuedes con una mano adelante y otra atrás. Decía que le había comenzado a ir bien cuando aprendió a ponerse en medio. El abulón lo produce el mar y tú lo capturas, luego lo vendes, igual yo, capturo dos grandes egos y los vendo, ni tú cultivas el abulón ni yo distribuyo cartas, estoy cobrando por enfrentar a quienes lo hacen montando este escenario, nos pagan por ponernos en medio, en eso somos iguales, Delio Carrasco, mercaderes, y recuperando la mirada de águila, apuntando con la nariz hacia donde venían hombres cargando cajas anunció que llegaban los espejos

añadiendo, nos vamos a divertir con la adrenalina de otros. Apartándose comenzó a dar instrucciones para armar la galería de mamparas deformantes que acentuarían las sensaciones en el Salón de Oro. Veremos poesía dorada pasar de un bolsillo a otro, musitaba mientras acomodaba sillas como capellán en una iglesia; veremos cómo el dinero dirige y hasta piensa. Sal Hirsch vestía de etiqueta y olía a lavanda rociada con almizcle “para que dure toda la noche”. La escena le trajo al abulonero la imagen de la franja del océano que debía atravesar para alcanzar el salón del coral. ¿Qué confort podría tener alguien que se cuelga un trozo de ramas negras por el que pagaban tanto dinero? Luego pensó en las partidas de gato en su ventana, atento a pushers entregando droga y a padrotes quitando dinero a putas y polleros esquilmando emigrantes ilegales y a policías quitando dinero a pushers, padrotes y polleros; los de abajo por dinero y él con sus amigos, por adrenalina. Viendo a Sal Hirsch desplazarse entre la concurrencia le entró la convicción de que cada día entendía más a Don Enrique. En verdad este mundo era un triángulo formado por el dinero, el poder y las nalgas, “con el billete como eje”, parecía escucharlo en el momento en que vio entrar a El Zopilote Chávez Cano al lado de un hombre como lobo en hambruna a quien Sal Hirsch se apresuró a recibir y sentar en la mesa como haría un barbero con su mejor cliente, acercándole el vaso de agua que solicitaba. Un momento después entraba Big Al saludando ceremoniosamente despojándose del sombrero que los espejos repitieron como mil cuervos posándose sobre una arena esmeralda. Se dirigió a Mikyzeta quien recibió de

pie a su contendiente. El cotarro de fumadores les aplaudió como preámbulo al creciente silencio que se apoderaba del salón. El aire se impregnó del vaho del dinero. La crupier presentó paquetes de cartas selladas elegidas al azar dando principio a la partida que reportaría a Sal Hirsch dividendos con un lado oscuro, el que escamotearía por puro engreimiento y que tendría que saldar en un ajuste de cuentas del que no saldría con vida, una partida que confirmaría a Delio Carrasco que la vanidad masculina era más peligrosa que la femenina. Años después no tendría mucho qué contestarle a su hija Melina cuando le preguntara ¿por qué son los hombres así, papá?, porque así somos los hombres, respondería.



Se trenzaron en un cortejo entre vampiros con la crupier limitándose a barajar y solicitar el corte, dejando el mazo al centro de donde Big Al y Mikyzeta alimentaban la fragua que empezó a fundir la felpa y a acuñar monedas de oro que rodaban de un lado a otro de la mesa y que trajo al abulonero la imagen que viera de niño, la nube de abejas viajando pegada a la reina en busca de nuevo nido. Le parecía que el tornado de dinero formándose sobre la mesa sin todavía desprender la manga era semejante a la lucha de tañidos de latas y ollas entre lugareños compitiendo por atraer el zumbante trompo que aseguraría comida para la familia. Paseaba la mirada por las caras de los jugadores y el difuso cerco de espectadores absortos. Era como sumergirse a las profundidades; eso debía tener el juego, un éter donde el tiempo no cuenta. Al descubrir entre los

asistentes a los escarabajos egipcios sintió que el glamoroso salón bien podría ser la sala principal de la tumba de un faraón.



Cuando Mikyzeta dobló la apuesta como arrojando una tea a una fábrica de anilinas lo hizo recordando sus días cuando vendía petróleo en recipientes de lámina y a su padre advirtiéndole que las dos formas de perder fortunas eran el juego y los malos negocios; no es ni con el alcohol ni con las mujeres, le aseguraba, una carta acaba con una herencia; aprende a conocer a los hombres y luego ponte a hacer negocios, y deteniéndose un poco, aunque lo que le viene derecho a uno, por más que te agaches, te va a pegar en el pecho. Fue el golpe que percibió al sentir a Big Al dudar en responder al montón de fichas al centro de la mesa. Volvió a verse de niño en el mostrador de la tienda recibiendo parroquianos con el aroma de travesía que cargaban los coches de mulas pidiendo un cinco de esto, un cinco de aquello, un cinco de lo otro desapareciendo de regreso al horizonte. Recordó que el mostrador se fue haciendo cada día más bajo y los achaques de los clientes crecían con los años de la revolución. El hueco de la soledad se agrandaba cada vez que un amigo se iba. ¿A qué quedarse en la mitad de nada? Preferible chacotear en un salón de luces, comer bien y ganar mucho dinero. Fue entonces cuando se le ocurrió sonsacar a su compadre El Zopilote Chávez Cano.



Al ver a Mikyzeta empujar otra torre de monedas sin pedir carta sintió alivio. Contribuía a tomar una decisión. Estaba harto de lidiar con ofertas y demandas, hasta las pelotas de competir y de comparar; también en eso se medía el éxito, en saberse retirar a tiempo, sabiendo cuándo parar se puede evitar cualquier peligro. Su joven contrincante traía el interés de quien se quiere hacer rico, ganar dinero y volver a ganarlo, era su interés, en cambio para él el tiempo se volvía cada día más importante que el dinero. ¡Si hubiera sabido de joven que no hay cajas fuertes donde quepa un instante! Le vino a la cabeza su enrolamiento para fundar la república socialista y la marcha al Sur para hacer fortuna sin ser consciente hasta hacía un eterno minuto que en aquellos lejanos días tenía la fortuna de sus veinte años. Quiso ser independiente y lo había logrado, a costa de una vida de obsesión. ¿Tenía sentido competir? Hizo como que analizaba sus cartas sabiendo de sobra el juego que tenía. Le empezó a entrar el convencimiento de que perdiendo la puja por el control de gas ganaría un tiempo. Estaba aburrido de inventar dinero, de levantar pesas a las que van colgados mil hombres. Sintió a Mikyzeta aprestándose a bajar a picotear la presa en el llano, como gallinazo seguro de conocer la corriente que lo llevaría de regreso. No bajan de hoquis, pensó el guapo de Salsipuedes. Un espeso silencio cayó sobre el Salón de Oro. La gente dejó de cuchichear. Los espejos multiplicaban a una concurrencia aguantando el aliento. La noche había llegado y hacía frío pero nadie encendió la chimenea. Estaban concentrados en la columnata de oro que crecía aprisionando un valle esmeralda. Big Al permutaba mentalmente lo que el otro empujaba para

quedarse con lo que él había construido en sus años turbulentos. Se vio de joven sobre el pedazo de tierra que reclamó como suyo, un solar de las dimensiones de un gallinero donde después que se fueron sus correligionarios construyó el puente de donde salió parte de aquella crujía de oro. Estaba todo ahí, el trato con muchedumbres, desvelos, arduo trabajo, luchas laborales, muertes, inundaciones, sueños, accidentes, estaban sobre la felpa. Asintió con la cabeza. Se le acercó el mesero creyendo que lo llamaba. Lo rechazó con un gesto. Hasta en el juego como en el box contaba la edad, el más joven gana. Vio a Mikyzeta posarse en el filo de la mesa para encajar otra columna. Seguro había leído la termal que lo devolvería al nido. No eran las corrientes las que daban seguridad a su rival, era su juventud. Se aprestaba a engancharlo confiado en que tenía más tiempo que él, por eso cuando el duro reflejo del naipe recién recibido lo dejó de pupila fija y las paredes del salón se juntaron, pidió espacio con un ademán. En tono conciliador y mirando a Mikyzeta dijo lo mismo que en una ocasión a un marido despechado que le reclamó el que anduviera de amores con su mujer, no se altere señor, quédese la, al fin y al cabo agujeros sobran.

Se sintió liviano y fuerte y entero como si fuera joven. Se puso de pie y se caló el sombrero sin buscar espejo. Se encaminó a la puerta con paso seguro llevándose en el bolsillo el talismán encontrado.



Petrosian Samarín fabricaba crema contra las arrugas exprimiendo gotas de limón en conchas de abulón que dejaba en la intemperie toda la noche para

que el sereno formase la baba que por las mañanas hacía escurrir como mermelada tornasolada en envases de vidrio. Virginia de la Bufadora de Todos los Santos le empezó a comprar de esa crema diciendo que sus hijas la necesitarían después que parieran. Maroshka está preñada, le anunció descubriendo en sus propias palabras una extraña desazón que le picó el pecho. También puede ser buena para usted, comadre, le sugirió Petrosian Samarín; se ha tomado muy en serio que sus hijas se le fueron, cuídese, a las mujeres con piel clara se les cae más pronto la cara. Era cierto. Virginia de la Bufadora de Todos los Santos pensó que de un tiempo a la fecha se le había marchitado la piel ocultándose a sí misma que se le había empezado a crispas desde que Copa Lussé la sacó a bailar danzón, explicándole con indolencia acapulqueña que aquel baile tan en corto, como de sombras amarradas, una pasión reprimida, un amor febril, una pena, encadenados en un ritmo tumultuoso, el baile que trajeron los franceses como gimnasia malsana ejecutada en compañía de una mujer bonita había adquirido dimensión de poesía con los negros del caribe.

“No me vea a los ojos, suegra, vea a la música y déjese llevar como si flotara.”

Se sintió tomada como pala abriendo paso por túneles obstruidos por la rutina sin imaginar lo que estaba sucediendo. Empezó a intuirlo a partir del momento en que su yerno la llevó a sentar y empezó a perder humedad. Se sintió abandonada por su guía en un laberinto sin haberle dejado el hilo conductor a la salida. Aquella galería que ahora se licuaba en su pecho la había descubierto Copa Lussé excavando

con un simple danzón en el promontorio de un matrimonio con telarañas. El yerno había irrumpido como profanador que pellizca una tensa cuerda de una cámara sellada. Tenía razón mi madre, los hombres son unos brutos, hacen daño sin darse cuenta, murmuraba mientras se untaba la crema; hasta parezco que me quedé dormida boca arriba en el gallinero, si tan sólo Maroshka no fuera mi hija, rumiaba; aunque eso no era impedimento para sentir lo que sentía, ni de consumirse cada vez que divisaba desde la cocina al yesero cruzar por los olivos volviendo del trabajo a la casa que había construido a Maroshka. Lo veía caminar con el viril cansancio de un encarnizado obrero volviendo de la jornada con las manos blanqueadas por el yeso colgándole como sarta de gusanos haciendo volar la imaginación.

“¿Sabrá mi hija lo que valen esos dedos?” Se comía las esquinas de la boca pendiente de aquellas yemas como ojos de agujas que seguramente ensartaban quejidos en la cama con la misma exaltada habilidad que formaban molduras en los techos.

“Si así se ven las agujas no quiero imaginar de qué tamaño es el patrón”. La envidia la hizo suponer que a su hija le hacía falta líquido para mojar tamaño molde. Algo le decía que aquel hombre podía ser muy discreto. Olía que guardaba cosas detrás de su cara de marido devoto; aquel costeño venía de la selva, por fuerza debía saber de hamacas. “Sus abrazos han de ser como madreselvas.”

Miró en el centro de su mente al yerno dándose banquetes de muchachas de cacao en cuartos húmedos. Seguro de ahí le venía hacer cosas bonitas con las manos. Recordó que recién había terminado

unos trabajos en la casa de Mihail Rogoff. Había quedado bien con el aburrido de su marido quien desde que sus hijas se arreglaron con sus hombres, se había negado tener trato con “esa descendiente de piratas.”



Darío Shoustari era el principal comprador del milagroso cosmético de Petrosian Samarín. Había probado los aceites con los que experimentaba Lancaster que no lograron borrar cicatrices profundas, en cambio la jalea del molokan restañaba heridas del alma. Al tercer día de tratar a la recién llegada la hacía despedir luz, señal de que estaba lista para incorporarla a sus recorridos. Pidió una crema especial para Azalea. Al comenzar a untársela fue que se le ocurrió la idea de construir rodillos armados con chicas para dar masajes. Volvió con Lancaster para que le fabricara el ungüento que trajo muchos postores a La Celestina. El antiguo buscador de tesoros aceptó entregar lo que negase a las esposas de los clientes de El Trece Negro por pura admiración al apostolado de un mercader empeñado en encontrar su verdad en las entrañas de lo turbio.



Sólo una lavandería en Salsipuedes era experta en dejar inmaculadas las sábanas usadas por cuerpos rentados, endosados, flagelados y reusados guardando la información con hermetismo de iniciado. En los desagües del negocio de Pin Hao se disolvían secretos de estetas hedonistas como RQ Landrú, un glotón de sangre, El Negro Coyo, abusador del Golden Shower y Valtierra El Bailador, adicto al beso negro;

un vampiro, un anfibio y un topo, criaturas con vida diurna de burócratas, y nocturna de miembros de la clase con licencia de alcahuete para arrastrarse por flancos furtivos sin ser molestados hasta reunirse con el alba a cantar y contar. Este grupo de libertinos coincidía ocasionalmente en la hora del dominó con los miembros del tour del abulón consolidando el lugar de Pin Hao como el más tolerante del mundo. Una vida completa después, cuando subía solitario al “Hasta Siempre”, Copa Lussé recordaría el lugar como las cloacas de Salsipuedes donde desaguaban todos los sudarios, todas las miserias y todas las bellezas.

Una mañana, recogiendo en El Dandy del Sur su encargo semanal, Pin Hao vio a Copa Lussé en la barra. Tardó en reconocerlo porque el tono de moreno profundo de su piel había sido sustituido por un blanco España que le sentaba bastante mal. Parecía espectro después de haber espantado toda la noche en una calera. Fue en aquel momento que el chino se dio cuenta que el yesero debía su efectividad con las mujeres a su aura de animal asoleado. Más tarde alguien le dijo que era un magnífico bailarín, que eso le había ocasionando problemas y compromisos en los salones de baile que frecuentaba; es un danzonero mayor en la Coahuila donde ha perdido el control, le aseguró el mismo alguien. Con la sabiduría que le había crecido tratando con tanto desamparado Pin Hao no entendía eso de perder el control con las mujeres. Mientras borraba evidencias de descontroles en sábanas pensaba en la máxima de Confusio, la mujer ha de ir un paso atrás del hombre para evitarse problemas.



Cuando Darío Shoustari comenzó a preguntar por Copa Lussé, Pin Hao se le quedó mirando sin pronunciar palabra, una cualidad que un día agradecería quien también le llegó su tiempo de ponerse de rodillas y de confirmar otro dicho chino, hombre impaciente está cerca de la tumba. El destino tumbaría al persa la mañana en que un bulbo oculto en un musgo lanzó una vara en cuyo extremo reventó el retoño de un sacerdote dotado en la palabra del embrujo de Sherezada y en el toque, del encanto de Aladino. Enloqueció con Azalea. Del fondo de su cuerpo brotó el reclamo por aquel peculiar botín surgido entre las chicas negociadas con Pierre con la pasión que los de su raza cultivan a ese género desde antes que Bagoas hechizara a Alejandro con sus danzas. Se reveló que su aire pragmático era puro barniz que encubría las preferencias de un hombre sofisticado llegado a un páramo de desheredados, betún que permaneció intacto hasta que apareció Azalea a descarapeloarlo, exponiéndolo a la intemperie de bocas crueles en una época cuando a Salsipuedes le faltaban mil años para producir hombres con gustos muy civilizados.



En cuanto comenzaron a aparecer calzones de seda para ser limpiados en seco, Pin Hao presintió que llegaba la época que tendría dinero para adquirir esencias con las que podría ofrecer servicios a la exquisita clientela del casino donde se contaba con

el equipo pero se carecía del refinamiento para tratar la ropa interior de un Ramón Novaro o un Tyrone Power. Antes de arrojarlas a la tina las tocaba para cerciorarse del nivel del propietario al tiempo que el olor le confirmaba quién era el remitente y de que pata cojeaba. Los sudarios impresos con la tinta de la condición humana llegaban en forma de talegas con orejas. Apenas las desataba se enteraba de vaivenes y cuitas igual en las cuarterías de la calle Coahuila que en las Termas de Agua Caliente. En las sábanas con mataduras como de burro abusado identificaba las dentelladas de lenones o las de productores de cine. El licor fabricado a espaldas de la lavandería volvía en forma de lamparones oxidados. También llegaban corpiños de bailarinas con minuciosas reseñas de batallas libradas contra la legión extranjera. Secretos de cigarras, eclipses de frío, puertas duras, camisas de pelotaris con tufo de oso y pantalones de jockey impregnados de caballo, sanguinolientos trapos de fumaderos y clínicas clandestinas esperando ser blanqueados por Pin Hao, quien alcanzó a compenetrarse tanto de su clientela que identificaba las horas consumidas entre tales y cuales bocas de tal o cual madriguera. Por las telas sabía que Delio Carrasco había partido de El Dandy del Sur al Hong Kong a encontrarse con Darío Shoustari y que juntos habían seguido a El Dragón Rojo; por el aserrín en los calcetines y por las manchas de aceite de oliva en las mangas se enteraba que habían comido arenque con alcaparras en la barra de El Trece Negro gesticulando como náufragos. Todos los trajes provenientes del casino olían a humedades francesas. El número de bultos con medias y ropa interior de seda llegados de

ahí mismo creció como la espuma; se había difundido su exquisitez y discreción que le valieron liquidaciones sin regateos. Fue en la fila de cobranza donde volvió a ver a Copa Lussé que había recuperado el color de animal caminero. El yesero le jaló afectuosamente la trenza diciéndole hay mucho que aprender de ti chino; eres doblemente inteligente, en los calzones de aquí te llega la información que aquí mismo cobras, no me vas a decir que es más difícil limpiar un calzón usado por un hombre que el usado por una mujer, y dándole otro jaloncito; pienso que es más latoso limpiar el calzón usado por una mujer porque trae dos sellos, lo que pasa es que los de ciertos hombres traen su secretito, ¿no?; bien hecho, chino, ¡que te cierren la boca con dólares!

Cuando la línea de proveedores se animaba significaba que pronto cobrarían. De la misma manera que un peluquero observa las cabezas de los hombres y un limpiador de calzado los zapatos, Pin Hao se fijaba en la ropa. Un día le ofreció a Delio Carrasco que podía desaparecerle el tufo marino. El abulonero se le quedó mirando desconcertado; tú hueles a calzón hervido y no digo nada, acertó a decirle pero cuando contaba su dinero recordó que Pachilú recién se había quejado de que no podía con el olor a mantarraya de tanto trapo que usaste con tanta foca y tanta zorra que trajiste, ni pienses que encima de ellos criaré hijos, le había soltado con claridad norteña. Cuando Pin Hao le presentó el presupuesto, el abulonero le dijo tai cui lá, tsa tsa, a lo que el lavandero, colgándosele la mandíbula primero y luego iluminándosele la cara, contestó en cantonés una tarabilla interminable. Alzando sus

manos de ajolote Delio Carrasco lo paró informándole que era todo lo que sabía decir en chino, que era muy caro y que quería un descuento; que también sabía decir, una metzía be bakashaá, que su amigo judío Sal Hirsch le había enseñado para cualquier tratada con paisanos.

“¿Don Sal Hilch?”

“¿Lo conoces?”

“Il lavandelia. Tenel hijito escuela celca. Pagal limpieza lopa tolos compañelos. Don Sal Hilch sel geneloso.”

El abulonero se quedó pensativo. Era la primera noticia que su amigo tiburón tuviese un flanco de batracio confirmando lo que decía Don Enrique, que parte de ser hombre era tener una vida secreta. La de Sal Hirsch estaba por el rumbo de una lavandería de la Zona Norte bastante más sorda que la de Copa Lussé que vivió empeñado en desenredar un nudo que nunca logró pero que lo hizo vivir intensamente hasta el último instante, hasta el parpadeo de excelsa felicidad que todo hombre bien vivido ha de sentir antes de irse.



Para Maroshka Rogoff, quien había heredado de su madre la conducta de jamás perder la figura, fue la prueba de su vida compartir el pan y la sal con aquellos jóvenes salidos de aquella mujer que se conservaba endiabladamente atractiva comunicándose con Copa Lussé en idioma yaqui. Su confusión creció al verla conducir la mirada de sus hijos a las piernas de Tamara y Alejandrina diciéndoles ebe chi vocata y a Horacio y Aniceto contestando ehui con expresión de ya se

las vimos. El sentido que toda mujer tiene de más la alertó. Sintió lo que debió haber sentido su padre en el mercado de caguamas cuando el superintendente de caminos la recorriera como supervisando un puente desde el arroyo ahora que veía a su hija Tamara ofrecerle al más pardo de los gemelos una pieza de pato envuelta en crema sazónada con salsa de higos; parecen burritos ¿verdad?, le dijo a Horacio con el más encantador tono que su madre jamás le escuchara. Se aterró. Se dirigió en ruso a Copa Lussé; de seguir esto me marchó, vine a tu despedida no a hacer el ridículo. El otro, ocupado en servirse la cuarta ronda de tequila para seguir brindando con Delio Carrasco puso la mirada en el desierto mientras le contestaba sesgadamente y en español, deja que retocen tantito los muchachos, entre parientes no tiene nada de malo. A Maroshka Rogoff le entró la rabia que pega cuando uno no se puede morir aunque quiera pero se contuvo. Recordó a su madre perder la figura que había construido en una vida de patrones sociales el día que se puso como una loca despeinada al saber lo de Cotoya Cajeme, sin alcanzar a percibir que estaba sufriendo un bestial ataque de celos. Con voz apretada pidió a Alejandrina que le sirviera un poco de té pero su hija menor no la escuchó, concentrada en el charquito de orín que estaba haciendo y que los rayos del sol reflejaban temblorosos en el cielo del cabús. Al ver que en medio de los zapatos de la niña crecía un espejo insistió en morirse sin conseguirlo. Seguía lozana y en ebullición. Volviéndose a su hija le preguntó como si no supiera lo que tenía ¿qué tienes? ¿Qué tienes?, le insistió en ruso. No hubo necesidad que le contestara al mirarle

los labios blancos y la mirada de autista; entonces descubrió las manos de Aniceto haciendo columpios con sus trenzas. Comprobaba como un manazo en la sopa que los hijos de su marido eran como todos los hombres que cuando se ponen calientes no reconocen parientes. Decidió que si no podía morir se había que marcharse. Se puso de pie como un resorte y enfrentando a Copa Lussé le rugió, ni sueñen tus alimañas que algún día mis pulguitas brincarán en sus petates, y arrastrando a sus hijas salió dando un portazo. Corriendo la ventana Copa Lussé le gritó ¡harías bien en preguntárselo a mis hijas!

Maroshka Rogoff tomó una piedra y se la arrojó con todas sus fuerzas descalabrándolo, obligándolo a desplomarse lentamente sobre el escritorio del Porter, a taparse la ranura por donde brotaban chorros de sangre que empezaron a salpicar los despachos amarillos abandonados desde los tiempos de la república socialista, justo sobre el telegrama que acabó con el sueño de Flores Magón e impidió a Zangalo Lobo tomar la foto histórica, Urgente dos puntos Salsipuedes ha sido tomada por filibusteros extranjeros punto Guarnición de la plaza capituló por falta armamento y parque punto Corresponsales prensa extranjera tomando café y galletitas en La Flor de Loto punto Las gotas de sangre mancharon algo como traigan una ametralladora punto. Al revisarse el coco Copa Lussé se sintió Pato Peking de esos que Pin Hao preparaba para El Jengibre Azul abriéndoles la cabeza para inflarlos con el compresor de aire separando la piel de la carne y dejándolo listo para cocinar un delicioso pato crujiente. Al verlo como fuente Cotoya Cajeme saltó aullando del cabús.

Cogía piedras y las arrojaba contra Maroshka Rogoff que corría con sus hijas prendidas como pañoletas.

Don Enrique repetiría la historia infinidad de veces. Lo más divertido que me han contado, diría entre lágrimas, me imagino a las mujeres de Copa Lussé con ojos de conejo blanco, unas escapando y la otra persiguiéndolas; no cabe duda que los que hacemos caminos somos gente que calamos hondo.



Mareado, asido al hombro de Delio Carrasco le hizo un ademán para que le pasara el tequila; con tanto carajo susto prefiero no morirme, murmuró, no descansaré si dejo estos pendientes, a ver si finalmente entiendo que debo irme tanteadito en lo que me queda de vida, y moviendo la cabeza desalentado; ese fue siempre mi problema, abrir la boca en el peor momento, debí haber hecho las cosas callado y despacio, como lijando una mona de madera, en algún lado extravié el toque y el cuidado al detalle, perdí la paciencia para esperar a que el lodo se me asentara y dejara el agua clara. Creciéndole la voz después de un trago doble pidió al abulonero que le echara un chorro de tequila en la herida.

“¡Cómo no se me ocurrió pedirle a Lancaster que fabricara una vacuna contra pendejadas!”

Miró el charquito donde se pudría el sol sin pensar en nada y luego fijó la vista en la calavera impresa en la caja de petardos usados por los guardavías de emergencias. Fue cuando recordó que El Zopilote Chávez Cano le contó la vez que detuvieron un tren repleto de putas que un turco llevaba para una mina en una edad en que eran más valiosas que el oro. Le

pidió a su compadre que sacara dos para “cambiar el curso de las cosas” pero al tenerlos en las manos desistió. Sabía que aunque los amarrara a los rieles y le pasara todo el convoy nada se detendría ni se desviaría. Todo seguiría para allá, con rumbo a donde marcaba el boleto. Concluyó que desde que su madre lo amamantó en aquella estación entre gente viajando en todas direcciones estaba escrito que su vida entraría en una encrucijada a la altura de ese kilómetro; tal vez desde antes que sus padres compraran el boleto ya estaba marcado que un día se sentiría como locomotora girando en una casa redonda sin saber qué rumbo tomar. Estaba escrito en el pizarrón de la estación, murmuró rechazando los petardos como se hace con un plato de sopa fría. Pidió a Delio Carrasco que los cambiara por cartuchos de bengala.

“Pronto llegará la noche, compadre, vamos prendiéndolas, no vaya a ser que el tren que viene no nos vea y ni para qué le cuento.”

Las pusieron a distancia del cabús y regresaron a hipnotizarse con la estremecedora belleza de las llamas crepusculares. Se sirvió otro tequila. Mientras las piedras quebradas y el caserío de Salsipuedes se borraban, usando su copa como lente para disfrutar la creciente luminosidad de Venus le preguntó al abulonero sin voltear a mirarlo y sin quitarse la mano de la ranura, ¿también le trajo problemas hablar bonito como a mi bailar danzón, compadre?



Acostumbrado a mirarle el trasero a las ideas de los hombres y de usarlas para hacerlas rentables

se sintió confundido cuando frente al espejo del bar Hong Kong comprobó que la cara se le había caído. Estaba ante un rostro de sapo con barba, con la misma acusada diferencia entre el ojo derecho y el ojo izquierdo que le había dado presencia de mercader exitoso pero algo le había cambiado desde que llevó a Azalea a su casa, cuando era apenas un bulbo machucado. Habla poco, le confiaba a Delio Carrasco, pero siempre tiene sorpresas, cuando vuelvo a casa encuentro que mudó los muebles, todos los de un cuarto están en otro; muchas veces el cuarto donde dejé la cama por la tarde al volver en la madrugada está vacío, como si entrara a otra casa, un cuarto moviéndose alrededor de la cocina y el baño jugando al escondite; nunca me aburro, vivo como jugando parchís.

Hablaba como a través de la celosía de un confesionario. Levantó los brazos para arremangárselos comentando, las habitaciones cruzan por sus propias puertas, como una casa arremangándose, mueve el cuarto como hace el mago con la piedrita entre las cáscaras de nuez; me hago ilusiones de que así esconde la semilla del hijo que nunca tendremos. Al decir esto se detuvo como atrapado en una tormenta en mitad del llano. Luego de un largo silencio, sin mirar al abulonero prosiguió, Azalea lo es todo, es la casa errando dentro de mí, la alegría que abre mi silencio; con la llegada del día se pone un traje al que le cuelgan narices ¡me muero de risa! Guardó otro silencio antes de seguir; Salsipuedes es una tierra que algún día recuperará a sus hijos, no se puede pasar por un lugar como éste sin volver los ojos atrás, ni se puede borrar de

la memoria la parte donde dejaste caer las gotas más caras de tu vida, ¿cómo dejar de amar los lugares que nos han hecho sufrir? Volviéndose a ver de frente a Delio Carrasco y señalándose la nuca dijo, Azalea me abrió un agujero aquí; si no hago algo me voy a hundir, pero ¿qué puede hacer un barco sin timón cuando ha sido perforado?



Tenían como compañía dos gatos, un perro, un papagayo y muchas plantas que también viajaban por los cuartos. Después del almuerzo Azalea lavaba con hierbas el atuendo con el que Darío Shoustari recorrería la noche. Lo colgaba a secar en el patio donde se sentaban toda la tarde a hablar de esto y aquello hasta que la oscuridad los envolvía y el fino picado del firmamento marcaba la hora de salir a colocar mariposas. Darío Shoustari conducía la cadencia de esas tardes cuidando labrar una relación durable. Le enseñó a vestir con telas vaporosas y prendas exuberantes y a cocinar platillos donde lo importante era el proceso de preparación, muy diferente del elemental trozo de carne asada con el que había sido criado.

“Los dioses comen con salsas y por tiempos.”

Las atenciones del persa le hicieron dudar de su virilidad. Para quien venía de un rudo entorno, el trato ritualista lo confundía. Para un ignorante en el arte de la seducción, acostumbrado a ser usado y descartado, resultaba desconcertante que le sirvieran una taza de té y galletas rellenas de merengue, le encendieran astillas de incienso y velas aromáticas, le colocaran almohadones de satín y se usaran

pieles para conducir el trayecto de los sentidos, un mundo de diferencia con sus presentaciones en el Sans Souci donde se sentía deseado por hombres preguntándose qué cosa era aquello, hechizados al verlo cambiar de sexo frente a sus ojos y de superar con creces el riguroso examen de la luz rasante de las candilejas que sacaba de la cartelera con más rapidez a las mujeres que a los hombres, en parte debido a que éstos no tenían celulitis y en parte porque las mujeres no tenían ni idea de cómo desenterrar las secretas obsesiones que persiguen a los hombres. No extrañaba aquellos tiempos de agresión y soledad. En el fondo del travestí yacía un niño vejado obligado a humillarse ante sujetos buscando llamar la atención al imitar su forma de caminar y de hablar. ¿Qué hacía a un hombre serlo?

Todo hubiera seguido el curso que Darío Shoustari cuidaba de cultivar de no haber sido porque a la vuelta de la casa estaba la escuela donde estudiaban Horacio y Aniceto Lussé.



Cotoya Cajeme decidió no ceder un ápice lo que le correspondía a ella y a sus hijos aunque hubiera que enfrentarse al mundo. La polvare da de Salsipuedes le recordaba las estampidas de aventureros siguiendo la veta de oro con sus mismos apetitos y sus mismas torpezas. Para la yaqui eran iguales de embusteros los blancos, los azules, los rojos, los amarillos, los negros y los mexicanos; la misma farsa agrandada con la presencia de gringos en las calles. Esos hombres con cara de niño y ojos claros, les recordaba frecuentemente a sus hijos, arrebataron

la tierra de tus abuelos, los mataron y acabaron con los animales y el bosque, esos hombres no quieren a nadie. A los pocos días de haber llegado atrajo a Copa Lussé a su casa mandándole decir, los niños quieren que los lleves a pescar al mar igual que lo hiciste en la laguna. El yesero se presentó diciéndose a sí mismo que los enredos de los adultos no debían mezclarse con los hijos, ocultándose el deseo de encontrar brasas vivas donde hubo incendio. Cotoya Cajeme le había preparado pierna de venado al horno con orégano y hojas de laurel y como postre, dátiles rellenos con crema, una cena sacada de antiguas recetas de Sonora. Al primer mordizco se pusieron a trotar y con el último dátil salieron como caballos parejeros hacia la recámara donde sin ningún trámite volvieron a llenar el molde inventado en la sierra con la misma aleación que fundieran tantas veces. Trajinaron frenéticamente, como alijadores descargando un barco lleno de tomate a punto de podrirse hasta que Copa Lussé cayó rendido sin saber de sí mismo. Despertó un rato después creyendo que se le quemaba el culo.

Se vio desnudo boca arriba amarrado a la cama de piernas y manos con la pinga bien tiesa. La yaqui le había metido un chile piquín por el fondillo. Tenía además, un cincho por la cintura.

Ya estás como quería, le anunció Cotoya Cajeme desatándose el pelo; me voy a emparejar de los pendientes que dejaste junto al caldo de queso frío.

Encantada de tenerlo como burro manadero le untó aceite de caguama y lo montó como a pelo sobre un caballo mostrenco, más bien como si fuera toro cebú de piel suelta, moviéndose en todas direcciones

como compitiendo en un rodeo de alto rendimiento, aplicada a exprimirle los jugos del racimo, bien agarrada al cincho, obsesionada con despojarlo de toda posibilidad de preñar a la rusa. Era preferible matarlo a sentones que saberlo empatado con la güera. La faena duró todo el día y toda la noche hasta que Copa Lussé perdió la razón. Cuando despertó tenía una compresa de hielo en el fondillo. Te pusiste morado, le informó Cotoya Cajeme al tiempo que se la retiraba, pero no pasa nada, solamente me quería asegurar que no te dieran almorranas; se trata de que no cojas, no de que no cagues. Luego exprimió toallas con agua aromática aplicándolas a los colgajos con el mismo brillo en la mirada que despidiera cuando se desató el cabello por primera vez frente a él, hablándole acompasadamente; parece que no me conoces Copa Lussé, como si no supieras que te casaste con una yaqui y que cuando parimos alcanzamos el grado de guerrero, te lo dije después de que me rompiste en el corral, ¿lo olvidaste, Copa Lussé?; para mi gente el empatarte con una doncella es cosa formal, igual que para un yaqui jurar que no habrá sol ni muerte, ni dolor ni calor, ni sed ni hambre, ni lluvia ni aire, ni enfermedad ni familia que impida cumplir el divino mandato, ¿se te olvidó que nada nos da miedo?; podrá terminar todo para uno, menos una cosa, hacer nuestro trabajo, mantenerse en el puesto, defender nuestra nación, nuestra gente, nuestra raza, nuestras costumbres, nuestra religión; ¿qué esperabas que hiciera cuando me dejaste con el caldo de queso servido?, ¿quedarme quieta?, ¿llorando?, todo el discurso dicho mientras le untaba otra vez aceite. Lo volvió a montar, esta vez

haciéndole perrito con el coño por toda la noche hasta que el caminero quedó con el animal transformado en dulleta sólo útil cuando se rellena de merengue para decorar pasteles; fue hasta entonces cuando lo desamarró diciéndole, ¡ahí está!, apuntando hacia el derrumbe listo para palearlo al camión de escombros; a ver con qué le sales a tu mona, si es que te dejo salir, le advirtió apuntando a la puerta cerrada, porque tu fuerza es nomás para mí.



El destino le daría una lección a la obnubilada Cotoya Cajeme quien jamás imaginó que Maroshka Rogoff fuera comadre de Clarissa Cardinale, la experta en revivir hervores. Cuando la rusa se apareció para tomarse la foto que pondría en la sala de su casa le preguntó cómo andaba con su marido. La otra le contestó que estaba muy desanimado después del secuestro, sin todavía tener idea del tamaño de la machucada que le habían dado que casi termina en desastre generacional.

“Tuve que recurrir a mi padre.”

Su cónsul padre, con quien no cruzaba palabra desde hacía años, anduvo de gestor para que Cotoya Cajeme liberara al yesero. Como en Salsipuedes la autoridad estaba en un interregno de revoluciones, Mihail Rogoff acudió a la policía militar gringa que patrullaba el archipiélago recogiendo marinos, con la nariz enrojecida por la vergüenza del papelón que hacía y las orejas amarillas por la bilis de hacer el trámite junto con Virginia de la Bufadora de Todos los Santos aparentando ser una familia estable. En el preciso momento que le entregaron a un hombre

convertido en trapeador hediendo a huevo podrido entraba una corriente de aire polar a Salsipuedes. El brusco cambio de temperatura combinado con la vergüenza hizo que a Mihail Rogoff se le tiñera la piel color azul enmarcada con pelos morados en los sobacos. Cuando se supo que a partir de ahí había comenzado a cagar desparramado le pusieron El Guajolote, mote que lo acompañaría hasta que lo enterraron; parecía pavo azteca: rojo, nalgón, azul y con el moco colgando.

No podré tener hijos, gemía Maroshka Rogoff, tan bien que íbamos antes de que esa gata me lo dejara a medias. Te he dicho que no te preocupes, le repitió Clarissa Cardinale, a Zangalo Lobo lo he mantenido entusiasmado desde que lo zurzo con hilo de tripa de gato, y ponderando con el índice levantado; tiene que ser de gato, tensa al hombre por las noches y lo mantiene ronroneando por el día, no vas a tener ningún problema para arreglarlo, mujer, tú que te has pasado la vida bordando, y abrazándola, pronto lo tendrás de vuelta cumpliéndote como Dios manda, toma, para que salgas del apuro esta noche, llévate este carrete con lo que queda, y apretándole afectuosamente la mano, mañana te llevo con la señora que lo fabrica.

Deregreso a casa, luego de lavarse meticulosamente las manos y con la aguja ensartada se acercó resuelta a su marido quien seguía como caracol sin concha, aplastado contra la cama. Te voy a arreglar, le dijo; no es cristiano que sigas de inútil, amarás a tu prójimo como a ti mismo, le deletreó el mandamiento, y yo estoy igual en el tuprójimo que en el timismo, si no cumplimos con la ley divina nos vamos a condenar,

sé que estás muy usado y que te vale un cacahuete si te vas al cielo o al infierno pero yo sí quiero irme al cielo, y cogiendo el carnoso badajo se dispuso a bordar su camino a la salvación. Con gran delicadeza levantó al descuacharrangado hermanito, lo fijó en su costurero y empezó a bordarlo. Jamás imaginé que algún día cosería una pinga desflorada, pensaba concentrada en cada puntada. Dando la última vuelta y ya para anudar vio que las bolas de Copa Lussé se desperezaban y comenzaban a moverse como yoyos, subiendo y bajando dentro de las talegas. Se quedó de una pieza. Entonces se le ocurrió que antes de cerrar podía meter en esas bolsas las muñequitas rusas que le había regalado su padrino Petrosian Samarín cuando hizo su primera comunión. Corrió a sacarlas del armario. Las colocó cuidadosamente y procedió a cerrar pensando que de ahí en adelante tendría que hacerle calzones más grandes pero no le importaba porque estarían benditos.

Antes que anocheciera Copa Lussé sintió que se le tensaba la criatura. Con la euforia del que encuentra un tesoro corrió con Maroshka Rogoff y sin darle tiempo de nada le ensartó la tripa de gato inaugurando una serie de labores domésticas con las que zurcieron a Tamara y Alejandrina, y de grandes sobresaltos por las constantes incursiones de Cotoya Cajeme quien nunca cejó en intentar recuperar a su hombre.

Fueron los años más fecundos de Copa Lussé. En el centro de la bulla de dos familias de colores opuestos, en un territorio impredecible encontró el estímulo que la memoria de su cuerpo demandaba. Sintió desde el primer agarrón entre Maroshka Rogoff

y Cotoya Cajeme que la guerra era por la prole. La figura de él ocupaba un espacio decorativo entre costumbres muy similares porque tanto la rusa como la yaqui sabían de crianza y de manejarse entre la estufa y la rueca y de querer contribuir con el sustento familiar. Maroshka Rogoff montó un taller donde enseñó bordado de alto y bajo nivel y Cotoya Cajeme abrió una fonda por los rumbos del Mesón La Celestina donde servía caldo de queso, pierna de venado al horno y batarete yaqui.



La dieta de carne de venado definió de qué estaban hechos los hijos de la yaqui. Cuando ingresaron a secundaria ya les había cambiado la voz. Parecían carteles con piernas, altos, planos y con el mirar afilado del padre. Un lunes que hacían los honores a la bandera los divisó desde el cuarto vacío. Horacio Lussé tocaba la corneta de la banda de guerra y su hermano el tambor. Desde ahí los recorrió con cuidado fijando su interés en lo que a uno le ocultaba el tambor pero que lucía contundente en el de la corneta. Qué niños tan sazones, murmuró, y viendo a las jóvenes maestras, se les han de ir los ojos con esos alumnos, tiernos pero fibrosos. Se devoraba las comisuras presenciando toda la ceremonia hasta que concluyó y volvieron a clases. Han de pasar por aquí, pensó al recordar que Darío Shoustari renegaba por las mañanas cuando el bullicio de la chamacada lo despertaba. Al otro día se levantó muy temprano a limpiar las ventanas que daban a la calle. Cuando sonó la campana llamando a clases escuchó el sonido de una lata pateada anunciando a los Lussé avanzar

concentrados en el juego. Interrumpió su tarea. Se quedó clavado en la rebosante pubertad de los muchachos que pasaron llenando la calle de voces con gallo. Aquellas vibraciones viriles le erizaron la piel. A partir de ese día fue la casa más cuidada del barrio. Se mantenía atento a los horarios de clases sin atrever a acercarse a los hermanos concentrados en su mundo, ajenos a la joven señora regando plantas. Empezó a aborrecer los fines de semana y los días festivos. Un día Darío Shoustari tropezó con un pizarrón en el cuarto vacío. Se quedó con la boca abierta cuando Azalea le pidió que le comprara un libro que explicara los símbolos patrios.

“Siento vergüenza que los niños sepan más que yo, a mí lo único que me enseñaron fue el catecismo y que el gobierno perseguía curas.”

Con ese razonamiento el persa se dio cuenta que vivía en un territorio con héroes de los que no sabía nada, sólo le había importado ganar dólares. Recordó el largo camino desde el río Tigres hasta Salsipuedes cuando muy joven sirviera en el ejército otomano como coordinador de eunucos del serrallo del Sultán y donde estuvo a punto que lo convirtiesen en soprano de no haberlo encontrado viejo para sobrevivir la castración. Después de la guerra se quedó haciendo de todo en Sidón y en la primera oportunidad se embarcó a América en un vapor de inmigrantes con destino al mar de la Plata junto con toneladas de bombachas desechadas por el ejército otomano que los gauchos adoptaron como parte de su atuendo típico. Su primer trabajo fue comerciar con hilo y botones por los caminos de La Pampa. En el primer año de duro esfuerzo y ahorro tesonero

adquirió una máquina de coser de pedal. Cosía de todo entre Rufino y Venado Tuerto donde se hubiera quedado de no haber sido porque alguien le dijo que en California había escasez de costureros. Mientras los aventureros buscaban oro en las cañadas había gente que lo había encontrado confeccionando ropa de trabajo. La mezclilla es el uniforme de los mineros, le subrayó ese alguien, tus paisanos judíos están haciendo su agosto.

“Soy persa.”

“Con esa nariz te conviene ser judío y meterte a las telas que están vistiendo gente en California.”

Se quedó pensativo. California estaba en América así que no debía estar muy lejos de Argentina. Se embarcó en otro vapor de inmigrantes sin imaginar que no volvería a escuchar ese nombre hasta cuatro meses después cuando el capitán les anunció que estaban llegando a la zona franca donde desembarcaban chinos que eran cruzados por tierra a California. Estaba harto de mar. Desembarcó en el lanchón de Charlie Cuevas, el contrabandista más famoso de Salsipuedes quien lo dejó frente a la aduana a cambio de su tapado de nutria y un dólar con catorce centavos más una foto de Isabel Sarlí. Pensando dar con los molinos de oro cuanto antes se dirigió donde vio un montón de hombres. ¿Lavaderos?, repitió el aduanero viéndole de pies a cabeza, quedan algunos para lavarse las pulgas; ¿oro?, ni oro ni placeres ni mineros, el oro se acabó y los otros murieron de sífilis y puñaladas, y mirándole la máquina, ¿sastre?, movió la cabeza, no pierda el tiempo amigo, aquí nadie se hace ropa a la medida ni se la remienda, lo que se gasta se tira.

En cuanto pisó el muelle sintió a Salsipuedes como un temporal. Se escurrió a los maravillosos trasfondos de que están hechos todos los puertos sin imaginar lo que le deparaba en un archipiélago fungiendo de compuertas entre un mar sospechoso y un paisaje de nada. Después de rentar un cuarto siguió a los hombres a sus metederos. Pronto hizo contacto con las chicas del Sans Souci, el Tívoli y el Silver Fox a quienes de inmediato empezó a remendarles y colocar cierres. Conservó algunas bombachas turcas que se convertirían en su atuendo distintivo por los dentro de Salsipuedes. Cuando se encontró por primera vez con Zangalo Lobo ambos se revisaron los pelos de la cara y las oscuras cuencas que custodiaban narices que sólo brotan en los alrededores del Cáucaso.

“¿Turco?”

“Armenio, ¿Turco?”

“Persa.”

Intercambiaron identidades en un español arrasado por la rambla de Montevideo y La Pampa. Eran los tiempos en que Clarissa Cardinale tenía entretenido a Zangalo Lobo con galgos para luminarias. Cuando Darío Shoustari le preguntó cómo se ganaba dinero en aquella tierra, el otro le explicó que ahí se podía hacer de todo menos hacerse pendejo, la puerta está abierta para que te metas a echarle ganas, a imitar lo que hace la gente que entrega tiempo a cambio de dólares siempre y cuando hayas pagado la licencia para traer la palabra mágica cosida a la chaqueta, la palabra padrote te autoriza a circular después de las nueve de la noche.

Al otro lado del mundo, un desconocido le reveló el sentido común de jóvenes que cambiaban dinero por

un rato con una mujer o unos naipes, una navaja, un peine, cualquier cosa resultaba mejor a billetes que en una playa rociada por metralla servirían para un carajo. Le nació la convicción de que no pudo haber encontrado mejor lugar para hacerse rico, certeza que se derrumbaría cuando esperando el golpe del tsunami comprendiera que lo verdaderamente enriquecedor de Salsipuedes había sido aprender que el resultado de la vida no era lo importante sino haberla vivido.



Cuando tuvo libros de historia y civismo decidió no volver a mover muebles. Reservó el cuarto vacío para estudiar. Por un lado leía escrupulosamente el libro de civismo que le recordaba los mandamientos de la Ley de Dios que había aprendido de carretilla en la parroquia y por el otro, las crónicas de hechos de iconoclastas mandando a la mierda toda creencia religiosa y toda ley hecha en nombre de las diosas fraternidad, igualdad y libertad. Reflexionaba sobre los mandamientos y los discursos. Cuando le surgía alguna duda abría el de historia para seguir los sobresaltos de los hombres y las mujeres que habían formado la nación, fascinado por el paralelismo entre las lecciones del deber ciudadano y los mandamientos de Dios. Los libros de historia y las lecciones de civismo eran igual que la Biblia, una cosa era lo que los hombres debían de hacer y otra lo que hacían. Se sintió aliviado, libre de carga. Ya no necesitaba ir a que le perdonaran los pecados. Si los mismísimos héroes habían brincado de un bando a otro pasándose por el arco de triunfo las lecciones de civismo que la

historia premió con letras de oro, él no era tan pecador como pensaba. Al terminar de leerlos cerró los libros concluyendo que los revolucionarios no habían sido mujeriegos sino piojosos porque no habían sabido conquistar mujeres con palabras, mucho menos a los hombres. Se quedó largo rato mirando por la ventana de sus sobresaltos hacia la escuela vacía brotándole una idea que no lo abandonó hasta que se quedó dormido.

Horas antes de encontrarla, Rodolfo Green había dado de patadas hasta aburrirse, Zangalo Lobo había retomado su vocación social, el cuerpo de Mr. Green había nutrido hormigas y perros y el de Pierre había iluminado la bahía.

“¿Por qué lo hiciste?”

Un sentimiento de irrealidad lo invadió al recorrer con la mirada su cuarto que guardaba el mismo acre aroma de la escena de Mr. Green tumbado en un charco de sangre y Pierre vomitando en una escupidera. Había un frasco vacío en el piso. En el aire se sentía el acento de la tristeza y la incertidumbre. Clareaba. La habitación recuperaba su desnudez con luz de amanecer recién lavada. Delio Carrasco se inclinaba como insecto herido con las antenas en dirección de la hamaca en un trémulo afán de captar el significado de aquella vida que se había marchado dejando un cuerpo como despedida, como algo no resuelto mezclado con otros recados que le caían tropezando unos con otros en el cerebro. Sólo tenía al alcance la sensación del último encuentro, cuando no se dijeron nada y todo lo convirtieron en un pesado silencio. Nunca hablaron más que un dialecto de amor, lo que hablaban le bastaba a ella

y lo absorbía a él. Se sentía sentado en una burbuja de luz verde, el color de la muerte, como si el mundo se hubiese derrumbado junto a él. El peso de una parálisis se le instalaba en la mente como una helada más penetrante que la pena.

“Samara.”

Pronunció el nombre con voz que combinaba la cólera y el reproche. La tristeza le daba completo dominio de sí mismo: tan amarga era la verdad que su conocimiento proporcionaba un cierto deleite. La palabra llenó el cuarto y cuando se desvaneció lentamente, la conciencia de su muerte cayó sobre él con un peso nuevo y aplastante, como la presión de una gran puerta sepulcral que se cierra sobre la esperanza.

El alba friolenta avanzaba despacio por el desierto; frotándose los ojos, Salsipuedes se abría al tráfico.



Celebraban con entusiasmo de novilleros haber sido paridos mientras la tarde empezaba a acomodarse en su alrededor. Las sonrisas rodaban por la barra como tajadas de sandía. Delio Carrasco dejó de observar la concurrencia por entre los oxidados espejos de la contrabarra de Punta Piedra para fijar la mirada en el océano. Se acercaba la temporada de veda del abulón, un chorizo de días que los pasaría esperando a que en los farallones marinos renaciera la vida. Poner la vista sobre el mar era para él como acariciar la piel que cubría un mundo en armonía a diferencia del caos que se vivía en tierra. Ahí adentro, le comentó a El Zopilote Chávez Cano señalando al

mar, hay sistemas aunque no haya caminos, tal vez porque no hay hombres; es posible que los rieles de un ferrocarril sean un camino más seguro pero no hay libertad, en cambio ahí adentro puedes moverte en todas direcciones, le ilustró extendiendo los brazos.

El Zopilote Chávez Cano se quedó pensando, tal vez, repuso, pero no es así cuando el viento mueve la arena y borra las vías, cuando el mundo se esfuma y te sientes despegado de cualquier referencia, abandonado, como escondido a los ojos del sol pero con un raro sentimiento de libertad.

Parecía que ni el guardavía ni el otro sabían que el universo está fuera de cualquier control y que había que aceptarlo como es, cosa que empezaron a entender cuando elevando la copa para brindar, el ambiente se atascó. El Zopilote Chávez Cano preguntó con los ojos a Delio Carrasco, quien alzó los hombros, ha de estar llegando un Santana, dijo, pero al ver las olas alzarse sin desgranarse supo que no había ni pizca del viento rojo. Era que el ambiente se había curvado por las vitriolosas palabras que intercambiaban Pierre y Mr. Green. El olor de fritura sazonada con ajo y comino, el aire saturado de la música de guitarras que rascaban sus almas comenzó a corroerse a las primeras mandadas a la mierda intercambiadas entre los dos, luego se impregnó de un olor a ceniza mojada mezclado con el inconfundible tufillo de gente hecha bola. Volvieron la mirada al espejo donde se reflejaba la mesa de la jugada. Una nube flotaba sobre los parroquianos que habían dejado de azotar las mesas. Copa Lussé advirtió lo que empezaba a suceder en la mesa del perico y Mr. Green. Sintió algo eterno en el desacelere de la jugada hasta pararse,

un instante que recordaría toda la vida. Alcanzó a ver la mirada calcinada de Pierre clavarse en los ojos del rey del licor. Muchos años después pensaría que la violenta caída de la temperatura en el salón apresuró al perico a hacerlo antes que se le secaran las ganas.

“Se están mentando la madre.”

En eso se definió la cuestión. El brusco arrastrar de sillas reveló un abridero de bocas junto al golpe de Pierre, sordo como toallazo mojado, que hizo reventar un clavel rojo en el cuello de Mr. Green, quien se le quedó mirando sin comprender. Se levantó como reumático llevándose la mano a la garganta de donde irrumpieron serpentinas rojas. Hizo por su sombrero pero se arrepintió y luego de un instante de duda se recostó en el piso, amodorrado como foca asoleándose. Antes que el salón se abandonara al sabor mortal de la sangre, Pierre se desamarró la navaja de la pata y con un trazo corto se trozó el buche.

Aunque después pasaron muchas cosas la cantina de Punta Piedra y las de todo Salsipuedes no dejaron de ser escenario de lo mismo, de eso tan metido en el modo de ser de los hombres, incluso atrás de la sierra donde luego que los zopilotes picotearon el cuerpo de Rodolfo Green hasta desaparecerlo, el camino volvió a ser tan acogedor como siempre.



En el ocaso de su vida Delio Carrasco cotejaría las patadas de Rodolfo Green con la vanidad mas culina. Si en vez de haber esperado a Lancaster en La Ballena hubiéramos dedicado ese tiempo a buscarlo para prevenirlo de los perros habríamos envejecido juntos, musitaba, tal vez fue mejor asi, ha de haberse

ido feliz, le gustaba vivir la vida de golpe. Recordó que mientras Zangalo Lobo trabajaba en el cuerpo de Mr. Green, ellos vomitaban el sexto nivel de la borrachera, la devolución del copeo; si Lancaster hubiera sabido cómo se iba a poner en Punta Piedra nos habría alcanzado porque ya había aprendido a vivir dijo levantando la voz, como precisando la mirada en el recuerdo, pero esto está lleno de hubieras que nada tiene que ver con los hechos, Lancaster no acostumbraba unirse a los recorridos porque traía rancho aparte, prefería cruzar sus estudios de astronomía con su rollo de que era descendiente de Henry Morgan sin necesidad de bramidos para hacer alucinar hembras, le bastaba un telescopio y unas palabras mientras la chica recorría el firmamento donde de seguro aquella noche Mercurio y Urano han de haber estado en línea.



Se fascinó al ver el gesto de azoro de Mr. Green, mueca que se repetiría un rato después cuando ensartando al hombre de la Colorado River Land Company le confirmara que todos los ricos eran iguales, la cobardía era parte de la acumulación. Con Clarissa Cardinale había aprendido a asimilar a los sibaritas del casino sin olvidarse de lo que había visto en Chicago, no obstante, el tiempo le probaría que aquellos años junto a ella habían sido la coyuntura más placentera de su vida, cuando salía de madrugada a silbarle a los perros, a entrenarlos para perseguir una liebre mecánica alimentada por apuestas, aceptando escucharle decir a Clarissa Cardinale que las ideas eran buenas para los jóvenes

porque tenían el tiempo que a él se le había consumido. Aquella mujer le abrió una grieta por donde se metió el establecimiento que detestaba, abertura semejante a falla geológica cuando la acompañaba a tomar fotos a mormones con sombreros de palma montando burros con pijama en la misma esquina donde una vez proclamó la revolución y repartió manifiestos. Dejan dólares, le insistía Clarissa Cardinale con sensatez femenina, es lo que cuenta; no me salgas con que no te importa el dinero, en tus tiempos de contrabandista has de haber aprendido que el mundo se engrasa con dinero; ¿socialismo?, ¡ja!, he tomando fotos a líderes sindicales apostando y tomando champaña como capitalistas, ¡dan buenas propinas esos camaradas! Pero Zangalo Lobo seguía en lo suyo. Era un fervoroso creyente orando hacia la meca del socialismo, la religión de los puros, la de la tinta verdadera calificando de infieles a los capitalistas, rechazando con piadoso celo todo lo que oliese a acumulación porque significaba explotación del sacrosanto pueblo. Pasando de la teoría a los hechos varias veces liberó galgos en el chaparral con la idea de esparcir una simiente que algún día produjera una raza de lebreles nutridos con liebres de verdad no de “esa mariconada eléctrica para entretener hijos de puta”. Clarissa Cardinale se preocupó. Los dueños de los perros ya no se tragaban el cuento de que se extraviaban porque merodeaba por los alrededores una zorra en celo. Como su hombre insistiera en soltar perros y poner en peligro su trabajo decidió descoserle el costurón bajo el ombligo. Le metió un cojincillo trasplantado de una muñeca que decía “mamá” cuando le presionaban el estómago. Con

ese remedio consiguió lo que las esposas de los parroquianos de El Trece Negro tanto pidieron a Lancaster para mantener sosiegos a sus hombres. El artefacto sumergió a Zangalo Lobo en una espiral de idiotez que lo mantuvo sumiso hasta que se le ocurrió ir a la fiesta de la Colorado River Land Company y hubo necesidad de sacárselo para que su cuerpo cupiera en el disfraz sin imaginar su astuta mujer que comenzaba un torrente de acontecimientos que duraría tres décadas y que culminaría en la plaza de Tlaltelolco con sus propias lágrimas mojando una parte con pelo blanco y otra sin zapatos de aquel cuerpo que albergó un espíritu que fue todo entrega a otros.



La tarde había cumplido con su agenda. El crepúsculo se disolvía en naranja y púrpura comenzando a empaparse de índigo. El sol se había hundido en la pulpa del océano a las seis con cuarenta y cuatro en punto, justo cuando Mr. Green buscaba su sombrero con cara de pregunta que quiso pronunciar pero no le salió porque el aire se le fugaba por la tráquea trozada. Dio dos pasos hacia la barra. Al verlo venir, Delio Carrasco hizo por recibirlo pero se detuvo al mirar a Pierre parado en un monte de soledad. Cuando el contrabandista de licor optó por imitar a las focas, el perico se rebanó el cuello desplomándose en la escupidera. La concurrencia se abrió, la mitad como caribúes emigrando, la otra como jauría corriendo a arrebatar el imperio del alcohol. El cantinero con rostro sin savia encendió el candil, recogió las fichas de dominó y las guardó. Reanudó

la limpieza del lugar sin voltear a ver a Zangalo Lobo destazar a Mr. Green con la navaja de zapatero que Zacco le regaló antes que lo electrocutaran. El espolón de acero con el que Pierre organizara la cuestión le había dado al anarquista la idea de usar la suya para filetear al viejo. Mientras el salón se vaciaba lo desnudó y le extrajo las vísceras que arrojó a las gaviotas. Separó la carne del esqueleto que dejó bañado con ron sobre una silla para que las hormigas lo pulieran hasta desternillararlo de risa, luego hizo un tamal con la carne para llevarla a sus perros antes de partir a la fiesta.

Mientras ponían a Pierre como antorcha, Delio Carrasco pensaba que nunca había esperado volver a vivir un séptimo nivel de la borrachera, el de arrastre lento, y menos de aquella manera. Había sufrido uno en su juventud cuando recién salido del arrecife se tomó un vaso lleno de tequila que le hizo brotar burbujas en los brazos. Esta vez el arrastre era por todo el pozo sin fondo dejado en su pecho por el perico.



Sal Hirch creció entre telares en Génova y se hizo mercader en la bolsa de algodón de Nueva Orleans donde descubrió los postres del Caribe, el café, el azúcar, el ron, el tabaco, el jazz y la negra. En las cuarterías del Mississippi se volvió adicto al postre de piel pulida con el que accedió a una forma de existencia desconocida, una suerte de espiritualidad pagana en la que conoció los placeres de Cam. La morbidez de la música de harapos teñida de melancolía fue el otro anzuelo donde picó uno de los

dos peces de su personalidad seducida por la vida marginal, mordiendo frutos prohibidos en territorios peligrosos. Se fascinó con esa suerte de gheto sin Dios de calles abiertas y sudor de carne negra donde se encontró con la clandestinidad en forma de ritos masónicos, proyectos separatistas, exiliados políticos, prófugos de la justicia, contrabandistas, tratantes de blancas, traficantes de armas. Vio desembarcar música de negros franceses y españoles transportada en trompetas como de madera mal barnizada que contribuían con su pasta sonora a barrer toda una relojería de música blanca. Recorrió los dédalos del barrio francés bebiendo sonidos criollos que lo hubieran ahogado como rata de no haber contenido en la pecera de su pecho al pez dorado, la piraña que lo tiraba hacia el dinero que lo llevaría a Salsipuedes.

Los peces del judío nadaron en su pecho hasta que se le helaron las aguas el día que se presentaron en su negocio unos tipos con túnica y capirotos blancos, a caballo, gritándole judío bastardo que te acuestas con negras, maldita sea tu raza, arrojándole teas que quemaron hasta los cimientos su fábrica de telas. Desde niño le inculcaron que en un mundo de gentiles los judíos nunca estaban seguros pero ahora lo vivía. Se apresuró a meter su patrimonio en el bolsillo, con la previsión bíblica de cambiar dinero por piedras preciosas que además de deleitar en reuniones crípticas, servían para mudar de país ocultándolas en el cinturón. Pensando embarcar al norte industrial recordó que un paisano de apellido Lanzky a su paso por Nueva Orleáns le contó de un casino y un hotel para artistas en una república recién fundada poblada por gente llenándose los

bolsillos con oro. El nombre Salsipuedes le sonó como le debió haber sonado Canaá a Moisés. Partió al oeste sin volver la cara ni volverse a acordar que en la abra de un río espeso fundiéndose contra un mar voluble había vuelto a hermanar la casta de Cam con la de Sem y Jafet.



¿Tiene uniformes para secundaria?, solicitó como pidiéndole la lección. Con esta simple línea, una maestra de una escuela donde se impartía educación laica y los lunes se recordaba con honores la efímera república socialista que trajo de todo a Salsipuedes prendió del cogote a un judío de nombre camaleónico y pecho abombado donde chocaban las festividades de la Janukká y la de Baco. Con astucia guerrera, Emma Maldonado dio clases de sentido común cuando al verlo vendiendo uniformes escolares le sugirió que fuera a sacar agua donde brotaba a borbotones. ¿Judío? le preguntó apuntándole a la estrella de David que exhibía en el pecho, ¿vendiendo ropa de niño y ni una chuchería a los soldados? ¿No le gustan los dólares? Sal Hirsch enmudeció. Entonces Emma Maldonado lo confrontó acorralándolo con ojos de magnífica luz verdosa; si no me da una metzia es que no sabe de comercio, si es el caso ni para qué seguir con la tratada, le soltó como hacía con sus alumnos en la última pregunta del examen final, la pregunta por la cual una maestra es recordada toda la vida. El superviviente de un ataque del Ku Kux Klan se quedó helado al escuchar la palabra yidish usada en el estira y afloja por un precio. Metzia le

sonaba irresistible con aquel acento que cantaba las vocales. No la había vuelto a escuchar desde que abandonó el ghetto ni había recurrido a ella en sus negociaciones con mercaderes holandeses y franceses en el Caribe. Al verlo tambalear, Emma Maldonado le tendió un puente de plata diciéndole, mi abuela materna era sefardita, ¿y bien? Volviéndole la saliva a la lengua y juntando cinco mil quinientos veintiocho años de recursos, Sal Hirsch le ofreció una ganga. Para Usted, señorita, le dijo, lo que guste de la tienda es dos por uno, igual ropa que accesorios, igual botines que gorras, y sacando una cajita: le ruego acepte estos pralinés que acabo de recibir. Al percibir curiosidad y desconfianza en la mirada de la maestra se apresuró a aclarar que eran dulces hechos a base de nuez y coco, una especialidad de Nueva Orleans. Tengo la receta, le informó, tal vez le interese tenerla. Al terminar el encuentro se habían abierto puertas en varias direcciones. La que llevó al comerciante a mercadear con soldados americanos, la que lo condujo al casino, la que lo acercó al registro civil para unirse a Emma Maldonado rompiendo el juramento hecho a sus padres de que se casaría bajo un palio.



Terminaba el verano. Con la aseada brisa del otoño llegaba el tiempo de volver a la escuela y elevar cometas. El primer día de clases se apostó en la ventana. Vio aparecer a Horacio tirando de un hilo sujeto a una cometa en forma de estrella con largos listones de colores seguido por Aniceto que hacía unas extrañas roscas con papel que montadas al

cordel, el aire deslizaba hasta el artefacto. El climax llegó frente a su casa cuando amontonados bajo la nave de papel y ante la expectación general atizada con las campanadas anunciando la entrada a clases, Horacio Lussé, cobrando brazadas de hilo y soltando hizo caer los papeles al patio de la escuela. Luego de recogerlos y rescatar la cometa entraron al salón seguidos por los ojitos lujuriosos de Azalea.

“Telegramas, dijeron telegramas”. Buscaba en su memoria algo que encajara en la palabra. Recordó que el libro de historia relataba que un telegrama había delatado a Pancho Villa haciendo tratos con un alemán prometiéndole recuperar el territorio perdido en la guerra de Texas si la revolución abría un frente al sur para distraer a los gringos de la guerra europea. Se le ocurrió un plan. Volvió a apostarse a la espera de los Lussé sin importarle que Darío Shoustari empezara a echar de menos los copiosos desayunos, la ropa planchada, el café de calcetín y a renegar porque el cuarto vacío había dejado de viajar por la casa. Era tu forma de entretenerte durante mi ausencia que siempre me pareció lindo, le reprochaba, ¿qué haces ahora cuando no estoy? ¿Qué haces cuando duermo? Azalea no contestaba, hacía como que estudiaba. Había que hacer algo antes que la temporada de aires pasara. Un día se decidió a esperarlos en la mitad de la calle mirando con aire crítico la fachada de su casa con algunos papeles en la mano. Cuando los hermanos doblaron la esquina seguidos por la nube de muchachos, levantó la mano marcando el alto. El olor a mustang asoleado de los chicos lo envolvió, le temblaron las corvas y por poco se desploma. Con lo que le quedaba de las formas

de conducirse aprendidas en el catecismo Ripalda acertó a mostrar unos papeles desteñidos con un hoyo en el centro.

“Telegramas, mensajes históricos para los héroes”, afirmó impulsado por la curiosidad de Aniceto Lussé, quien los tomó y leyó en voz alta.

“Llor a los héroes que nos dieron patria punto llor a los niños héroes que enfrentaron al invasor punto llor a los revolucionarios que nos trajeron escuelas para aprender a leer y escribir punto.”

Siguió un silencio expectante. Horacio Lussé, que no dejaba de observar a la señora de los extraños polvos en la cara preguntó, ¿traen fecha?, Aniceto negó con la cabeza. Es parte del aprendizaje, explicó Azalea; lecciones en forma de exámenes, quien los recoge, los completa. Esto último lo escuchó Emma Maldonado que pasaba presurosa pero que siempre encontraba tiempo para una lección. Se detuvo. Revisó lo escrito en los papeles mientras Azalea, sintiendo que se adueñaba de la situación, le alargó un fajo de hojas.

“Aquí están las Guerra de Reforma y la Intervención Francesa. Estoy trabajando en los de la Revolución.”

Con la capacidad de abstracción que prendiera a un reacio mercader judío, la maestra pensó que aunque fuera una manera poco usual de que los alumnos aprendieran, los telegramas de la cometa podrían ser buen conducto para hacer llegar lecciones, no sólo a su escuela sino a todo Salsipuedes. Ayudaría a enseñar geografía a los que desembarcan pensando que esto es San Francisco, comentó, y a los campesinos a leer y escribir con dibujos explicativos. Volviéndose a la joven señora de extraño maquillaje le clavó la vista.

“¿Es usted maestra?”

Ruborizándose como nunca, ni siquiera cuando saliera por primera vez a desnudarse ante un público de marineros urgidos, acertó a aclarar que no tenía hijos pero que su marido tenía ahijados que no habían alcanzado a entrar en la escuela; llegaron a cuando las inscripciones estaban cerradas, explicó ahogándose, tengo mucho tiempo libre y me puse a estudiar para ponerlos al corriente. La felicito, le dijo Emma Maldonado echándole una última y penetrante mirada, es encomiable su amor a la educación, nos ha dado una magnífica idea que pondremos en práctica para aprovechar la estación de los aires, que tenga un bonito día, señora. Continuó para la escuela seguida por los alumnos que aquel verano los había estirado hasta alcanzar a la maestra. Azalea se apresuró a entrar a casa maldiciendo y bendiciendo al mismo tiempo la patinada que estuvo a punto de ser caída. Se me había olvidado que Dios existe, dijo apresurándose a llenar un vaso con agua fría, ¡qué pedo me sacó! murmuró al terminar con el agua y comenzar a sudar como diabético. Se fue calmando mientras recorría de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás lo que había sucedido, lo que no sucedió y lo que estuvo a punto de suceder. Volvía a la imagen de pieles estiradas y tono aceituna de los Lussé que le recordaron la coloración de ciertas estampas del juego de la lotería. Dando una palmada fue a sacar del ropero las cartulinas y los naipes en busca del color de los Lussé hasta dar con “El Valiente” y “El Charro”. Ahí le vino otra idea. Los telegramas tenían sus limitaciones. Se hacían al aire libre y a plena luz del día, llamaban demasiado la atención; sería mejor

inventar un juego que atrajera a los hermanitos al interior de la casa. Cuando Darío Shoustari le volvió a reprochar que lo tenía abandonado y le explicó me ha estado bajando con tanto flujo que no me deja hacer nada, aquél se quedó tan campante como un marido de ésos que aparecen en las fotos con gruesos anteojos de montura de carey, cuello duro, corbata ceñida, bien rasurado y bien peinado mirando a la cámara muy serio, como un hombre sin cualidades que acompaña a su mujer a todos los eventos sociales. Darío Shoustari, el pragmático apóstol de la Zona Norte se la engulló sin parpadear confirmando que los hombres que son buenos para mercadear resultan torpes para controlar sus querencias y a la inversa, los malos para regatear son insuperables en dominarlas. Aceptó sin chistar los problemas de la menstruación lo que dio tiempo a Azalea para preparar algo infalible. Si lo de los telegramas había tomado un curso inesperado, lo del acertijo y el laberinto no se le saldría de control. La lección especial la impartiría en la tarde que su marido acostumbraba recibir la remesa de chicas que lo ocupaban hasta el otro día. Si él andaba en una misión social, Azalea andaría en una educacional. Consiguió cartones de embalaje y los cortó para hacer cartas gigantes donde pintó las figuras que venían estampadas en el juego de la lotería. Trazó en grandes paneles los cuadros donde reprodujo todas las figuras en escala natural. El Charro y El Valiente fueron pintados con resonantes colores y colgados como bambalinas en una habitación iluminada con lucecillas saltadoras. Listo el escenario empezó a rumiar en la parte delicada del juego. ¿Cómo atraer a los potrillos? Ni

pensar arrearlos por la mañana en que pasaban en medio de la bola y que además, aunque fuera día de recibir mujeres, Darío Shoustari no salía antes de las dos. Se quedó en blanco unos segundos pero luego recordó que los martes por la tarde tenían prácticas de carpintería. Esperó el día con la ansiedad de un condenado. Cuando los Lussé pasaron rumbo a casa entró en agonía.

“Si no tienen taller de carpintería, desapareceré.”

No hubo necesidad de morir porque Horacio y Aniceto Lussé volvieron cargando sus bártulos en dirección a la escuela. Después de dos horas que la tuvieron con el corazón colgando del alma, los divisó venir sin que nadie los acompañara. Salió a regar las plantas. Cuando los tuvo a tiro les solicitó que la ayudaran a remachar los clavos del barandal. De inmediato los descendientes de calafatero de barcos aceptaron ayudar a una señora tan bonita. Para cuando los chicos habían cumplido el favor, Azalea les tenía tazas de espumoso chocolate y bizcochos rellenos de mermelada de durazno.

“Pásense a comerlos dentro que ya empieza a enfriar.”

Los condujo al cuarto más fascinante que ellos habían visto en sus vidas. Años después, cuando asistieron al desayuno que pospusiera la muerte de su padre que terminó con su madre pegando aullidos y ellos tuvieron que aplicarse a fondo para detener la persecución que por poco deja huérfanas a sus succulentas hermanitas quienes ya venían de las consecuencias de haber vivido la impresión de entrar a aquel cuarto. Los Lussé, quienes sólo habían visto luciérnagas despidiendo chispas después del

crepúsculo, se quedaron extasiados cuando la señora les encendió los foquitos que escurrían y brincaban por la habitación de donde pendían estampas balanceándose sobre un piso cuadriculado con las figuras del juego que ellos conocían bien.

Si gustan jugamos a la lotería, les invitó, entregándoles un bastón y una cubeta llena de gorros de panadero; es el gorro de la libertad que viene grabado en las monedas de veinte centavos, les aclaró al verles la cara; cuando grite una carta, si la tienen, ponen un gorro en el cuadro, el primero que la llene recibe el premio que tengo ahí, señaló un bulto mientras ponía música de fox trot en la victrola, ¿saben bailararlo? ¿No han visto a los soldados americanos bailar esa música por las calles? ¿No? Se ve que son muchachos bien portados que van de la casa a la escuela y de la escuela a la casa. Con sutil coquetería, mientras los invitaba a sentarse en sillones confrontados les dijo, con ese timbre que tienen en la voz ya están en edad de merecer.

¡El Gallo! ¡El Pescado! ¡El Violonchelo! ¡El Músico! ¡Las Jaras!, gritaba, dándose tiempo a encender astillas aromáticas. El cuarto se tamizó de cobalto con olor a sándalo. Para cuando Aniceto gritó lotería el ambiente estaba cargado con un aroma desconocido para los hermanos acostumbrados al seco perfume del desierto. Empezaron a dar muestras de desvarío. Azalea le entregó a Aniceto un suéter y lo invitó a probárselo pero el chico no acertaba a meter las manos a las mangas, intoxicado con aquella fragancia y por el demonio amasado en los bizcochos que le habían dilatado las pupilas. Y volviéndose al otro, para ti, por ser el mayor tengo

algo de General. Abriéndose paso entre la neblina regresó con un abrigo makinoff y un par de botines austriacos. Pruébatelos, le dijo. Cuando el hijo más viejo de Copa Lussé se descalzó, Azalea enloqueció. ¡Ave María Purísima!, susurró, brotándole desde muy adentro la invocación que mamara en su niñez, ahora entiendo porqué a Apolo siempre lo pintan descalzo, y sin poderse contener se inclinó a chuparle los dedos pasando de un dedo a otro, como ejecutante de gaita en un febril alegreto, creciendo por el pantalón en ardiente escalada hacia la bragueta del chico cuando un gran estruendo acabó con el concierto. La puerta de la casa era arrancada por el tirón de cuerdas que Cotoya Cajeme había amarrado al mangle de la lavandería de Pin Hao, el rodillo con el que planchaba las sábanas del Agua Caliente. Como una gigantesca madeja impulsada por vapor recuperando cordel se trajo las estampas. La Dama, La Calavera, El Borracho, El Valiente fueron arrastrados de nalgas hasta la lavandería donde entraron por los rodillos estampando sábanas mientras la yaqui caía sobre Azalea con furia desértica.

¡A mí me vas a enseñar el juego de la lotería!
¡Maricón infeliz ¡ ¡A mis hijos no los vas a volver mayates!
¡Yo te voy a enseñar a ver foquitos! gritaba al tiempo que lo zarandeaba por todo el cuarto y sacando una navaja de entre sus ropas le cortó el cuero cabelludo con la destreza que aprendiera de su padre cuando deshollinaba zorrillos, cuidando de no tocar la vejiga. ¡Se te van a quitar las ganas de perverso de menores! ¡Ni a la maestra Emma ni a mí nos engañaron tus polvos de payaso!

Cuando hubo pasado el tornado que dejó a Azalea para maniquí de pelucas y a la casa como caja de fósforos desparramados y viendo que Horacio ya estaba de regreso del viaje, pidió que la ayudara a levantar a Aniceto. Salieron bajo una luna de contrabandistas. Años después, cuando Horacio y Aniceto llegaron al desayuno de la diferida muerte de su padre ni siquiera intentarían sentarse. Ni cuando su madre les hablara en lengua yaqui haciéndoles ver que sus hermanas estaban que relumbraban de bien alimentadas. Sabían que con Cotoya Cajeme ocurrían bruscos cambios de temperatura que originaban remolinos en el momento menos esperado.

Volviendo de su apostolado, al encontrar la estela del desastre y a su querubín en la cocina con los ojos de perro apaleado y la cabeza cubierta con un gorro frigio, Darío Shoustari concluyó que Azalea había llevado demasiado lejos su interés por la historia.

“Cómo estarán las cosas de jodidas que no sólo no me atiendes sino hasta simulacros de revolución haces en la casa.”



Elcova de los Hornos nació y creció en Andalucía. Era de Jaén, donde los gitanos se casan con la sangre igual que con el toro en bodas donde se sirve sopa de gemido. Mamó del plasma oscuro que amortaja adolescentes de piernas sin venas. Amaba al toro como a un hermano con quien tenía la suerte de dormir en la orilla de la Luna. De niño sin nombre, apenas el churumbel de los mandados, se metía en la arena del pueblo y a solas tomaba el estoque

para hacer pases al tamaño de su imaginación, pasándola ceñida, con sus cuernos haciendo caracol por su cintura.

De adolescente embarcó al exilio con un grupo de profesores republicanos. Después de cruzar el océano y de un larguísimo viaje por tierra llegaron a la península donde recalaba gente buscando plaza para cualquier tipo de faena. En un temporal situado en la ribera de un río con cauce de espejismo no echaría de menos el jamón jabugo porque en tierra de contrabandistas era posible conseguir hasta canguros para repartir el correo. Delio Carrasco lo recuperó entre un montón de algas en la playa de Punta Piedra y lo trajo como a novillero de feria en feria descubriendo Salsipuedes que aunque no aparecía en el mapa ofrecía manjares desconocidos en su Andalucía. Las delicias que conoció en los altares sibaritas donde Delio Carrasco entregaba ofrendas provenientes de aquel mar enredador lo hicieron entender el porqué, aparte de las suculentas indias, muchos españoles habían optado por quedarse. El abulonero lo introdujo a las mesas del gallego Alfonso, del asturiano Toñico y del vasco Gárate, iniciándole en el rito de devorar platillos que lo harían infatigable en la cama y en el horno. Conocería el Caldo Gallego, la Caldeirada y las tres grandes obsesiones vizcaínas, las angulas, la merluza y el bacalao que transformaron su talle de matador en barriga de tenor. Se hizo parroquiano del Chiki Jai con especialidad en platillos de animal considerado impuro por Sal Hirch. Delio Carrasco se pitorreaba del mercader diciéndole que los judíos estaban mal informados; la Torá les prohibió comer cerdo desde que estuvieron en Egipto porque era de

mal tono consumir un animal que comía mejor que los humanos, le decía, ¡Los faraones les daban avena y trigo para engordarlos mientras que los hijos de David comían pop corn del desierto!

Cuando Elcova de los Hornos entró por primera vez a El Trece Negro partiendo plaza como matador, a Don Enrique le gustó para que supiera de bebidas. Le dio a escoger entre vinos secos, finos, olorosos, manzanillas, amontillados o aguardientes llamados brandis. Al quedarse callado como gilipolla, entonces le dijo que le gustaba para gallego, ¿andaluz y no saber de copeo?, a lo que el otro lo enfrentó, sé de toros no de espíritus. El viejo se le quedó mirando de arriba abajo y le dijo por la respuesta se nota que no eres tonto, sólo que te hace falta vivir, en Salsipuedes aprenderás a hacerlo porque aquí no hay de otra, y volviéndose a Delio Carrasco, aunque tu amigo haya llegado con los profesores comunistas lo veo flojo en vivencias, pronto aprenderá que una sociedad sin vino es más deprimente que una sociedad con clases, luego, regresando a Elcova de los Hornos, ve con Lancaster a aprender que el vino es luz que madura en forma de néctar entregando ideas. Lo despidió con un ademán recomendándole que para la siguiente vez que se apareciera por su barra tuviera eso bien claro.

Su tránsito por la cocina del Agua Caliente para hacerse panadero y por los viñedos de Lancaster para saber de vino abarcó toda la era de la prohibición en la que desarrolló ideas que inspiraron mosaicos disolutos que lo pusieron en el camino de los dólares y lo convirtieron en propietario de un percherón de carroza que metió a una competencia por terreno

quebrado donde acabó como carne molida. Pronto habló de vinos con el respeto que usaba para referirse a los toros. Comenzó a usar palabras rellenas de una liturgia parecida a la que usaba Mihail Rogoff al pronunciar la palabra zobroña, o Zangalo Lobo citando a Marx, o Don Enrique a Séneca. Desde el primer día de labor Lancaster le explicó que los olivos y las higueras eran símbolos muy antiguos.

“Son de piel morena. Xenófanes decía que si el hombre no hubiera probado la miel, pensaría que el higo es más dulce de lo que es; si los dioses no hubiesen hecho la piel morena, los hombres pensarían que los higos son más dulces de lo que son; el buen beber mete a todos los sentidos por separado o juntos en un arte de dioses.”

Se apresuraba a levantar la cocina y marchar a podar parras. Si cortas arriba del cuarto nudo de la rama tendrás racimos llenos de jugo, le aconsejaba Lancaster figurándole con la mano un colgajo. Escamujaban los olivos separando las ramas cuidando no lastimar los nidos de pájaros. Terminaban la jornada pisando uva. Años después, preparando arcilla para el horno, recordaría que el placer de comenzar los días con los pies lo había aprendido en el lagar. Sus mosaicos más celebrados salieron de convivir con el buscador de tesoros, escuchándole hablar sobre el simbolismo del retorno de Ulises a Ítaca, la belleza que debió haber poseído Elena para encender una guerra en que combatieron y murieron dioses, la pasión de Alejandro por su primo Hefestión y su ataque de celos cuando apareció Bagoas, el bailarín favorito de Darío. Hablaba imaginando el tamaño del berrinche de Cleopatra

que hizo abandonar a Marco Antonio en la hora decisiva de Accio. Mundos diferentes son el hombre y la mujer, musitaba bajo las parras. Sus mosaicos más cotizados brotarían inspirados en Lancaster levantando las nariz susurrando y señalando hacia la fuente del fondo, acaba de pasar Baco, asómate a ver a Leda hechizando a Venus, un oportunista libidinoso convenciendo a una niña con cuerpo de diosa. Y los más atractivos, los que le dieron fama fueron copiados de vasijas eróticas de Pompeya, en especial la del Dios Priapo pesando su enorme verga y las de cunnilingus y felación tan popular en las termas. Reprodujo grafitos de una sociedad de preferencias variadas, en su mayor parte humorísticas, desde el amor griego hasta las relaciones con refinadas meretrices. Cuando terminó la segunda vendimia sabía lo suficiente para enfrentar al viejo ingeniero quien al verlo entrar le dijo mis respetos, en el tufo a sacerdote se nota que ya sabes de cosas buenas. Le sirvió un jerez seco con el que inauguraron una sólida amistad. Años después, cosiendo los mosaicos para el epitafio de Don Enrique, Cuando Me Vaya Esto Rodará, se puso a pensar en el suyo. Entonces comprendió cuán cerca había estado de la muerte. Desde las tientas de adolescente cuando un novillo le quebró la cadera y lo postró medio año hasta las inmersiones con Delio Carrasco para recoger coral que casi le revientan los pulmones. Nunca imaginó que unos mosaicos le harían sentir en el centro de la arena levantando orejas y rabo rodeado de aplausos. El clímax era ver hombres apiñados frente a los muros decorados con sus cerámicas. Tal vez eso lo hizo brincar el burladero, meterse de lleno

a la vanidad jactándose de pertenecer a una ralea que inventa la lumbre que lo empujó a cabalgar en caballo de hornato por desfiladeros sin siquiera haber fraguado su propio epitafio, una especie de Orfeo precipitándose a los infiernos de La Rumorosa, donde no baja nadie; tal vez hubiera sido ese su epitafio, Donde No Baja Nadie porque quedó encajado en una garganta de piedra donde ni los zopilotes se atrevieron a bajar por sus tripas. Se le terminaría llenando de todas maneras la boca de tierra porque por esos días una sirena muy loca lo traía hundido en el salitre haciéndole errar con máscara de yodo. El abulonero le advertía que eso de meterse con alguien mitad animal y mitad gente no llevaba a ningún lado; mejor te hubieras metido con un manatí, compadre, no con una piraña, no me lo tomes a mal, compadre, pero pienso que La Diez es una salmona que viene de trepar muchos arroyos.

Eran las diez en punto de una noche cuando la sirena asomó por las olas elevando quejidos de ave rota que embrujaron a Elcova de los Hornos ocupado en aquel momento en descargar jaulas llenas de lapas de abulón. Años después, durante su desayuno de despedida lamentaría no haber atendido las reflexiones de Lancaster sobre la historia de Ulises y el significado de su viaje de regreso a Ítaca; si el canto de las sirenas son las dificultades que los hombres tenemos para cumplirla, entonces conmigo fue de otro modo, diría, La Diez me pescó y me puso a remar mientras ella fajaba con el capitán; si yo hubiera seguido el principio taurino que se cita al toro como si fueras árbol y sólo mueves la rama, ella habría seguido de largo, como un

pase natural, pero no terminó de pasar nunca desde que la vi salir del mar.



La última obra de Don Enrique la hizo como maestro albañil, con rayas en la tierra y entre sorbos de ron. Las buenas construcciones son como las buenas comidas y las buenas bebidas, toman tiempo y se hacen sumando piezas, una a una, aunque en la cabeza, decía tocándosela con el índice, ya las tengas acomodadas, para que la forma salga buena hay que ponerle números.

Elcova de los Hornos y él amasaron la arcilla mezclándole alfalfa seca. La vaciaron en adobes de tres por cinco, la proporción del Partenón y las pirámides de Egipto. Formaron una tortuga gigantesca y le prendieron fuego en el vientre poniéndola a bufar hasta el amanecer. Cuando las piezas enfriaron las golpearon entre sí haciéndolos sonar a campana, la contraseña de admisión a una obra que nació como cimientó, creció como muro y terminó como bóveda. Unos días después, colocada la pieza clave de la cúpula, se pararon contra el poniente a supervisar la pureza de la forma de una cebolla cocida en arcilla. Contemplándola extasiado, el viejo dijo que aprender a construir era un viaje que no había que temer; es preferible que el camino sea largo, murmuró como caminando entre la niebla, ganando terreno palmo a palmo como jalando del hilo que lo conduciría a la entrada del laberinto; ten siempre a Ítaca en la memoria, llegar es la meta pero no apresures el viaje, mejor que se extienda por largos años y en la vejez llegar con cuanto hayas ganado en el camino

sin esperar que Ítaca te enriquezca porque ella te regaló un hermoso viaje, un camino que no hubieras emprendido, y si la encontraras pobre, Ítaca no te engañará, rico en saber y en vida comprenderás lo que significan las Ítacas.

Guardó las herramientas y caminó contra las rojas heridas del atardecer sin volver la cabeza como lo debieron haber hecho los guerreros que después de tomar Troya recogieron sus armas y emprendieron el viaje de regreso.



Mientras tengas boca tendré días porque todos comienzan en tu aliento y si te llamo Paloma es porque despuntas al alba sin ton ni son y te adentras por todas las horas de mi día con el vuelo quebrado de las gaviotas, se le ocurrió decirle a Pachilú. Así comenzó lo que resultaría en hijos criados en un camino custodiado por raíces sin que la palabra pescador hubiera terminado de enchufar con la de abulonero siendo lo más cercano que ella había estado de alguien que se movía entre la tierra y el mar. Delio Carrasco sabía hacerla reír, lo cual era peligroso pues la risa es lo que las mujeres más aprecian, después de la pasión. Con palabras le revivió tornados revueltos con olas, campanas, milagros; una chimenea de ocurrencias por donde aquel hambriento se deslizó a convencerla de que nunca se aburriría con él. El encuentro con un hombre de barbas musgosas y nariz de tobogán que sacaba frutos del mar pronto se convirtió en un arreglo sin lecturas, ni incienso, ni firmas; un convenio de palabra, una carrera parejera arrancada con un grito salido de dos bocas.

“¿Qué es un abulonero?”

Delio Carrasco la llevó al gallinero a ver conchas de abulón. Estos bebederos para gallinas fueron las casas de unos animalitos que viven en el mar llamado abulón le dijo mostrándole los cuencos tornasolados, dan una carne muy rica, me dedico a capturarlos y a criar gallinas que ponen huevos de nácar.

La recalcitrante vanidad masculina le era familiar a una niña criada entre esos seres incongruentes. Admitió que había visto huevos blancos, rojos y pecosos pero nunca parpadeantes. El guiño opalino del huevo sostenido por una mano incompleta le echó a volar la imaginación. ¿Se lazan los abulones? y ante la cara confundida de Delio Carrasco aclaró, en mi tierra los vaqueros pierden dedos lazando ganado. El abulonero levantó la otra mano y apuntando hacia sus pies dijo, también con cuatro, no me estorban ni para caminar ni para tomar lo que me gusta. Con el coloquio creció la marea entre ambos que alcanzó las cavernas intactas de la niña del desierto. Se formó una corriente de ida y vuelta. La tensión inicial se convirtió en embriaguez. En ese estado de complicidad, Pachilú se dejó llevar hasta la buhardilla “que guardaba la temperatura ideal para cocinar pan”. Tiene poca luz, le cuestionó, cuando entraron. Pero caliente, le contestó el otro y arremangándose la camisa la puso a fermentar con los mismos cuidados con que Lancaster transformaba el mosto en vino y la familia Cardinale fabricaba cerveza con levadura. Textura y amargo ligan, le había enseñado Benito Cardinale; si quieres preparar pan antiguo pon un poco de levadura seca en un frasco de vidrio y mézclalo con agua tibia, déjalo quince minutos,

revuélvelo con harina y déjalo reposar en un ambiente cálido por veinticuatro horas, la masa se fermentará y aparecerán burbujas en la superficie; es el gas que transforma la mezcla básica.

Veinticuatro horas la tuvo fermentando. De vez en vez le daba vueltas para que se esponjara sin reservas. Cuando aparecieron abejas que se filtraron por la ventana a medio abrir para que el ardor de la niña del desierto se oxigenara escuchó la ronca voz de Darío Shoustari gritándole desde el callejón, ¿ahora qué inventas Delio Carrasco? El abulonero asomó la punta de su interminable nariz por el resquicio, cuidando que un golpe de brisa echara a perder el esponjado de Pachilú; algo peludo haz de estar cocinando que mis abejitas se están distraendo, ¡no me las cisques! le gritó divertido, ¡seguro tienes pan en el horno! El otro cerró la ventana sin decir palabra. Caía la tarde y un soplido del crepúsculo podría echarlo todo a perder. Al ver el montón de abejas dando vueltas se le ocurrió que si les quitaba las patitas y las alitas y las mezclaba con Pachilú tendría una hogaza con aroma de oasis. Se puso a combinarla con agua, aceite, dátiles, nueces, azúcar y sal, los mezcló bien y cuando creció unos grados, la embarró con básico, la roció con agua tibia y después de amasarla en el piso la dejó reposar bajo el tragaluz hasta que empezó a transpirar.

Fue entonces que la extendió en la cama. Cuando le puso las manos encima la niña tembló sin intentar desprenderse. Con dedos de espátula le peinó la cabellera que empezó a echar humo. Le capeó todo el cuerpo con la brocha de su boca y cuando la sintió

a punto la ensanchó como crepa, la rellenó con todo él y se fundió con ella en crepas doradas de locura.



Sería que Pachilú puso la panza desnuda frente a los guiños de Venus todos los atardeceres de su preñez o sería que usó las tetas de la Luna que colgaban por el tragaluz para mojársela con leche de mercurio o sería simplemente que el destino es el destino, Salustia venía marcada para ser pitonisa. De niña hablaba con los espíritus que habían presenciado muchos afanes del padre. Veía mujeres encantadas de darse duchazos de luz caliente en la regadera que el abulonero había dispuesto para consentirlas aunque él fuera feliz bañándose con agua helada. Salustia encontró restos de aquellos lodos bajo la hamaca y junto a la ventana jugando con sus trastecitos que al mezclar con agua removió recuerdos. Su precocidad advirtió a Delio Carrasco que tenía una hija con alma suelta que confirmó al escucharla decir, a mis muñecas les gusta estar acostadas menos a una que juega en la ventana conmigo. Pachilú se volvió a su hombre quien le explicó sezgadamente, cosas de otros tiempos, otros años. Cuando Salustia divisó a Darío Shoustari girando la manivela de donde brotaba música al frente de un carro con muñecas de chapetes rojos y cabelleras de colores le dijo a su mamá, cómprame una de éstas, las que juegan conmigo tienen muchos pelos. El abulonero no esperó a que Pachilú lo volviera a interrogar con la mirada. Se me hace tarde, explicó recogiendo sus bártulos y abriendo la puerta, la Luna no me va a dejar entrar al mar si me gana la oscuridad. Salió con

pasos de ladrón. Cuando volvió al amanecer encontró a Pachilú empacando, decidida a mudarse de casa. En este lugar quedó mucho pasado y aunque lo que no fue en mi año no fue en mi daño para ésta y para ésta otra, le acentuó señalando a Salustia y a su nueva panza, lo que se quedó aquí sí les está haciendo daño. Delio Carrasco recordó que Petrosian Samarín le había ofrecido una parcela con olivos para que hiciera su casa en el barrio de Los Consulados; mientras la edificas, le propuso, se pueden quedar en los cuartos de atrás que aunque tienen piso de tierra, regándolo todos los días no se levanta el polvo. Prefiero polvo que pelos, le informó una resuelta Pachilú con rumbo a la puerta. Cuando cruzaban el umbral, Delio Carrasco sintió que cobraban significado las pequeñas cosas como un recado, un lápiz, una moneda que se abandona en algún cajón. Le molían el pecho. Mientras emparejaba sin echar cerrojo a la puerta color añil que por mucho tiempo significó todo, pensó en su padre que con los años se fue quedando sin qué hacer como ahora se sentía él, como espantapájaros en invierno. Al ver el cuadro de luz en la base de la escalera con olor a telaraña sintió que le arrancaban un brazo, igual que en su última inmersión al voltear hacia el salón de coral. Muchos años después se le mezclarían en la memoria ese salón con el cuadro al fondo de la escalera, tal vez porque en ambos lugares estuvo bajo presión.

“Allá abajo por tanta agua sobre la cabeza y en el cuarto por tanta cuita. Tenía razón mi padre, los recuerdos matan.”



Construyó la casa siguiendo las indicaciones de Don Enrique.

“No te la compliques. Una casa es para andar de aquí para allá y de allá para acá y también para no hacer nada, que para hacer cosas están la cocina y la recámara. En el excusado no se hace nada, nomás se tira lastre, ponle patio al sur para que entre el sol en invierno, muros gruesos para que no escape el silencio, techo alto hasta la oscuridad, bugambilias al sur y hortensias al norte, un lugar para pensar, otro para tejer y mucho espacio para que los hijos brinquen.”

Durante la construcción no dejaría de pensar en las caguamas que portaban sus casas de aquí para allá y de allá para acá sin complicarse la existencia. Cuando le pidió a Elcova de los Hornos que le fabricara azulejos para su casa, se le quedó mirando incrédulo, entonces, sacando de la alacena una bolsa de galletas de animalitos se la entregó diciéndole que los quería como aquellas galletas, quiero animalitos no coños ni pingas, le aclaró. El Zopilote Chávez Cano se ofreció a ayudar con las ventanas. Pero sin cuadrícula, le solicitó; Pachilú las quemaría, no quiere que mis hijas se contaminen del juego del gato. También se ofreció a forjarle una estufa con agarraderas de porcelana a lo que Delio Carrasco le recordó que estaban entrando a edad madura, que aquello de arrinconar a una mujer era para cuerpos muy jóvenes, lujos del pasado, agregando que sus hazañas de restregar paredes con las espaldas de sus visitantes féminas en parte lo hizo porque le faltaba espacio pero más porque ya le andaba, que ya no es el caso compadre, necesito una plancha

grande donde quepan tortillas sobaqueras, le aclaró formando una rueda con los brazos; a mi mujer le encanta cenar quesadillas con tortillas de harina. A Copa Lussé le pidió que le tallara una veleta en forma de sirena. La colocó sobre la entrada, encima de unos mosaicos que formaban un pez escarlata. Cuando Pachilú lo vio entendió que finalmente había dado con el pescador. Atrapaba desde tierra cosas de mar y desde el agua cosas de tierra, un tipo de pescador que también sacaba peces que remontan la sierra y que hasta pan sabía hacer.



Mientras socializaba con los espíritus que habitaban el huerto, Salustia Carrasco aprendió a hilar seda de los capullos que Lancaster cultivó. Su padrino Petrosian Samarín le había traído una rueca en la que aprendió a ovillar. Cuando Pin Hao lo supo le ofreció un telar para que hiciera prendas con las que comenzó su apego a la ropa holgada. Pañoletas y faldas estampadas con figuras extrañas le dieron la apariencia de gitana que convencieran a tanto político y marinero que se adentraran en las aguas del porvenir sin ningún temor. Pachilú ni se inmutó por las extravagancias de su hija; es el humito de los indios de mi tierra, decía recordando que por sus venas corría sangre india; mi padre descende de un español que se juntó con una india pima, una nación muy devota a San Francisco de Asís que puedes ver en ese nombre sacado del santoral, Élfego, ¿a quién se le ocurre?, como todos los niños de su tiempo cargó de entrada con el del santo del día y en la segunda tanda con el del padre y el abuelo, luego lo retacaban

con el del padrino; la cruz de tu abuelo ha de ser muy grande porque nunca quiso decir el montón de nombres con los que lo bautizaron, ¿todo para qué?, si es rubio, le dirán güero, si nació con dos hoyos por nariz, le dirán chato, si viene con poco cabello, pelón o si se dedica al campo y a los animales, le dirán la marrana o el borrego, y si sale maricón, la pájara. Se quedó pensativa. Recordó las vagancias con su padre en las carreras parejeras y en las peleas de gallos. Puros animales, todos animales, suspiró y añadió, por los dos lados le llegaron a la niña esas cosas; el compadre Copa Lussé no anda mal cuando dice que carga en su cuerpo mañas de piratas franceses, quesque proviene de familias en que los hombres son muy calaveras y las mujeres muy furcias, y moviendo la cabeza dijo convencida, todos los hombres son iguales, pero inmediatamente recapacitó, no, no todos, había sólo de dos tipos, los que no servían y los que servían, los que son puro güirigüiri y los cumplidores en la cama y en la mesa, los soñadores y los que dan de comer a una y a los hijos.

Las lecturas del humito que dieron un nombre a Salustia Carrasco horrorizaron a Mihail Rogoff quien desde la alacena alcanzaba a olerle las patas al diablo que la vecina mantenía encendidas desde que Dios amanecía hasta que Dios anochece. Esa niña ha de haberle nacido al abulonero en las profundidades del averno, renegaba viendo la larga fila de gente que venía a consultarla trayendo productos impíos como vino y perfumes franceses, whisky, ginebra, copas de cristal cortado, bisutería austriaca, cortes ingleses, corbatas de seda, sostenedores y medias de nylon, juguetes, tintes, maquillaje y otras cosas

que dejaban los barcos a cambio de provisiones. Al ver el éxito, Pachilú le pidió a Delio Carrasco que hiciera algo para colocar toda aquella abundancia. El abulonero levantó una tienda con el más reciente lote de naufragios llegados a Calafia. La armó con la misma obsesión al detalle que cuando en su juventud hizo su cuarto en el archipiélago, una tienda con mástiles y proas tensadas con cuerdas, adornada con toldos de colores salidos del telar de su hija. Así nació el primer bazar de importaciones que convirtió el barrio de Los Consulados en un destino para traficantes. Viendo crecer el negocio Delio Carrasco concluyó que todo Salsipuedes se parecía a Los Consulados y que el barrio era semejante a su casa levantada siguiendo los consejos de Don Enrique; un lugar por donde se pasa de allá para allá y de allá para allá y donde el que se detiene lo hace para cagar dólares con la mirada vuelta hacia adentro, como activista de un movimiento social. Fue entonces que recordó a Zangalo Lobo. Desde su zafarrancho en el casino no lo había vuelto a ver. Sabía que había participado en el asalto a las tierras y que había formado la cooperativa de trabajadores agrícolas para echar a los de la Colorado River Land Company, más nada, hasta mucho tiempo después, poco antes de pedirle a Pachilú que lo arrojara al arrecife, se enteró que Zangalo Lobo había marchado a la capital donde apenas integrado al Partido Comunista había intentado matar a Trotzky y que después de hartos sobresaltos lo guardaron en Lecumberri un buen rato de donde salió como pan podrido a ser rebanado por una sierra de balas. ¿Había tenido sentido tanto cuento?

No se puede esperar otra cosa de hombres con letreros a cielo abierto y monedas en el cinturón, le dijo Don Enrique; Salsipuedes es eso que sientes cuando te paras en un muelle o lo que debió haber sentido Noé apeándose del barco, pura morriña, sin saber nunca si ya la traías o aquí te contagiaste, por eso cuando te vayas, aunque no vuelvas la cabeza, de todas maneras aquí te has de quedar.



La Maga se llamó la carpa donde una niña con voz de avena daba consejos que la gente agradecía con cosas que la madre vendía. El rascar de un mar vacilante contra cerros áridos metía neblina en la calle principal de Los Consulados cambiando el mirar a los peregrinos que llegaban a que les anunciara empieza la época más importante de tu vida, eres una persona altamente creativa pasando por una etapa muy lógica, momento muy positivo y de gran interioridad; tu humito muestra un ascendente en Urano lo que indica que eres una persona muy revolucionada o, tu humito entra con cuatro signos en la quinta casa, el Sol, Mercurio, Venus y Saturno, creatividad, comunicación, proyectos e inteligencia o, te hice una velación ayer que revela que lo peor de tu vida quedó atrás o, las vibraciones de las vocales de su nombre dan el número de su alma donde se revela que quiere ser creativo y original y las vibraciones de las consonantes expresan que eres atrevido y sueñas con alcanzar alturas inconquistadas, o etcétera, que le reportaban objetos bajados de barcos algunos de las cuales trajeron la música de fox trot y las tardeadas del hotel Royal Hawaiian, muy parecidas a las del

casino Agua Caliente; a Baby Ruth y sus mulos de Manhattan, a Frank Sinatra y la orquesta de Tommy Dorsey y las peleas de Joe Louis desde el Madison Square Garden que juntaban a su padre con sus amigos a llenarse de Coca Cola con ron. Las bocas que brotaban de aquellos muebles se endurecieron muy pronto, tan pronto que en los días que Don Enrique contrajo el berrinche final y Darío Shoustari se fue a esperar la ola coreana, Delio Carrasco no recordaba si Xavier Cugat había tocado en el Royal Hawaiian o en el Agua Caliente.



El interés de Melina Carrasco por la educación y por la urbanidad entre las personas le nació durante las transmisiones de las peleas de box cuando veía a su padre y amigos echar las tripas. No entendía cómo era que un hombre sensible se embruteciera por causa de la desafortunada narración de un desconocido, sin embargo sentía que había una suerte de comunicación entre ellos y la radio como lo había entre los jóvenes de Salsipuedes liándose a golpes como parte de rituales que dejaban cicatrices que el tiempo confundía con arrugas. La intrigaba esa forma de comunicarse de los hombres en aquella tierra de encrucijadas donde creía ver el potencial de algo bueno que con algo como generador de electricidad transformara lo tosco en gentileza.

La segunda hija de Delio Carrasco y Pachilú fue alumna de los maestros republicanos llegados con tío Elcova de los Hornos de quienes escuchó ideas de una sociedad pareja que les obligó a huir de su patria. Todo ese racionalismo le sonaba a una hermandad

de amargos que hicieron votos por no volver a sonreír sobre libros impregnados de reformas de quienes aprendió historia y geografía que le confirmó cuán ancho era el mundo y que en otras latitudes también sucedía lo mismo, un eterno diálogo de sordos entre hombres que se comunicaban inventándose guerras a cada rato. De toda aquella caterva haciendo lo mismo milenio tras milenio aprendió que los hubo muy brutos y otros no tanto que inventaron no sólo guerras sino distintas maneras de ver el mundo que dejaron ciudades tapadas por el tiempo y que para quienes llegaron después sólo importaron como banco de material de construcción. Era pues, una tendencia genética entre los hombres mirarse únicamente el ombligo, la misma predisposición estampada en las frentes de los niños de Salsipuedes, pero Melina Carrasco tenía una esperanza. De los papeles heredados a su padre por Lancaster recuperó el método de enseñanza de la familia que educara a tanto hombre de bien. Los estudió y se aplicó a observar la conducta de los niños. Confirmó que captaban situaciones completas sin explicación, simplemente por percepción total y que en la infancia se marcaba el camino que al final de la vida se comprobaría no haber tenido más opción que cumplirlo viviendo toda su vida engañado de hacerlo libremente. Lo que unía a todos los hombres era su tendencia por competir y su obsesión por echar el ego hacia enfrente, manifestado en forma harto predecible. En la niñez se definía el programa que luego se modificaba cobrando mil formas a partir de cierto momento. Parecía que el embrutecimiento llegaba cuando les cambiaba la voz, la edad de convertirse en guerreros, así que lo sensato

era intervenir antes que empezaran con los juegos húmedos, antes que se distrajeran con competencias de tamaños y distancias con la peculiaridad de que en Salsipuedes había sólo dos sopas, o los niños eran una especie en vías de extinción o eran la simiente de una nueva raza. Había niños que mostraban síntomas de murciélago sin radar. Otros, no se sabía si estaban parados de manos, si iban o venían. Otros hablaban por un ojo, daban picotazos como pelícanos y zumbaban como cigarras. Otros eran como las caguamas, lentos y obsesivos, lo que los delataba como hombres de pura cepa. Con observaciones y notas, pendiente por años a los desvaríos de esos entes, Melina Carrasco logró la abstracción necesaria para elaborar un método urbano de comunicarse con sus alumnos pero nunca que ellos dejaran de comunicarse entre sí rompiéndose la cara. Con el tiempo y mucho esfuerzo consiguió darle rumbo a su imaginación con la esperanza de que cuando ella no estuviera, aquellos seres primitivos se convirtieran en hombres civilizados que sacaran del mito a Salsipuedes. En un cuarto alargado puso información sobre mesas donde les enseñó el poder de las palabras relacionándolas con excursiones a traer leña y hacer fuego, otras al pozo por agua que compartían; otras a la costa a escuchar el diálogo del mar con la costa, cosas sencillas que fueron la semilla para que con los años aquel andén diera un giro; de ser una pasada de acosados se transformara en un villorio poblado por gente decidida a vivir y dejar vivir, cosa que hicieron los salsipuedenses hasta que el mundo se colapsó.



“Contra el tiempo no se puede. Cuando tomamos conciencia de nuestra única posesión, el presente, la memoria se vuelve una trampa para espectros donde el mañana carece de sentido. Los meses y los años son conceptos inventados por nosotros que medimos todo con números pero el verdadero nombre de la eternidad es Hoy.”

El ingeniero sorbía aguardiente. Usaba la voz como mechero de alcohol desinfectando un bisturí pronunciando incisivamente cada palabra, como interviniendo quirúrgicamente un cuerpo aquejado por un tumor. Así como la vida es un cabo de cera consumiéndose, continuó, así resulta el amor de fugaz y de hábil; tiene la virtud de disfrazarse creyendo que lo encontraremos, es volátil y explosivo; si llegas a viejo, que entre paréntesis no sé qué es eso, habrás alcanzado esta orilla desde donde divisó el río en el que tú y tus amigos bracean, entonces estarás de acuerdo en que lo único que nos resta es abrir el cuarto que atiborramos con lenguas mutiladas, gotas de desvelo, encuentros, partidas, momentos todos sin clasificar, como escoria raspada del horno que por años atizamos cuando tragábamos buches de inconciencia y nos parecía que la vida no acabaría. Nunca se vuelve, insistía, cada puesta de una obra es otra obra aunque el libreto sea el mismo; después de la función encontrarás que los pedazos que creíste era amor, fueron los moldes de algo que se disipó, lo que resta es levantar la mesa de un banquete agotado; lo que alguna vez troquelamos fue la horma para vaciar un momento que se vuelve ficción, eso, Delio Carrasco, y sólo eso, es lo que hace volver a la escena del crimen con el temor y el anhelo de

que por algún lado haya quedado algo adherido, es cuando entendemos que el tiempo que vale es el hoy ¡somos tan complicados!, no aprendemos del amor correspondido, ¿te das cuenta?, aprendemos de lo fallido, de lo no realizado; los espíritus privilegiados escriben obras memorables con lo inalcanzable, como lo hicieron Dante y Cervantes, es la paradoja del amor, cuando lo alcanzas muere, algo se mutila, y dando otro trago añadió, le he dicho a Lancaster cuando lo divisó con una muchacha dentro de su cazuela, más que envidia me estremezco, en esa suerte se encierra toda relación con una mujer, un vaivén sobre la punta de un cuchillo donde terminamos ensartándonos, pero uno vuelve a lo mismo y a lo mismo, como buey dando vuelta al molino sin aceptar que lo diferente es lo mismo; aunque de joven busques una pasión y de adulto una musa se termina en lo mismo, en pura añoranza ¿otro tequila?

Escuchando a Don Enrique mencionar lo del almacén de espectros, cotejaba las palabras con los hilachos violáceos dejados por el Sol después de esfumarse raspando un cielo que cicatrizaba rápidamente. Pensó que los ocasos con azafrán pronosticaban un día claro. Una Luna ulcerosa asomaba por la ventana trasera de El Trece Negro que empezó a animarse con la llegada de gente. “Cambio de turno”, pensó al ver grupos de parroquianos uniformados con el blanco y negro del casino. Apenas se sentaron pidieron a unos músicos tocar corridos.

Así como el toro es el eje de la fiesta, comentó Don Enrique mientras le rellenaba la copa, el parroquiano es el alma de esto pero hay que saberlo lidiar, y

observando con aire tolerante al grupo; tuvieron buena tarde en el casino.

Después de algunos corridos apareció Darío Shoustari impregnado del desbordado protagonismo con el que atraía parroquianos a su negocio.

¿Me acompañas a gritarle a los gallos?, dijo pasando el brazo por los hombros del abulonero, las noches claras son perfectas para alborotarlos. Lo tomó del brazo guiándolo a la puerta hablándole como a un cómplice; tengo el presentimiento de que esta noche jugarás al gato con una gata persa. Salieron a una noche bíblica. Darío Shoustari comenzó a cantar en parfis mientras avanzaban hacia el creciente rumor del casino. Un lejano silbato anunciaba cambio de turno. Bordearon el conjunto construido como locación para películas mudas. Alcanzaban a escuchar los ecos de las apuestas. “Por ahí ha de andar alimentando perros Zangalo Lobo”, pensó Delio Carrasco al percibir el bullicio. “¡Mientras Clarissa lo mantenga domesticado. ¡Qué tipo!” sin imaginar que una generación después sería destinatario de los restos del revolucionario y que en lugar de molerlos y mezclarlos para abono de plantas como lo habían convenido en el desayuno, lo desmenuzará y lo venderá en bolsitas con certificado que legitimaban las reliquias del forjador de una república socialista.



Sin saber que despedían a Zangalo Lobo en aquel desayuno se sirvió huevos a la habanera y como postre, turrón de cacahuete hecho con leche, miel de abeja y azúcar. Comenzaron con mojitos y

cerraron con café criollo. Delio Carrasco lo recordaría comentar, apuntando hacia los asientos vacíos que una vez ocuparon Elcova de los Hornos y Sal Hirsch, hay a quienes nos gusta echar suertes con la muerte, como ellos se fueron, marcó, me quiero ir yo también, y después de revisar la liga de ceniza de su habano miró hacia Salsipuedes asegurando que tomar las calles era como andar entre precipicios, lo que se volvió realidad en una plaza llenándose con zapatos de cuerpos zarandeados por la metralla. Eso dijo pero nadie le creyó.



Las mariposas del presagio lo hicieron vomitar aunque en aquel momento le echó la culpa a la Luna; me jode, dijo al terminar de vaciarse, la Luna de diciembre me voltea como calcetín.

Darío Shoustari le aseguró que aquella noche quedaría curado de espantos mientras reanudaban la caminata por la calle que hacía de pista de aterrizaje para Howard Hughes. Pasaron la torre de control, una mezcla de minarete islámico y torre Eiffel en miniatura creada como hito para películas de Gene Autry. La oscuridad multiplicaba la edad a Salsipuedes que vibraba como campamento petrolero.

“Buena noche para chacotear con gallos.”

El persa apuntó hacia el disco de cal oxidada de la Luna colocado encima de ellos, como piedra clave de una noche porosa. Caminaron hacia una construcción donde un hombre con manos llenas de boletos distribuía sombras en voz alta. Las siluetas junto al letrero “Maneadero” fueron la grapa que lo conectó a la imagen de su madre silenciosa cuando

una vecina le dijo que había visto a su esposo en el maneadero de coches. Sin decir nada había seguido tejiendo y en el quehacer de la casa que a veces interrumpía para limpiarse las lágrimas. Después de haber sido acomodados entre pasajeros con narices lechosas, el camión rodó cuesta arriba por un cañón tapizado con cuartos. Se apearon en la pechuga de una loma desde donde se dominaba todo Salsipuedes. Darío Shoustari lo condujo a donde el suelo se precipitaba sobre una fosa llena de techos; aquí comienza el cañón Johnson, le informó paseando por el borde. De pronto pareció que un rayo lo alcanzaba. Subió los brazos como tirado por un invisible potro de tortura y un segundo después haciendo cono con las manos en la boca emitió un largo kikirikí. Siguió un espeso silencio. Agarró aire para un segundo y un tercer y un cuarto canto. Semejaba un loco inflando una montaña. Al terminar el cuarto alarido el cielo se pobló con cantos de gallos. El diálogo de kikirikís duró hasta que Darío Shoustari se desplomó ahogado en carcajadas, resoplando como ballena varada hasta que recuperó la calma, bañado en sudor. Cuando el kikirikí de su último interlocutor se disolvió descendieron dando tumbos por un callejón sinuoso y cercado por ladridos. Desembocaron en la calle Revolución que a esas horas lucía atestada. Delio Carrasco se sentía recuperado. Alcanzaron el archipiélago y a punto de apartarse a su buhardilla, Darío Shoustari lo tiró del brazo sumergiéndolo en la delgada oscuridad de un laberinto de techos mordidos. Irrumpieron en un espacio poblado por figuras sin facciones, saliendo y entrando por una cortina de tiras. Delio Carrasco tuvo el presagio de

que tras ellas se ocultaba un abismo. Pensó escapar pero le ganó la tentación. Mientras el persa hablaba con alguien vio los nidos en el letrero del bar Hong Kong. No debía ser tan malo un lugar frecuentado por golondrinas. Entraron a un salón que parecía recámara de murciélagos inundado por música desbaratada y vuelta a armar. Unos músicos latían sus branquias como peces extenuados. Bar y pensión, le comentó el persa, los capullos son los camarotes donde los marineros se meten a esperar y a esperar y a esperar. El lugar le recordó las cuevas pintadas que su padre lo llevó a conocer cuando niño, pinturas de cacería, venados, borregos, hombres arrojando lanzas, soles enroscados, ojos de agua y colonias de murciélagos colgados de una luz hosca. Eludiendo talegas rellenas con hombres crujiertes, siguiendo a Darío Shoustari, fue que la vio observándole desde el fondo del espejo que recordaría toda su vida. Mi amigo Delio Carrasco; mi amiga Samara, los presentó y desapareció. Al borde del precipicio el abulonero acertó a decir que aquel lugar era una colonia de pájaros y crisálidas y que ella le parecía una flor deshabitada; ¿qué tal si bailamos bajo unas parras y teñimos tu boca de azul?

Samara sonrió. Confirmaba lo que le había dicho Darío Shoustari, tengo un amigo que vive tocando las raíces del mundo y que anda buscando con quién celebrar un contrato de amistad.



Desde que Clarissa Cardinale le pasó el tip de zurcir con tripa de gato la miseria de Copa Lussé

para que volviera a ser un hombre que sirviera, se hicieron comadres.

En el casino se aprenden muchas cosas, comadre, le comunicó la fotógrafa de luminarias; la vez que tomé fotos a Manolete y a Gilbert Roland le oí decir al matador, “hay que evitar que una hembra te dé un pase natural, joder, que si arrancas y ella saca la pierna y te pasa el engaño por bajo, joder, no te queda otra que volver a buscarla para que te remate por el pecho”; eso comadre, le dijo, es un buen tip; los hombres embisten en línea recta igual a los toros, basta sacar la pierna para romperles la trayectoria y dejar correr la mano para mandar la embestida lo más lejos, cuando gira y vuelve, está listo para un remate de pecho; a los hombres les gusta complicarse la vida, son muy vanidosos, si no andan enredados con furcias que les truenan los dedos y los hacen soltar risitas idiotas se sienten incomprendidos, se olvidan lo que sudan para ganar dinero que dan a una fulana que aunque vean subiéndose los calzones junto a un tipo abrochándose el cinturón, le creen cuando jura que no es lo que parece.

Parecía que así eran los hombres. Maroshka Rogoff recordaba el regreso del suyo después de la desparpajada que le propinó la india yaqui. Desde el rapto tenía la vanidad más estropeada que lo que le colgaba como badajo de campana. Traía el orgullo muy cagado. Desde entonces a Copa Lussé le empezó a obsesionar el recuerdo de sus proezas por la sierra levantando lugareñas que iban a lavar al arroyo. Después del secuestro entró en depresión. Se dedicó a leer metafísica y a hablar de plenitud suprapersonal sin atreverse a tocar a su

mujer por temor al ridículo. Se dejó crecer la barba y comenzó a vestir túnica asegurada con hebillas como filósofo griego. Daba largas caminatas por los acantilados donde pasaba horas mirando el mar. Fue en ese tiempo que Maroshka Rogoff comprendió el túnel de arañas en el que vivió su madre con un marido convertido en ermitaño. Entendió el porqué las manos de Virginia de la Bufadora de Todos los Santos, tan llenas de vida en otro tiempo, se habían vuelto tallos con venas de apio.

“Pobre mamá.”

Recordó que cuando aparecieron El Zopilote Chávez Cano y Copa Lussé en la vida de las Rogoff su madre se puso como tomate y luego como betabel. Se quedó pensativa un largo rato. Cuando encontró el recuerdo expulsándolos de la casa porque recién se había enterado de la vida de Copa Lussé con Cotoya Cajeme, acercó la memoria a sus ojos.

“Rojos con párpados de lagartija.”

Se sorprendió al entender el alejamiento de Virginia de la Bufadora de Todos los Santos de ella. Le dio pena. No sintió rencor por lo que parecía empezar a aclarársele. Su madre había vivido una fantasía que se truncó con la aparición de la salvaje. Sintió una gran ternura por aquella mujer que su padre había dejado a merced de sus sentidos. Se convenció de que era mejor un hombre que cometiera torpezas a uno esféricamente bueno; tenía razón Pierre: caballo manso manso manso es jamelgo. Su madre necesitó un hombre que hubiera servido para el campo pero también para la cama. Ella misma, Maroshka Rogoff vivió días extraviados cuando el yesero se hacía bolas con las lecturas dejándola a merced de

su dedo anular. Su hombre se la pasaba pensando demasiado. Tanto libro lo hubiera convertido en un inservible de no ser que a escondidas le quemó las Cartas Morales de Séneca. El otro ni se enteró porque por esos días su mujer ya le había bordado un girasol de carne que volteaba como mirando al sol cada vez que ella se despojaba de sus ropas.



No obstante que Copa Lussé volvió al danzón con devoción musulmana, Maroshka Rogoff se sentía conforme porque volvía a embestirla con fijeza y fuerza con que se ganó el indulto y del mismo modo que después de la faena se alimenta al toro, se hizo la disimulada cuando el yesero volvió a tirarle a lo que se moviera. Si le aparecen críos y si no hay quién vea por ellos, yo se los cuido, una termina aceptando con quien le ha tocado vivir aunque no ayude a lavar los trastes, comentaba a la comadre Clarissa quien recién le chismeaba el asunto entre Azalea y Darío Shoustari; ahí tienes alguien que te lava los trastos, ¿de qué le valió? ¡puro tragar bolitas!, reían mientras en un calcetín relleno con carne molida Clarissa Cardinale le enseñaba a bordar un socio que colaborara con iniciativa y a la primera llamada. La costura va por debajo, le explicaba, se remata con un moñito de puntos por arriba formando una jorobita, aquí, a un dedo de la entrada para que te oprima el botoncito y te haga ver estrellitas, una delicia comadrita, te lo garantizo, decía echando chispas por los ojos; desde que arreglé a Zangalo Lobo es un heroico cruzado y no porque trabaje por

los desprotegidos sino por hacer de las noches de la hija de un peluquero una ricura.



También Tonja Rogoff bailaba de niña con la escoba y también tenía el pelo rumoroso y también aprendió a zurcir brocados sólo que ella se rebeló a los rígidos cinchos molokanes.

A ésa le tocó mayor parte de sangre pirata, renegaba su padre al mirar sus estampados paganos en todo lo que fuera tela. Manteles y cortinas exhibían bordados de bosques poblados por duendes, pasajes de Scherezada y Barba Azul, de Dionisio y Safo rodeada de doncellas. La precocidad de la niña se acentuaba en los bordados hindúes que reproducía a escondidas de estampas llegadas en los barcos y que llevaba a tía Pachilú, quien las mercaba como pan caliente.

Una mañana, después de asentar con plancha de hierro unos bordados nuevos, al sacarlos a tender le pegó un olor desconocido junto con las palabras, así que fue usted a quien le trajimos serenata, me gustan sus tobillos, se ve que la alimentan bien, le dijo con voz pedregosa un hombre con cuello de balalaika; si usted hace esas cosas tan bonitas además de ser bonita por fuera ha de serlo por dentro, le siguió diciendo.

Fingió que lo ignoraba pero antes de meterse lo revisó de reojo. No parecía marinero. Al otro día cuando salió a bajarlos irrumpió por la puerta una sombra en forma de machete con el mango recargado en la cerca donde estaba el balalaiko observándola como gallinazo esperando que se muriera para pegarle el brinco. Se está bien en esta huerta, seguro

porque aquí retozan esos ojos, le dijo El Zopilote Chávez Cano. Tonja Rogoff se quedó parada sin saber qué decir. En eso escuchó desde el interior de la casa la voz de Virginia de la Bufadora de Todos los Santos, ¿ya te bajó? Antes de cerrar la puerta le dijo al hombre que se fuera al parque; siéntese como persona decente en una banca. Se metió a decirle a su madre que no le había bajado pero por el alboroto de su vientre estaba por suceder como sucedió poco antes de que le mandara un recado en idioma cirilo al balalaiko con la lógica de que si lo descifraba significaba que tenía verdadero interés, sin imaginar que aquel papelito desataría una energía que haría una revolución que empezaría con una serenata y terminaría llevándola a un páramo helado. A la mañana siguiente de aquella romanza de aullidos amanecieron esparcidas por toda la casa bolitas como si un rebaño de cabras hubiese pastado en los tapetes. A su padre se le había apretado y soltado el estomago por el alboroto de sus mujeres. Lo que más alarmó al cónsul fue escuchar a su esposa anunciar estar dispuesta a usar sus enmohecidas tetas para el placer y que le importaba un carajo que el molokan la maldijera; a ti debo que ando acabándome las uñas, le reprochó, forcejando con el buenazo de su marido, intentando salir al porche donde estaban los muchachos, advirtiéndole a sus hijas que tomaran posiciones porque yo como en el konkián me voy con el que ustedes descarten. Las locas despeinadas encendieron las luces de toda la casa hipnotizadas por los cantos rebozados de testosterona que desató líquidos corales en frasquitos virginales y un torrente de aguas en un aljibe desocupado mientras un

hombre bueno, muy bueno, demasiado bueno, corría de un lado para otro.



A diferencia de los lamentos de Mihail Rogoff de que sus hijas trajeran sangre inglesa, Copa Lussé se mostraba orgulloso de que tuvieran la condición tatuada en la casta inaugurada en los tiempos remotos cuando Jacques Lussé se desperdigaba como esturión por los esteros de Campeche. El gusto por el gozo les venía de una sangre que ya había entregado cantantes, músicos, bailarines, catadores de ron mezclados con cuernos, reclamos, divorcios y herencias canceladas, un linaje que vivía convencido de que lo dulce era parte de lo amargo. Las Lussé eran mujeres de tono caqui, piel estirada y carnes compactas que sumadas a una alzada de yegua tresañera desquiciaron el barrio eslavo de Salsipuedes.

Cuando Tamara tuvo su primera menstruación Maroshka Rogoff entendió lo que sintió su padre en el mercado de caguamas y cuando Alejandrina se le emparejó fue que captó los riesgos de haber tenido hijas con un Lussé. No era un juego. Podía encenderse una revolución como la que comenzó Tonja con un recado. Así nos ha de haber visto mi padre, cavilaba recordando la preocupación de Mihail Rogoff de ver a sus hijas tan decididas a entrarle a la vida.

Ojalá aprendan a conectar las nalgas con la cartera de los hombres; que les quede bien claro que sin ella son animales muy ridículos; si la billetera fue inventada abierta fue por algo.”



Enteradas de que por donde pasan hombres poderosos sobra dinero para hacer milagros, las Lussé decidieron meterse bajo los techos que su padre decoró exhibiendo en sus talles el marco perfecto para hombres muy realizados, muy generosos y muy milagrosos. El sentido de la estética se le había metido de tal forma en la sangre a Copa Lussé que sus hijas heredaron no sólo la proporción de oro sino volutas que hubieran enloquecido a Lord Byron. Cuando una mujer dice de otra que está mona, en el lenguaje de los hombres quiere decir que está guapa y tiene clase, pero cuando una mujer dice de otra que es vulgar quiere decir que está para chuparse los dedos, por eso cuando entraron al Patio Andaluz mientras Rita Cansino bailaba, el murmullo chupador que levantaron las Lussé entre los hombres que dejaron de atender el show hizo que odiara para siempre a esas vulgares lugareñas. Años después, convertida en Rita Hayworth y en camino a divorciarse de Orson Welles, le soltaría que se había encaprichado con él cuando vio la mirada que les dirigió, y el beso salivoso que les mandaste, le dijo.

La crianza alrededor de una corpulenta estufa de leña donde se guisaban platillos de la madrecita Rusia y juegos pisando uva y arcilla al aire libre formó el empaque con el que Tamara y Alejandrina Lussé atravesaron el Patio Andaluz. Despedían aroma de hogazas saliendo del horno. La mirada de los hombres se prendó de ellas hasta que se sentaron en la mejor mesa. Se sentían dueñas. Era el patio con arcos de medio punto, mosaicos mudéjares y una escalera con barandal estilo Rodolfo Valentino que su padre

construyó. Oculto bajo el piso se conservaba intacto el juego de la oca.

Antes de salir de rompedoras su padre les recomendó que buscaran la mesa pegada a la esquina Oeste; es el punto mágico donde termina el camino de los compañeros que edificamos el Agua Caliente, les dijo, el banco de nivel donde parte el trazo está junto a los manantiales, después de recorrer jardines, salones y corredores termina en la esquina Oeste del Patio Andaluz; les traerá cosas buenas, les aseguró con la mirada extraviándose en el recuerdo. Sus hijas no esperaron que volviera de la alucinación. Salieron a recorrer los puntos que su padre señaló como parte del viaje a Santiago, el puente sobre las aguas sulfurosas, la posada de los cisnes, la mesa de los dados, la visita al pozo, el laberinto de los setos, la fuente de Neptuno, la cárcel de azulejos, el dragón y la puerta del jardín hasta instalarse en la mesa mágica.

El garrotero les trajo agua y mantequilla y el mesero les presentó la carta mientras paseaban la mirada por encima de los ojos del patio como leonas viendo pastar a una manada de gacelas. Ordenaron entremés de jamón jabugo con queso cabrales y caviar negro con suave voz, como una tela de araña, y de plato fuerte, para Tamara, gazpacho andaluz y arenques rusos. Alejandrina quería caracoles franceses en finas hierbas a la Bourguignone y un Guylash ruso a la mantequilla con mucha cebolla. En el momento que el mesero les preguntó qué desean tomar las señoritas llegó una botella en balde de plata que las chicas ni voltearon a ver. Ante la cara

expectante del mesero le contestaron, una botella de Vega Sicilia Quince Años que en la carta se anuncia como una rareza, si los caballeros que envían el champaña no tienen inconveniente, la aceptamos como parte de la cuenta. Cuando la comanda llegó a la cocina el sommelier advirtió que Errol Flynn se había bebido la caja que quedaba, la había matado como acostumbraba, en un aquelarre terminado como en un plato de tallarines en los baños pero se acordó que Cansino, el padre de Rita y director del show andaluz conservaba una cava selecta de Ribera del Duero en su cabaña. Ahí encontraron una botella que salvó el honor de la casa. También abrió la puerta a Johnny Weissmüller y Ramón Novaro para presentarse en la mesa de las hijas de Copa Lussé.

“Tenía razón mi padre”, pensó Alejandrina cuando se le sentó al lado el Tarzán de las películas, “esta mesa es mágica”. Tamara recibió con suspicacia a Ramón Novaro, un bello ejemplar que le olió a pájaro no obstante venir precedido de fama de latin lover. Se desanimó al verle el cuello de cisne diametralmente opuesto al de atunero, esos ordinarios que desnucaban mujeres contra las cabeceras de las camas. De ribete tomaba la copa como su abuela Virginia de la Bufadora de Todos los Santos. De pronto se reanimó al verle el rotundo fardo en la chaqueta, una billetera hinchada, una lámpara con la que se hacen milagros. Se sintió segura. El tipo podría hacer agua pero con esa billetera jamás haría el ridículo.



Desde los días en que los anarquistas proclamaron que la plaza de Salsipuedes era territorio liberado por las fuerzas de la Segunda División del Ejército Liberal de la Península de Piedra después de haber derrotado a los esclavos que la defendían aniquilando con ello la explotación, no había vuelto a vivir el éxtasis. Intuyó que lo experimentaría de nuevo cuando conoció en las caballerizas a unos campesinos que entregaban alfalfa hablando sobre la injusticia que existía en el valle. La Colorado River Land Company es dueña de todo, le comunicó Álvaro Moche, ¿sabe qué es todo?, todo, por eso estamos a punto de asaltar las tierras, que el campo sea para los que lo trabajamos, si usted quiere acompañarnos es nomás cosa de querer.

El pial lanzado por el líder agrarista accionó el timbre que notificaba a Zangalo Lobo haber llegado el momento de abrir la puerta sellada por tanto tiempo. Mantuvo reservado su propósito a Clarissa Cardinale quien se sentía en control de la situación desde que le supervisaba las costuras. La hija del peluquero se enteraría mucho después que unos proveedores de forraje le habían empezado a descoser la yugular por donde el cuerpo del anarquista volvió a respirar éter de justicia social. Absorta en su creciente demanda como fotógrafa de luminarias no tomó en serio que su hombre despertara en aquel octubre con una extraña luminosidad en la cara. Pudo haberlo advertido cuando quiso tomarle una foto dormido y el diafragma de la lente se cerró más de lo normal, foto que finalmente tiró pero que no revelaría sino treinta años después cuando limpiando la impresión pudo apreciar bajo las puntas de los bigotes las costuras abiertas del mesianismo. Pero eso lo vería

cuando Zangalo Lobo ya había cumplido con todo su destino, por ahora le anunciaba unos empresarios me contrataron para trabajarles en la noche de Halloween. Al mirarle la cara tensa le aclaró que eran unos norteamericanos que venían del valle; quieren celebrar la cosecha con una fiesta de disfraces, hicieron su agosto con el algodón, añadió Clarissa Cardinale con voz bajando de volumen hasta llegar a la convicción de que no debió haber abundado en aclaraciones. Había hablado de más.

Al escuchar gringos y tierras Zangalo Lobo empezó a remozar. Regresó a sus convicciones de que el sistema más inhumano era el que promovía que el hombre explotara al hombre además de desempolvar otros dogmas marxistas. Por unos días se pasó analizando ideas. Cuando se quedó con una caminó a la tienda de ropa de Sal Hirsch a buscar un fistol muy largo.



Te advertí de las heladas de principio de año y me ignoraste, le dijo, luego te predije sequía y no me volviste a hacer caso, ahora te digo, se va a poner a peso el kilo de caca con el asunto del asalto a las tierras de la Colorado River Land Company, habrá boicot contra lo que se produzca aquí, en consecuencia, no vas a poder colocar tu uva; hazme caso, levanta lo que puedas y dedícate a otra cosa, aplicate a tus invenciones que para eso naciste; antes de venir a esta vida seguro planeaste con tus maestros que tu misión era recoger productos de la naturaleza y encauzarlos por el bienestar de la gente, si pospusiste por años

ese plan fue porque ellos accedieron a que intentaras probar por otro lado para que superaras la fijación de hacerte rico, hazte al ánimo que los verdaderos hallazgos los traes en tu cabeza, aquí, le apuntaba Don Enrique a la sien, está el oro esperando a ser repartido entre la gente.

El antiguo buscador de tesoros guardó silencio. Pensó en las noticias que amanecieron del asalto a las tierras por los agraristas del valle Colorado sin imaginar que Zangalo Lobo anduviera metido en eso. El lado científico de Lancaster ya estaba hasta las pelotas de la obra con parlamentos de lunáticos representada todos los días en aquel yermo. Terminó concluyendo que su ciclo en Salsipuedes se había cumplido. Decidió llevar a cabo el viejo plan, el de marcharse a mares fríos donde se producían manjares que superaban los de cualquier mar cálido.

Desde que el ex contrabandista y el ex buscador de tesoros se encontraron había habido capilaridad. Zangalo Lobo decía que le caía bien Lancaster porque todo educador era un luchador social. El ex buscador de tesoros pensaba en equilibrar el trabajo manual con el de la cabeza, lo que era imposible en Salsipuedes donde había puro ocurrente con eclipses. En esto se encontraba con Zangalo Lobo quien pensaba que los programas para braceros al otro lado garantizaban la esclavitud y condenaban a vivir en una soledad que helaba el alma; se siente la presencia de manos esclavas en la lechuga, empezó a repetir como eslogan político frente a la ensalada de Livio Santini, rehusándose a comerla por primera vez el día de su reencuentro con la vocación original que lo llevó a Salsipuedes. Con pocos días de diferencia

ambos se habían hallado con la urgencia de retomar cosas pendientes coincidiendo en dar el paso al frente cuanto antes, tirón que ganó Zangalo Lobo por unas horas al marcharse con los agraristas de Álvaro Moche y unos maestros republicanos a asaltar las tierras dejándole a Clarissa Cardinale una historia en entregas; la de haber visto a un joven juntando hombres para una fotografía que nunca tomó, la de haberlo recuperado desparramando aserrín, la de haberse arreglado y desarreglado con él durante años rodantes, historia que se completaría más tarde al formar cooperativas de trabajadores agrícolas y de ferrocarrileros y fundar escuelas para niños y adultos y cuando recogió los pedazos de Zangalo Lobo en unas baldosas empapadas de sangre, capítulos de un libro cosido con recesos de ternura, pasión y camaradería



Le extrañó que Zangalo Lobo se mostrara interesado en asistir a la fiesta de Halloween y más cuando le informó que iría disfrazado de botánico inglés. No dijo una palabra, intrigada por saber cómo vestían esos señores. Voy hacerle al Darwin, añadió el otro, voy por ropa a la Zona Norte.

La consulta en la enciclopedia de su padre la ilustró pero no le aclaró el enigma. Que yo sepa en el archipiélago hay de todo menos fósiles y plantas, pensó revisando su experiencia por los dédalos de la Zona Norte que a veces inundaba el mar, a veces el río y todo el tiempo los hombres. Tampoco sabía que hubiera tiendas de disfraces. Recorrió con su mente fotográfica el banco y el delta del río pasando por baños públicos con tinajas de licor, iglesias de todos

los cultos, cines porno, peluquerías acarameladas, hoteles descabezados, escritorios echando vapor con divorcios y matrimonios, bares repletos de bulla, prostibulos como gallineros, tiendas de ropa por kilo, fábricas de cigarrillos y no vio un sólo aparador con disfraces, nada donde Zangalo Lobo pudiera rentar ni siquiera un espantapájaros. Recordó que la profesora Emma Maldonado les había enseñado que el hombre y el mono eran primos y que en algún lado debía estar el eslabón de donde se separaron. La asaltó la duda. En Salsipuedes había hombres, hombrones y hombrillos en formas diversas pero no había visto ni un chimpancé. Pensó en los pelotaris pero los descartó; comían como orangutanes pero no lo eran. Pensó en toreros, vaqueros, pescadores y jockeys. No. Trataban con animales pero no lo eran. A menos que llegue disfrazado de Dominó, murmuró sonriendo, pero no, no porque alguna vez le había escuchado que ése era el disfraz más socorrido en un prostíbulo homosexual en Alejandría y su hombre no escalaba, hasta donde ella sabía, por ese lado. Entonces le llegó la inspiración.

“De chulo, se va a disfrazar de alcahuete que de esos hay muchos por ahí; aunque nunca ha querido aceptar que es buen mozo, tiene su vanidad bien puesta, dejara de ser hombre.”

Lo imaginó con pantalones guardapedos, de esos que se cierran en los tobillos con patol hasta media pierna, enorme bragueta, saco hasta las corvas de un sólo botón y grandes hombreras, solapas de aeroplano, cadena cayendo hasta tocar los zapatos con polainas, sombrero de ala recta y ancha.



Si Clarissa Cardinale hubiera visto el aura de los amigos de Zangalo Lobo antes de iniciar el recorrido lo habría adivinado, pero no los vio. Ese treinta y uno de octubre Delio Carrasco había tenido una ocurrencia, irían a jalarle los pies a los muertos, a despertarlos para invitarlos a comer abulón y a tomar tequila. Sus amigos estaban más que puestos para seguirle la onda escapándoseles que está escrito que al final de pachangas compartidas con muertos algunos de los participantes se quedan del otro lado, lo que sería el caso aquella noche de Halloween en que se suicidaría una mujer, colgarían a un hombre y degollarían a dos más confirmando la máxima de los crupiers, you play, you pay, situación que conocían muy bien los del tour porque a nadie de ellos se le había dado nada gratis. Pero eran jóvenes y hombres, esto es, muy alrevesados.

Se impresionaron al ver aparecer a Zangalo Lobo vestido con traje listado de tres piezas y corbata de seda con un hermoso fistol lapislázuli, sombrero hongo y botines austriacos. Si eso lo hubiera mirado Clarissa Cardinale habría olfateado algo, mínimo se le habrían caído los calzones como se le cayeron más tarde, pero ni se las olió concentrada en luces y ángulos en otro lugar. Empezaron donde Lancaster los alcanzaría pero nunca los alcanzó. Rodolfo Green tampoco apareció. Se pasaron a El Dandy del Sur a escuchar cantar a Chalino Sánchez Las Nieves de Enero. Fue el primer aviso de que la noche sería verde pero nadie lo advirtió, nadie pensó que aquello no

podía ser porque a Chalino Sánchez recién lo habían desparrajado, lo habían atado de cabeza y pies a dos caballos arrancando en sentido contrario o sea que estaba bien muerto, pero ellos le pidieron la canción y Chalino Sánchez se las cantó con dedicatoria especial al elegante del grupo quien un poco más tarde y después de haber resuelto el asunto del cuerpo de Mr. Green, partió a la fiesta que encontró en su pico. La orquesta tocaba La Cumparsita desde la cabecera de una pista poblada de caretas. Las mesas estaban cuajadas de entremeses y altas copas. Al verlo con la pinta de científico victoriano, Clarissa Cardinale lo desconoció. Cuando el individuo se le acercó renegando que estaba claro que la concurrencia vivía a expensas de explotar al pueblo fue que lo identificó. Se le cayeron los calzones. Tuvo que hacerse a un lado para subírselos totalmente fascinada. Te esperaba disfrazado de mantenido, le dijo ilusionada como una ninfómana que mata víbora en viernes, te siento más encamable que nunca, y al mirarle el bulto de animal jurásico insinuándose como en holograma de museo de Historia natural le advirtió, en el primer receso te violo aunque sea contra la pared; no es mi estilo repuso él, pues aunque no lo sea, dijo ella.

¿Cómo van las fotos?, le reviró el tumbacalzones recorriendo con la mirada a la gente de tal manera que si ella hubiese prestado más atención habría descubierto que tenía las pupilas muy cerradas. Hueles raro, le dijo. Vengo de las perreras, los perros no habían comido, le explicó el otro concentrado en un barrigón pelirrojo rodeado de gente.

“¿Quién es?”

“El jefe. Se acaba de quitar la máscara aunque todos sabíamos que era él.”

“Los lameculos olfatean, no necesitan ver.”

Zangalo Lobo recordó la vez que Nicola Sacco lo llevó con Bartolomeo Vanzetti de quien aprendió cuán fácil resultaba identificar a un explotador, tiene ojitos de cerdo, panza de cerdo, hocico de cerdo y hace hoink hoink, le informó el zapatero. El hijoeputivo de la Colorado River Land Company era un rozagante marrano color colorado repartiendo bendiciones en hoink, aplaudido hasta la ignominia por sus lacayos. El tono de pelo le recordó la tarde azafrán recién pasada en Punta Piedra y en el banquete que se debían estar dando en ese momento los galgos ¿tendrán paladar los perros? De lo que estaba seguro era que tenían olfato ¡cómo ladraron! Olfatearon comida desde lejos. Qué ganas de haber juntado aquella noche a Mikyzeta con Baron Long y al mismo Sal Hirch quien aunque sea amigo, pensó, sin perder de vista al que repartía bendiciones hoinkeras, cuando la tierra se abre nadie tiene la culpa de quedar en lados opuestos. Luego pensó en Pierre.

“¡Pinche perico! ¡Habersele ocurrido degollar al viejo antes que a mí!”

Volviendo a sus perros los imaginó hartándose con los trozos de carne en cuadritos, como Gulyash, el platillo ruso que muchas veces le preparara Clarissa Cardinale de la receta de Maroshka Rogoff. Revisó las salidas decidiéndose por la de la cocina. Cada fognazo de Clarissa Cardinale le revivía el humo que salió de las cabezas de sus compañeros electrocutados. Atento a su objetivo, observó a la concurrencia que le recordaba las tardes bailando en el salón Estrella. Se le llenó

el pecho de morriña. Sabía que después de aquella noche no volvería a ver a sus amigos. Cuando Clarissa Cardinale le hizo una seña de ya casi te brinco supuso que pasaba de la medianoche. En otras ocasiones el tour alcanzaba su cima a esa hora pero la desolación que vio en Delio Carrasco después de sacar a Pierre de la escupidera como a muñeco de ventrílocuo le hizo presentir que aquél había sido el último recorrido. Ya no habría trasnochadas ni alucinaciones. Pensó en el abulonero y Copa Lussé soplándole el pico a Pierre intentando revivirlo.

“Ha de haber sido signo escorpión, sulfurante y suicida, vanidoso, protagonista, ¡pinche perico!, ni chance de hacerle el desayuno.”

Como tampoco se le haría a él, quien en aquella hora que la concurrencia bailaba amodorrada se sentía seguro de lo que haría. ¿Quién iba a pensar que un gandul acabaría con el rey del licor? Lo pensó dos veces, no, Pierre no acabó con él, fueron sus galgos que a estas horas habían de haber abandonado las perreras sin dejar ni uno para las carreras del siguiente día. Acariciando la cabeza del fistol se acercó al hombre de carnes rojas.



La noche metía una bola dura en la garganta. ¿Qué hacer con un perico muerto? Era la pregunta que flotaba entre Delio Carrasco y Copa Lussé absortos en el rutilante esqueleto de Mr. Green que parecía animado por volver a la mesa de dominó. Las hormigas habían hecho un trabajo semejante al que Copa Lussé hizo con una niña de madera mucho tiempo atrás. Habían pulido los huesos de tal manera

que semejaban de porcelana, afinando el trabajo de Zangalo Lobo cuya destreza confirmó haber trabajado en una empacadora y haber convivido con la secta del cuchillo en los muelles de Buenos Aires. Deshuesar un cabrón es más fácil que quitarle las espinas a un pescado, y de convertirlo en alimento, menos, les comentó mientras se lavaba las manos; en el casino se ofrecen animales que lagartean en el piso del mar y que absorben la carroña que sueltan los que nadan encima, esa exótica mierda es muy popular entre estos explotadores; Mr. Green era un comemierda que merece ser cagado entre las piedras, sentenció envolviendo la carne en papel y mirando hacia la escupidera donde yacía el perico; murmuró compungido, mis respetos carísimo Pierre, recuperaste lo que pensé que nunca se recobraba, la dignidad. Recogiendo el bulto lo puso en el maletín, se abrochó el chaleco y se metió al saco listado. Colocándose el sombrero de hongo frente al espejo y a punto de salir del lugar anunció, caballeros, la noche apenas comienza para mí. Salió sin volver la cabeza dejando al abulonero y al yesero con la pregunta de qué carajos hacer con Pierre.



La segunda Luna llena del mes de octubre de aquel año gastaba su claridad sobre todo el mundo, incluido el chaparral. Un plateado azul teñía la casa, el pozo, el molino, el granero, las caballerizas y las grandes piedras custodiadas por pinos. Los pastizales se habían matizado de un verde azulado. Colgando de un fresno de tronco nudoso recién dejaba de patear el cuerpo de Rodolfo Green que los rancheros abandonaron

a que se pudriera como faisán para los gallinazos y como mensaje de advertencia a otros que tuvieran las mismas mañas. Había hecho caso omiso de abstenerse de salir a robar vacas cuando los espíritus andan desatados, precisamente en la misma noche que sus amigos tuvieron la ocurrencia de organizar un recorrido para jalarle las patas a los muertos, tour del que Rodolfo Green se había disculpado pero que terminaría asistiendo muerto de ganas.



Sin haber dormido en toda la noche por lo de Pierre y seguir igual todo el día frente a Samara, no escuchó los toquidos en la puerta. Deslizaron un recado por debajo de la puerta avisándole que Rodolfo Green estaba colgado de un árbol. “¿Qué hacemos?” El abulonero encogió los hombros y se paró a jugar al gato. Bien claro se lo había advertido Don Enrique, no hay que salir en Luna llena, ni en la noche de Todos Santos, ni por vacas, ni por casadas; los espíritus andan como los vientos de marzo, mantienen despiertos a los vigilantes y sus perros y hasta les avisan porque buscan fantasmas nuevos para iniciarlos en la chacota.

Volvió los ojos a la ventana donde se reflejaba Samara partida en nueve cuadros. Había sido una noche de partidas.



“¿Qué hacemos con Pierre?”

Quemarlo, sugirió Copa Lussé; era muy farol, le encantaba el protagonismo, será feliz si lo clavamos

en una estaca, lo bañamos de tequila y le prendemos un fósforo para que parezca faro y sirva de algo.

Observando el parpadeo en forma de violetas floreado por el acantilado Delio Carrasco tuvo el presagio de que aquel sería el último recorrido de la paga del abulón. El presentimiento se le metería muy hondo y muy rápido, como gota de agua que se filtra a la gruta de sus adentros en un instante. Cuando la última pluma de Pierre se consumió y el viento esparció el talco cenizo por el amanecer, el abulonero comentó, tal vez en la siguiente vida le toque ser una zorra y no dudo que llegue a cardenal, manejará el tesoro de un reino.

Se separaron después de un largo abrazo, el yesero rumbo a su vida de sobresaltos y el abulonero al hallazgo de cuán amargo puede ser un jueves. Muchos años después, al recibir los cuerpos congelados de El Zopilote Chávez Cano y Tonja Rogoff junto con una carta, recordaría que aquella noche de octubre fue la vuelta en la esquina de la vida de la cofradía del abulón, Zangalo Lobo incluido porque aunque no presencié el ardor de Pierre, dio el último giro a la tuerca de su destino al acercarse al hombre que hacía hoink hoink en inglés y con la precisión de una cobra le clavó el fístol en el centro del corazón dejándolo como mariposa contra una silla de una mesa atascada con delicias mientras la orquesta tocaba Tangerine. Ahora entiendo porqué mencionó que se disfrazaría de naturista, dijo en voz alta Clarissa Cardinale al tomar la foto del hombre de carnes rojas, afortunadamente en calabrés por lo que nadie sospechó su relación con la sombra escurrida

minutos antes que los meseros se asustaran en español y los americanos se horrorizaran en inglés.



Cuando cruzó miradas con El Zopilote Chávez Cano se sacudió igual que la vez que una mantarraya le dio una punzada. De no haber sido porque el vista aduanal le pidió que firmara de recibido apartándole de la cara envuelta en hielo del guardavías, se habría cagado en sus calzones. La mirada de su compadre le hizo recordar que el ideático de Don Enrique había partido en una pose parecida y también por puro capricho. Los berrenchines de uno y otro le confirmaron que los hombres son seres muy aferrados que les da por morirse cuando les da la gana.

Si mi compadre había escogido irse metiéndose hielo como curándose las almorranas allá él y muy su gusto, murmuraba encabronado, pero que hubiera pedido a Lancaster que los mandara de vuelta a Salsipuedes para que los llevara a que los zopilotes se los comieran dizque para rendir tributo a la madrastra tierra dentro del guano, “eran ganas de chingar”. Botaba de rabia. Con humor de sargento pidió prestada la plataforma a Darío Shoustari quien le recordó había que darle agua a los faunos; no son camellos, le advirtió.

Mi compadre y sus pinches ondas, mascullaba mientras los estibadores desmontaban el cubo; ha de haber pensado que todavía tenía fuerzas para cambiar el árbol de vías como de joven, no cabe duda, más viejo, más pendejo, y ahora me pone a recorrer la Zona Norte como el persa sólo que sin putas, apenas con un par de momias azules.

Querido compadre, te encargo nos tires en el desierto para que el Sol derrita esta costra y los zopilotes me engullan en tiritas igual que yo me despachaba a Tonja Rogoff. Gracias, compadre. En la siguiente vida nos ponemos a mano. Chávez Cano.

Ganas de joder, igual de ideático que Don Enrique, murmuraba recordando al ingeniero empecinado en montar el caballo abandonado por Rodolfo Green en El Trece Negro, un alazán que se ponía nervioso al atardecer y que cuando caía la noche, arrancaba para el chaparral, como fue el caso cuando el viejo fue arrojado haciéndosele polvo la pelvis. No lo jodía el dolor sino el ridículo de parecerse a Toulouse Lautrec, pensaba Delio Carrasco mientras recorría a paso de ropavejero la calle Coahuila, asimilando con estoicismo romano la impresión que causaba custodiar un iceberg envolviendo dos cursis. Recordaba los gritos de Don Enrique rehusándose a ser atendido, maldiciendo la hora de haber quedado como el esposo de Lady Chatterly hasta que alguien sugirió que fueran por Lancaster quien estaba por embarcar. El antiguo buscador de tesoros encontró al viejo despatarrado en un camastro con la lucidez que no perdió nunca y con el mismo silbato de voz con el que tantas veces maldijera a la muerte. Al ver llegar a Lancaster, calló; se dejó meter en la nariz una hierba que lo dejó quieto y con una seña pidió que se acercara para susurrarle algo. Al otro día Lancaster se presentó con una mula prieta, como decía el ingeniero que debían ser las buenas mujeres. La ató al portal de El Trece Negro y le montó lo que quedaba de Don Enrique quien así permaneció sin probar bocado, sin beber, sin vociferar, viéndole la

testa al animal hasta que el Sol lo redujo evaporándole toda el agua y el viento lo desprendió haciéndolo rodar hasta convertirlo en chamizo, uno de esos arbustos secos de las películas de vaqueros, y lo escondió atrás del horizonte. De eso se acordaba el abulonero dirigiendo el cortejo tirado por faunos con patas de cabra. Se sumaron a la procesión coreanos luciendo tatuajes de la Santa Niña de Salsipuedes en sus pechos lampiños además de un reducido grupo de pajaritas envejecidas que Darío Shoustari nunca pudo colocar. Cantineros, músicos, meseros, padrotes, polleros, herreros, mecánicos, fogoneros, masajistas, garroteros, campesinos, pelotaris, jockeys, talladores, boxeadores, policías, albañiles y todo el universo con el que el guardavías había tenido trato, igual en su trabajo en el ferrocarril que en sus vagancias. Encendió un habano y se sirvió una taza de café reanimado al constatar la devoción que la gente brindaba al recuerdo del hombre que contribuyó con su enjundia a que Salsipuedes tuviera mujeres.

“Sin el trabajo de mi compadre no habría habido familias ni escuelas ni chicas en el San Soucí ni Darío Shoustari se habría establecido para ayudar a tanta niña; nos hubiéramos conformado con abulón y licor fabricado en las trastiendas, no habríamos pasado de ser un agujero parecido a cualquier mina donde recalán forajidos que para no aburrirnos nos hubiéramos tenido que entretener matándonos por turnos: primero te mato yo y luego me matas tú, o al revés.”

Llegaron a la orilla de Salsipuedes.

Lo bueno es que estamos en la mitad del verano y tendrás sol de sobra, compadre, le dijo cuando

cruzaban el barrio de Algodones con sus techos y paredes ámbar, perros ámbar, palmeras ámbar y niños ámbar. Siguieron al Este en medio de una nube ámbar hasta divisar como grabado en una lámina de cobre la devastada silueta de El Trece Negro, el abrevadero donde por mucho tiempo hidrataron ideas con un cantinero maravilloso. Más atrás se extendía el cementerio de trenes con vagones exhibiendo entrañas vacías y esqueletos amputados. Fue en ese momento que Delio Carrasco recordó el pasaje bíblico en el que Yahvé expulsó a Caín al Oriente del Edén. Algo sin perdón has de haber hecho compadre, le dijo al bloque que comenzaba a derretirse; para este lado mandó Yahvé al que mató a su hermano.

Mirando la sombra del cortejo escapar hacia Oriente se puso a pensar en la preferencia de Yahvé de un hermano sobre otro. En eso le surgió la idea por la que sería recordado, la que se transmitiría de boca en boca hasta que la recogiera un cronista como testimonio de que aquel escenario como set para nómadas contaba con mucha historia y tenía todo el derecho de ser fundada como ciudad. Dirigió el cortejo hasta el cabús y ordenó bajar el cubo chorreante que partió en dos con una barra de uña, luego procedió con un clavo de riel a picar cuidadosamente el pedazo de su compadre hasta sacarlo. Luego de unos manazos para reanirmarlo y sin solicitar ayuda lo cargó al interior del “Hasta Siempre”. Lo sentó del lado que le gustaba, de espaldas al mar mirando hacia donde escapaban los rieles comentando entre resoplidos, mi comadre puede esperar, de Don Enrique aprendí que una de las cualidades de toda mujer de una pieza es saber aguantar, que eso hizo grande a Penélope.

De un anaquel sacó dos copas y una botella de tequila de soberbio color dorado. La presentó contra la tarde. Este color se da donde hay sol, comentó, que por tu semblante me parece que donde anduviste no hubo. Sirviéndole suero de oro hasta la orilla, lo siguió jodiendo, con ese perfil pareces calamar compadre pero no te preocupes, en unas horas te pondrás del color y del olor que les gusta a los gallinazos.

Tomó un embudo. Vamos a arrancar la tarde como lo hacíamos en los viejos tiempos, le anunció, esta vez no será desayuno de despedida, será borrachera, el almuerzo lo tendrán los zopilotes sazonado con tequila, ¿te imaginas, compadre?

“El Zopilote Chávez Cano y Tonja Rogoff al tequila, resecaos como carne machaca para viajeros.”

Abriéndole la boca le encajó el embudo haciendo palanca para bajar la mandíbula. Hasta el fondo compadre, le dijo vaciándole media botella de un tirón; buen tequila, ¿verdad compadre?, ni gestos le hiciste, me imagino que tomabas pura mugre, quién sabe qué menjurjes inventados por Lancaster que ni te pregunto por él, ha de seguir con sus cosas, lo que quiere decir que está bien. ¡Salud, compadre! Se echó un trago doble volviendo a llenar la copa mientras un nudo le crecía en la garganta.

“Como te has de acordar, en Salsipuedes siempre hay ocurrencias. La más nueva es que tu hijo Bisiesto es socio de mi hijo Yago en unas cuarterías flotantes que rentan a los recién llegados. Dice tu hijo que aprendió de ti el armado de cuartos como si fueran vagones de ferrocarril. Los apoyan entre los canales del archipiélago, así, compadre, como recargando los codos, en las secas se sostienen como puentes y

en las crecidas del río flotan como barcos anclados; lo de armar cuartos con quilla lo aprendieron de tu concuño Copa Lussé, y ni me preguntes qué cosas más aprendieron de ese taimado.”

A pesar de que el nudo le apretaba cada vez más el pescuezo se sentía extrañamente feliz, agradecido con la vida por haberle dado la oportunidad de despedirse de su compadre, olvidándose de que lo hubiese puesto de malas con la cartita. Me retracto de haberte mentado la madre, compadre, le dijo mirando al Sol pasando rumbo al mar; esto que haces me anima a hacerlo yo también; tienes razón, uno se va como quiere irse, siempre y cuando no aparezca Yahvé a sacarte a patadas de este mundo.



Desde que alguien le mencionó que las sales para limpiar oro eran importadas del río Yukón donde unos mexicanos la producían, tuvo el presentimiento de que su padre tenía algo que ver con aquello. Se puso a sacar cuentas de los años sin mirarlo. Tenía veinte de haberlos abandonado que según le contaron en Salsipuedes fueron veinte de día, veinte de noche y veinte de madrugada más los pasados en el Yukón, ya le debía andar pegando a los cien. Con un impulso semejante que hiciera a su padre salir disparado a investigar el origen del aroma de la olla que terminó haciéndolo formar una familia, Bisiesto Chávez Cano partió al Norte antes que llegara el invierno. Buscar un viejo afecto era como desaguar una mina inundada sólo para verificar que la veta siguiese ahí, la potencial existencia de una riqueza

que compensase la ausencia que lo obligó a saltarse su niñez para mantener a sus hermanos.

Amarraron en el muelle de una pequeña ensenada custodiada por sigilosos pinos que exhibían un letrero: Lancaster Advanced Technology Exportation Ltd. Apenas saltó a tierra divisó a un hombre con el tórax de quilla y las patas de grulla, las partes más elocuentes de los Chávez Cano. Se daba cuenta de cuán parecido era a sus hermanos y a él mismo, cosa que confirmó su sombra en la nieve proyectando las zancas flexionando al revés en las que nunca reparó y que ahora le daba la certeza de decirle a su padre cuando se le paró enfrente, es hora que vuelvas, no aguantamos a mi madre. El Zopilote Chávez Cano enmudeció ante el hijo que le traía una realidad abandonada. Fuera de varios sí y ningún no, no volvería a pronunciar palabra ni cuando Delio Carrasco le hizo tragar tequila para reanimarlo picándole la cresta con pullas; es más, ni siquiera se quejó cuando los zopilotes se lo arrebataban con malas maneras.

“Dice mi madre que te tiene chorizo tchownesse; me pidió que trajeras recetas de donde has andado, las que dejaste de la guerra no las ha vuelto a preparar y que aunque un poco cascadita se reporta lista para cantar contigo contra la estufa.”

Las mujeres no descansan hasta que acaban con uno, pensó El Zopilote Chávez Cano al escuchar el mensaje en su timbre de voz renacida en el hijo llegando a corregir el rumbo de los rieles por los que había mandado a su familia mientras él y Mikyzeta ganaban para Salsipuedes sin imaginar que iba a

entablar una relación con otra mujer y a sumergirse en un mundo que lo mantendría absorto veinte años. Lo más castrante era darse cuenta que los había vivido sin compartir con la media docena de hijos maquilados con Lupe Müller. Ni idea tenía de cómo crecieron ni qué cosa acostumbraban hacer al levantarse, o si asistían a clases, o cuál enfermedad les había pegado. Tengo un puñado de hijos como si no los tuviera, aunque yo no los tuve, los tuvo todo el tiempo la Lupe, pensaba abatido. Arrojó los enseres con la misma energía requerida para cambiar las agujas del ferrocarril y sin decir nada a Lancaster escribió el recado que motivara las mentadas de madre de Delio Carrasco, luego pasó por Tonja Rogoff y la llevó a la punta donde se sentaron a que el invierno los convirtiera en iceberg junto al canal donde pasaban las ballenas que iban y venían de la península de piedra. Cuando estorbaron a la vista, Lancaster cortó el témpano en forma de cubo y lo embarcó muerto de envidia.

“Tienen suerte los que no van a misa. Aquí va un par que jamás se engusará.”



No le causó extrañeza que el invitado a comer tuviese pinta de tráfuga. A los recién llegados se les notaba el síndrome de desertor que empeoraba en aquel páramo donde hasta las casas tenían las faldas levantadas, listas para salir corriendo. Era común ver hombres que se la pasaban como en un hormiguero pisado. Caminaban volteando para todos lados creyendo que estaban en un apeadero y que por

algún lugar debía estar un algo que los transportara a un destino de verdad hasta que finalmente agarraban la onda que aquello era eso, una muchedumbre haciendo milagros en una lengüeta de piedra entre un mar lunático y un río escamoteable.

Pasó revista al plumaje de Bisiesto Chávez Cano y a sus piernas rectas y ni reparó en que las flexionaba como flamíngos. Sin ofrecerle asiento para no comprometerlo le ofreció un tequila para hacer hambre.

“Tienes la alzada de tu padre pero otra mirada.”

Así era. Tenía ojos de medida no como los sin brida de El Zopilote Chávez Cano. En aquella ocasión y por primera vez en la historia de Salsipuedes no sucedieron las cosas al revés. Cuando Pachilú sacaba el pan del horno apareció su hija Salustia vestida con cartas astrales y un chal triangular quien sin decir agua va, enfrentando al invitado de su padre le dijo, tú y yo tenemos un pendiente y tomándole de la mano, sin darle tiempo a comenzar a comer se volvió a su madre, de la misma forma que tú quisiste encontrar a un pescador yo quería un hombre de los que no hay en este pueblo de locos, alguien con aura razonable, y copando a Bisiesto; aquí al lado tengo una carpa donde la gente viene a traerme regalos a cambio de que les hable bonito, no veo problema para que tú y yo nos arreglemos y hagamos cosas bonitas. Con una rápida mirada a la palma del hijo del guardavías y tomando impulso le soltó, tienes una mano muy peculiar que posee dos personalidades completas y encontradas, la pragmática o del método y la humanista o del intelecto; debes poner a trabajar la personalidad pragmática, la que en el inicio de tu

vida se empezó a desarrollar por la carga temprana de tu familia, esta personalidad debe aportar los recursos para que la humanista tenga el espacio donde cumplir lo que quiere; tu mano corrobora lo que yo había leído en las estrellas, y patatín y patatán, le siguió con susurros alados que dejaron sin habla a sus padres acostumbrados a escuchar a su hija hablar a punta de talloes quemantes.



Mientras escuchaba la voz invencible de Salustia Carrasco entrar por la trastienda de su yo, recorrió su vida. Se vio jugando en el llano esperando a su padre como lo hacía al final de cada jornada pero aquel día El Zopilote Chávez Cano no regresó. Lo recordaba con nitidez porque no volvió a usar el trompo que le había regalado en su cumpleaños. Siguieron días en que el disgusto de su madre crecía y la reserva de alimentos bajaba. Luego se vio lavando las sábanas del hotel, reparando la caldera, la bomba del pozo, surtiendo leña, sacando la basura, pintando cuartos, recibiendo las provisiones. Hasta que le cambió el timbre en la voz, le salió pelo en el plumero y le creció lo demás logró el puesto de guardavías esperanzado de conseguir una plaza de porter que se le hizo cuando su madre empezó a surtir a la compañía con pralineses que tuvieron mucho éxito en el coche comedor. Estrenando puesto escuchó a un pasajero con nariz de comote recién desenterrado asegurar que los postres eran tan buenos como los de Nueva Orleans. Cuando conoció a Josué Hirch no hubo necesidad de que le aclarara que era hijo de aquel

hombre que traía mercancía del delta del Mississippi. Su pinta de tapir lo explicaba todo.



En un lugar donde campeaba el azar, donde se comenzaba por el final y se seguía como fuera, la boda entre Bisiesto Chávez Cano y Salustia Carrasco llevó cierta lógica con una pequeña restricción. Cuando la novia le pidió a Mihail Rogoff que trajera al patriarca Dalgoff para darle alguna forma a aquella unión, el cónsul ruso aceptó porque sentía al novio como nieto siempre y cuando, condicionó pausadamente, siempre y cuando no inviten a la loca de mi mujer. Salustia Carrasco estaba enterada de las ondas de tía Virginia quien aunque bastante pasadita no cancelaba el riesgo que le brincara a algún invitado en mitad de la pachanga, lo cual no era raro en Salsipuedes, lo que verdaderamente preocupaba era que la vieja se orinara en la pista volviéndola resbaladiza, inhabilitándola para tomar una foto histórica, que tampoco resultaba insólito, era de sobra conocido el episodio de Zangalo Lobo empeñado en tomar la fotografía que le valió una patada en las nalgas pero como esta vez se harían las cosas derechitas, creando un precedente que nadie imitó jamás, Doña Virginia de la Bufadora de Todos los Santos no sería invitada, le anunció muy formalmente Salustia Carrasco; sólo vendrán mujeres casadas con sus maridos y mis primas Tamara y Alejandrina acompañadas por hombres milagrosos. Siendo un hombre bueno, muy bueno, demasiado bueno, Mihail Rogoff fue a buscar al patriarca Dalgoff ilusionado de que las primitas del diablo fueran a ser redimidas por aquellos hombres milagrosos.

Asistieron Senorina y Elfego, los abuelos de Salustia. Abundaron las tandas de grano arrojadas a los novios pero la semilla que germinaría y se convertiría en árbol que daría frutos hasta la vejez de los recién casados sería el regalo que Delio Carrasco les entregó por separado; si algún día te dicen que te ves muy señora, le dijo a Salustia, es que perdiste la cintura, cuidala, le recomendó tocándosela, mientras la conserves serás bonita. A su yerno le aconsejó que nunca perdiera de vista los pantalones; mañana por la mañana, le sugirió, le pides a tu mujer que se los ponga, cuando se le caigan es el momento de ponértelos y como a ti te van a quedar bien a ella le quedará muy claro de ahí en adelante quién es el que los lleva puestos; te ahorrarás muchas confusiones y prevalecerá la paz en tu casa.



Pero todo eso que contaba de la boda de su hija con el hijo resucitado no pareció inmutar a El Zopilote Chávez Cano quien siguió tragando tequila sin bajar la mirada del horizonte pensando a qué horas mi pinche compadre me deja y me quito de tanto cuento pero el viejo abulonero seguía con la misma cantaleta, insistiendo con pasar un buen rato en el “Hasta Siempre” con su compadre como acordaron desde el remoto desayuno ofrecido a Elcova de los Hornos quien al igual que Rodolfo Green, Pierre y Sal Hirsch, no llegó a viejo. Se fueron tiernos, compadre, murmuraba Delio Carrasco con un dejo de añoranza; lo que es bueno para el recuerdo aunque hay sus excepciones, ¿te acuerdas de Don Enrique? se fue

igual que como llegó, bien viejo, parecía momia encajada a una mula; te hubiera encantando verlo porque conservó el genio y la figura hasta que rodó y no supimos más de su cuerpo, al fin la sepultura es lo que menos cuenta, importan los recuerdos, ¿no compadre?, tampoco le hicimos el desayuno a Zangalo Lobo cuando nos dijo que se iba a asaltar las tierras porque sabíamos que Clarissa Cardinale lo tenía domesticado; algo ha de haber descuidado la comadre para que mi compadre se le fuera, como haya sido, desde que Maroshka Rogoff descalabró a Copa Lussé el vagón se quedó mucho tiempo sin uso y esto y lo otro y aquello y más allá en una retahila que duró toda la noche. Despuntando el alba, advirtiéndome que su compadre había amanecido enrabiado se apresuró a cargarlo. Te siento fofa compadre, le dije estrujándolo; se te había olvidado que aquí el clima es muy parejo, siempre está de la chingada. Lo volvió a acomodar junto a su comadre Tonja quien sudaba a chorros. Dio la orden de ganar para el desierto. Se sentó otra vez pensando que tanto tiempo sin parrandear le había agriado el carácter a El Zopilote Chávez Cano. Muy mal compadre, hiciste muy mal en irte, se nota que los osos son aburridos, ahora entiendo porqué volviste con las patas planas y siguiendo con palabra tras palabra, vomitando puras tristezas, llegaron hasta donde el sol alargaba el índice señalando el lugar donde los debía abandonar.

Cuando se retiraban, en el momento en que el horizonte fundía sombras volvió la cabeza y miró la nube de gallinazos en lo alto. Seguro primero bajaría el jefe y después del hartazgo, los demás. Al divisar de vuelta el “Hasta Siempre” pensó que había olvidado

preguntar a su compadre si finalmente produjeron comida para gourmets sacada del mar como era el proyecto de Lancaster pero cuando vio a los animales muy atareados no tuvo duda de que había sido muy bien alimentado allá donde anduvo.



Se levantó como cargando un mundo con garras de piedra posado en sus hombros. Al ver la Luna le buscó la boca, era la hora en que Venus la olisqueaba, también era la plomada de la memoria, la que señalaba el instante en que cabía toda su vida, la que atrapaba sus recuerdos de niño jugando entre restos de juncos chinos. En ese momento se le ocurrió que en alguna punta de la casa debía ser colocada una bandera mitad amarilla y mitad roja.

“Del río Amarillo al río Colorado.”

Esculó los recuerdos de casas hechas con restos de río amarillo arrastrados a aquella tierra de río escarlata. Pensó en Zangalo Lobo y su lucha contra la Colorado River Land Company. Lo vio al frente de campesinos ondeando banderas rojinegras.

El negro ha de haberlo sacado del color que quedaron sus amigos electrocutados, susurró. Se arrepintió de un pensamiento de tan mal gusto pero luego se burló de sí mismo. Ahora resulta que me he vuelto un sentimental; la vejez, dijo exhalando apagadamente la palabra vejez. Se miró en el espejo que le devolvió un desgastado overol de donde brotaba una cabeza esférica con barba blanca y pómulos salientes encajada en un carrizo seco. Levantó las manos y las giró observándolas con detenimiento. Nunca envejecieron. Piel de salamandra pero huesos

de codorniz, solía decir en referencia a la cuota que pagó su cuerpo por los años en las profundidades sacando abulón y después de cobrar y hacer el recorrido condensado de vida, marchar a su cuarto a seguirle con compañeras de tendones flexibles y carnes firmes, encuentros marinados en sudor y amor y frustración y alegría y dolor. Sintió la carga del tiempo en el fuelle del tórax cuando se apoyó en el marco de la ventana a observar la Luna disolverse en el malva del amanecer. Se le vino el recuerdo de los ojos cercados de pestañas de Samara. Desnuda era dorada y azul y enorme y pequeña y delgada y callada; una gacela con el sexo roto que llenó días de confusión. No todo había sido eso; hubo otras invitadas a quienes imitando a los caballerangos del jockey club ponía a trotar desnudas alrededor de la cama como se hace con las yeguas tresañeras para mantenerlas en forma y para disfrutarlas tirándoles ruidosos besos, chicas pura sangre, haciéndolas reír hasta desplomarse diciéndole estás loco, loco de remate.

Insistió con el recuerdo jugando al gato en la ventana que le regaló El Zopilote Chávez Cano.

“Mi compadre cabeza dura; si no se hubiera ido nos hubiéramos juntado en el “Hasta Siempre” como personas decentes para celebrar que nos íbamos juntos, aunque lo de ayer fue una forma de morirnos al mismo tiempo pero no me gustó que regresara con el carácter agriado, él que se la pasaba riéndose de la vida, ha de habérsela visto negras en el Norte.”

Caminó para encontrarse con la brisa que llegaba con el primer rayo del Sol. Al revisar las ramas de las moreras comprobó que los capullos habían sido pizcados. Supuso que Salustia seguía haciendo ropa

de seda que confirmó volviendo la mirada al portal donde ya no estaba la rueca que le había traído su padrino Petrosian Camarín ni el telar que le regaló Pin Hao. Se daba cuenta que desde que se casó no había vuelto a escuchar el pedaleo que formaba parte de la mañana.

“El que se casa, casa quiere.”

Vio asomar por el corredor las hortensias cargadas de flores. Le parecía escuchar a Don Enrique diciéndole una casa es para andar de aquí para allá y de allá para acá y tener lugares para no hacer nada. Se sentó en el poyo del portal y pensó en la casa de Darío Shoustari que nunca conoció. Supo de ella por Copa Lussé cuando lo puso al tanto de la excursión de Cotoya Cajeme. Se detuvo a pensar en el yesero. Lo recordaba con la cara de soledad que decía haber heredado de su abuelo, la llave que abría el instinto maternal de las mujeres. Tenía buena nariz, casi tan dotada como la de Sal Hirsch, el hombre que se enfrió con una carta y llegó a ser famoso por su nariz como falo maya. Luego pensó en su hijo quien aunque no la sacó tan dotada para invocar buenas ventas tampoco lo dejó desarmado. Recobró la cara de Josué Hirsch quien la semana anterior había reiniciado con su hijo Yago, con Horacio y Aniceto Lussé y su yerno Bisiesto el ritual de la paga interrumpido desde la partida de Pierre y las otras jugadas en aquella remota noche de fantasmas. Seguramente encontrarían sus propios bebederos de vida.

Se hipnotizaba con el zumbir de las abejas que hacían caligrafía en las bocas de las flores. Le pareció oler el postre que un día le ofreció Pin Hao, abejas con maíz, receta que nunca reveló.

Terminaba la primavera, la época que la tierra se activa para cumplir con sus compromisos de otoño. Al alcanzarlo el peculiar aroma de la masa de maíz freída con orégano, queso, huevo, polvo de hornear, chile colorado, aceituna, cebolla y limones pensó que Pachilú preparaba enchiladas de chorro, el platillo de las mil sazones. Se había levantado muy temprano. Tomaba mucho tiempo hacer un desayuno para días especiales que remataba con leche planchada, el postre de vainilla con yemas de huevo derramada en un platón, espolvoreada de azúcar y alisada con plancha de fierro hasta hacerse caramelo. Cocinar era un acto de amor. Cavilando en los amores de sus amigos se le reveló que todos habían sabido comer y beber bien incluyendo a Zangalo Lobo a quien le valieron los sarcasmos de Pierre; haz de ser revolucionario de una facción no muy ortodoxa, le decía en tono de burla, comes como terrateniente y bebes como cardenal, a lo que el otro se defendía diciendo que era socialista con la idea de que el caviar y los buenos vinos debían ser para todos no para unos cuantos; los comunistas hemos fallado haciendo creer al mundo que somos santones comprometidos únicamente con trabajar y leer Sociología y que no les pegamos brincos a las mujeres, nada más errado, Lenin terminó muriendo por causa del balazo que le dio una mujer despechada.

Recorrió la galería de mesas y barras compartidas por años incluyendo las comilonas que les preparaban sus mujeres excepto Darío Shoustari quien nunca los invitó a su casa pero su barriga explicaba su historia.



El incendio en La Chinesca hizo brotar chinos con trenza y barba de chivo. También salieron mexicanas desaparecidas desde su niñez transformadas en doctoras en masajes. Cuando les dio la luz del Sol se comenzaron a marchitar y se habrían secado antes de que Darío Shoustari hubiese podido mercadearlas de no haberlas metido en el humidificador de Sal Hirsch donde las conservó frescas hasta que regresaron las corrientes de mar con el grado de humedad necesario para pasarlas a las vitrinas. Bastó el fin de semana del Veteran's Day para colocarlas con oficiales, quienes al ver aquellas espigas recordándoles su juventud se las arrebataron. Mientras enrollaba lechugas de billetes Darío Shoustari se congratulaba de haber logrado prestigio como negociante de muchachas con un contrato que declaraba nulo el matrimonio al primer síntoma de estupidez masculina, un documento donde se asentaba que el adquirente se hacía responsable del cuidado de la muchacha y de los hijos que con ella procreara, donde además se obligaba a enseñarle el idioma local y a poner todo de su parte para cauterizar lo que otros hombres destrozaron sin menoscabo de que hubiera quedado estéril, mutilada o loca. En cláusulas complementarias se tabulaba con números las aportaciones para ella y para cada hijo hasta que el hombre apestara y su cuerpo se poblara de gusanos. Se reía de sí mismo recordando cuando recién llegado intentó hacerse rico vendiendo mezclilla a mineros inexistentes y que a punto de desistir comenzó a sospechar que se quedaría en aquella tierra la noche que subió al cañón Johnson atraído por las similitudes bíblicas de aquel cerro con el de su tierra donde quedara posada

el arca de Noé, sospecha que se convirtió en decisión al gritarles kikirikí por primera vez a los gallos y que ellos respondieran con la característica euforia de todo salsipuedense.

Darío Shoustari se fue igual que los demás, cuando le dio la gana. Unos clientes coreanos le habían advertido de un terremoto recién habido al otro lado del mar que traería una pared de agua que inundaría las calles de la Zona Norte a la hora en que él acostumbraba dormir. Al otro día lo vieron pagar a sus faunos y retirar de las vitrinas a las chicas que se habían amulado como mercancía sin atractivo y en lugar de marcharse a recoger a su casa, permaneció tocando la melodía que aseguraba era la que tarareó Penélope esperando a Odiseo, canción que aprendió durante la ocupación de Rodas por el ejército otomano, la misma que una tarde abulonera Zangalo Lobo soltó de carretilla en forma de poema compuesto por un aduanero griego que vivió en Alejandría, poesía que también conocía Don Enrique y que había adaptado a Salsipuedes comparándola con una aduana asediada por gente que se la pasaba cruzando a ningún lado. A partir de que Azalea murió en el incendio de La Chinesca donde acudía secretamente buscando relaciones peligrosas, Darío Shoustari repetía obsesivamente que si no le hubieran dicho en Argentina que en California se necesitaban costureros estaría en el valle del Tigres viviendo en una humilde casa junto a un pequeño olivar tomando café y mermelada de cerezas; todas mis posesiones, aparte de mi casa, un burro y alguna ropa se reducirían a una máquina que al girar un manubrio desgranara mazorcas de maíz plantado

en una hondonada cercana; me sentiría muy feliz, insistía, interrumpiendo la letanía sólo para volver a la melodía que ahogó el mar. Quienes lo vieron dándole al organillo antes que la ola lo devorara juraban que parecía feliz de haber sido parido.



Caminó a lavarse las manos envuelto en el aliento del verano que empezaba a acomodarse alrededor de la casa mientras pensaba en El Zopilote Chávez Cano y en Tonja Rogoff. Se metió al espacio que Pachilú formaba cuando cocinaba y se sentó en el centro. Mientras degustaba las enchiladas bañándolas con salsa de chile rojo posaba la mirada en las manos decididas de su mujer. Todo comenzó cuando la hizo pan egipcio. Saliste deliciosa gracias a que tenía cultivo preparado y a que ese día hacía buen calor para la levadura, le dijo recordando su inauguración, ¡cómo echábamos burbujas! Le pidió café y postre. Al tocarse brazos y piernas pensó que parecía espantapájaros. Recordó lo fácil que había encendido Pierre a pesar de la neblina marina y dando una probada a la leche planchada, entrecerrando los ojos de placer susurró, ojalá también mi cuerpo sirva para algo.

¿Y el cuerpo de Elcova de los Hornos, qué había sido de él? Tenía olvidado que había quedado como carne tártara revuelta con piedras y espinos por eso se sumergió a bucear en el estanque de la memoria pero no le alcanzó el oxígeno para llegar a donde de seguro estaban sus restos. Estoy viejo, no puedo alcanzar ni una brazada, pensó. Rechazó la idea con otro sorbo al café y otra mordida a la leche planchada. No debo estar tan jodido, dijo

con voz inaudible, he conocido hombres que no se acuerdan cuando se acordaban, a mí me quedan algunos pedazos de memoria donde flotan todas las voces, hasta las de Plácido y Botella, será por tantos años de sangre en la cabeza buscando abulón. Volvió a preguntarse por los restos de Elcova de los Hornos ¿servirían de abono? Pareció vislumbrar que los habían recogido en un barranco, seguramente muchos años atrás porque le aparecieron en el recuerdo cachos de quijada con bigote negro y cráneo sin canas. Se fue joven, murmuró y luego giró la memoria hacia el bulto recibido años atrás, una bolsa de lona con los huesos de Zangalo Lobo que Clarissa Cardinale le envió para que los moliera y los diera como calcio a las gallinetas pero que vendió como reliquias revolucionarias.

“Nunca se acordó que desde que me hice entrenador de box no volví al arrecife.”

Salió al portal a aspirar la paz. ¡Cuánta razón tuvo quien inventó que más allá del amor estaba la paz! Se detuvo a reflexionar en la invención para ajustarla un poco: aquello era cierto pero después de haber superado la pasión, la enfermedad que los años curaban. Lo aletargaba la brisa salobre mezclada con el aroma que el sol levantaba del huerto que habría sido asfixiante para sus amigos de nariz prominente aunque no recordaba que hubiesen tenido gusto por los perfumes, más bien que sus camotes les sirvieron para otras cosas. Pensó en la pureza del olfato de Sal Hirsch para hacer dinero, la de Zangalo Lobo para enredarse en asuntos sociales y la de Darío Shoustari en su extraña mezcla de sutileza para mercadear y apóstol para proteger. Se detuvo en la vida secreta del

persa con Azalea, dándole algunas vueltas alrededor sin atreverse a penetrar. En verdad todo hombre tiene tres vidas, pensó, la secreta se sabe cuando uno muere aunque fue la vida, no Cotoya Cajeme, quien arrancó la careta que exhibió la pasión de Darío Shoustari que todos respetaron, incluso Pierre quien no respetaba ni a su propia madre, si es que alguna vez la tuvo. Recordó la vez que casi franqueando su secreto, Darío Shoustari había soltado oblicuamente en El Trece Negro, ¿alguien aquí ha vivido una experiencia homosexual?; por supuesto, contestó de inmediato Don Enrique, pero con efebos bonitos, ¡la estética ante todo, que para tarántulas y lagartijas está el desierto!

Se sentó en la banca de la veranda donde permaneció horas pensando en esto y en aquello, como duende jalando trapos que ocultaban nombres. Un destello de lucidez le previno de descubrir el de Samara. Toda su vida se había preguntado ¿por qué?; a estas alturas se preguntaba ¿para qué? Siempre tuvo razón Don Enrique, las mujeres han hecho pagar a los hombres la factura de la manzana ordenada por Eva que orilló al mundo a la bancarrota mientras Adán andaba en la pendeja sin saber ni qué onda.



Le impresionó que Clarissa detuviera el tiempo. Seco momentos le explicó su comadre, los deshidrato, parecido a vender hielo que no se derrite, y mostrándole fotos de Jean Harlow; fueron tomadas en el Salón Azul del casino, el tiempo ha opacado el brillo de su pelo pero el momento está en el papel igual que quedarán los que en esta boda detenga

con esto, añadió señalando una cámara como caja de dinamita. Así fue que a Pachilú le naciera la idea de disecar flores por las que algún día pelearían anticuarios. Después de semanas experimentando sin éxito, el abulonero le sugirió que consultara con Lancaster.

“Cástralas.”

“¿Castrarlas?”

Córtale los pistilos, le aconsejó sin dejar de podar, así se conservará abierta, entiérralas en sal sílica, retendrán el color como el papel en que Clarissa conserva sonrisas idiotas, subrayó poniéndose un racimo sobre la cabeza y sonriendo como menonita, luego se dio la media vuelta y siguió cortando parras.

De aquel tip nació un negocio que hizo a Pachilú competir con pirañas que vendían chaquetas asegurando que eran de piel de indio pai pai teñidas con tierras de color y objetos de pewter jurando ser de pura plata transportados a Salsipuedes por un compadre de Pancho Villa y porque usted mister, viene de tan lejos, se lo dejo a la mitad.

Siguiendo el consejo de Sal Hirsch no puso marca a las flores. Ni se molestó comadre, le recomendó, en el archipiélago hay talleres que le reproducen el reloj que traía Humprey Bogart cuando vino con Lauren Bacall a ver una corrida de toros; móchese con los jaladores, la calle es de ellos.

Había que entregar una tajada a los pregoneros de la zona, famosos por parecerse a los pescadores que se amarraban una faja de cuero a la cintura de donde apalancar el arpón para levantar cualquier atún por pesado que fuese.

Tan pegados a los gringos no haga las cosas al revés y verá qué bien le va, comadre, le siguió aconsejando, restregándose con el zafiro el camote alborotado con el aletargante tufo a dólares. Pachilú recordó que Salustia no había hecho las cosas al revés y le estaba yendo de maravilla con un marido haciendo dinero con la compañía formada con su hijo Yago Carrasco que controlaba los segundos pisos de Salsipuedes. Desde siempre los chinos habían agrandando sus viviendas como topos así que a nadie se le había ocurrido ampliarse hacia arriba, mucho menos en construir puentes habitables recomendados por Don Enrique quien les aseguraba que los ingleses hacían puentes con cuartos donde se hacía de todo; se mercadeaba, se dormía, se bebía, se asesinaba, se comulgaba, se jugaba, se comía, se contrabandeaba. Se cogía. Se follaba en el tono del rumor de la corriente bajo la cama, ¿te imaginas?, le ilustraba a Yago Carrasco, aullando y agarrando a alguien en el aire y poniendo los ojitos en blanco, ¡aaaaaaah, aaaaaaah! ¡Llegué a ver a una pareja tan entrados en el chaca chaca que cayeron al río ¡al galán se le convirtió en bellota lo que arriba fue plátano!

Sus flores se pusieron de moda cuando la gente del otro lado comenzó a hacer de Salsipuedes el solar para desatarse que estuvo a punto de sorprenderla de no haber sido por la advertencia de Sal Hirsch; tenga cuidado con sus ayudantes, comadre, le dijo; hay flores que se venden a una cuora y otras a veinte dólares, ojo comadre, si algún oficial gringo le ofrece mucho por una flor es que espera que traiga coca, tenga cuidado, a esos tipos con cara de niño les encanta matar y matarse. El consejo le hizo recordar

la gran cantidad de militares comprando arreglos florales que la situó entre la moral y el interés. En La Maga se vendían yerbas que Salustia y ella cultivaban en el huerto para infusiones que quitaban el mal de ojo, lo empachado, el mal de amores y el mal de Luna. También cultivaban cactus que al consumirse hacían viajar. Lo consultó con su marido quien alzando los hombros le contestó, en los salones del mar vi colores como los que dices y no me hizo daño; después lo hizo con su compadre Sal Hirsch quien se le quedó mirando con nostalgia.

“No pasa nada comadre, son perros que vienen a ladrar a este lado porque en el otro se los prohíben; póngame hongos en los pasteles con un dulce de praliné de nuez en el centro; los dos hacemos negocio y los oficiales se llevan un regalo que los aduaneros no voltearán a ver, capaz de que hasta les den un mordizco.”

Era lo que necesitaba para llegar al puente con la carreta tirada por un burro con pijamas cargada con olores y sabores para cubrir la demanda de sensaciones que junto con el carromato de Darío Shoustari abastecieron el mercado americano y una larga fila de suramericanos queriendo convertirse en revolucionarios. En el fin de semana del Memorial Day no se daba abasto para surtir pasteles a tanto visitante que confirmó a Pachilú lo que le había remarcado Sal Hirsch; es mercado cautivo así que ni se preocupe por variar la decoración de los pasteles, comadre, rellénelos con hongos, una patente de Salsipuedes, aquí inventamos embarazar cosas para cruzarlas, preñamos barricas de alcohol, barcos con chinos, barracas con perfumes, trenes con armas y llantas con

marihuana; le ha llegado el turno a los corsaches como en el futuro nos llegará a los hombres embarazándonos de la mierda que tanto gusta al otro lado a cambio de los dólares que tanto nos gustan de este lado.



Eran las cinco de la tarde cuando la brisa le trajo la voz de Delio Carrasco. Se asomó hasta ubicarlo tirado de espaldas en la parcela de las especias. Levantó la vista al cielo y vio un remolino de gaviotas flotando sobre el huerto. Le dio un vuelco el corazón. Aquellas tijeras blancas era la señal anunciada un remoto día que abriendo lapas, al cortarles los dentros y arrojarlos al aire para que las gaviotas los capturaran Delio Carrasco le comentó, estas aves y yo nos conocemos desde que era niño y les daba las sobras de lo que pescaba, cuando vengan a visitarme sin que haya sobras de por medio significará que ya hice lo que tenía que hacer, que el que sobra soy yo, vendran a decir adiós.

Corrió al espejo. Por primera vez en su vida se vio ojeras mientras el pelo se le teñía de ocre. Se puso una falda lila, una blusa de encaje, un sombrero de ala ancha y se encaminó a sacar la carreta y el burro pensando que la ausencia es una casa grande con muros transparentes que Delio Carrasco atravesaría cuando ella se moviera de habitación.

“No lo volveré a ver”. A punto de quebrarse se recuperó. “Sí lo volveré a ver; cuando se está cerca de alguien los caminos salen sobrando.”

Cruzó el huerto hasta el claro donde el otro cantaba con los brazos bajo la nuca. Siempre fuiste puntual, le dijo mirándole las manos, las más bellas

que jamás viera. Luego volteó a calcularle el ángulo a la tarde. Levantó en partes el cuerpo tostado por el sol y trepó, también por partes, a la carreta. Al medirle el brillo al aire comentó que el otoño se estaba adelantando; en estos tiempos resulta difícil interpretar las cabañuelas, me parece que el sexto día de enero fue lluvioso, ya estamos bien adentro de junio y ni una gota, no debería extrañarme este clima, siempre al revés, si lo sabré yo que la primera mitad de mi vida me la pasé lidiándolo para entender los ciclos de las corrientes. Cuando le miró el vientre al mar el pecho se le llenó de paz. Pronto estaría dentro de él haciendo burbujas como sus amigos marinos.

“De los únicos que no me despedí fueron Plácido y Botella. ¿Por qué no me despedí de mis amigos más viejos?”

Cuando Pachilú detuvo al burro confirmó que era la misma roca desde donde divisó el mar por primera vez. Sintió la misma sensación de plenitud que sintiera después de parirle tres veces al hombre que le había pegado la gana desaparecer vestido como espantapájaros con overol que ahora le insistía con voz resuelta, no olvides recordarle a Yago lo que se comprometió grabar en este farallón y no te aflijas si alguno de tus hijos se separa de su pareja; si eso sucediera es que no supo preparar la levadura para la masa ni cuidó la temperatura para que se formaran burbujas, el buen panadero sabe que hay que estar siempre atento si no el pan sale tieso.



Con las notas de Tangerine y un ahogado hoink resonándole en el oído vio asomar el frío amanecer

cargado de violetas arrojando venablos de oro sobre el valle del río Colorado. Nunca supo que unas horas después de haber dejado como trofeo de naturista al hombre de las carnes rojas, la desesperación de los trabajadores del Agua Caliente hizo que volcaran las mesas sin tomar dinero exigiendo que se les contratara, que no se les discriminara en su propio país, gritando que si los americanos venían buscando lo prohibido, los mexicanos exigían su derecho a cobrarles por acercárselo ¡La buena suerte debe salpicar a quienes la repartimos en nuestra tierra! gritaban enfurecidos. Después de consultar con Johnny Alessio, su gerente del hipódromo, Baron Long aceptó la sugerencia de contratar mexicanos. Ni te mortifiques, le calmó Alessio, muchos de tus clientes del Golden Room los prefieren morenos; sucede lo mismo en el hipódromo, algunos propietarios de caballos tienen inclinación por caballerangos oscuros, enloquecen por ellos.



Rojo por fuera y rojo por dentro comentó al ver el amanecer derramarse sobre el valle recién asaltado por los campesinos mexicanos con ayuda de los chinos en aquella madrugada enfrentándose a la Colorado River Land Company. Los chinos, murmuró pensativo recordando que se los había topado en todas partes del mundo. En sus años en Salsipuedes no los había ubicado como extranjeros sino como lugareños, igual que toda la geografía alineada en aquel andén. Al pensar en esa diversidad concluyó que a ninguno lo había sentido forastero, todos eran hormigas del mismo nido construyendo un mundo

como narraban los indios cucapá que había sido creado a partir del descubrimiento del trigo silvestre en la boca de aquel río, similar a las creaciones del mundo que había escuchado contar, en el Mediterráneo y en el mar de La Plata. Aquellas tierras habían sido hechas con piedrecillas que las hormigas sacaron y amontonaron alrededor de las entradas a los hormigueros. Con esos cuarzitos diminutos los pobladores hacían las maracas para dar sonido a sus vidas. Los campesinos chinos que estaban ofreciendo milagros culinarios surtiéndose con legumbres de sus parcelas eran auténticos salsipuedenses; la comida china era tan típica como la ensalada Santini y cualquier platillo del desierto. Era su tierra. Habían trabajado muy duro para hacerla producir, él mismo, Zanglo Lobo se consideraba uno de ellos con la diferencia que faltaba aportar su parte, la de liberar de amos aquel territorio. Hasta ese momento su desplazamiento como activista social había terminado en fracasos. Recordó que en su etapa de balle nero había aprendido a formar una cooperativa, entrenamiento que enriqueció con Flores Magón, quien nunca cesó de decirle que los izquierdistas pensaban y los derechistas hacían, pero si quieres hacer la revolución, le insistía poco antes de tomar Salsipuedes, actúa al revés, son necesarias las ideas pero acompañadas de acciones, de otra manera no pasarás de ser un soñador porque para tener el poder es imprescindible hacer, más que pensar.

“El discurso ha de ir apuntalado con bayonetas.”



Sin recursos para fundir bayonetas pero resucitando habilidades de mecánico de barcos transformó una trilladora de algodón en un tanque con placas desprendidas a la maquinaria alemana del primer molino despepitador que tomaron. Le adaptaron un cañón de balizas de un galeón español aprisionado en la laguna que el mar descubijaba en sus retiradas. Apareció por el valle un engendro coronado con la máscara de un dragón que le hicieron los chinos como símbolo de alianza con los mexicanos. Le dieron a beber diesel y avanzaron por los algodones resucitando la ruta de Halkwicht, la gran serpiente marina que los primeros pobladores de la península aseguraban había cavado un túnel hacia el Norte persiguiendo al águila que comía gente, de igual manera, Zangalo Lobo guiando un escarabajo de hierro arrasó las oficinas y el hotel de la compañía americana recuperando las tierras para los que la trabajaban.

Seguía la árida tarea de organizar los ejidos en días de largas listas, consolidar lo logrado para lo cual el ex entrenador del galgódromo no tenía paciencia. Odiaba los archivos. Le revivía el hastío de cuidar lebreles, pesarlos, medirlos y luego sacarlos a la pista de entrenamiento para primero hacerlos correr silbándoles y después detrás de una liebre mecánica para divertir gente con prendas cuyo costo podría haber dado de comer a mil familias. Había abandonado el establishment, no iba a crear otro confirmando que el mundo era un botín a disposición del primero que llegase. La creación de la dictadura del proletariado no era la suprema tensión de

resortes ideológicos sino la renuncia del viejo orden a regir su vida. Ahí estaba la llave del poder, dar con el cerrojo del abandono que en aquella pelotera se dio más con gestiones burócratas con el gobierno que con la lucha armada. Pero no se engañaba, el fusil era necesario para llegar a la mesa de acuerdos. Solamente poniendo la vida en juego se podía aspirar a cambiar las cosas. Todo mundo sabe donde está el poder, algo que no se entrega, se toma, le decía Don Enrique; cuando se decide ir por él la suerte está echada y uno de los dos ha de perecer.

Zangalo Lobo lo recordaba dando chupetes a un cigarrillo recién torcido, comentándole que Salsipuedes no sería nunca una ciudad sino un mito como lo que creyó ver Homero en una colina y después cantó como epopeya; Troya era un poblado a medio hacer guardado por una barda, adentro era pura pachanga, sucedió que miles de años después unos poetas ingleses la imaginaron como santuario poblada por hombres rubios como divinidades valquirias, desde entonces se ha creído que Troya era urbana y majestuosa, ¡bah!, era un caserío como este alrededor de un palacio más pequeño que el Agua Caliente con granjeros y artesanos ignorantes, de la misma calaña del que inventó La Iliada y La Odisea y tan civilizados como puedan serlo los molokanes que se la pasan sobándose el lomo y viendo visiones; si llegas a viejo y te alejas de Salsipuedes comprobarás que la distancia y las alucinaciones van de la mano, si vuelves encontrarás ruinas dentro de ti, sugiero que para entonces promuevas el nacimiento de esta ciudad con el nombre más poético de Salsitroya, serías el primer cronista de tradiciones pasadas

de generación en generación, y a punto de dar un último chupetón murmuró con mirada de poseso, Salsitroya, bonito nombre, las cosas son como uno las quiere ver, ya veo tu nombre transformado en Zaeneas Lobópolis.

Recorrer la red de canales que habían sido construidos por aquellos chinos morenos hizo pensar a Zangalo Lobo que además de justo era conveniente integrarlos a los acuerdos de reparto de tierras. Estoy seguro de que terminaremos conviviendo y trabajando en paz como se ha venido haciendo desde que aparecieron por aquí, aseguraba con vehemencia al comisario enviado por el supremo gobierno. Recordó las fotos que Clarissa Cardinale tomó durante el incendio de La Chinesca en las que se veía brotar montones de chinos del suelo sin asombrar a nadie. En el archipiélago sabían de la existencia de aquel mundo furtivo y de su tradición de mezclarse sólo entre ellos pero eran dóciles, dulces y dispuestos a trabajar duro. Tenían su forma de divertirse pero era allá, en el centro de la tierra, en sus escondrijos de machos recalcitrantes. Recordó cuando Pin Hao, en un gesto de simpatía con sus ideas sociales lo había invitado a un sepelio en las catacumbas donde estando presente el cuerpo del difunto le susurró que el que estaba encendiendo la vara de incienso tomaría los papeles del muerto; el cuelpo pala olmigas y pasapolte pala aquel, le dijo. En homenaje a aquel funeral fue que se le ocurrió entregar la osamenta de Mr. Green a las hormigas, en homenaje a los pescadores fue que arrojó sus tripas a las gaviotas y en homenaje a los trabajadores del casino, las carnes a los galgos.



Cuando el tren se detuvo en la estación fue recibido con música de mariachi. Los agraristas sabían que llegaba el hombre que participó en huelgas y boicots aportando ideas en el proceso de organización social y la formación del sindicato. El miembro de una familia exterminada por invasores de su tierra finalmente entraba con resultados tangibles a la lucha por la clase trabajadora estableciendo colonias y exigiendo a la autoridad la aplicación de la ley. El “bigotes de langosta” era reconocido por haber luchado hombro con hombro con ellos y haberles ayudado a redactar los acuerdos en el reparto de tierras. Los trabajadores del valle le daban la bienvenida recargando las herramientas en las carretas de legumbres en tanto las mujeres cuchicheaban, calificándolo de raro pero atractivo porque era un hombre que servía. El comisario le abrió paso por entre una fiesta en el sol. Esa tarde se encontró con el inconfundible aroma del crepúsculo y esa noche, acostado en el camastro, escuchó el loco repicar de las campanas de la tierra abierta por Halkwichats y extendida en capas por hormigas para que se oreara. Al otro día le dieron un recorrido por los campos cuadriculados con árboles y parcelas tejidas con copos blancos. Vio mujeres de gordas trenzas y doncellas de corazón polvoriento. Niños con pies poderosos. Los canales irrigando le trajeron la imagen de los laberintos de Salsipuedes nutriendo con inmigrantes los islotes de la Zona Norte mientras el comisario le explicaba algo del precio del algodón. Por un instante le pasó la imagen

de Clarissa Cardinale. Tres años sin verla, ni carta, ni telegrama, ni nada. La ahuyentó de su mente y volvió a concentrarse en la voz que le explicaba los avances del programa presidencial en el territorio y la conveniencia de que alguien como el compañero Zangalo Lobo se integrara cuanto antes a seguir en la lucha contra la Colorado River Land Company que desde el otro lado les seguía fastidiando la vida.

“Lavan sus tierras y nos las mandan con salmuera. Ahora nos joden desde su país.”

Regresaba en buen momento. Antes de proponer un plan se puso a estudiar las tácticas de Trotzky en la revolución rusa. Solamente le asaltaba una duda. ¿Que no el agua corría de arriba para abajo? Si los de la Colorado River Land Company se habían replegado aguas arriba del río, no le quedaba claro cómo era que primero el agua pasara por los ejidos ubicados al sur y después les sirviera a los del Norte para luego regresar agua salitrosa al Sur. El comisario le confirmó que el Valle Colorado estaba en una depresión más abajo del río y el lado Norte estaba más abajo que el lado Sur. El procedimiento era levantar una protesta ante el gobierno revolucionario que a su vez la llevara al gobierno extranjero. Ese tipo de activismo para alguien acostumbrado a actuar le parecía poco efectivo y de resultados a muy largo plazo; sabía de cartuchos de dinamita que volaran instalaciones pero no de notas de protesta, ni le interesaba. La burocracia no servía, mejor explosivos. Subieron al canal Todo Americano construido por chinos que bordeaba la frontera cruzando arenales hasta desembocar en compuertas vertiendo hacia el Norte. Al ver el enorme ariete de agua pasar bufando se puso a pensar en las leyes del

agua que Don Enrique alguna vez le explicó, el agua corre de arriba para abajo, el agua tiene memoria y el agua es una cabrona. Mientras barrenaban el bordo para colocar los cartuchos extendió la mirada a las depresiones Norte y Sur, ambas estirándose hacia océanos abandonados. Le entró el sentido común; el embalse primero inundaría las tierras mexicanas y después las americanas. ¿Qué ganaban con eso? Canceló el plan. Ante la cara de pregunta del comisario aclaró que el agua se llevaría al lado gringo la tierra que tanto trabajo había costado abonar. Había que buscarle de otra manera. Volvió a su casa de adobe a encontrar nuevas ideas pero lo que halló fue a Clarissa Cardinale sentada en el borde de la cama que le mostró un cartel donde se veía con sombrero de hongo y traje listado de tres piezas con un letrero en inglés ofreciendo una buena recompensa. Era buscado por la justicia de los estados de Massachussetts y California.

“Lo sacaron de la foto que te tiré aquella noche.”

Se quedó mudo unos segundos, ocupado en recuperar la petición que le tenía guardada para cuando se volviesen a encontrar. No pienso pasar al otro lado en el tiempo que me queda, le dijo tranquilamente, y si esperas que nuestras vidas se vuelvan a enredar, olvídate de coserme.



El Valle Colorado era un territorio sin laberintos urbanos ni hombres acelerados que imprimía en las costumbres una cadencia desconocida para la hija del peluquero quien se comprometió con el proyecto social tomando fotos para credenciales y cortando

el pelo a campesinos. Para su ojo de fotógrafa, la textura y la chispa en la mirada de los lugareños la maravillaba; si agudizas la vista, comentaba apuntando a la fotografía de un trío parado frente a una pared de adobe, su dignidad es impresionante, retienen el orgullo de su pueblo, mira ésta, se llama Adelaida, obsérvale el porte, y ésta otra, esta madre con su hijito, se ve que tiene un hombre que la quiere y le da seguridad; nunca antes tuve la oportunidad de fotografiar gente nacida para estar en una placa.

Los siguientes diez años la oficina de Zangalo Lobo y Clarissa Cardinale fue registro civil, correos, telégrafo, fotografía, peluquería, imprenta, escuela, taller de costura y sindicato agrario y si no hubiera sido porque un grupo de trabajadores de la Pacific Pullman Company fueron a buscarlo, hubiera acabado sus días como lugareño y alguna escuela llevaría su nombre. Cuando Campa, Vallejo y Sanín le platicaron de su lucha por mejorar las condiciones de la gente del ferrocarril y le pidieron apoyo para fortalecer el movimiento, Clarissa Cardinale entendió que el cuerpo de su hombre comenzaba otro ciclo de sobresaltos. Aunque ya había alcanzado la edad de acostarse temprano y levantarse a cosechar el esfuerzo de años, sabía que los hombres eran tercios hasta la pared de enfrente. Por el brillo en los ojos de Zangalo Lobo supo que en el siguiente silbatazo del tren partiría a mezclarse con el irresistible aroma de aquella masa desvalida de obreros que necesitaban un cultivo para enfrentarse a la compañía.

“Unos nacen para la fundición y otros para trabajar la tierra; yo me veo de levadura para gente que no tiene más que sus manos y su desesperación.”

Pasaron días discutiendo el plan de huelga. Como siempre, Zangalo Lobo no se despidió de ella. Cuando el silbato del tren anunció la salida, ni hizo por buscarla a sabiendas que no estaba en casa ni estaría en ningún lado hasta que el tren se hubiese alejado. Clarissa Cardinale siguió en lo suyo sin que se mencionara el nombre del ausente por un tiempo hasta que alguien le trajo un periódico de la capital que mostraba una foto con su hombre y sus compañeros tras las rejas.

“Ya se volvió torpe; nunca lo habían pescado.”

Partió al Sur en el siguiente autobús.



El gobierno había llegado a una encrucijada con dirigentes luchando por mover la revolución más hacia la izquierda y otros empujando hacia la derecha. Así lo veía Zangalo Lobo guardado en una celda con comunistas rellenos de caviar troskyzta, aderezada con salsa maoísta muy picante preparada por José Revueltas, quien como su apellido lo explicaba parecía calzón de novia subiendo y bajado entre las islas Marías y la prisión de Lecumberri. En el ajiaco también estaban Demetrio Vallejo, Valentín Campa y Juan Ignacio Sanín, quienes habían citado al presidente del gobierno revolucionario a cenar enchiladas de papa en una trajinera de Xochimilco donde le entregarían las condiciones para levantar la huelga pero el presidente revolucionario, aburrido de hacerle al ateniense, en un arranque mongol los había encarcelado.

La nota de Clarissa Cardinale avisándole que llevaba un mes afuera no encendió la mínima esperanza,

sólo el recuerdo de la larga agonía de sus camaradas italianos de Chicago y los compañeros tratando de salvarlos. Le mandó decir que se marchara. A partir de eso, Zangalo Lobo se precipitó en una atmósfera de miembros arrancados, olores muriendo y hombres silenciosos con cicatrices amarillas, vómitos azules, manchas de sal, saliva en los muros y orines en las rejillas, invierno a toda hora a todo tiempo; golpes de madera, rumor de cadenas, guardias de túnicas oscuras, prisioneros entrando por el negro embudo de la muerte, rincones quebrados, techos invisibles y pasillos con hollín, el sangriento mapa de la prisión hasta que un día inverosímil se abrió la puerta y entró un celador para conducirlo a la calle diciéndole que se podía ir porque el supremo gobierno había amnistiado a los prisioneros políticos. Anduvo deambulando sin saber para dónde ganar hasta que escuchó un griterío y supo que eran estudiantes protestando contra el autoritarismo. Se integró a la bola herido de esa obcecación tan masculina por tocar puertas atravesadas por cuchillos, buscando duraznos y campanas. Cuando vio las bengalas cayendo por entre la gente le cruzaron por la mente las luces y risas de los recorridos de la paga de abulón. Volteó al machacar de los helicópteros sobrevolando la iglesia al tiempo que escuchaba el mismo tableteo que aniquiló la república socialista de su juventud. Sintió que su cuerpo ya no estaría entero para la fotografía de un sueño esfumándose en aquella multitud que corría a guarecerse de la ventisca de balas que dejó un reguero de zapatos. Nunca pensé que los saturnales de la muerte fueran tan bellos,

dijo con un silbido, cayendo en dos pedazos sobre las baldosas de la plaza.



“Este cabús fue un espejismo. Al único que despedimos fue a Elcova de los Hornos, que yo recuerde no volvimos a tener un desayuno para decirle adiós a nadie.”

Miraba hacia los vagones apilados como sarcófagos en una tienda de segunda. Se arrellanó en el sillón del jefe de garroteros para recibir al sol como hacen los rancheros antes de salir a la faena, con un trago de tequila. Recordó que Darío Shoustari había llegado a Salsipuedes por mar, igual que Delio Carrasco. ¿Fue así? ¿De dónde había llegado el abulonero? Se quedó en blanco sin dar con el origen del amigo que le había conectado el vientre a los resumideros, el hombre de quien había aprendido que de drenajes de dedos machacados y bocas rotas y orejas partidas y ojos reventados brotaban cosas como ternura, besos, silencio, lámparas. Le pareció que Delio Carrasco era lugareño pero no de los cañones ni del chaparral, ni de los minerales, ni del río, ni de La Rumorosa, ni de los viñedos, ni del archipiélago.

“Nunca perdió el tufillo a mantarraya.”

Fijó la mirada en La Rumorosa que empezaba a surgir como una tarta de aerolitos. Recordó que cuando cruzaban la Laguna Salada en sus tiempos de superintendente había escuchado hablar de la leyenda de la gigantesca serpiente de mar y las hormigas construyendo aquella sierra.



Le dio un ataque de estornudos. Horacio corrió por un vaso de sangre al mercado de caguamas pero ella siguió igual hasta que alguien trajo una Pepsi Cola y preparó un changuirongo. Al segundo trago se detuvieron los ataques y se puso de buen talante. La bebida añadió chispas que mandaron a Cotoya Cajeme de vuelta a su niñez. Se miró asistiendo a la festividad en el tiempo de la siembra cantando para propiciar un buen temporal de lluvias. Esos recuerdos la empujaron a cantar en su merendero a los espíritus de la tierra, preocupando a sus hijos de que alguien la fuera a agredir pero en Salsipuedes nadie se fijaba en los mundos de nadie, al contrario, la taberna volvió a vender comida de venado como en sus mejores tiempos. Para Yago Carrasco, quien traía la escuela de su tío Sal Hirsch, su tía Cotoya era una jaladora de clientes al nivel de los de la calle Revolución.

“¡Que siga haciendo sonar la registradora! ¡No hay líquido que suene más bonito que el de una moneda golpeando contra otra!”

Sin reparar en la reticencia de sus primos, Yago Carrasco surtió todas las mañanas una caja de Pepsi Cola, una botella de tequila blanco y limones advirtiéndoles, si quieren que siga sonando la registradora no le deben faltar changuirongos a mi tía. Días después apareció con unos mariachis para acompañarla. Cotoya Cajeme puso la condición de que los aceptaría si incluían tambores con pellejo de venado. ¿Tambores? Si le ponemos tambores no se aparecerá nadie. Entonces no canto, respondió y dejó de beber changuirongos. Volvieron los estornudos que la hicieron vomitar ríos de un líquido pestilente.

Estaba enrabiada. Los hijos resolvieron que era mejor tener a la vieja cantándole al viento con un mariachi con trompeta y tambores con cuero de venado que lidiar con el remordimiento de el hubiera esto y el hubiera aquello. En realidad los hermanos ya le habían entendido a la verdad absoluta, eterna e inmutable que posee el dinero. El fluir de monedas les había abierto los ojos a una sensibilidad juiciosa que les estaba dando recursos para el teléfono de bakelita y para un radio de bulbos de onda corta que traía la música de las tardeadas en el Royal Hawaiian de Honolulu, los juegos de los Mulos de Manhattan narrados por Buck Canel desde el Yankee Stadium, El Dr. I.Q. en La Hora Nacional, Agustín Lara en La Hora Azul, las series de Carlos Lacroix y el culebrón “El Derecho de Nacer” que hizo de la taberna el sitio obligado de mucha gente. Siguió cantando todos los días con ese amasijo de sonidos hasta que la alcanzaba el sopor y alguno de sus hijos la llevaba cargando a casa, rutina diaria que hubiera durado algunos años de no haber sido por el fanatismo de Horacio Lussé. Un día de octubre, cuando se jugaba el quinto juego de la serie mundial entre los Mulos de Manhattan y los Estibadores de Brooklyn, exasperado porque el canto de su madre no dejaba oír la crónica decidió que había llegado la hora en que se fuera con sus antepasados. En la séptima entrada en que Don Larsen estaba tirando el juego perfecto le echó sal de uvas a la bacinica donde Cotoya Cajeme orinaba y en la novena entrada, cuando faltaba un out para la gloria, alguien avisó que estaba saliendo espuma del baño de damas. Ni quién escuchara a ese alguien porque la cosa se había puesto buena. Cuando Buck

Canel anunciaba el último bateador que enfrentaba Don Larsen, poniendo pimienta con su legendario comentario, no se vaya que esto se pone bueno, al tercer lanzamiento que ponchó al bateador de Brooklyn y Yogi Berra saltó a abrazar a Don Larsen, Horacio también saltó diciéndole a Aniceto, vámonos porque esto se va a poner mejor. En ese momento, al abrir la puerta del baño, una señora fue sepultada por un alud de burbujas que inundó el lugar un instante después de que los Lussé y los mariachis salieran corriendo dejando los instrumentos como testimonio arqueológico.



Tendida se le afiló más la cara. Copa Lussé le sobaba la frente en círculos pequeños diciéndole, careta de malas pulgas, cuanto te quise. Le amarró el cabello, como ritual a la inversa de lo que sucediera muchos años atrás en aquel remoto corral serrano. Entonces te lo teñía la Luna, dijo, mira cómo te lo han dejado los años.

El polvo del mascarón se le metía en los ojos curtidos haciendo roscas con las lágrimas que caían al piso y rodaban por el cuarto hasta que la terminó de pulir completa en presencia de la delegación de la nación yaqui llegada a rendir homenaje a Cotoya Cajeme como si hubiese fallecido en parto, con los mismos honores que se le confiere a un guerrero caído en combate, demandando que estuviesen presente el yesero y los hijos tenidos con ella.



Cuando vio el pomo vacío se dio cuenta que no había ido por aceite de caguama. Confirmando en el almanaque que era sábado se preguntó en qué lugar podría encontrarse Copa Lussé a esa hora.

“Hace frío. Le va a hacer daño.”

Corrió la cortina para leerle las intenciones al amanecer aunque de febrero todo se podía esperar. Verificó que el gusano de lona estuviera en la base de la puerta de enfrente y luego se dirigió a la trasera que encontró removido. Lo acomodó pensando que nunca se sabía a qué horas llegaba el viento. Le extrañaba que hubiese salido por la puerta de atrás aunque de hombres como Copa Lussé todo se podía esperar: ideáticos, soñadores, vanidosos, coquetos; no sé como las mujeres nos fijamos en ellos, pensó, iguales los rusos que los mexicanos, que los caribeños, que los franceses, que los que seguramente nacerán sin parar hasta no sé cuando. Puso a calentar té en el samovar. Recordó el poema que ella le escribiera, aquél en que le decía que no le podía decir más que silencios, te escribiré miradas de amor y con la Luna te daré palabras sin sonido, sólo hablaré amándote y amándote callaré. Suspiró. ¿Todo para qué? Para que cuando nacen los hijos, al primer berrido por las noches el hombre se da la vuelta diciendo todo con la espalda como si los hijos nomás fueran de una. Pensó en las hijas. Debieron haber sido hombres, ni a cuál irle de más parecida al padre. Cogió el samovar al tiempo que ponía la taza de madera bajo la llave mientras repasaba la galería de enamorados de Tamara y Alejandrina. inglesas del Caribe, contestaba Copa Lussé cada vez que Maroshka Rogoff se quejaba de lo atravesadas que eran sus hijas, lo siento por los

pendejos que les crean, son de las que se casan para esperar el amor de su vida.

Dio el primer sorbo. Estaba como le gustaba, hirviendo. Mirando hacia la calle echó de menos el barrio donde nació y creció con niños de chile, de dulce, de manteca y de no sabía cuántas más nacionalidades.

“Había buenas maneras, muy diferente a este barrio que contribuyó a que mis hijas salieran como salieron.”

Olvidaba que en su adolescencia estuvo pendiente de los bordados de Tonja, aquellos zurcidos del Kama Sutra sin parecerle una cosa sucia, apenas una curiosidad parecida a los nudos marineros que se le empezó antojar practicar cuando su madre les explicó lo del frasquito y el frijolito. Eso tenían los años, se llevaban hasta las ganas de hacer diabluras. Dio otro sorbo. De pronto escuchó un rumor sordo. Se cercioró que estuviesen cerradas puertas y ventanas. Cuando el viento anunció que llegaba lanzando primero tierra y ramas y después palomas, gallinas, y láminas contra la casa, le midió el poder. Observó que venía del Este. Cuando vio que se formaba una columna oscura girando por el rumbo del cementerio de trenes, tuvo un presentimiento que le sacó el corazón por la boca.

“Está en el cabús, Copa Lussé está en el cabús. ¡Dios!”

No le gustaban los trenes. Se le figuraban el pasaje más confuso de su relación con Copa Lussé con quien siguió viajando en el mismo vagon pero en asientos disputados a partir de que aquella salvaje llegó reclamando el que a ella le había

tocado buscando una peineta en el mercado de caguamas. Sacó el rosario de pétalos de rosa que le había regalado su padre cuando hizo su primera comunión. Se puso a rezar mientras llegaba el golpe del viento que arremetió furiosamente, primero por el lado del porche que el vendaval desgajó en un parpadeo. Vino una calma en la que se podían escuchar las pisadas de los demonios agarrados de la cola jugando alrededor de la casa. El Sol entró sesgado por el techo que exponía sus clavículas iluminando la cocina como un altar de oro. Llegó el segundo empellón por el lado contrario, arrancando el tejado y el gallinero y la caseta del retrete de hoyo hecho para los albañiles durante la construcción que se quedaría a esa distancia y de ese lado del viento porque Copa Lussé decía que era de sentido común ofrecer un excusado para visitas donde cagaran a gusto sin preocuparse de despertar a los anfitriones ni incomodarlos con emanaciones que invadieran la casa.

Pasado el temporal se sintió como después de la vendimia, cuando desaparecían las sombras de los verandas y el campo se ponía como si el invierno se hubiese adelantado. El barrio parecía reventado con sus dentros regados por todos lados. Recordó que su compadre Delio Carrasco le contaba haber crecido y haber sido muy feliz en una aldea construida con naufragios. Empezaba a creerle al ver que los salsipuedenses, con la misma indolencia que una gallina recién pisada acomoda sus plumas y sigue comiendo, recogían pedazos dándole a la vida con la misma obcecación que antes de la revolcada.



Cuánta razón tuvo Delio Carrasco cuando le insistió a El Zopilote Chávez Cano que si le iba a regalar una ventana que fuese de cabús, murmuraba al comprobar que de todos los vagones el único que conservaba la pintura original era el último. Se paró con dificultad. Corrió la ventanilla para asomarse a revisarle la carrocería que seguía reluciente después del tornado. Ni un vidrio roto. Miró la estación que conservaba la dignidad de un viejo con los zapatos lustrados. Vio saltar de un vagón a Lancaster con su característica mirada de enajenado. En una banca bajo el letrero Salsipuedes, Kilómetro: cero más cero, Altura Sobre el Nivel del Mar: Igual, estaba El Zopilote Chávez Cano picándose los dientes junto a Delio Carrasco quien repartía abulón. Sal Hirsch, Elcova de los Hornos, Zangalo Lobo, Darío Shoustari y Pierre le hacían rueda. En eso apareció Don Enrique con una charola de bebidas que repartía recargado en su cola de monstruo de Gila. Les decía algo y ellos soltaban la carcajada.

“Eso nos unió a todos, la risa, el lazo de la camaradería.”

Quiso apearse para incorporarse al grupo pero le flaquearon las piernas. Optó por volver al sillón y a otro vaso de tequila. Cuando se lo servía recordó el chorro de sangre de la pedrada que le dio Maroshka Rogoff hacía como un siglo. ¿Qué edad tendré?, murmuró, debo andar en los doscientos porque cuando lo de la descalabrada ya llevaba medio siglo aquí, más el medio que me tomó llegar

hasta este carro hacen cien, más los que viví de noche además de los años de caminero suman una edad muy respetable.

Al divisar a sus amigos compartir risas empezó a sacar cuentas pero no pudo sumar tantos años de vivencias. Para cuando Salsipuedes sea declarada ciudad tendrá más edad que sus arterias, un cuerpo añejado con nombres a la espera de ser puestos a calles y plazas, musitó. Sonrió débilmente y brindó por eso. Sólo de pensar que pudiera haber una Plaza Pierre lo maravillaba. El tiempo borraría indicios y tal vez nombres pero dejará intacta la vida murmuró antes de que le ganara el primer sofoco, luego siguió, las viejas familias dirán, “mi hija se va a casar con un Shoustari; es de los Lobo; una De los Hornos; pariente de los Hirsch; se ve que es un Carrasco, una Lussé.”

Sacó la silla al rellano de la entrada para intercambiar pullas con su cofradía hasta matar la botella de tequila antes que le diera el último ahogo.



Cuando llegó al “Hasta Siempre” no detectó ninguna diferencia. El cementerio de trenes seguía igual de olvidado desde que la Pullman Company dejó de funcionar. Ninguna lámina de la estación que los años no hubiesen podrido, ninguna letra que el viento no hubiera borrado, ningún riel que el desierto no hubiera arrojado. Nada de interés para un tornado. Subió al cabús que encontró cubierto por una película de polvo. En la mesa vio dos figurillas sobre un papel amarillo. Era un telegrama. Remitente: Copa Lussé. Destinatario:

Maroshka Rogoff. Domicilio: Estación de Trenes de Salsipuedes. Territorio: Península de Piedra. Mensaje: devuelvo muñequitas matriuscas me zurciste punto consévalas punto algún yerno las ocupará un día punto te quise mucho punto mucho punto. C. L.



Sobre las ruinas de La Chinesca un hijo de Pin Hao reabrió La Flor de Loto donde los hijos de la Cofradía del Abulón reciclaban el mismo corazón agrandado de sus padres. También aparecían en la primera madrugada urgidos por jugar dominó cubano con la caja que Sal Hirsch trajo de Nueva Orleans con fichas impregnadas del aliento de muchas bocas. Días después que el mercader se quedó con la pupila fija y luego como momia con cenizas al recibir aquella carta en el bacará, le avisaron a Pin Hao que pasara a recoger la ropa de un jugador salsipuedense que se había ido de minero. Cuando el chino se presentó en el cuarto al ver en el piso unos calzones de seda supo de quién se trataba porque sólo dos habitantes de Salsipuedes los usaban, la esposa oculta de Darío Shoustari y el esposo oculto de Emma Maldonado. Sólo podían ser de Don Sal Hilch porque hacía tiempo que Azalea y el persa se habían desvanecido sin dejar rastro. Al levantar la almohada apareció la cajita de ébano con cuarenta fichas de marfil. En camino a entregarla a la administración se cruzó con Miguel Calete, un prominente crupier, quien le recomendó que ni se acercara porque aquel juego no cabía en aquel desplumadero; quédatelo, le dijo, la gente que

sabe de conteo no es bienvenida en el Agua Caliente, en La Chinesca te puede servir.

La partida terminaba con la tarde. Seguían delicadezas originales de Cantón y Hunán y cerraban con batarete yaqui, un postre hecho con piloncillo, pinole, queso y cacahuates tostados parecido a los pralinés con los que Sal Hirsch se arregló con Emma Maldonado. Los chicos agarraban nueva viada con café criollo preparado con la borra acumulada en el último recorrido hirviéndola con agua, café y azúcar moreno para llegar renovados a la segunda noche que cruzarían con intervalos de habanos y tequila hasta alcanzar el amanecer y atorarse en cualquier fonda que ofreciera mondongo con orégano, chile piquín, cebolla picada, jugo de limón y una Pepsi Cola, esto es, la misma adicción de los viejos en cuerpos nuevos.



Alguien avisó a Horacio Lussé que pasara a identificar el cuerpo de un hombre amanecido en la fábrica de aviones donde muchos años atrás tío Delio adquiriría material para construir su buhardilla y muy cerca de donde Darío Shoustari tuvo el mesón que se fue con las llamas que consumieron La Chinesca. Al mirarlo tendido con el sumo recato de la muerte se le reveló la cara oculta de la moneda de Aniceto, tan propia en un Lussé. Cuando miró el cuello trozado se percató que no necesariamente ser taciturno significaba ser incapaz de alucinar. En aquel hangar abandonado su hermano encontraba espacio para afilar su vida, pero eso lo supo después de correr la película y enterarse de que fue muy popular en esa arena de machos. No pensó nada al

verle la navaja amarrada al talón hasta que tropezó en la memoria con el espolón de la talabartería. Era la misma que por muchos años estuvo guardada con las herramientas de su padre, la misma con la que Pierre había descabezado a Mr. Green. Como un sopapo en la nuca se daba cuenta del mundo subterráneo vivido por Aniceto. El asunto tiene que ver con el degollado en los baños, le informó un cantinero del Agua Caliente, fue por la novia del muertito, Tamara Lussé, que junto con su hermanita son los animales más apetecibles que aparecen por aquí.

El galerón abandonado al fondo de un callejón con luz molida donde la desaparecida compañía Aeronáutica Constructora y de Transportes Peninsulares había fabricado aviones copiados del aparato de Charles Lindbergh era el redondel para noches de daga donde se dilucidaban diferencias por mujeres, duelos de los que sólo salía vivo uno, donde Aniceto Lussé fue conocido como el hombre de la esquina rosada que acostumbraba tanguear en las viejas pisadas de tío Delio, secreto que no compartió con nadie. Guardó la condición de hombre cerrado que caracterizaba a los Lussé, eso que subyacía en el bisabuelo Jacques Lussé quien se jactó de haber sido pirata y fundó un linaje de hombres que trabajaban como burro y amaban como burros manaderos. La convicción de que la estirpe de los Lussé viajaba en la sangre le fue inculcada por la abuela a quien Jean Paul Lussé sedujo sobre una pila de chiles habaneros en el mercado. Cuando los jugos se mezclan, los varones nacen oliendo a sazón, los marca la gula, no tienen llena, aseguraba la ruca cada vez que le

traían un nuevo descendiente; tú has de venir de las cebollas y tú de los limones y tú del queso de cabra, les decía luego de pasarlos por su nariz.

Después de reflexionar sobre su prosapia Horacio Lussé llegó a la conclusión de que los accesos de estornudos de su madre eran producto de las bolitas de pimienta roja que su padre se untaba antes de brincarle como alijador surtiendo a todo un mercado de abastos. Cuando supo de la vida entendió el porqué había mañanas en que Cotoya Cajeme guisaba con cara de foco encendido.

“Somos hijos de la pimienta.”

Todos los frutos caían a sus manos. Recordó que al principio de la cría de ganado, cuando retomando el negocio de pieles con los procedimientos de curtido inventados por el bisabuelo y perfeccionados por el abuelo le extrañó que su hermano mostrara tanto celo por darles una última vuelta a los animales, siempre de noche y los fines de semana. Con el tiempo se volvió rutina y hasta le asignaba alguna tarea menor que regularmente cumplía. Ahora sabía que en muchas ocasiones venía tan servido de vivencias que los acompañaba al tour como palo muerto sin nadie imaginar que había pasado noches completas entre compadritos aceitosos y mujeres que se comían las uñas. El esclarecimiento de los hechos hizo que le entrara a la otra parte de la película, la que se resistía a ver y que hubiera preferido que se velara, la de las evidencias de que su hermano se entendía con su hermana Tamara Lussé. Recordó que desde el desayuno convocado por su padre en un cementerio de trenes que terminara en persecución, su hermano había comenzado a tener sueños que Cotoya Cajeme

achacó a que cenaba mucho. Una madrugada, los bramidos de Aniceto lo hicieron saltar de la cama. Al zarandearlo para que despertara dijo entre sueños que estaba con su hermana Tamara. ¿Haciendo qué cosa?, le preguntó con la imprudencia heredada de su madre, jugando a las cebollitas, le contestó arrobado. Al otro día no recordaba nada, así que el evento quedó como una noche más de alucinaciones causadas por los frijoles.

Una mañana apareció El Zopilote Chávez Cano a tomar café durante uno de los escasos lapsos de tregua que Cotoya Cajeme daba a Copa Lussé y lo admitía en casa. Al percibir los humores provenientes del cuarto de los muchachos, el viejo guardavías dijo encantado, afortunadamente son de metano, compadre, que si fueran de los que soltaban en la guerra tú y tu familia ya estarían muertos de risa. Son los frijoles, repuso Copa Lussé; le he dicho a Cotoya que para prevenir tantos pedos se los dé en tortillas hechas con nixtamal curado con cal.

“No te fijas, compadre; ya quisiera yo echarme de esos, señal de tripas nuevas.”



Los caminos tatuados en el pecho de Salsipuedes eran como aspas que machucaban flores que luego se volvían golondrinas; calles de sal trajinadas por hombres quienes desde la primera temporada de caballos se ponían ojerás de apostador ganando para jugar y para volverlo a hacer en un tobogán sin meta; caminos recorridos por Orson Welles boca abajo; caminos sacudidos por el terciopelo de Marilyn Monroe entrando con Joe Di Maggio a la

faena de Manolete en una plaza de toros con tendidos hechos de palillos chinos; caminos plateados como el abulón que Delio Carrasco preparaba en abanico con el que muchos hombres hicieron proezas en la cama y otros como Ramón Novaro alimentaron adolescentes trigueños; caminos duros para el avión de Howard Hughes; caminos con luciérnagas acompañando a Dolores del Río en noches abiertas; caminos abriéndose paso entre islotes de cuartos rellenos con hombres de enorme glande y mujeres trabajosas fornicando en Fa sostenido Ma Non Troppo: a los lados de estos caminos con una esquina inventada el día que Zangalo Lobo no pudo tomar la fotografía, los doscientos sesenta y dos habitantes se habían multiplicado como bacilos búlgaros en leche entera. Todo iba camino a convertir aquel andén en una ciudad cuando se presentaron unos abogados pegando papeles en las paredes, subrayando por altoparlantes que los descendientes de Juan y Juana Argüello, legítimos propietarios de aquella tierra comunicaban a todo mundo que debían desocuparla. Fue cuando los salsipuedenses, quienes siempre estuvieron de pasada y muchos ni habían terminado de desempacar después de años de ajeteo se dieron cuenta que aquello no tenía ni reloj público ni cementerio de gente, apenas de trenes; que Salsipuedes era unos cuartos haciendo valla a prohibiciones americanas, un balcón para aves rotas, unos lechos duros para usuarios en camino a encender guerras y que todo, todo eso, les hicieron saber por altoparlante, todo eso sin su gente y sus perros pertenece a la sucesión de Juan y Juana Argüello. Mientras el cagatintas hablaba, unos

hombres con expedientes de acordeón comenzaron un apeo legal. Caminando en el sentido de las manecillas del reloj se fueron rumbo al Este buscando el punto primordial del título de los Argüello. Se adentraron en el desierto y nunca regresaron a cerrar la poligonal ni a registrar el fundo, lo que fortaleció la añeja creencia de que ese lado de Salsipuedes era un anzuelo que enganchaba para siempre a la vida. Eso lo tenía muy claro Delio Carrasco quien leyó en los escarabajos que frecuentaban El Dragón Rojo después de haber pasado la noche haciendo bolas de dólares en el Agua Caliente que todo viaje bueno era siguiendo el sol porque marchar al revés era arrogancia, la actitud que obligó a Yahvé a expulsar a Caín del Paraíso sin darse tiempo a pensar que a la raza de éste le faltaba tarea por terminar, la de subir al Cielo y arrojar a Dios sobre la Tierra.



Un mañana de resaca, en mitad de una partida de dominó, escuchó a Ming Tsai Hao decir mientras les servía té, no son los puntos los que deciden el juego, son las fichas, hombre impaciente está cerca de la tumba. El refrán fue el garrote que quebró la piñata que colgaba entre oreja y oreja muy adentro de su cabeza, piñata que había empezado a rellenarse de conjeturas muchos años atrás cuando vio a su padre descalabrado, resignado a posponer su despedida en el cabús mientras tomaba tequila con tío Delio. De pronto entendía la vida, el juego que la gente juega. Le entró la certeza de que le ganaría a su primo Josué Hirsch quien lo miraba con cara de pasmado poner ficha tras ficha sin

esperar respuesta. Se congratuló de haber ignorado las murmuraciones en torno a Aniceto y Tamara. Se sintió pleno, importándole un carajo que el parte policíaco confirmaba la veracidad de los chismes; si su hermano perforó el muro entre sangres eso a él lo tenía sin cuidado, por algún pariente debió haber comenzado a poblarse el mundo. Cuando bajó la ficha con que derrumbó para siempre la invencibilidad de Josué Hirsch, dirigiéndose a su primo Yago Carrasco le dijo, de aquí nos vamos a cumplirle a tío Delio, que refrescaron en el hijo del abulonero las palabras de su padre acarreadas en la boca de su madre, recuérdale a Yago que convenimos vendría a grabar en el farallón Quise Hacer Algo, palabras finales de una historia que no supe comenzar ni recurriendo al viejo recurso de érase que se era, en un paraje a merced de los temporales, se encontraron unos recuerdos de carne y hueso a compartir una tarde abulonera hasta que rodara la calavera con el que me hubiera quitado de tanto cuento.



NOTAS COMPLEMENTARIAS

DELIO CARRASCO

Abulonero. Natural de los arrecifes y explorador de las raíces de la condición humana. Creció en una aldea construida con restos de barcos naufragados al otro lado del mar. Colector de vivencias que garabateaba en las paredes de Salsipuedes. Moraba entre el mar y el desierto. Sibarita. Espíritu libre. Iniciador del recorrido de la paga. Hablaba bonito. Vivió una pasión degollada con Samara y una vida sin cercas con Pachilú. Padre de Salustia, Melina y Yago. Se fue cuando quiso.

COPA LUSSE

Maestro yesero experto en molduras. Natural de la costa tropical. Hijo de Jean Paul Lussé y María de la Paz Guadalupe Álvarez. Nieto de Jacques Lussé y del General Juan Álvarez. Ayudaba a su padre a calafatear barcos y a pulir mascarones de proa. Fue superintendente de caminos. Maestro en cavar, pulir y soplar piel de mujer. Experto en complicarse la existencia. Bailaba danzón. Gran sentido del humor. Vivió un tornado con Cotoya Cajeme y un tejido apretado con Maroshka Rogoff. Fue padre de Horacio, Aniceto, Tamara y Alejandrina. Se fue cuando quiso.

EL ZOPILOTE CHÁVEZ CANO

Guardavías. Natural del desierto. Veterano de guerras. Experto en mujeres broncas y mujeres urbanas. Nació y creció en un hotel de vagones para obreros de la construcción del ferrocarril al Oeste. Perdió la memoria al llegar a Salsipuedes. Tuvo una primera vida con Lupe Müller y una segunda

con Tonja Rogoff. Fue asistente de Lancaster en los viñedos y más tarde en el laboratorio de la isla en el mar Ártico. Padre de Bisiesto y otros seis. Tenía el perfil pandeado como si le acabaran de picar el culo. Aseguraba que las mujeres no descansan hasta que acaban con el hombre. Se fue cuando quiso.

ZANGALO LOBO

Armenio. Huérfano. Creció en un barco de contrabandistas de hachís en el Mediterráneo oriental. Obrero. Aventurero. Viajero. Anarquista. Luchador social. Ateo. Humanista. Políglota. Se vio involucrado hasta su vejez en movimientos sociales en varios países. Organizó una república socialista de un mes de duración, participó en el asalto a las tierras del valle colorado, formó parte del atentado frustrado a Trotzky, organizó la huelga de ferrocarriles a la Pacific Pullman Company y participó en la manifestación de Tlaltelolco. Vivió una relación surrealista con Clarissa Cardinale. No tuvo hijos. Se fue cuando quiso.

DARIO SHOUSTARI

Persa. Veterano de la Primera Guerra Mundial. Inmigrante a Argentina donde fue comerciante de géneros. De ahí emigró a Salsipuedes donde llegó con una máquina de coser. Apóstol mitad pragmático y mitad humanista de la zona roja de Salsipuedes. Sensorial. Sibarita. Esteta hedonista con refinamiento oriental. Funda el Mesón La Celestina y se dedica a casar pájaros semiahogados con parroquianos coreanos y a cobrar por ello. Vivió una relación secreta con Azalea. Se fue cuando quiso

SAL HIRCH

Judío sefardita natural de Génova. Comerciante. Nómada. Esteta hedonista. Pragmático, protagonista y humanista. Políglota. Vivió varias vidas secretas. Hizo fortuna y la perdió en Nueva Orleáns donde tuvo una docena de hijas con negras y vivió la magia del bajo mundo del río Mississippi. Organizó la jugada entre Mikyzeta y Big Al en el casino Agua Caliente y asesoró a comerciar sus flores a Pachilú. Padre de Josué, el hijo que tuvo con Emma Maldonado, la mujer que lo puso de rodillas. Se fue cuando quiso.

DON ENRIQUE

Ingeniero retirado. Participó en la construcción del ferrocarril que cruzó el desierto. Maestro de la vida. Propietario y cantinero de El Trece Negro, la cantina donde recalaban todos. Gran conocedor de la condición humana. Estudioso de la historia, el arte y la literatura. Aristócrata. Claridoso. Esteta hedonista. Alucinante. Vitrioloso. Filósofo. Temperamental. Pasado nebuloso. Se fue cuando quiso.

PIERRE

Perico. Granuja. Vago y simpático. Cínico. Hace escarnio de todo. Por un tiempo fue tratante de blancas y luego auxiliar de Mr. Green en el contrabando de alcohol durante la Ley seca. Pasó a ser ayudante de Copa Lussé en la fabricación de molduras. Mató a Mr. Green durante una partida de dominó en la cantina de Punta Piedra. Se suicidó. Delio Carrasco y Copa Lussé lo prendieron como antorcha en el desfiladero para guiar a los botes.

COTOYA CAJEME

Hija de jefe yaqui. Princesa india de gran empaque. Estuvo siempre disponible para Copa Lussé con espesos caldos de cadera servidos en vaso de carne. Le deshizo la pinga al yesero, apedreó a Maroshka y casi descabella a Azalea. Se fue cantando la claridad llega y yo me voy, la claridad llega y yo me voy, me voy cargando la claridad.

PACHILÚ

Niña con talle de potranca. Natural del desierto. Hija de Élfego y Senorina. Amante de espacios abiertos y de los tornados. Caminaba sin volver la cabeza. Magnífica cocinera. Secaba flores y hacía pasteles con hongos que vendía a soldados americanos en una carretita tirada por un burro con pijama. Creó una tienda para traficantes. Hizo una vida revuelta con soles, olas, apuros, milagros con Delio Carrasco. Madre de Salustia, Melina y Yago.

ELCOVA DE LOS HORNOS

Natural de Jaén, Andalucía. Protagonico. Siempre niño. Novillero que al emigrar a Salsipuedes se inició como aprendiz de cocinero en el casino Agua Caliente. Trabajó en el viñedo de Lancaster. Se hizo maestro en la fragua y puso un taller de cerámica donde produjo mosaicos místicos y eróticos con los que se decoraron las Termas de Agua Caliente y el Mesón La Celestina. Vivió una relación conflictiva con La Diez, la sirena. No tuvo hijos. Murió desbarrancado en La Rumorosa.

LANCASTER

Descendiente de pirata inglés. Llegó a Salsipuedes buscando tesoros. Erudito en Geología, Física, Química y Astronomía. Estudioso de la flora y experimentador botánico. Tuvo largas sesiones de reflexión y aprendizaje con Don Enrique. Vivió intensas relaciones con lugareñas. Experimentó en su viñedo en Salsipuedes y marchó a una isla en el mar Ártico donde fundó su laboratorio de tecnología avanzada para producir alimento del mar.

RODOLFO GREEN

Cuatrero. Mujeriego. Jugador. Temerario. Generoso. Espíritu en busca de nuevas emociones. Las cosas no le importaban, le importaba la vida. No estableció relación permanente con ninguna mujer. Fue sorprendido robando ganado y lo colgaron. En realidad, se fue cuando quiso

VIRGINIA DE LA BUFADORA DE TODOS LOS SANTOS

Originaria de la Bahía de Todos Santos. Esposa de Mihail Rogoff y madre de Tonja y Maroshka a quienes les enseñó la importancia del frasquito de carne y el frijolito. Mujer apasionada y olvidada a quien alborotó severamente el yerno yesero hasta perder la razón.

MAROSHKKA ROGOFF

Hija de Mihail Rogoff y Virginia de la Bufadora de Todos los Santos. Conocía los ciclos de la Luna para sembrar y develó el misterio del frasquito de carne y el frijol trepador. Aprendió a zurcir con hilo de tripa

de gato y a salvar su alma. Descalabró a Copa Lussé. Madre de Tamara y Alejandrina.

CLARISSA CARDINALE

Hija única de Benito Cardinale, un peluquero italiano. Fotógrafa del casino Agua Caliente y fabricante de violines. Obsesiva. Pragmática que revivía hervores y remendaba amores. Controló con tripa de gato a Zangalo Lobo hasta que sucedió lo de la fiesta de Halloween. Fue su compañera intermitente.

SAMARA

Libanesa. Un hombre de edad madura le había roto el sexo. Depresiva. Melancólica. Personalidad compleja. Vivió una pasión tormentosa con Delio Carrasco. Se suicidó.

AZALEA

Hijo de un sacerdote de la sierra de Durango muerto en la Guerra Cristera. Pájaro semiahogado rescatado por Darío Shoustari con quien vivió una relación alucinante. Deseado y escarnecido. Sensible. Imaginativo. Bello. Tierno. Frágil y audaz. Se convirtió en leyenda como la estrella de las noches del Sans Souci. Se fue en el incendio de La Chinesca.

HORACIO Y ANICETO LUSSÉ

Hijos mellizos de Copa Lussé y Cotoya Cajeme. Ganaderos y talabarteros. Su llegada fue un manazo en la sopa de la vida del padre. Aniceto murió en un duelo por andar cruzando sangres de familia.

LUPE MÜLLER

Crecida en Mississippi de antepasados nebulosos. Llegó sola al hotel de los Chávez Cano. Silenciosa. Enjundiosa. Maravillosa cocinera. Hablaba varios idiomas. Primera mujer de El Zopilote Chávez Cano. Madre de Bisiesto y seis más.

TONJA ROGOFF

Hermana mayor de Maroshka. Rebelde a los patrones de la rígida educación molokan. Hablaba varios idiomas. En su adolescencia zurcía igual estampas de monumentos históricos que grabados eróticos. No tuvo hijos. Fue la segunda mujer de El Zopilote Chávez Cano a quien acompañó a la isla en el mar Ártico y también a ser desayuno de zopilotes.

EMMA MALDONADO

Maestra de muchas generaciones. Frugal y ética. Penetrante. Estudiosa. Dama comprometida con la educación. Lugareña de gran categoría. Madre de Josué, vivió una vida discreta con Sal Hirsch.

MIHAIL ROGOFF

Ruso original de Kars, Rusia, de religión molokan. Padre de Tonja y Maroshka. Descubrió tarde que su esposa traía sangre de piratas ingleses. Cagó bolitas de chiva una noche de preocupaciones.

MR. GREEN

De origen nebuloso. Capo del contrabando de alcohol. Tío de Rodolfo. Jugador empedernido. Aventurero. Mujeriego. Gran prestancia en el trato

con políticos. Lo degolló Pierre por añejas rencillas en la cantina de Punta Piedra. Zangalo Lobo lo destazó. Las vísceras las arrojó a las gaviotas y la carne a los perros del galgódromo de Agua Caliente.

PIN HAO

Cantonés. Dueño de la lavandería de Salsipuedes. Por su lugar pasaba la vida secreta de todo mundo. Rescató una caja de dominó cubano, original de Sal Hirsch, y lo heredó a su hijo Ming Tsai Hao, propietario del café La Flor de Loto, juego que sería el eslabón de costumbres usado por generaciones venideras.

PLÁCIDO Y BOTELLA

Delfines. Bromistas y simpáticos. Populares entre los hombres y muy exitosos con hembras de mar y de tierra. Se fueron cuando se les acabó el hígado.

RQ LANDRÚ, VALTIERRA EL BAILADOR, EL NEGRO COYO

Estetas hedonistas, libertinos, bohemios, aventureros, trasnochadores, empresarios que gustaban incorporarse al recorrido de la paga del abulón. Nunca se fueron. Todavía andan en los recorridos de los descendientes de la cofradía de Salsipuedes.

ÍTACA

Si vas a emprender el viaje hacia Ítaca,
pide que tu camino sea largo,
rico en experiencias, en conocimiento.

A Lestrigones y a Cíclopes,
o al airado Poseidón nunca temas,
no hallarás tales seres en tu ruta
si alto es tu pensamiento y limpia
la emoción de tu espíritu y tu cuerpo.

A Lestrigones y a Cíclopes,
ni al fiero Poseidón hallarás nunca,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no es tu alma quien ante ti los pone.

Pide que tu camino sea largo.
Que numerosas sean las mañanas de verano
en que con placer, felizmente
arribes a bahías nunca vistas;
detente en los emporios de Fenicia
y adquiere hermosas mercancías,
madreperla y coral, y ámbar y ébano,
perfumes deliciosos y diversos,
cuando puedas invierte en voluptuosos
y delicados perfumes;
visita muchas ciudades de Egipto
y con avidez aprende de sus sabios.

Ten siempre a Ítaca en la memoria.
Llegar allí es tu meta.
Mas no apresures el viaje.
Mejor que se extienda largos años;
y en tu vejez arribes a la isla

con cuanto hayas ganado en el camino, sin
esperar que Ítaca te enriquezca.

Ítaca te regaló un hermoso viaje.
Sin ella el camino no hubieras emprendido.
Mas ninguna otra cosa puede darte.

Aunque pobre la encuentres, no te engañará Ítaca.
Rico en saber y en vida, como has vuelto,
comprendes ya qué significan las Ítacas.

KONSTANTINOS KAVAFI

SI ME QUITO EL AMOR

Si me quito el amor desnuda quedas,
no me pidas que rompa tus vestidos
ahora que llega el frío,
búscame en los armarios de tus calles,
en la ciudad sin ley de mis tres manos,
la derecha, la izquierda, la que te ama,
los pasillos y el tren donde una noche
descolgaré por fin tu gabardina
porque llegó el invierno,
la estación de las perchas,
los ojales más grandes del deseo
y mi cuerpo abrochándose a la espera
de esos días de lluvia que te pones
bajo la falda a veces.

FERNANDO BELTRÁN

ESPEJOS DE AGUA

Narciso y azucena entre los lienzos
y, aunque el negro domina,
mi nombre repetido por tu boca
es azul y se infiltra en mis oídos.
Atento a ese conjuro,
mi cuerpo doblegado
se tensa ya en un arco rezumante
y se completa el iris
si tu flecha certera lo atraviesa
desatando los líquidos corales.

CLARA JANÉS

ABEL Y CAÍN

Raza de Abel, come, bebe y duerme;
Dios te sonrío complacido.

Raza de Caín, en el fango
arrástrate y muere, miserable.

Raza de Abel, tu sacrificio
es agradable al Serafín.

Raza de Caín, ¿tu suplicio
terminará alguna vez?

Raza de Abel, prospera tu simiente
y tu ganado se multiplica.

Raza de Caín, en tus entrañas
aúlla el hambre como un perro.

Raza de Abel, caliéntate al rescoldo
de tus hogares patriarcales.

Raza de Caín, como un pobre chacal,
tiembla de frío en tu cueva.

Raza de Abel, ama y multiplicate.
Tu oro engendra también hijos.

Raza de Caín, corazón ardiente,
precávete de tus deseos.

Raza de Abel, creces y paces
como el insecto en los bosques.

¡Ah raza de Abel, tu carroña
abonará la tierra humeante!

Raza de Caín, tu tarea
no está aún terminada.

Raza de Abel, he aquí tu vergüenza
la jabalina vence al hierro.

¡Raza de Caín sube hasta el cielo
y arroja a Dios sobre la Tierra!

CHARLES BAUDELAIRE
Las flores del mal



Salsipuedes

se terminó de imprimir el 20 de julio de 2010
en los Talleres Gráficos de Ediciones ILCSA S.A. de C.V.,
Calzada Tecnológico 909, Otay Universidad,
Tijuana, Baja California, México.
edicionesilcsa@hotmail.com
Tel: 607- 1992

Mujeres poderosas, hombres decididos y radiante erotismo habitan **Salsipuedes**, un canto a la vida que conduce con lenguaje figurativo y tiempo sincopado a dimensiones inesperadas. Es la epopeya de un poblado escurriendo entre una sierra áspera y un océano de altas paredes compuesta como lectura iluminadora si se emprende por la superficie, alucinante si se opta por lo profundo.

Novela esférica que funde atmósferas y hace crecer lo implícito usando una narrativa en la que lo que cuenta es tan original

ISBN-10 970-9724-18-5
ISBN-13 9789709724189



9 789709 724189